This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

ESPAÑOLES EN AMERICA

EPISODIOS HISTÓRICO-NOVELESCOS

UN HIDALGO CONQUISTADOR

POR

SOLEDAD ACOSTA DE SAMPER

Miembro de la Asociación de escritores y artistas de *Madrid;*
de la Sociedad de Geografía de *Berna;*
de la Academia de la Historia de *Caracas;*
de la Sociedad de Historia Nacional de *Bogotá;*
de la Sociedad Jurídico-Literaria de *Quito;*
del Instituto de *Colombia*, etc. etc.

BOGOTA

IMPRENTA DE "LA LUZ"
Carrera 7ª, número 590

1907

LIBRERIA GRECIA
BOGOTA
CARRERA 7ª No 7-71

ESPAÑOLES EN AMERICA

EPISODIOS HISTÓRICO-NOVELESCOS

UN HIDALGO CONQUISTADOR

POR

SOLEDAD ACOSTA DE SAMPER

Miembro de la Asociación de escritores y artistas de *Madrid;*
de la Sociedad de Geografía de *Berna;*
de la Academia de la Historia de *Caracas;*
de la Sociedad de Historia Nacional de *Bogotá;*
de la Sociedad Jurídico-Literaria de *Quito;*
del Instituto de *Colombia*, etc. etc.

BOGOTA

IMPRENTA DE "LA LUZ"

Carrera 7ª, número 590

1907

LIBRERIA GRECIA
BOGOTA
CARRERA 7ª

PR 5179
H5 H5

EPISODIOS

(Revista de España, 10 de Enero de 1887)

Es un hecho doloroso, pero lógico y perfectamente explicable, que la América de procedencia española no ha conservado hacia su madre patria, hasta hace muy pocos años, las relaciones de benevolencia y cariño que son naturales entre individuos de una misma familia, entre pueblos de una misma raza, entre naciones unidas, tanto ó más que por los vínculos de la sangre, por los lazos de idéntica civilización. Errores históricos de que no cabe pedir cuenta más que á las condiciones de los tiempos y á las fragilidades de la naturaleza humana, han mantenido apartadas por grandes, y hasta cierto punto justificadas prevenciones, las ramas de este inmenso árbol que, teniendo su tronco en la Península ibérica, se extienden lozanas y vigorosas por el vasto Continente que se dilata entre los dos más vastos mares de nuestro globo.

Este mutuo apartamiento, iniciado en el espíritu desde varios siglos, y consumado por la emancipación completa que aquellos hermanos nuéstros realizaron á principios del actual, ha hecho que ignorásemos casi en absoluto los que vivimos adscritos á la

vieja Europa lo que pasaba en la otra parte del Atlántico, donde naciones jóvenes, sangre de nuestra sangre, pedazos de nuestro corazón, luchaban con la naturaleza y la barbarie para alcanzar un puesto honroso en el gran concierto de la civilización, desplegando las mismas ó superiores facultades que á sus antepasados han merecido un lugar preferente en la historia de la humanidad.

De estos esfuerzos, de estas conquistas en todos los ramos del progreso, poco ó nada conocíamos hasta que se han acortado las distancias, se han desvanecido las preocupaciones mutuas y, despejada la atmósfera del polvo y de las emanaciones que habían levantado allí deplorables acontecimientos, hemos aprendido á reconocernos, á estimarnos, á tendernos los brazos á través de las aguas del Océano, para formar otra vez un solo pueblo, unido por otros vínculos más dulces y más fuertes que los que conocieron nuestros antepasados.

Restablecido el comercio de las ideas y de los afectos después de tan larga intermitencia, quedamos los españoles agradablemente sorprendidos por el grado de cultura que alcanzan nuestros hermanos de allende los mares, merced al uso laudable que han sabido hacer del sagrado depósito que su madre patria les confiara en todos los géneros de cultura, acrecentándolo con el laboreo de su perspicaz inteligencia y el roce, que no han abandonado un solo momento, con todos los pueblos civilizados.

Así se explica que pueda encontrarse en aquellas remotas regiones una escritora de las excepcionales cualidades que distinguen á la que es objeto de esta breve reseña, D.ª Soledad Acosta de Samper.

Es siempre un fenómeno raro y sorprendente la facultad de escribir en la mujer. Llamada por la naturaleza á otras funciones, no menos dignas y trascendentales, pero que suponen una dirección com-

pletamente distinta á sus energías, apenas concebimos que un individuo del sexo débil pueda elevarse á las altas regiones del arte ó de la ciencia, que el hombre mismo sólo alcanza á fuerza de muchas vigilias y meditaciones. Se comprende que la mujer deslumbre con ráfagas y destellos de ingenio, como los que se desprenden de sus joyas ó de su mirada; pero es más difícil concebir que alcance á crear obras perfectas y complicadas, fruto laborioso de la aplicación y el estudio.

Pues bien; la América española, que ha producido poetisas como la Avellaneda, la Carolina Coronado y otras hijas de las Musas, que nada tienen que envidiar á las mujeres más distinguidas del viejo Continente, puede ostentar con orgullo en el mismo sexo un ejemplar, no ya de fantasía y sensibilidad exquisita, sino de austera penetración, de severo juicio, de grave y reposado análisis, como pocos ó ninguno puede ofrecer nuestra antigua civilización.

La Sra. D.ª Soledad Acosta de Samper es una historiadora en toda la extensión de la palabra, y de condiciones tales, que para encontrar algo semejante tendríamos tal vez que remontarnos á César, á Tito Livio ú otro de los grandes modelos de la antigüedad ó del Renacimiento. La sobriedad en la narración, la viveza de la frase, la majestad y naturalidad en la descripción de los hechos, la asemejan más bien á aquellos historiadores primitivos, que parecen en vez de testigos recopiladores de los hechos, y graban ó cincelan las figuras en sus cuadros inmortales con frase concisa y gráfica, donde quedan moldeados los tipos para pasar á la posteridad.

El secreto de escribir la historia *ad narrandum*, se ha perdido casi entre nosotros hace mucho tiempo. Hijos de una civilización amiga con exceso de abstracciones, conmovidos por el incesante oleaje

de los acontecimientos y agitaciones sociales, no tenemos bastante serenidad para retratar los sucesos ni los hombres, como las tumultuosas aguas de un lago no reflejan fielmente el vecino paisaje, ó la cámara oscura en movimiento no traslada puntualmente las imágenes que pretende encadenar en los breves ámbitos de un clisé. La escritora en cuestión ha vencido estas dificultades y evitado estos escollos, dándonos una galería de figuras históricas, que tiene de las de Plutarco el color, la factura y la imparcialidad.

No queremos investigar si las condiciones en que escribe un moderno autor en ciertos puntos del nuevo Continente y las que rodearon á los antiguos historiadores son las mismas. Tal vez en la serenidad é inmovilidad de aquellas vastas cordilleras americanas, que dibujan en un cielo más azul sus espléndidas siluetas y marcan en el espacio sus abruptas líneas, inundadas de espléndida luz, encontraríamos la explicación de esotra luz intelectual que evoca los hechos dormidos en el fondo de los siglos y los presenta á las miradas atónitas de los contemporáneos con tal distinción y colorido histórico, que nos hacemos la ilusión de asistir al espectaculo y seguir á los héroes al través de inhospitalarias costas, desconocidos ríos y salvajes comarcás, palpitando con su vida é identificándonos por un momento con un mundo desconocido y una lejana civilización.

Por esto nos atrevemos á decir que la historia, tal como la realiza aquella insigne escritora, merece los honores de poema. Ella misma lo confiesa cuando dice: "Desconfiando de mis facultades para escribir una historia verdadera de la vida de los conquistadores de mi patria, intentaba trazar una serie de cuadros histórico-novelescos qne pusieran de manifiesto los hechos de aquellos héroes cuasi fabulosos, cuando toqué con una dificultad—¡quién lo cre-

yera!—la de que la vida, desnuda de toda trama novelesca, sin quitarle ni ponerle cosa alguna, sin tener que añadir ninguna aventura á la narración de cada uno de aquellos personajes, bastaba para interesar al lector y surtía todos los efectos de un cuadro histórico-novelesco."

Estas frases, llenas de profunda verdad, hacen por sí solas el elogio de la insigne escritora y ponen de relieve la importancia de los acontecimientos que se narran en sus obras. La historia que, sin dejar de serlo, reviste todos los caracteres de novela, alcanza el ideal del género narrativo y merece, como todos los grandes monumentos de su género, pasar á la posteridad.

La índole de esta ligera reseña bibliográfica no nos permite exponer detalladamente todas y cada una de las obras con que ha enriquecido á la literatura universal, más bien que á la de su patria, la eminente escritora colombiana; á parte que no todas han llegado á nuestro conocimiento. Las que tenemos á la vista ofrecen un verdadero mosaico de estudios morales, descripciones de viajes, cuadros de costumbres, trabajos de crítica, obras de imaginación, diseminados, en su mayor parte, en varias Revistas dirigidas por la eminente escritora, y desde las cuales ha difundido la ilustración y la moral más pura por aquellas vastas regiones del Continente americano. Lo que se destaca, sin embargo, lo que resalta con nítido esplendor entre los variados frutos de aquella privilegiada inteligencia, son los trabajos históricos.

Sucede en el comercio de las ideas, como en el de los productos materiales, que la riqueza y la gloria son el premio de los que aciertan á llenar una necesidad sentida, á descubrir un tesoro envuelto en los escombros de la ignorancia ó del olvido. El descubrimiento, conquista y colonización de América, forman uno de los períodos más vitales de historia

de la humanidad, de interés general para la especie humana, pero muy particularmente para la raza que tuvo la honra de llevar á cabo tan gigantescas empresas; á pesar de lo cual, una parte considerable de aquellos heroicos hechos permanece escondida en las sombras del pasado, por falta de una mano paciente y hábil que los entresaque de las confusas monografías ó crónicas donde fueron depositados, y revistiéndoles con los caracteres de la vida, reintegrando el conjunto de su sér, sin quitarles nada de su verdad histórica ni de las condiciones de su tiempo, los presente á las miradas atónitas de nuestros contemporáneos como ejemplares de otra raza, prodigios de energía moral y material, verdaderos gigantes de una muerta civilización.

Este es el servicio que ha realizado D.ª Soledad Acosta de Samper en sus "*Biografías de hombres ilustres*, relativas á la época del descubrimiento, conquista y colonización de la parte de América denominada actualmente Estados Unidos de Colombia." Comprende la obra unas trescientas biografías, que ofrecen en su conjunto un cuadro completo de aquel período histórico, mucho más vivo, gráfico y, digámoslo así, escultural, que ninguna de las historias escritas sobre el mismo asunto, y aun las que se pueden escribir con más pretensiones, pero con inferior método y menos excepcionales facultades.

Aunque esta es, en sentir nuéstro, la obra maestra de la ilustre escritora americana, tiene, en el género histórico, otros estimables trabajos sobre personajes ilustres qne allí han florecido desde la época de la emancipación. Brillan en estos estudios las cualidades nativas de la ilustre escritora; pero falta, además del alto interés histórico, el entusiasmo, el amor, el legítimo culto que sólo pueden inspirar los héroes legendarios de la inmortal conquista, consagrados por el tiempo y por la gratitud de las generaciones

que gozan el fruto de su temeraria osadía. "Los héroes de la Independencia, dice la autora, nos dieron la libertad; los otros nos conquistaron el suelo patrio; aquéllos pusieron á nuestro alcance la fruta del bien y del mal; éstos, á costa de una pujanza y valor incomprensibles, nos dotaron con territorio propio." Natural era que, juzgando á unos y á otros desde tan exacto punto de vista, haya guardado la distinguida escritora, no sólo las preferencias, sino las más ricas tintas de su paleta, para los que le han dado tan hermosa patria y rica civilización.

En el género novelesco no conocemos de D.ª Soledad Acosta de Samper más que algunos bocetos y breves cuadros, insuficientes para formular un juicio aproximado de sus condiciones como novelista. El sentido profundo de la historia de su patria que ha demostrado en otras obras, el poder de reflexión y análisis que en ellas desenvuelve y la tendencia moral que forma la nota distintiva de sus trabajos periodísticos, descubren en ella relevantes prendas para la novela histórica, psicológica y de costumbres, que ha cultivado, indudablemente, con brillante éxito. Algunos ensayos que esmaltan las páginas de sus revistas *La Familia* y *La Mujer*, nos permiten asegurar que, si en el campo de la historia ha cosechado lauros inmortales y uno de los puestos más eminentes entre las mujeres ilustres de todos los tiempos, posee condiciones para rivalizar con Mad. Cottin, Mad. Staël ó Jorge Sand, en el género novelesco, para el cual, sin duda, la naturaleza ha dotado á la mujer de más idóneas facultades.

Hemos cumplido nuestro propósito, que era el de dar á conocer entre nuestros compatriotas una escritora que habla de un modo ejemplar nuestro propio idioma y ha escrito sobre asuntos que afectan, tanto como á la suya, nuestra honra nacional. Cuando se hayan desvanecido los últimos restos de las

nubes que se interpusieron entre los hijos de una misma patria y formemos todos los hijos de España un mismo pueblo, el nombre de D.ª Soledad Acosta de Samper brillará como una de las más hermosas estrellas en el cielo de las letras españolas, y sus valiosos trabajos figurarán en la biblioteca de todos los hombres estudiosos, como un rico monumento de erudición, de talento y de lenguaje.

Sólo debemos hacer presente, antes de terminar, cuánto sentimos que no haya sido una pluma más experta, una inteligencia más culta, la que haya asumido la noble tarea de glorificar y extender el nombre de tan eminente escritora por el territorio de la vieja España.

PROEMIO

Antes de empezar las relaciones histórico-novelescas que hoy se publican, queremos manifestar al lector cuál ha sido nuestro propósito al escribirlas; este es simplemente el presentar cuadros de la historia de América, bajo el punto de vista legendario y novelesco, sin faltar por eso á la verdad de los hechos en todo aquello que se relacione con la Historia. Nuestra intención es divertir instruyendo é instruír divirtiendo, sin quitar nada á la verdad de los hechos, pues LA VERDAD tiene un encanto que no se puede reemplazar con sucesos imaginarios. No hay mayor mérito á los ojos del lector como el tener la seguridad de que aquello que se refiere sucedió; que los personajes que comparecen en las páginas de la narración existieron real y positivamente, que vivieron como nosotros, pensando, sintiendo y sufriendo análogamente; que no son títeres más ó menos bien inventados, cuyas cuerdas están en las manos del autor, sino seres humanos, regidos por la Providencia; que su suerte sólo es misteriosa aparentemente, puesto que hace parte, inconscientemente, del *gran todo* en que cada uno de nosotros tiene su papel en el mundo, y en donde somos incógnitas moléculas en la inmensa máquina de la civilización; la que, como el sol en la bóveda celeste, se dirige á un punto desconocido en el espacio, punto que debe existir, pero cuya posición y fin ignoramos, y que cada cual explica á su modo.

Empezamos la serie de Novelas histórico-novelescas con la llamada UN HIDALGO CONQUISTADOR, el Descubridor de nuestras costas atlánticas, tipo acabado del Capitán aventurero del siglo XVI, cuya vida es realmente una novela.

Vendrán después las aventuras, no menos novelescas, del Descubridor del Océano Pacífico, Vasco Núñez de Balboa.

El tercer tomo narrará los extraños viajes de Nicolás de Federmán al través de Venezuela, los Llanos, y la inopinada llegada á la Sabana de Bogotá, en donde se encontró con otros dos Conquistadores: Quesada que venía desde Santamarta y Belalcázar desde Quito.

Vendrán después relaciones cortas de la época de la colonización y en tomo aparte los criminosos hechos del llamado *tirano Aguirre*. La época de los Comuneros formará un tomo y dos ó tres la de la Independencia etc. etc.

—×—

UN HIDALGO CONQUISTADOR

INTRODUCCION

Reseña histórica del siglo XV (1)

En el siglo XV, que empezó tan gloriosamente en Europa con la invención de la imprenta y concluyó con el descubrimiento de América; el siglo XV, el último que consideran los historiadores como perteneciente á la Edad Media, propiamente dicha, fue por cierto bien desastroso para España en su principio, así como glorioso en sus últimos años. Empezó como el anterior bajo los auspicios fatales de una regencia agitada y trabajosa, puesto que el heredero del finado Enrique III contaba apenas veintidós meses de edad. La tutela del infante Juan II recayó en su tío D. Fernando, príncipe hábil y prudente, y en la Reina madre D.ª Catalina. Aunque ambos tenían la mejor voluntad de gobernar con cordura, en breve les dividieron las intrigas de los cortesanos, y á consecuencia de esto dejó D. Fernando el gobierno de Castilla en manos de la Reina, y se lanzó á guerrear contra los mahometanos; aceptando en seguida el

(1) Suplicamos á nuestros lectores que lean este capítulo, aunque les parezca árido y fastidioso, porque sin conocer un poco la historia de aquel siglo en España, los acontecimientos que vamos á narrar no se entenderían suficientemente.

trono de Aragón que le correspondía, por ser el más próximo heredero del anterior Rey. A poco murió también la Reina Regente y quedó el niño á la merced de los ambiciosos cortesanos. El que tuvo mayor influencia en el espíritu infantil de Juan II, fue D. Alvaro de Luna, á cuyo lado creció el Rey, y le formó inepto, débil é incapaz de ocuparse en los asuntos de su gobierno, dejándolos á cargo de su favorito. El Rey, entretanto, se entregó á las letras, pasión que le dominaba, y en unión del marqués de Santillana, Jorge Manrique, Juan de Mena, Rodrigo de Cota, Juan de la Encina y otros letrados y poetas de aquetiempo, desatendió enteramente los negocios públicos y púsose á componer versos y trovas. En su corte no era tenido por noble el que manifestaba aversión á los estudios y á las letras, y todos los cortesanos, que deseaban agradar al Rey, se ocupaban en cuestiones de literatura. Naturalmente los súbditos de este Rey letrado no estaban satisfechos con que los gobernase, no ya el Rey, sino el intrigante y ambicioso Alvaro de Luna, y al fin lograron desconceptuar á éste con el mismo Rey, quien lo hizo prender, juzgar como traidor, y por último decapitar, lo que á pesar de todo causó al débil soberano tánta tristeza, que tardó poco en seguirle á la tumba.

Uno de los mayores enemigos de D. Alvaro había sido el príncipe heredero, el cual subió al trono en 1454 con el nombre de Enrique IV, y al momento, olvidando el ejemplo de su padre, se puso él también en manos de un favorito, de D. Juan Pacheco, creado marqués de Villena por el Rey, aunque su cuna no había sido noble, lo cual jamás perdonaron los soberbios hidalgos de la corte. Habiendo Enrique IV hecho anular su primer matrimonio, contraído con Blanca de Navarra, casó en segundas nupcias con una infanta de Portugal, la que dio á luz una hija que llamaron Juana, y que después fue

causa y víctima de cuantas revueltas y revoluciones hubo en Castilla durante largos años. Empezó aquel desconcierto desde el momento en que Enrique quiso que la corte jurase fidelidad á la princesa como Reina futura de Castilla, rehusando hacerlo la nobleza porque alegaba que nadie en España creía en la legitimidad de la princesa. Pidieron que en su lugar se declarase heredero del trono al infante D. Alfonso, hermano menor de Enrique. Aunque al principio el Rey rechazó aquella exigencia, viendo al fin que tenía contra sí á toda la corte y al pueblo, así como á su mismo favorito, se prestó á aquella demanda, con la condición de que su hermano casase con la infanta Juana cuando ésta llegase á la edad conveniente. Pero los coligados, que yá se habían levantado en armas, no admitieron este arreglo, llegando su exasperación hasta pedir á Enrique que abdicase la corona y se la dejase á su hermano menor. Como es de presumir, el Rey se negó á semejante exigencia, y entonces el país entero se declaró en guerra abierta contra él.

La anarquía era completa en el reino de Castilla: todas las ciudades, villas, aldeas y hasta las familias estaban divididas, y entre las mismas iglesias y monasterios se trababan batallas, riñas y disputas sangrientas.

Esta situación se prolongaba indefinidamente, hasta que una mañana la muerte entró en la lid y se llevó á mejor vida al infante D. Alfonso, que apenas había cumplido quince años, dejando á los insurreccionados sin jefe y sin pretexto aparente para continuar la lucha contra su legítimo Rey.

Sin embargo, esta falta de bandera no desanimó á los revoltosos, porque encontraron á mano á otro miembro de la familia real á quien ofrecer la corona de Castilla, y era nada menos que la infanta Isabel, hermana del Rey, la que después se ha hecho tan

notable, no solamente en la historia de España, sino en la del mundo entero.

Como esta princesa tendrá un papel tan brillante en nuestra relación, no estará por demás hacer una breve reseña de su vida. Hija de Juan II y de su segunda esposa, no había cumplido cuatro años cuando murió su padre, lo que para ella fue fortuna, porque pasó los primeros años de su existencia al lado de su madre en la villa de Arévalo, nutriendo su corazón con altas cuestiones de moral y recibiendo una instrucción sólida y útil, á lo que debió un carácter noble y elevado, y tan perfecto como sano alimento para una alma tan piadosa y profundamente recta en sus aspiraciones, como era la suya. Once años había cumplido cuando su hermano Enrique la llamó á la corte, pero á pesar de los malos ejemplos que pudo recibir allí, merced á la buena y santa educación que la diera su madre, conservó su virtud en medio de una sociedad pervertida y disipada. Desde muy niña acudieron de todas partes pretendientes á su mano, y no obstante las órdenes é instancias del Rey, nunca quiso aceptar otro que á Fernando de Aragón, su pariente, en quien se había fijado, aunque sin conocerle personalmente, desde su niñez (1). Cuando empezaron las revueltas públicas, con motivo de las facciones entre sus hermanos Enrique y Alfonso, Isabel logró salir de la corte y retirarse á un convento, en donde vivía cuando, por medio del Arzobispo de Toledo, los facciosos le ofrecieron la corona de Castilla. Tuvo la entereza y buen sentido de no admitir que la colocasen á la cabeza de la insurrección, y al contrario, manifestarse deseosa de que se hiciese la paz entre uno y otro partido, cosa que se llevó á efecto fácilmente, porque Enri-

(1) Fernando de Aragón é Isabel de Castilla eran ambos biznietos de Juan I de Castilla.

que, cansado de una guerra tan estéril, en la que cada día perdía ciudades y voluntades, hasta el punto de verse casi abandonado de toda la nación, no tuvo inconveniente en reconocer á Isabel como la futura heredera de su corona, bajo condición de que inmediatamente los facciosos depusieran las armas. Pero apenas el Rey vio en la corte á su hermana Isabel, cuando quiso obligarla á que se casase con su favorito Villena, enlace indigno de una princesa que sería Reina de Castilla; y como ella rehusase perentoriamente, y él insistiese en su empeño, la infanta se alejó de la corte ocultamente para irse á unir con Fernando de Aragón, que también tuvo que usar de engaños y disfraçes para entrar en Castilla y verse con su novia.

Las nupcias de Fernando é Isabel se celebraron casi pobremente en Valladolid, el 19 de Octubre de 1469, en presencia del Arzobispo de Toledo y de muchos grandes y ricos hombres del reino, desafectos al Rey.

Isabel era entonces una de las mujeres más bellas de su tiempo: contaba dieciocho años y medio de edad; era de cuerpo majestuoso, tez blanca y rosada y ojos azules y expresivos; tenía el cabello rubio, casi rojo, facciones perfectamente formadas; en cuanto á sus cualidades morales, eran superiores aun á las físicas. Lucio Marineo, capellán del Rey, dice hablando de su sobriedad: "Fue esta excelente Reina gran amadora de virtud; fue abstemia, que vulgarmente decimos, *aguada;* la cual no solamente no bebió vino, más aún, no le gustó jamás." Su instrucción, como dijimos antes, era sólida y general; además, era personalmente valerosa, hasta presentarse sin temor en los campos de batalla, y su nobleza de carácter y energía para llevar á cabo sus empresas, harían honor á un soberano de cualquier siglo antiguo ó moderno.

Fernando, hijo del Rey de Aragón, era un año menor que Isabel, pues no había cumplido todavía dieciocho años; pero manifestaba singular conocimiento del corazón humano, y era amable, cortés y afectuoso con cuantos le trataban. Activo y firme en sus propósitos, no lo era tanto como Isabel, cuya firmeza era incontrastable cuando mediaba el cumplimiento de su deber, en tanto que Fernando sabía ceder cuando encontraba demasiada resistencia. El aragonés era pequeño de cuerpo, pero ágil y muy bien formado, de tez blanca, pero un tanto bronceada por el sol de las campañas; valiente, caballeroso, y dotado de palabra fácil y elocuente. En resumen, la historia no presenta en ninguna parte del mundo una pareja más digna de ocupar un trono, y si en el curso de su reinado Fernando é Isabel cometieron errores y faltas, como fueron el definitivo establecimiento de la Inquisición en sus dominios, y la inhumana expulsión de los moros y judíos, los graves males que estos actos acarrearon al género humano y á la causa de la civilización, deben achacarse más á las ideas del siglo en que existieron, que á la voluntad deliberada de aquellos príncipes. Los gobernantes en todo tiempo obedecen, aunque no quieran, á las ideas y tendencias de su nación y de su época, y la prueba es que en aquel siglo, por regla general, á nadie se le ocurrió censurar unos actos que entonces parecían naturales y hoy calificamos de atroces é inhumanos.

Cuando Enrique IV tuvo noticia de que se había verificado el matrimonio de su hermana con el hijo del Rey de Aragón, manifestó inmediatamente su disgusto, revocando sus anteriores ordenanzas que instituían á Isabel heredera de la corona, y volviendo á nombrar en su lugar á la princesa Juana; cosa que revolvió de nuevo el territorio castellano: revivieron los feudos y se recomenzó la guerra civil, que duró

hasta la muerte de Enrique, acaecida en Diciembre de 1474.

Inmediatamente que se supo este acontecimiento, Isabel, en ausencia de su esposo, se hizo proclamar Reina de Castilla, y juró mantener los fueros de sus Estados. Pero al mismo tiempo los portugueses, persuadidos por el marqués de Villena, hijo del favorito de Enrique, tomaron el partido de la presunta hija del finado Rey, y levantándose en armas entraron en Castilla y se apoderaron de Zamora y de Toro. Sin embargo, en breve llegó Fernando y les atacó con un ejército denodado, aunque inferior al de los invasores, y les venció tan completamente, que quedó el portugués impotente para continuar la guerra.

Aunque aparentemente reconciliados con los Reyes españoles después de aquellas derrotas, Villena y sus adictos levantaron á poco el estandarte de la rebelión y persuadieron al Rey de Portugal á que les ayudase de nuevo; pero á poco fue vencido otra vez, y al retirarse á sus dominios, firmó un tratado de paz en el que prometió desistir de dar protección á la desgraciada princesa Juana, quien viéndose tántas veces juguete de la suerte, se retiró al monasterio de Santa Clara en Coimbra. Allí tomó el hábito de monja y renunció á las vanidades y pompas mundanas, aunque hasta su muerte conservó un simulacro de corte que desazonaba con frecuencia á los Reyes de Castilla.

Desde la terminación de esta guerra Fernando no dejó casi nunca de ser victorioso y feliz en sus empresas, y cuando en 1479 murió su padre y fue coronado Rey de Aragón, principió para él aquel reinado glorioso en que empezó el Imperio español, tan poderoso en el siguiente siglo.

Una vez que Fernando é Isabel estuvieron en paz con el extranjero y vieron tranquilos sus dominios, volvieron su atención hacia el territorio avasallado

por los moros, cuya liberación había sido el persistente anhelo de los reinados anteriores, impacientes con el dominio de los mahometanos, con el que no era posible se aviniese ningún gobierno cristiano.

Desde que en el siglo VIII los árabes se apoderaron de casi toda la península ibérica, los Reyes godos no pensaron en cosa alguna que no fuera tratar de arrancar al infiel el terreno español, logrando hacerlo palmo á palmo y á costa de la mejor sangre cristiana. "Esta guerra, dice el historiador Buckle, tuvo la mayor influencia sobre el carácter español, pues se prolongaba de padre á hijo, y duró por más de veinte generaciones; así, el elemento teológico no solamente era un componente del carácter nacional, sino el carácter mismo."

En los principios del reinado de Isabel los moros ya no tenían en la península sino el reino de Granada, que se componía de un territorio de 150 leguas de círculo, siendo la parte más hermosa y rica de España, con magníficos puertos de mar, ciudades populosas, y cuya civilización era la más artística é importante de cuantas había en Europa, salvo la de Italia. Los soberanos de Granada se mostraron tan amigos de las letras, de las artes y del lujo, que poco á poco fueron descuidando los negocios más importantes y serios de su Estado, atendiendo particularmente á la pompa cortesana de sus fiestas, al lujo de sus vestidos y habitaciones, la habilidad en el arte de trovar, y el manejo de las armas en las justas y torneos, que tenían lugar con suma frecuencia en sitios edificados al propósito para las fiestas que tánto les ocupaban.

Reinaba en Granada por aquella época un rey más guerrero y denodado que los anteriores, llamado Muley-Abul-Hacem, dotado de carácter violento y de gran valor personal. Así, en 1476 rehusó pagar al soberano de Castilla cierto tributo que hacía mu-

chos años se exigía á los de Granada, en cambio de no hacerles la guerra y dejarles gozar en paz del paraíso en que se habían establecido (1). Aquel insulto á la dign dad castellana, fue herida que sintieron vivamente los monarcas, pero tuvieron que sufrirla en silencio en tanto que se preparaban para declarar la guerra al musulmán en la primera coyuntura que se les presentase. Pasaron, sin embargo, cinco años sin que se rompiesen las hostilidades, por lo cual Abul-Hacem, creyendo dormido el valor castellano, determinó en mala hora para él (yendo contra las opiniones de sus consejeros), apoderarse alevosamente de una fortaleza de la frontera, y con esto exasperar la paciencia de los Reyes Católicos, como veremos en el cuadro siguiente.

---

(1) "Cuando fluctuaba el reino de Castilla en medio de las agitaciones intestinas que lo habían combatido anteriormente, requirieron los monarcas castellanos al Rey de Granada con la satisfacción del tributo; y conociendo el sarraceno que en aquella ocasión podía negarlo impunemente, respondió con orgullo: 'Que en Granada no se labraba ya moneda para dar parias (tributo), sino lanzas y dardos para defenderla; que ya eran muertos los que solían pagarlas, y así que en adelante se pagarían á lanzadas.' Quedó entonces sin castigo tan osada respuesta, y aun se otorgó una tregua de tres años, porque así lo exigían las circunstancias."

(*Historia de España*, por Ascargorta).

CUADRO I—1492

La fortaleza de Zahara

I

Erase el 26 de Diciembre de 1481.

La noche había sido tempestuosa y fría, y el viento, la lluvia y la nieve habían batido sin cesar la alta fortaleza de Zahara, situada entre Ronda y Medina-Sidonia, fronteras del Imperio morisco. Colocada sobre una altísima roca difícilmente accesible y poco frecuentada hasta por los pájaros de los vecinos montes, que evitaban aquellas estériles y escarpadas alturas, cubiertas casi siempre por las nubes del cielo, — el peñasco, rodeado de altos muros, torreones, hondos fosos y barbacanas, — levantaba su faz orgullosa al cielo y parecía desafiar al mortal que quisiese escalarla. Así, en los alrededores se decía de la virtud de una mujer, que era cual la fortaleza de Zahara, imposible de asaltar. Pero como á principios del siglo el infante D. Fernando había logrado arrancarla de manos de los moros, y, como arriba hemos dicho, estaba en la frontera enemiga, era en Castilla un grande honor ser Alcaide de aquel sitio fuerte.

La mañana del día en que empezámos nuestra relación, se presentó húmeda y fría, y aun se oían los distantes truenos de la tempestad que había pasado por allí; soplaba el viento; mugían entre las peñas y laderas los torrentes crecidos con las lluvias y destilaban agua las goteras. Una niebla espesa se arrastraba sobre los riscos, dejaba jirones de su manto enredados entre las breñas y rodeaba los torreones más elevados, cuando á deshoras y perezo-

samente salieron á la puerta exterior de los muros que ceñían la población, varios soldados armados, y quitando cerrojos y candados la abrieron de par en par para dejar paso á una cabalgata. Esta, después de atravesar la tortuosa callejuela que llevaba á la puerta exterior de las murallas, empezó á bajar lentamente por la estrecha senda que habían dejado para descender del cerro, considerando que de esta manera era más fácil su guarda. Los pocos habitantes que vivían, — fuera de los soldados de la fortaleza, — en aquella población, tenían sus moradas en excavaciones labradas en la roca viva, habilitándolas de casas, y su existencia era asaz triste y monótona. Sin embargo, en los días de Pascua de Navidad no habían escaseado las diversiones, pasando las noches enteras en bailes y cenatas en unión de la guarnición militar, por lo cual todos, hombres y mujeres, exhibían un aspecto soñoliento y trasnochado, menos un grupo de dos personas que en el momento en que traspasaba la cabalgata el último torreón de la fortaleza, se asomaron á una de las troneras de él: sus frescas y amables fisonomías hacían contraste con las macilentas faces de los demás.

Eran éstas dos mujeres: la una en la flor de su edad y la otra en la primera niñez: dos graciosos, aunque diferentes tipos de la belleza española. La dama era morena, agraciada, de ojos negros y vivos, de cabellera obscura y expresiva y alegre fisonomía: la niña, que apenas contaría seis años de edad, era rubia, blanca y rosada, y en sus azules ojos y largas pestañas crespas aún se veían los rastros de lágrimas vertidas momentos antes, pero lágrimas infantiles que no marchitan ni ajan.

—Alonso! Alonso! exclamó la niña inclinándose sobre las piedras de la muralla; y sacando fuera de ella, á guisa de bandera blanca, su pañuelo atado á una caña, añadió con tierno acento:

—¡Adiós, Alonso, adiós!

Al sonido de aquella vocecita, un niño de poco más de diez años, que pasaba por frente del murallón, caballero en una hacanea de mucho brío que él manejaba con maestría, tiró la rienda de su cabalgadura, levantó los ojos y quitándose el birrete emplumado y empinándose en los estribos, inclinó el cuerpo y saludó con una gracia superior á sus años, diciendo con voz fuerte y robusta:

— María, María! no me olvide vuesa merced, mi señora!

—Alonso, prometisteis volver pronto! gritó María.

—Sí, contestó el niño, y lo cumpliré....

—Adelante, mancebo, adelante! ¿Hasta cuándo os despediréis de esa doncella? gritó una voz á espaldas del niño; vive Dios! que creo que esta es la sexta vez desde anoche!

Retiró la niña la cabeza dentro de la tronera de la fortaleza, y picó el niño su caballo, pero con ímpetu tál, que estuvo á punto de producir un desconcierto completo en el orden de marcha que seguía la cabalgata en la escabrosa senda, por entre las rocas y los riscos, que mas parecía una escalera de piedras superpuestas que camino de cristianos.

Pasó el que había hablado adelante en su pesado corcel de batalla, diciendo entre enojado y divertido:

—Pesia mí! que tál parecería, por cierto, que este rapaz dejara aquí su corazón en poder de la infanta que aún está en mantillas y pañales!

—Así es la verdad! contestó el niño, metiendo las espuelas en los ijares del caballo con tánta violencia, que tuvo riesgo de precipitarse por la roca abajo.

—Qué hacéis, Alonsillo! dijo el otro, agarrando el caballo del niño por la rienda. ¿Acaso queréis acabar con vuestra vida antes de haberla empezado?

—Pluguiera al cielo que así fuese, Mariscal! respondió el niño tratando de ahogar los sollozos y detener las lágrimas.

—¿Pero por qué estáis tan despechado?

—¿No he de estarlo, señor, cuando se me ha notificado que jamás he de volverla á ver?

—Y por qué os lo han dicho? Sabéis el motivo que hay para ello?

—No, sino que María es de nacimiento muy alto, y que tiene que pasar su vida como las estrellas, lejos de los mortales.

—No es por eso solamente, dijo el caballero, sino porque, según me han dicho, su madre hizo voto de consagrarla á Nuestro Señor Jesucristo, y dentro de pocos días la llevarán á un convento de Cádiz ó Sevilla, en donde pasará su vida rezando é interceciendo por su señora madre.

—¿Y os han dicho, señor, quiénes son sus padres? preguntó el niño.

—Eso no lo sé tampoco.... aunque casi lo adivino, por lo mismo que guardan tamaño misterio.

—¿Y esa su madre por qué no hizo voto de consagrarse ella misma á pasar su vida fastidiosa en un convento?

—Entiendo que es una dama de la corte; siendo su padre aún de más alta alcurnia.

—Yo, señor Mariscal, exclamó el niño, también soy hijodalgo, y mi familia nada tiene que envidiar á las más nobles! Eso sí, cuando llegue á casa de D. Luis de la Cerda, duque de Medinaceli....

—¿Qué haréis, doncel?

El niño bajó los ojos y trató de ocultar nuevas lágrimas de despecho al contestar:

—No sé, señor; pero su paje voy á ser, merced á la protección de mi tío, el reverendo padre D. Alonso de Ojeda; y juro aquí no desmayar hasta que conquiste mucha fama con la punta de mi espa-

da, y cuando sea hombre merecer una alta recompensa.

—¿Qué recompensa aspiráis á tener? preguntó el caballero, riendo de la vehemencia del niño. ¿Por ventura algún cucurucho de dulces ó algún vestido bordado?

—No os burléis, Mariscal. ¡Vive Dios! exclamó el niño con inflamados ojos. ¿Creísme tan infantil que no sepa lo que es la vida?... Voy á cumplir once años!

—Once años! Voto á.... No pensaba habérmelas con persona tan respetable, añadió riendo el caballero; pero decidme: ¿qué recompensa pediréis por premio de vuestras futuras fazañas?

—La única que un caballero puede pedir sin bochorno: la mano de su dama, la mano de María!

—¡Válgame el cielo! exclamó el caballero. Y luégo añadió:

—Los niños de este tiempo son admirables, y ya en vez de jugar al toro y á las muñecas, juegan al amor y al matrimonio!

—Señor, yo nací para caballero y no para muñequero.... y desde que me acuerdo he dicho siempre que mi vida será como la de Amadís de Gaula, de Palmerín de Inglaterra, ó por lo menos como la de Reinaldo de Montalván!

—Qué oigo! Ya este niño tiene la cabeza llena de romances! ¿Quién os ha hablado de esos caballeros fabulosos?

—Ah! señor, no diga vuesa merced que no fueron hombres de carne y hueso!... En mi casa, en Cuenca, en las veladas de invierno, un hermano de mi padre, y el señor cura, el Licenciado Torrente, nos leían por turno bellas historias que inflamaban mi corazón con el deseo de imitar á esos caballeros.... Una noche, estando así entretenidos, yo era entonces muy pequeño pero lo recuerdo bien, entró

de repente mi padre con una nodriza que llevaba una niña de pocos meses y le dijo á mi madre que se la traía para que la criara en casa como suya, siendo la niña de nacimiento misterioso y de alta alcurnia. La niña lloraba de frío y nadie la podía consolar, hasta que me permitieron tomarla en mis brazos y dormirla.... Desde entonces, señor, fuimos inseparables, y apenas aprendió á hablar, yo la enseñé que me llamase Alonso ó Amadís, indistintamente, y la consideraba como á mi señora y mi reina, y la llamaba Oriana, como en el romance de Amadís de Gaula, en el que se aman dos niños como nosotros, lo que sin duda lo recordaréis, pues no hay quien ignore lo que reza esa historia. Así, cuando por orden superior se mandó que María viniese á pasar en esta fortaleza el tiempo que debía trascurrir antes de ser recibida en el convento (pues se decía que en Cuenca no estaba bastantemente oculta), yo no quise abandonarla, y mi madre permitió que me viniese acompañándola hasta que vos, señor, pudieseis llevarme al duque de Medinaceli, dejando á mi señora con su nodriza, que es la única que conoce el secreto de su nacimiento en esta fortaleza.

—Decidme, Alonsillo, el futuro caballero andante (dijo el que él llamaba Mariscal), decidme: ¿no iban algunas veces á visitar á la niña personas de fuera?

—Cómo no! Estuvo á verla dos veces un caballero embozado hasta los ojos.

—¿Sería acaso algún hidalgo?

—Debía de ser de alto rango, porque ambas veces fue acompañado por varios caballeros que parecían respetarle mucho. También hará unos seis meses, estando María enferma, pasó á su cabecera una noche una hermosa dama, yéndose al día siguiente con tanto misterio como había llegado, y aunque procuré verla no pude lograrlo.

—Y decidme: ¿tampoco pudisteis ver al caballero embozado?

—A ése sí le vi, ocultándome tras de un mueble, en tanto que acariciaba á la niña; era un caballero ni joven ni viejo, no muy alto, pero de porte real, y tenía la frente ancha, aunque ya empezaba á hacerse calvo.

Sonrióse el Mariscal con aire malicioso y preguntó:

—¿Vestía, acaso, con lujo y ostentación?

—No, al contrario; sus ropas eran sencillas, aunque las de sus compañeros parecían muy ricas y recamadas de oro y pedrería.

—Ah! exclamó el compañero de Alonso, ya no me queda duda!... ¿La voz del caballero era particularmente sonora, clara y algo dura?

—Sí: era como decís.

—¿Tenía ojos claros y brillantes?

—Sí; tánto, que aunque ocultase las demás facciones, su mirada turbaba.

—¿Pero tenía una sonrisa muy amable y hasta afectuosa?

—Efectivamente así era.

—Ya sé quién era.

—Quién, señor?

—Eso, rapaz, no es para oídos infantiles.... pero sabré aconsejaros una cosa, y es que si en la corte veis aquel caballero y le reconocéis, no se lo digáis ni á la almohada; guardad este secreto, sobre todo de la Reina y de sus damas.

—Por qué, señor?

—Porque los secretos de la corte son muy peligrosos, y desgraciado del que los descubre! pueden costarle la vida! Callaos, pues, amiguito, y nunca repitáis á nadie lo que hoy me habéis dicho.

El niño que era, como lo habrá notado el lector, muy precoz para su edad, no contestó nada, sino

que permaneció meditabundo y cabizbajo, hasta que llegando al fondo de la bárranca, tomaron un camino menos escabroso, y atravesando un valle, á poco desaparecieron todos en lontananza; oyéndose por largo rato el paso precipitado de los caballos, el retintín de las espuelas, y el sonido de las armas y armaduras, volviendo luégo á quedar el campo silencioso y solo.

II

Pero antes de proseguir en nuestro relato, bueno será que en pocas palabras digamos quiénes eran los dos interlocutores de la anterior conversación.

El caballero, hombre anciano, aunque de verde vejez, y á pesar de sus años todavía activo, ágil y vivo, llamábase Hernando Arias de Saavedra. Era mal visto en la corte de los Reyes Católicos, por haber tomado parte muy activa entre los adictos á la princesa Juana, durante las guerras de sucesión, llegando hasta el grado de Mariscal. Siendo hombre recio y valiente había sido uno de los últimos en deponer las armas, haciéndose fuerte en aquella posición de Zahara, pero rindiéndose al fin cuando le ofrecieron la vida libre y el cargo de Alcaide perpetuo de la fortaleza, con la condición de no tratar de acercarse á la corte, en donde naturalmente se le consideraba rebelde y se le tenía mala voluntad.

Don Hernando había sido hombre de corte en sus mocedades, pero aunque había encanecido en los campamentos, su natural vivo y sociable se fastidiaba en aquella lejana fortaleza, incomunicado con el resto de la sociedad de sus semejantes, y tan fácil ésta de guardar que no tenía ni aun el halago del peligro. Así, pareciéndole que no había necesidad de su continua presencia en ella, — como se lo habían mandado — se dirigía, sin licencia de sus soberanos,

á Sevilla á verse con su amigo el duque de Medinaceli, quien le había ofrecido interesarse con los Reyes para que le levantasen la prohibición de salir de Zahara, consiguiéndole un empleo en lugar más adecuado á las inclinaciones y al rango que tenía entre los hijosdalgo de Castilla.

Algunos días antes el Mariscal había recibido en la guarnición de la fortaleza á un honrado vizcaíno que le recomendaron como valiente y fiel á toda prueba, quien llevaba consigo á su hermana y á una niña, que ésta había criado, y que por orden superior debería permanecer en aquel nido de águilas algún tiempo. En la compañía del vizcaíno iba el niño Alonso de Ojeda, originario de Cuenca é hijo de un buen vecino de esta ciudad, destinado á ser conducido á Sevilla y puesto al servicio del duque de Medinaceli. Aprovechando la circunstancia de la llegada del vizcaíno, á quien nombró Alcaide de la fortaleza en su lugar, el Mariscal resolvió acompañar á Sevilla al niño Alonso, esparcirse un poco, respirar otro aire menos elevado, y visitar, con el objeto que antes dijimos, á su antiguo amigo el duque D. Luis de la Cerda.

Así, pues, había emprendido el Mariscal aquella jornada muy contento, llevándose una parte de los soldados consigo, y sin pensar que faltaba á su deber, porque dejaba en la fortaleza una muy corta guarnición, bien que era cosa sabida que para guardarla bastaban unos pocos centinelas, tanto más cuanto estaban los cristianos en completa paz con el moro. Decíase, por otra parte, que Muley-Hazem no tenía ya intenciones de guerrear, puesto que sólo pensaba en los deleites y la molicie de una vida regalada, por la cual había abandonado completamente el ejercicio de las armas.

III

Terminó este día cerrando la noche desapacible como las anteriores, envuelta en tempestuosa lluvia y un viento tál que la fortaleza de Zahara, á pesar de tener cimientos tan fuertes, temblaba y retemblaba bajo las impetuosas ráfagas que la batían, acompañadas de heladas lloviznas y truenos que se fueron acercando hasta deshacerse la tormenta encima mismo de la almenada roca, llevando el terror á todos los corazones.

Los habitantes de Zahara trataron de desoír aquel estrepitoso ruido ocultándose en el fondo de sus estancias, y el Alcaide y los soldados de la fortaleza, creyendo que no podía haber mejor defensa contra los enemigos que la furia desencadenada de los elementos, se retiraron á dormir tranquilamente, dejando sólo un centinela en el más alto torreón que defendía la entrada de la ciudadela, de donde con facilidad una sola arma podía tener á distancia á un ejército entero.

El centinela era joven é inexperto, supersticioso é ignorante, de manera que cuando se encontró solo en aquel sitio y se vio rodeado de una obscuridad profunda, iluminada de rato en rato por los fuertes relámpagos que le cegaban, sintióse tan aterrado que se apartó de la abertura por donde había mirado hacia afuera y permaneció inmóvil, presa de uno de aquellos terrores pánicos que á veces siente hasta el soldado más valeroso. Parecíale oír ruidos extraños en los muros exteriores y como voces y conversaciones en voz baja, é imaginó que las ánimas de todos los que habían muerto defendiendo la fortaleza se aprovechaban del desorden de los elementos para irle á asustar. Amedrentado cerró los ojos y permaneció tan confuso y anonadado, que no volvió en

sí sino cuando sintió á su lado el crujir de armas y se vio cercado de bultos que de ninguna manera eran impalpables. Abrió la boca para dar el grito de alarma, pero antes de que saliera el menor sonido de sus labios cayó pasado de parte á parte por la cimitarra morisca de los enemigos, que se habían aprovechado del descuido de la guarnición para escalar los muros y apoderarse de las dominantes torres y explanadas de la fortaleza. Al ruido del cuerpo armado que se desplomaba sobre el pavimento, los soldados de la guardia, que estaba en las cercanías del torreón, salieron corriendo, medio dormidos, á averiguar lo que sucedía, y se encontraron rodeados simultáneamente por multitud de guerreros que les atacaron tan de súbito, que todos quedaron muertos sin haber podido levantar la lanza, aunque sí alcanzaron á dar el alarma.

A los gritos espantosos de ¡el moro! que se difundieron por los aposentos, levantáronse todos los habitantes azorados y confusos y trataron de ocultarse en el fondo de sus moradas; pero todo fue en vano! En breves momentos el Rey Muley-Hazem en persona se había apoderado, no solamente de la fortaleza, sino que dueño de las casas de los desgraciados vecinos de la villa, había mandado que degollasen á todos los hombres encontraran, y los soldados no solamente le obedecieron, sino que mataron á cuantas mujeres y niños hallaron, sacándoles de las partes recónditas de sus estancias para gozarse en darles muerte con refinada crueldad, sin atender á sexo ó debilidad, ni á los gritos y las súplicas de las madres, que arrastrándose por el suelo á los pies de la soldadesca ofrecían su pecho para salvar la vida de sus hijos.... En fin, la noche entera se pasó en escenas de horrible carnicería, como sólo se vieron en aquellos tiempos, cuando se derramaba sangre sin atender al menor sentimiento de humanidad,

ni escuchar nunca súplica ó ruego, ni tener jamás misericordia de ningún sér viviente.

Cuando se acercaba la aurora del día siguiente, viendo el Rey que los suyos estaban fatigados con la sangrienta faena de aquella noche, mandó suspender el degüello, y que á los que quedaran vivos les encadenasen de dos en dos para llevarles como trofeo á su capital, en donde le aguardaban sus súbditos con palmas y regocijos en honor de la victoria sobre los cristianos; citando á sus gurreros en el lugar más abierto de la población para desde allí disponer la marcha á Granada apenas rompiera la luz del día.

Pocos, poquísimos fueron los cristianos que oyeron aquella orden que les daba la vida y les condenaba al cautiverio; así, al llegar la luz sólo encontró un grupo de mujeres y niños medio desnudos que temblaban de frío, de miedo y llorando procuraban cubrir sus carnes con los jirones de sus rotos vestidos y ropas que habían tenido á bien dejarles sus verdugos.

A la puerta de las habitaciones se veían amontonados muebles y otros objetos del uso de los cristianos, que los invasores habían tirado fuera, en unión de los mutilados cadáveres de sus dueños. Arroyos de agua de la que había caído toda la noche se mezclaban con otros de sangre que inundaban las empinadas calles, haciendo resbaloso el suelo, sobre el cual se disputaban los vencedores los despojos de los vencidos.

Después de atender á la guarnición que había de quedar en la fortaleza y disponer el orden de la victoriosa marcha hacia Granada, Muley iba á montar para alejarse de aquel sitio, cuando se oyeron de repente voces destempladas y gritos dentro de la fortaleza, y salió por una puerta un soldado arrastrando á una mujer desgreñada y despavorida, que apretaba contra su pecho á una niña de cinco ó seis años, clamorosa y asustada.

—Ved aquí, poderoso Rey, dijo el soldado empujando á los pies de éste á la mujer y á la niña, que cayeron postradas; ved, señor, á esa mujer que hallé tratando de huír por una puerta excusada!

—¿Y quién es ella?

—Parece que es mujer ó hermana del Alcaide de la fortaleza, que dejó aquí el Mariscal.

—¿Y en dónde está tu pariente? preguntó el Rey dirigiéndose á la desgraciada.

—Le mataron, señor, de los primeros!...

—Bien hecho!... ¿y esa niña es tuya?

—No es.... Pero, oh! señor! amparadla, porque es de alto rango!

—¿Cómo se llama?

—María.

—¿Quiénes son sus padres?

—Es un secreto....

—Hábla!

—No puedo.

—Imbécil! lo mando yo!

La mujer bajó la cabeza y no contestó.

—Mujer! te pesa la existencia? gritó el irascible monarca, poniendo la mano sobre la empuñadura de su sable ó cimitarra.

La desgraciada cautiva se echó á los pies del Rey exclamando:

—Os lo diré, pero á vos no más, señor!

—Hábla, gritó el moro, inclinando el oído con aspecto menos feroz.

La mujer le dijo algunas palabras.

—¿Y la Reina lo ignora? preguntó en voz alta.

—Sí, señor; y, añadió llorando la infeliz, yo había jurado no descubrir el secreto jamás!

—¿Juráisme por vuestro Dios crucificado, dijo el moro, que lo que me acabáis de decir es la pura verdad?

—Sí, exclamó ella levantando la cabaza: lo juro

por mi salvación eterna; yo era la doncella de confianza de la madre de la niña. Podréis obtener un gran rescate si la dejáis la vida!

—Bien, dijo el moro, os tomo bajo mi protección.

Y volviéndose á los suyos mandó que diesen abrigos á aquella mujer y á la niña, y que las condujesen con cuidado y grandes miramientos hasta su propio palacio de Granada, pues de todos los cautivos reservaba aquéllas para sí.

IV

Preparaban, por orden de Muley-Hazem, grandes fiestas, justas, cañas y zambras en la deliciosa ciudad de Granada, y cuando sus habitantes tuvieron aviso de que se acercaban las huestes vencedoras muchos de ellos salieron á las puertas de la ciudad á recibirles con gritos de alegría. Sin embargo, cuando pusieron los granadinos sus ojos en los cautivos, ahogáronse los gritos de contento y alegría en uno de disgusto y universal compasión, pues llegaban aquellas infelices mujeres (pocos fueron los hombres que habían tomado vivos) casi desnudas, sin calzado, ensangrentados los pies con las piedras del camino, desfallcidas algunas de fatiga, de sed y de hambre, y llevando otras sus hijos muertos entre los brazos, pues en su prisa para llegar á Granada el feroz Muley no había permitido que ninguno descansase ni tomase alimento en el camino.

Inútiles fueron los pendones y banderas tomadas á los cristianos que desplegaron los vencedores al entrar, y los gritos de victoria que procuraron lanzar para lucirse ante los granadinos. Apartáronse todos de los crueles vencedores, rompieron sus instrumentos de alegría muchos músicos; las mujeres atropellaron los guardas para ofrecerles bebidas y

alimentos á las cautivas, y recibir en sus brazos á los niños moribundos y llorar con las que habían perdido los suyos en el camino. Toda madre comprende el dolor de otra y sabe compartir con ella su pena.

—La crueldad se paga con la crueldad! exclamó una voz entre la multitud. ¡Ay de Granada, de sus mujeres y de sus hijos! Aguardad la venganza de los cristianos!

El Rey, que esperaba un recibimiento brillante, comprendió su falta al notar el silencio ominoso que reinaba en las calles de Granada, y tomó la vía de la Alhambra enojado con su pueblo, pero sin atreverse á castigar aquella frialdad que le oprimía y helaba como un presentimiento de desdichas.

En tanto continuaba resonando por las calles y penetrando en los alcázares y mezquitas el eco funesto de la voz de un viejo alfaquí, llamado Macer, que recorría la ciudad gritando con acento conmovido y profundo, como Jeremías sobre Jerusalén:

—Las ruinas de Zahara caerán sobre nuestras cabezas! Ojalá mienta yo! Pero el ánimo me da que el fin y acabamiento de nuestro señorío en España es yá llegado!

Confusa y aterrada la población, hombres, mujeres y niños salían de sus habitaciones, y siguiendo los pasos del jeque formaban un coro de gemidos y exclamaciones de dolor en torno suyo, implorándole que no continuase dando voz á sus predicciones sino que al contrario procurase con sus oraciones apartar de ellos la cólera del cielo.

—Nada puedo por vosotros, decía el santón con aspecto de inspirado. ¡Llegó la hora de la desolación! Los alcázares se desplomarán, los hombres dejarán esta tierra de bendición en manos de sus enemigos! Las mujeres y los niños acabarán su vida en el cautiverio y la desolación! Los príncipes se humillarán y el cristiano más infeliz entre nosotros

será ensalzado como el más poderoso magnate! ¡Ay de Granada que no ha querido confiar en Alá sino en su orgullo! ¡Ay de Granada la bella, la rica, la voluptuosa y deleitable!

Una vez que hubo recorrido la ciudad, el jeque subió á la Alhambra, y entrando hasta la presencia misma de Muley-Hazem:

—Ay de Granada! empezó á gritar. La habéis perdido, Rey imprudente! Zahara y sus cautivos son la suerte figurada de Granada! ¡Devolved los cautivos á los cristianos y no continuéis la guerra contra los Reyes de Castilla y Aragón.

—Sacad á este energúmeno de aquí! gritó frenético el Rey. ¡Sacadle y matad á ese alfaquí de mal agüero!

Rodearon al jeque los guardias del Rey, y sacándole fuera de la ciudad le intimaron que no volviese, si no quería perder la vida; pues ellos asumieron la responsabilidad de dejarle en salvo para no descontentar al pueblo que le consideraba como santo y profeta, pero no le aseguraban la vida si se atrevía á entrar de nuevo en Granada.

El Rey moro despreció por igual los avisos del jeque, la opinión de su pueblo y los consejos de sus ministros,—y no solamente guardó los cautivos sino que mandó preparar inmediatamente una expedición contra Castelar y Obera, y despachó mensajeros á las naciones aliadas de Berbería, informándolas que ya había principiado la guerra contra los bárbaros cristianos, pidiendo auxilio para mantener intacto el reino de Granada y el triunfo de la religión de Mahoma en la Península.

CUADRO II—1492

Cristóbal Colón

I

La guerra con los Moros había terminado. Boabdil *el chico* (sucesor de Muley-Hazem), hijo rebelde, esposo cruel, desventurado y débil Soberano, coronó la obra de su vida entregando por último, con las lágrimas en los ojos, las llaves de Granada á los Reyes Católicos: así, después de 800 años de lucha, España volvía á pertenecer entera á la raza goda, quedaban vencidos los sectarios de Mahoma y triunfante la Religión cristiana.

En tanto que en Granada se encerraban á gemir los tristes y míseros rendidos, y que los vencedores, después de ostentar sus pendones y cruces en las torres, se dejaban llevar por la alegría más completa, cierta mañana salía de la ciudad conquistada un hombre á caballo y enteramente solo, al parecer agobiado no solamente por los años sino también por las penas y los desengaños.

Atravesando la vega de Granada, nuestro viajero se dirigía á la ciudad de Córdoba. Este hombre, que rayaba en los 58 años de edad, era de elevada estatura y noble continente: tenía nariz aguileña, ojos claros y expresivos, la forma de la cara larga, los pómulos levantados, la tez blanca y pecosa, el cabello canoso; pero lo que más se notaba en él era cierta dignidad en el porte, que manifestaba costumbre de mandar. Llevaba un vestido muy sencillo y hasta pobre, y la mula en que cabalgaba estaba también ruinmente enjaezada, aunque parecía fuerte y mejor cuidada que su amo.

El caballero atravesaba por en medio del paisaje más pintoresco de Europa; pero no lo miraba, y parecía enteramente distraída y absorta su imaginación en otras escenas lejanas y distintas de las que le rodeaban.

Siguiendo su ruta llegó á una pequeña eminencia, como á dos leguas de Granada, donde se estrechaba el camino antes de llegar al pie de la sierra de Elvira, cuyas rocas presenciaron muchos de los encuentros más famosos entre moros y cristianos durante aquella guerra magna. Al llegar á este punto, el viajero detuvo su cabalgadura, y volviendo la mirada hacia atrás, contempló tristemente la lejana ciudad de Granada, asentada entre palacios, torres, huertas y jardines.

—Y sin embargo, exclamó hablando consigo mismo, yo les hubiera dado imperios muy más ricos que éste que ha costado tánta sangre cristiana, por más que se manifiesten orgullosos con sus victorias!

Cesó en sus meditaciones al ver que llegaba hacia él un caballero que corría á rienda suelta, montado en un magnífico caballo de raza pura árabe, quien parecía hacerle señas de que le aguardase, y momentos después oyó que le gritaba:

—Deteneos! deteneos! De parte de la Reina!

Iluminóse la fisonomía expresiva del viajero con una luz de alegría y satisfacción, y suspirando como el que aligera el pecho de una pena, dijo en voz baja:

—En fin! Dios me ha oído....

El mensajero era un joven de poco más de veinte años, de bizarro porte, de ojos grandes, negros y luminosos, y mirada franca, viva y abierta, frente despejada, boca pequeña y bien formada, sobre la que apuntaba un pequeño bigote negro y sedoso como su rizada melena. Llevaba con desembarazo un rico vestido con los colores del duque de Medinaceli.

Al llegar á abocarse con el viajero, el joven se quitó el emplumado birrete, y besando con respeto un pliego que llevaba en la mano, atado con hebras de seda y sellado con el sello real, dijo al ofrecerlo:

—Miser Cristóbal Colón, traigo esto para vos de parte de mi señora la Reina.

Al tomar el pliego, el anciano se descubrió también y le dio algunas vueltas antes de abrirlo; en seguida rompió el sello y exclamó al leer la primera línea:

—¡Una orden perentoria para que regrese á Santafé! pero.....

—Miser Cristóbal!—dijo el mensajero cuando el otro hubo acabado de leer la carta misiva, y permanecía con ella en la mano con aire meditabundo; además de lo que acabáis de leer traigo un recado verbal de los Reyes,— los que aseguran su real palabra que os concederán todas las mercedes que habéis pedido con tal que no abandonéis la empresa.

—Yo no pensaba abandonarla sino con la vida, contestó el otro, y además tengo el convencimiento de que Dios me concederá tarde ó temprano lo que tánto le he pedido. Hace dieciocho años que no me ocupo en otra cosa, y trabajo en ello sin cesar. ¡Mi fe, mancebo, es tan grande y tan completa que ningún revés puede hacerme desmayar en mi propósito!

—¿Pero ahora no abandonabais la corte y la empresa?

—Esta corte de España sí, pero íbame á buscar la del Rey de Francia; y á pesar de esta orden vacilo aún; bastante me han hecho sufrir aquí en estos siete años que he aguardado, padeciendo mil humillaciones y desprecios!

—Pero ya todo ha cambiado.

—¿Me diréis cómo?

—Merced á los empeños de mi señor el duque de Medinaceli, de D. Luis de San Angel, de D. Alonso

de Quintanilla, y particularmente por los de mi señora la marquesa de Moya, D.ª Beatriz de Bobadilla, que siempre ha sido tan adicta vuestra.

—Sí; ella y otros muchos han visto claro desde un principio. Sin embargo, no puedo regresar á la corte si no tengo la seguridad de que los imperios que conquistaré y descubriré serán considerados como Virreinato, cuyo gobierno obtendré para mí y mis herederos después de mi muerte, y además el título de Almirante de aquellas tierras y mares.

—Se os concederá, señor, el título de Virrey y tendréis las prerrogativas de los Almirantes de Castilla.

—¿Se me permitirá disponer para mi uso personal de la décima parte de los tesoros, piedras preciosas y demás riquezas que se encuentren en aquellas partes?

—Entiendo que sí.

—Y en seguida tendré el derecho de reclamar mientras viva una cuota parte en las ganancias que se obtengan en todas las expediciones que se envíen á aquellas regiones?

—Si así lo estipulasteis se os concederá, contestó el joven.... Pero en tanto que hablamos, señor, se pasa el tiempo, y en Santafé nos aguardan con impaciencia.

—Una pregunta más, repuso Colón, ¿no se me alegaba por ventura la falta completa de dinero para equipar los navíos que pido?

—Así es la verdad, y el Rey don Fernando se negaba á alentar vuestro proyecto, por la pobreza en que estas guerras han dejado el erario real; pero mi señora la Reina, ganada enteramente á vuestra causa, y deseosa sobre todo de contribuír á la conversión de los habitantes de las tierras que decís, exclamó de repente cuando le decían que los tesoros públicos estaban exhaustos: "Yo, en nombre de Casti-

lla, emprenderé esta conquista, y para ello empeñaré mis joyas, si es preciso!"

—Loado sea Dios! exclamó Colón, levantando los ojos al cielo, puesto que al fin se ha dignado tocar el corazón de esta noble soberana, cuyo nombre ensalzarán los siglos más por esa palabra que por cuantas hazañas haya ejecutado hasta ahora!

El mancebo alzó á mirar al anciano inspirado, con profunda admiración, y desde aquel momento tuvo confianza en su fe.

—Marcad mis palabras, Alonso de Ojeda, continuó diciendo el otro; marcadlas, porque algún día las recordaréis: no se pasará un año antes de que yo haya descubierto un imperio para mayor gloria de España, imperio inmenso, repleto de riquezas, de diversidad de naciones y de toda suerte de nuevas invenciones y extraños hallazgos! Los que me acompañarán en este viaje se harán famosos en la historia, y sus nombres tendrán eco de siglo en siglo! No ha sido en vano, os lo aseguro, que he pasado la vida inclinado sobre los planos y los mapas del mundo, y escudriñando las relaciones de los viajeros: no en vano con los ojos del alma he atravesado mil veces los mares para descubrir al otro lado otras tierras y otros mundos incógnitos! Mi espíritu en esos momentos ha sido inspirado por un destello de la luz divina, y me he convencido de que yo he sido llamado á ser el instrumento de salvación para los ignorantes infieles que allí habitan! Por mí conocerán la Religión cristiana y el nombre de AQUEL que bajó á la tierra para nuestro eterno bien y también para el de ellos!

—Ah! señor mío! exclamó el joven con acento de entusiasmo. Pudiera yo seguiros y acompañaros en esta noble y santa empresa!

—Eso será fácil, Alonso; no dudo que vuestro señor, el duque de Medinaceli, os permitirá acom-

pañarme. ¿No fue acaso D. Luis de la Cerda uno de los que primero me protegieron y me dieron acogida y hospitalidad en su regia mansión cuando yo estaba pobre y sin apoyo?

—Así fue, contestó el joven, y durante dos años vivisteis en su casa tan honrado como el que más.

—Y hasta llegó á ofrecerme, repuso Colón, tres carabelas que tenía surtas en el puerto de Santa María, para que con ellas llevara á cabo mi expedición. Desgraciadamente el duque encontró dificultades para obtener el permiso de los Reyes, y le fue preciso retractarse de aquel ofrecimiento; sin eso ya haría más de seis años que las Indias Occidentales hubieran hecho parte del Imperio español. Yo mismo hablaré con el duque y obtendré, no lo dudéis, la merced de llevaros conmigo.

—No hagáis tal, señor! exclamó Ojeda.

—Por qué?

—Porque yo no puedo abandonar la corte.

Colón le miró con extrañeza, y dijo con acento triste:

—¿Me había equivocado, pues, Alonso? Yo pensé que ese fuego y vivacidad que os distingue irían unidos á un ánimo más varonil y aspiraciones más elevadas.

Una oleada de púrpura inundó la faz expresiva del joven, y agarrando con la mano derecha la empuñadura de su daga, exclamó:

—Vive Cristo! caballero. ¿Acaso dudáis de mi valor?

—No tengo por qué, contestó el otro; al contrario, he oído decir que entre muchos supisteis luciros varias veces durante el sitio de Granada. Pero seguramente los halagos y locos devaneos de la corte, y las vanidades y futilezas cortesanas os embargan más la atención que las gloriosas empresas que dan fama.

—No penséis tal cosa, señor, mi motivo es otro.

—Cuál? ¿Acaso no confiaríais en mí?

—En vos confío y en el buen éxito de vuestra empresa, como en la luz del sol, como en los santos Evangelios!

—Entonces qué os detiene?

El joven bajó la cabeza sin contestar.

—Ah! dijo Colón, con una triste sonrisa,—ya entiendo: olvidaba que estáis en la edad de los amores. ¿Acaso alguna de las damas de la corte?...

—Habéis adivinado! repuso Alonso; no puedo sin morir de tristeza dejarla de ver, aunque esa dicha es rara y poco frecuente....Yo amo sin esperanza....

—Si *ella* es esquiva y desdeñosa, contestóle Colón, venced su desdén haciendo famoso vuestro nombre.

—Ella no me mira mal,—al contrario; pero su nacimiento es muy más alto que el mío.

—Acaso no sois hijodalgo?

—Sí lo soy, aunque pobre. Pero ella está tan distante de mis deseos como la estrella que ilumina el firmamento.

—Será acaso alguna infanta?

—Casi, aunque han guardado el secreto de su nacimiento en la corte desde que está en ella. Su suerte ha sido extraña: robada en su primera infancia por los moros en la toma de Zahara, fue criada entre las mujeres de la familia de Muley-Hazem, quien nunca quiso aceptar rescate por ella, pensando dársela á uno de sus favoritos cuando llegara á la edad núbil. En el alcázar morisco creció en belleza y donosura, hasta que un día, hará dos años, en un asalto que dimos á un palacio habitado por algunas moras de alto rango y de la familia del depuesto Rey Hazem, logramos rescatar á mi princesa y á la nodriza que siempre la había acompañado. Su

aspecto noble é inteligente (tendría entonces catorce años), su rubia y blanca belleza, y las palabras castellanas que pronunció, dieron claro á entender que no era mora sino cristiana, tanto más cuando dijo que la llamaban Zulema, pero que su nombre era María.—"María, díjela, ¿acaso seríais la niña perdida en Zahara?"—"La misma," me contestó....

—Luego la conocíais? preguntó Colón.

—Nos habíamos criado juntos. Dime á conocer al momento, y aunque estaba tan niña cuando había pasado á poder del infiel, merced á las conversaciones que había tenido con su nodriza durante aquel largo cautiverio entre moros, se acordaba de mí muy bien y manifestó grande alegría al saber quién era yo. Sin embargo, cuando supo que iba á ser presentada á la Reina, la que según la había dicho su nodriza no debería nunca conocer su existencia, pidió encarecidamente que ocultásemos los de la expedición su nombre y origen á los Reyes, y llevada delante de ellos declaró que se llamaba Zulema y nada más. Entregáronla entonces á las damas del séquito de la Reina para que se la instruyese en la religión cristiana, que ella fingía ignorar. Como dos días después de que volví á ver á María, el ídolo de mi niñez y el objeto de mis más tiernos recuerdos, estaba yo una mañana de guardia cerca de la tienda del marqués de Cádiz, cuando llegó una partida de soldados llevando un moro ricamente vestido y armado, que en una expedición contra el campamento español había combatido como un león y se había dejado cautivar como un cordero, pidiendo que le llevasen ante el marqués de Cádiz, á quien dijo tenía que hacer importantes revelaciones.... Pero, añadió Ojeda volviéndose á su interlocutor, esta relación no es del caso y tal vez os fastidie.

—No, no, repuso Colón; continuad, continuad, que me habéis interesado.

—Bien, pues, dijo el joven: apenas el moro se encontró en la presencia del marqués, cuando dijo con altanería:

—"Soy hijo del gran Ashmed-Aben-Zeragh, y tengo el mismo nombre que mi padre, que fue consejero y amigo del Rey Muley-Hazem, á quien servimos hasta el finamiento de su reinado.

"El marqués no le contestó ni manifestó sorpresa alguna, como parecía esperarlo el moro; así, continuó éste diciendo:

—"Vengo ante vos, marqués, con el objeto de rescatar á una cautiva llamada Zulema, que ha sido apresada hace dos días por vuestros soldados y los del duque de Medinaceli.

—"¿Esa cautiva, es acaso hermana ó parienta vuéstra? preguntó el de Cádiz.

—"Es mi prometida esposa; y estoy preparado para rescatarla, y rescatarla regiamente.

"Después de una larga discusión que yo oí, por estar de centinela á la puerta, el marqués ofreció hablar á los Reyes y pedir á la Reina su consentimiento, puesto que la cautiva estaba entre la servidumbre; y al salir de la tienda me dijo:

—"Os dejo encargado del prisionero.

—"Respondo de él con la vida, contesté mirando á mi rival con no muy blandos sentimientos.

"Al cabo de una hora volvió el marqués y dijo que habiendo sido llamada á la presencia de la Reina la cautiva llamada Zulema, y díchola lo que pretendía Ashmed-Aben, había contestado llorando que suplicaba no la restituyesen al cautiverio, acabando por declarar que era cristiana, cautivada en Zahara, y confesó á la Reina el secreto de su nacimiento, por lo cual ésta, muy conmovida, la había asegurado que no la entregaría á los moros por ningún precio.

"Una ráfaga de concentrada ira desfiguró por un momento las hermosas aunque morenas facciones

del moro, pero tratando de reprimir la expresión de sus sentimientos dijo al cabo de un rato:

—"¿No podríais, señor marqués, llevarme á los Reyes para hablarles personalmente?

—"Si acaso deseáis volver á tocar la cuestión del rescate de Zulema ó María, contestó el de Cádiz, perdéis inútilmente el tiempo.

—"No, repuso el otro; veo que su suerte es irrevocable, y que es inútil hacer esfuerzos para conseguirla;—no, mi objeto es otro. Quiero dar á vuestros Soberanos noticias importantes, y por ellas pedir cierta recompensa que anhelo.

—"Esto lo haréis otro día, dijo el marqués.

—"Lo que deseo revelarles debe ser ahora mismo; después sería demasiado tarde, contestó el moro con energía.

—"En este momento no se puede, porque es la hora de la siesta.

—"Qué! exclamó el moro, ¿son acaso tan afeminados vuestros Reyes que en tiempo de guerra abandonan los asuntos públicos para entregarse al sueño en la mitad del día? Que Mahoma me confunda si no es cierto que lo que tengo de decirles no les va de vida ó muerte!

"El marqués se detuvo pensativo un tiempo y al cabo dijo:

—"Pueda ser que vuestras noticias sean oportunas. Venid conmigo, Aben-Ashmed: veré si podéis hablar con mi señora la Reina, pues ella rara vez se retira á dormir á medio día, sino que se está platicando ó haciendo labor con sus damas.

"El moro inclinó la cabeza sin contestar, pero notéle que apretábase el pecho con una mano y con cierto aire feroz que me dio en qué pensar. Sin embargo, pensé que no tenía ninguna arma, puesto que yo mismo le había visto registrar antes de entrar en la tienda del marqués; sin embargo de esto le seguí,

guardándole la espalda al de Cádiz, y sin quitarle los ojos hasta llegar á la tienda de nuestra Soberana.

"El marqués entró en un compartimento interior, y el moro y yo nos quedamos en el de afuera con varios hijosdalgo y oficiales de la guardia. Noté que Aben-Ashmed parecía escuchar lo que se decía adentro, y que poco á poco se iba acercando á la entrada del otro compartimento. Al llegar allí pidió á un sirviente que estaba á la puerta un jarro de agua; se lo dieron; tomó un sorbo, y dejando repentinamente caer la copa entróse con la precipitación de un relámpago en la estancia vecina, en donde conversaba un caballero con una dama ricamente ataviada, y sin aguardarse ni detenerse en su carrera, el moro sacó una daga que llevaba oculta en el pecho y se arrojó sobre el caballero diciendo:

—"Muére, Rey Fernando, el traidor!

"Después de herirle en la cabeza se abalanzó como un tigre sobre la dama y trató de atravesarla con su daga, aunque no lo consiguió, porque los bordados de su jubón se lo impidieron.

"Todavía no había tenido tiempo de levantar tercera vez el brazo cuando caía el vil moro expirante á los pies de la marquesa de Moya, que era la dama que había tomado por la Reina Isabel, siendo el caballero herido un hijodalgo portugués, llamado D. Alvaro de Braganza. Los guardias y oficiales que entraron en pos del asesino le cosieron á estocadas, pero no murió el infiel sin haber sabido la equivocación sufrida por él y cuán inútiles habían sido los tiros de su venganza.

"Desde aquel día la Reina ha puesto cuidado especial en D.ª María, y la lleva consigo á todas partes, sin permitirla ningún solaz como á las otras damas de la corte; ni puede, como ellas, hablar con los caballeros é hijosdalgo, sino que se ve obligada á llevar una vida asaz triste y retirada. Dicen que la

han notificado que irremisiblemente ha de entrarse de monja, porque su madre, que ya murió, la había consagrado al claustro desde que nació, en expiación de sus faltas y pecados. Aunque rara vez puedo verla, no vivo sino por María, no pienso sino en ella, y no quiero desaprovechar un día de aquellos en que pueda verla y oír el blando eco de su voz. Mientras que luzca en el firmamento mi lucero, no dejaré de contemplarlo: cuando desaparezca, mi vida será lo que Dios quiera. Creo que os he dicho, señor, mi pensamiento con claridad, y os he dado amplias explicaciones....

—Veo que es inútil discutir con vos, Alonso, contestó Colón;—y lo siento, porque en vuestro rostro he visto pintadas las cualidades más propias para salir con felicidad en aventuras como las que busco en otros mundos y en otras zonas.

—Por ventura, repuso Ojeda suspirando, si mi suerte hubiese cambiado antes de vuestra partida, entonces mi vida y mi brazo estarán á vuestras órdenes; antes de perder á María no me pertenezco.

—El amor, respondió el futuro descubridor, es una buena cosa, y sin haberlo tenido algún día de huésped en el corazón, el hombre no vale nada; pero es preciso no dejarse llevar por ese sentimiento hasta olvidar los deberes á que nos obligan el honor, la hidalguía y el culto á Dios.

—Es verdad; pero el amor que siento es tan grande y noble, que inspirado por él sería capaz de ejecutar mayores cosas que las hasta hoy hechas en honor del mismo Dios.

—No blasfeméis, mancebo! el amor de Dios es demasiado sagrado para que os atreváis á compararlo con el de sus criaturas!

Platicando de esta manera, nuestros dos viajeros llegaron á la nueva ciudad de Santafé. Colón entró en casa de un amigo á mudar de traje para presen-

tarse ante los Reyes, y Alonso pasó á la posada del duque de Medinaceli á dar cuenta de su mensaje y avisar el regreso del navegante.

II

La corte de los Reyes católicos era completamente diferente de la de su antecesor Enrique IV; y así como la anterior había sido vana y corrompida, ésta era todo lo contrario, bajo el severo aunque amable dominio de la Reina Isabel, la cual, dice Prescott, poseía la rara combinación de virtudes femeniles que la hacían amar, y una energía viril que producía saludable terror en el culpable. Isabel llevaba á cabo sus propósitos siempre, y á las veces con tánto peligro personal y mayor y más firme decisión que su esposo, que menos franco, lograba con maña lo que ella ejecutaba á las claras y sin rodeos, si pensaba que su deber la llevaba á ello. Ambos Reyes eran parcos y frugales, no solamente en sus vestidos, sino también en su modo de vivir, pues creían que el respeto que se gana con la virtud y el mérito personal es mucho mayor que el que nace de la pompa exterior y boato de una corte; bien que cuando era preciso ofuscar y maravillar al vulgo, ellos sabían presentarse en público con solemne magnificencia y ostentosas ceremonias.

El día en que Cristóbal Colón obtuvo la audiencia á que había sido llamado, la antesala de los Reyes estaba repleta de los principales nobles y magnates de España, quienes aguardaban el resultado de la conferencia que tenía lugar en otro salón entre los Reyes y el "sublime aventurero."

Era por cierto un espectáculo digno de describirse aquella antesala en que se veían los nobles, los literatos, los sacerdotes y los guerreros, que tánto se habían distinguido durante los pasados años y dado lustre á España.

Todos los nobles eran guerreros y no había un hijodalgo que no llevase espada al cinto, ilustrada por proezas y actos de honor en las populares guerras entre moros y cristianos.

Platicaban congregados allí el conde de Benavente; D. Fadrique de Toledo, conde de Alba; los condes de Ureña, de Feria y de Cifuentes; D. Luis de Portocarrero, señor de Palma; el conde de Haro, Adelantado de Castilla; los duques de Alburquerque, de Béjar y de Nájera, todos á cual más famosos en los anales de la guerra; éstos con un lujo ostentoso confundían las telas recamadas de oro y plata de sus vestidos, con los humildes hábitos de los frailes que allí estaban, siendo los últimos, á la verdad, mucho más poderosos en aquella corte que los magnates de más alto rango. Entre ellos estaba uno de los confesores de la Reina, fray Fernando de Talavera, nombrado Arzobispo de Granada, que aguardaba impaciente el fin de aquella conferencia; este fraile era el que más había influído las veces antes para que despidiesen de la corte á Colón, porque le consideraba casi loco, y habíale dicho á su real penitente que aquel cosmógrafo avanzaba doctrinas sobrado audaces y de todo punto contrarias á cuanto habían asegurado los Santos Padres. Con este motivo, no podía menos fray Fernando que manifestarse descontento y hasta herido en su amor propio al considerar que Colón, al fin, había logrado ser recibido por los Reyes, quienes sin duda le ayudarían en su descabellada empresa, desestimando sus consejos.

El nuevo Arzobispo conversaba en voz baja con otros dos frailes de la Orden de Santo Domingo: prior el uno del monasterio de San Pablo de Sevilla, fray Alonso de Ojeda, miembro activo de la Inquisición, y el otro nombrábase fray Tomás de Torquemada, el famoso inquisidor. Rayaba entonces éste en los 70 años, pero no había desmayado un solo día

en su actividad para perseguir á los herejes de los Reinos de Castilla y Aragón, mandando á la hoguera á muchos judíos, mahometanos y sectarios de Lutero. (1)

Fray Tomás fue en un tiempo confesor de la Reina, y aun poseía grande influjo en su ánimo. Acababa de llegar á la ciudad nuevamente conquistada, con el objeto de felicitar á los Reyes y ofrecer sus servicios en la conversión de los nuevos súbditos moriscos.

Estos tres frailes platicaban entre sí, maltratando la reputación de Colón, y criticando con medias palabras la buena opinión que de él tenía la Reina. Pero calláronse repentinamente al notar que se acercaba fray Diego de Deza, tutor del príncipe Juan, que había protegido á las claras á Colón, en unión del prior del convento de la Rábida, fray Juan Pérez, y del Cura de los Palacios, que fue panegirista decidido del descubridor, hasta el fin de sus días.

Más lejos había otros dos sacerdotes, el uno fray Francisco Jiménez, el futuro Cardenal Cisneros, el hombre de Estado de más talentos de cuantos ha tenido España; entonces, como después, se hacía notable por la humildad y severo ascetismo de su vida, lo que producía impresión al lado de los cortesanos ataviados suntuosamente y llenos de orgullo y afectación palaciega. Llamaba sobre todo la atención en contraste con la persona que tenía junto, que era el Deán de la Catedral de Sevilla, Juan Rodríguez de Fonseca, cuyo lujo personal y ligereza de carácter eran proverbiales en la corte; teníanle, además,

(1) Aunque la inquisición había sido establecida en España mucho antes, en el siglo XV había perdido su poder, hasta que la fundó definitivamente y con toda solemnidad la Reina Isabel, más como principio político (dice Guizot) que como medida religiosa. Sin embargo, apenas cayó en manos de Torquemada se fijó su carácter, y se hizo una potencia contra la herejía.

todos por hombre vano, cruel y maligno, cual lo manifestó con profesarle á Colón una enemistad eterna é inmerecida, como después á Cortés y á otros Conquistadores de fama.

Cerca de éstos estaba un grupo de cortesanos que se entretenían oyendo conversar á un hombre de menos de cuarenta años, bien parecido y de bizarro porte, cuyos chistes y anécdotas tenían fama de salados y picantes; llamábase Pedro Mártir, era italiano, vástago de una familia noble de Milán, quien después de haber hecho serios estudios en Roma, pasó á España, patrocinado é introducido en la corte de Isabel por el embajador castellano.

La Reina, que tenía un golpe de vista muy penetrante para conocer los hombres, le instó para que se dedicase á las letras y dejase la carrera de las armas que pretendía seguir,— pero él le suplicó que le permitiese tomar parte en las guerras de Granada. Mártir hizo todas las campañas durante cinco años, hallándose en los principales combates que se libraran contra los moros en la vega de Granada, por lo cual más adelante pudo dar fe como testigo ocular de lo que allí sucedió (1). Celebrándole los chistes, y admirando el talento de su compatriota, veíase allí otro italiano de nombre Lucio Marineo Siculo, también letrado. Tenía encargo de enseñar el latín y la traducción de los clásicos á los jóvenes cortesanos, los que, por orden de la Reina, se instruían en sus horas de ocio, recitando lecciones de Lucio Marineo y de Antonio de Lebrija, sabio erudito.

De los que estaban en aquel grupo no eran los

(1) Después de la conclusión de las guerras de Granada, Pedro Mártir se ordenó y sirvió en la carrera diplomática, desempeñando varias misiones delicadas. Habiendo vuelto á España fue nombrado Deán de la Catedral de Granada, y dedicó los últimos años de su vida á escribir obras importantes acerca del descubrimiento del Nuevo Mundo.

menos notables Alonso Ortiz, canónigo de Toledo, poeta y escritor de mérito; el portugués Arias Barbosa, profesor de la Universidad de Salamanca, llamado á la corte por la Reina para consultarle acerca de la mejor organización de aquel plantel de educación. Además un anciano de más de 70 años, de aspecto venerable, de vez en cuando terciaba en la conversación y era escuchado con respeto: llamábase Alonso de Palencia y era cronista de la corona desde el tiempo de Enrique IV. (1)

Palencia se dirigía de tiempo en tiempo á otro anciano, aun de mayor edad que él, que permanecía en medio de todos callado y meditabundo: era Alvarez Gato, que había logrado hacerse amar de todos los Reyes, desde la época de Juan II, y todavía, á los 80 años, escribía versos que se consideraban de mérito.

De improviso entró un joven al salón y se acercó al grupo de que hablamos: iba vestido con cierta elegancia sencilla, y llevaba los colores del duque de Alba: no llegaba á los 24 años y tenía, aunque juvenil, un porte melancólico y serio, frente alta y serena, ojos grandes, negros y rasgados, labios expresivos, animados por momentos con una sonrisa grave y tierna, y con todo esto un aspecto reposado y digno, que demostraba un nacimiento hidalgo.

—Juan de la Encina! exclamó uno de los circunstantes, ea! ¿y por qué venís tan tarde? Hace una hora que os esperábamos.

—¿Por ventura, preguntó otro, estabais ocupado

(1) Había seguido la fortuna del malogrado Infante D. Alfonso, y á la muerte de éste se unió al partido de Isabel. Escritor muy fecundo, que además de muchos volúmenes de traducciones de los clásicos griegos y latinos, compuso largas crónicas refiriendo lo acaecido en el reinado de Enrique IV. Por entonces estaba ocupado en escribir sus décadas en latín acerca del reinado de Fernando é Isabel.

preparando algún *misterio*, para celebrar la entrada de los cristianos á Granada?

—No; contestó el interpelado, soy demasiado franco para componer *misterios*.

—¿Entonces por qué tardabais?

—Cumplía las órdenes de mis señores los duques de Alba.

—¿Y cuáles eran? ¿Acaso algún discurso en verso?

—Una pastoral para representarla delante del pesebre del palacio ducal.

—Cómo es eso? preguntaron algunos, ¿acaso estamos en Navidad?

—No; pero como no pudimos celebrar el nacimiento de Nuestro Señor, con toda la solemnidad del caso, en el pasado Diciembre, por estar en guerra, mi señora la duquesa ha querido que no por esto dejemos de componer, aunque tarde, el pesebre, y con más boato y magnificencia que otras veces.

—Bien, dijo el amable Palencia, yo gusto mucho de vuestros versos, mi querido Juan, repetidnos algunos de ellos.

—Pero, señor, no me atrevería á ello delante de esta tan escogida compañía.

—No os cuidéis de ello, repuso Palencia, figuraos que estáis en un bosque y que la *encina* es el árbol más fuerte de las selvas, por consiguiente más enhiesto y valioso que nosotros los árboles menores. Por ende, obligado estáis á endoctrinarnos.

—No me haré de rogar, señor, pues vuestra cortesía me esclaviza, y para salir del paso pronto, escuchad estas redondillas que pongo en boca de uno de mis pastores.

Y con soltura repitió aquellas que empiezan así:

Cata, Gil, que las mañanas
En el campo hay gran frescor,
Y tiene muy mal sabor
La sombra de las cabañas.

Cuando hubo acabado muchos exclamaron:

—Bravo! bravo!

—Por mi honor, Juan amigo, juro que no os quedaréis atrás de los Manriques y Santillanas. ¡Vive Dios! que me han gustado tus versos y es preciso que se los recitéis á nuestra señora la Reina que tánto amor le tiene á las cosas buenas. Esto dijo trabando su brazo con el del joven un anciano caballero, D. Gutierre de Cárdenas, hidalgo de clara alcurnia, y que gozaba de la privanza de los Reyes. Era Comendador de León y muy aficionado á la poesía y á los letrados.

Después de que hubieron felicitado todos á Encina, don Gutierre se dirigió á un mozo que había permanecido taciturno y callado, y dijo sonriendo:

—¿En qué piensa D. Pedro de Urrea, que tan negro humor manifiesta? ¿no os provoca también recitar ante esta amable concurrencia alguna de las trovas que habéis compuesto en estos días en que la espada ha permanecido en la vaina por falta de enemigos á quienes combatir?

—Mis coplas, señor, contestó el joven, no valen nada y son poco amenas.

—El hijo del conde de Aranda es muy modesto, por cierto, repuso Pedro Mártir.

—Decid, Pedro, observó D. Miguel de Urrea, su hermano (también aficionado á las letras), decid aquellas coplas que ayer recitabais á algunas damas de la Reina.

—Repito, respondió Pedro, que no valen nada, pero os daré gusto, y empezó así:

En el placiente verano
Do son los días mayores,
Acabaron mis placeres
Comenzaron mis dolores.

Cuando la tierra da yerba
Y los árboles dan flores,
Cuando aves hacen nidos
Y cantan los ruiseñores:

Cuando en la mar sosegada
Entran los navegantes,
Cuando los lirios y rosas
Nos dan buenos olores,

Y cuando toda la gente
Ocupados de calores
Van aliviando las ropas
Y buscando los frescores,

Do son las mejores horas
Las noches y los albores;
En este tiempo que digo,
Comenzaron mis amores.

De una dama que yo vi,
Dama de tántos primores
De cuantos es conocida
De tántos tiene loores;

Su gracia por hermosura
Tiene tántos servidores,
Cuanto yo por desdichado
Tengo penas y dolores.

Donde se me otorga muerte
Y se niegan favores,
Mas nunca olvidaré
Estos amargos dulzores,
Porque en la mucha firmeza
Se muestran los amadores.

Todos elogiaron con sincero aplauso aquella sentida composición, y cada cual le dijo alguna lisonja en demostración de que estimaba el mérito de las coplas.

—Por cierto que son bellas! exclamó Gonzalo de Córdoba, terciando en la conversación; pero si son bellas, quisiéramos saber también quién es la

dama que las ha inspirado, y así podremos juzgar mejor del mérito de la poesía.

Chocóle á Pedro de Urrea el tono del ostentoso Capitán, que pensaba que todo le era permitido á fuer de valiente y de gozar de la amistad de los Reyes, quienes les distinguían particularmente.

—Eso no es del caso D. Gonzalo, dijo el poeta,—ni es de hidalgos proclamar ante el público el nombre de la reina de nuestro corazón,—y sorprende que vos, señor, que sabéis cuán sagrado es el nombre de la persona adorada, me lo preguntéis.

Todos se fijaron en el que después se hizo tan famoso en Italia bajo el nombre del GRAN CAPITÁN, y le vieron muchos con sorpresa sonrojarse y bajar la vista, cuando aguardaban que las palabras de Urrea despertaran su resentimiento. Otros, que sabían lo osado de la alusión del poeta, temblaron de que aquello tuviera consecuencias más serias, pues se susurraba en la corte que Gonzalo de Cordoba miraba á la Reina Isabel, su señora, con más ternura y admiración de la que convenía á un vasallo (1); secreto sentimiento que él guardaba en lo más íntimo de su alma, y con sobrada razón, porque jamás se llegó á dudar ni un segundo de la excelsa virtud de la Reina, á la que, si era cierto aquel sentimiento de Gonzalo, tenía que ofender sólo con la sospecha de que existiera. Por lo cual le hubiera podido hasta costar la vida al que se atreviese siquiera á imaginarlo.

Hallábase entonces Gonzalo de Córdoba en toda la fuerza de la edad varonil; de gallarda apostura y de formas simétricas, tenía los modales más nobles é hidalgos que podían verse en aquella corte; además, siendo muy adicto á la ostentación, no solamente en el vestido sino en todo lo que tocaba á su persona,

(1) Véase *Vida del Gran Capitán*, por D. Manuel José Quintana.

su casa era la mejor puesta y adornada del reino. Llamábanle en la corte *el príncipe de los caballeros*, y era efectivamente el hombre más valiente y más galante y magnífico de aquella época, en que todo hidalgo era guerrero, y todo guerrero un héroe. (1)

Gonzalo de Córdoba se honraba con tener por hermano y mayorazgo de la familia á D. Alonso de Aguilar, cuyas proezas en las guerras de Granada andan escritas en muchos libros y aun las cantan los aldeanos de Andalucía y las recuerda todo español. D. Alonso era más prudente y tenía mayor juicio práctico que Gonzalo, y á fuer de ser el mayor, le sacaba con frecuencia de los apuros que le causaban su genio aventurero y amor al esplendor,—y mientras vivió fue siempre su ángel tutelar. No sabemos en aquel momento cómo hubiera salido Gonzalo de tan penosa situación, si su hermano no lo llamase aparte, en nombre del Arzobispo de Toledo, que necesitaba hablar con él, y momentos después ambos hermanos se confundieron en el grupo que rodeaba al Arzobispo-Cardenal, privado y director predilecto del Rey D. Fernando, por lo cual le llamaban *el tercer Rey de España.*

---

(1) Hé aquí una anécdota que refiere Prescott, que no podemos resistir á la tentación de trascribirla por ser característica de aquel tiempo. Cuando la Reina fue hasta el borde mismo del buque que debía llevar á Flandes á la princesa Juana, —á contraer matrimonio con el archiduque Felipe,— y volvía embarcada en un bote que no pudo arrimar á la playa —los marineros dijeron que sería preciso levantar en brazos á la Reina y á sus damas para ponerlas en tierra. Oyóles Gonzalo de Córdoba, que estaba en la playa ricamente ataviado con un vestido completo de terciopelo carmesí recamado de oro, y metiéndose entre las olas del mar hasta la cintura, sin hacer alto en su traje, levantó á Isabel en sus brazos, con todo el respeto debido á una Reina, y la puso sana y salva en tierra. Este hecho de galantería recuerda el de la capa del inglés Walter Raleigh y la Reina Isabel de Inglaterra, pero el español demuestra mayor espontaneidad y desprendimiento.

El Cardenal D. Pedro González de Mendoza había contribuído en mucho á la unión de las coronas de Castilla y Aragón y al engrandecimiento del reino español. Este grande hombre era magnífico en su porte y en su modo de vivir, pues mantenía en sus numerosos palacios miles de hombres de armas, de pajes y de domésticos. Gastaba sus enormes rentas en proteger las letras y los institutos de caridad. En 1492 contaba sesenta y tres años de edad y sintiéndose muy achacoso, hizo llamar á la corte al franciscano Jiménez de Cisneros, en cuyo talento confiaba, y después de recomendarle á la Reina como su confesor y consejero, le suplicó al tiempo de morir,—tres años después de aquél en que nos hallamos,—le nombrase su sucesor en el cargo de Arzobispo de Toledo y Ministro de Castilla.

Entre los cortesanos que rodeaban al Arzobispo había tres que se habían hecho notables particularmente en las guerras con los moros, además de su alto nacimiento y extraordinarias proezas. El primero era el famoso marqués de Cádiz, D. Rodrigo Ponce de León, el que se había manifestado intrépido hasta la temeridad en los campos de batalla; impaciente siempre; activo y quizás feroz frecuentemente; pero muy consagrado en todo tiempo á la religión y á la patria, y por último, tierno y compasivo con las mujeres y los vencidos. Poseía el marqués las propiedades más fértiles y ricas de Andalucía. Sus disputas y riñas á mano armada con el duque de Medina-Sidonia,—feudos hereditarios en ambas familias desde tiempo atrás,—se hicieron en 1482 tan violentas y desastrosas, que los vasallos de uno y otro señor bendijeron las guerras con los moros porque éstas hicieron variar el objeto de las hostilidades de ambos guerreros. Desde la toma de Alhama, no solamente se aliaron los hidalgos sino que se juraron una amistad eterna.

Enrique de Guzmán, duque de Medina-Sidonia, era uno de los señores más ricos y poderosos de España, y este era el segundo magnate á que nos referimos. De sus propiedades casi no conocía él mismo sus límites, propiedades que le producían una renta que pasaba de 60,000 ducados. La parte de las tropas que seguía su pendón, eran costeadas por él, pudiendo llevar á las guerras gente levada en sus Estados no más, siendo este ejército poco menos numeroso que el de sus soberanos.

Entretenidos conversaban estos dos antiguos rivales con el duque de Medinaceli, D. Luis de la Cerda. Como sus compañeros, este poderoso señor era dueño de inmensos caudales y de castillos, tierras, ciudades, villas y aldeas que no reconocían otro dueño. D. Luis de la Cerda se titulaba seis veces duque, diez veces marqués y doce veces conde. Andaba siempre rodeado de un séquito de caballeros, pajes, escuderos y sirvientes, gastando más boato y esplendor que muchos reyes de aquel tiempo. Era valiente, altanero, generoso y galante, pero á veces se manifestaba duro, cruel é intransigente como todo Señor feudal. Sin embargo estos eran pocos yá en España, merced á la política de los Reyes Católicos que trabajaban sin cesar en arrancarles sus prerrogativas.

En torno de estos señores veíanse los dos Mendozas: el duque del Infantado, Iñigo López, y D. Diego López, conde de Tendilla; tan poderosos ambos como ricos y valientes; además, el conde de Cabra, Diego de Córdoba, cuyos hechos de armas, *como Alcaide de los donceles*, se celebraron entonces en los cantares populares, que aún conoce el pueblo español, y no olvida repetirlos.

Más lejos se hacían notar los grandes maestros de las órdenes de Santiago, Calatrava y Alcántara. El de Santiago con el manto blanco de su orden, y

sobre el puño de su espada tenía engastada la concha distintiva, igual á la del pendón del Santo. Todos tres caballeros eran tan valientes como el Cid, y sus proezas necesitarían volúmenes para referirlas. (1)

Un tanto apartados de los demás, y al pie de una ventana, conversaban dos caballeros de diferentes edades y aspecto, pero que por una casualidad llevaban el mismo nombre y apellido; circunstancia que ha producido en la historia y hasta entre sus contemporáneos muchas equivocaciones. Ambos se llamaban Hernando del Pulgar; pero el más viejo rayaba en los setenta años y era hombre aficionado á las letras y á la vida tranquila; en tanto que el otro no había cumplido cuarenta años y era un soldado heróico y denodado, cuyo placer se cifraba en la vida de los campamentos y en las aventuras peligrosas.

El primer Hernando del Pulgar ejercía el cargo de Secretario, consejero y cronista de la corona. Se había criado en la corte de Juan II; en el reinado de Enrique IV empezó á manifestar su talento de escritor y después le distinguieron mucho los Reyes Católicos. A la sazón, por órden de Isabel, escribía la crónica de su reinado hasta la toma de Granada. Además fue autor de una colección de biografías de los personajes más célebres de su tiempo.

---

(1) La orden militar de Santiago, dice Conde que fue instituída á imitación de las que tenían los moros con el nombre de Caballeros *fronteros*, los cuales hacían votos de guardar la frontera contra los cristianos. En sus principios no tuvo otro objeto (como los Hospitalarios de Jerusalén) sino el de proteger á los peregrinos que iban á orar sobre el sepulcro del Santo, en Compostela. Pero en 1175 se organizó la orden definitivamente, la que debía tener propiedades comunes, pero no obligaba el celibato á los caballeros de ella. No así los miembros de la orden de Calatrava, que debían jurar perpetuo celibato y guardar costumbres muy rígidas,—la de Alcántara estaba subordinada á la de Calatrava, y las tres juntas formaban una gran potencia en el reino, muy temible para los reyes, pues eran dueños de innumerables castillos, fortalezas y plazas fuertes, y los caballeros obedecían en primer lugar á sus jefes y sólo en segundo á sus reyes.

El Hernando militar llevaba por divisa "el pulgar quebrar pero no doblar," y sus compañeros le apellidaron *el de las hazañas* para distinguirle del cronista. Colmado de honores por sus maravillosas proezas en el sitio de Granada, llevaba sin arrogancia el título de marqués del Salar que le confirieron los Reyes Católicos,—título que aun se conserva en España entre sus descendientes.

—Asegúrase, decía Hernando *el de las hazañas*,—dirigiéndose á su tocayo,—que en breve tiempo daréis á la estampa algunas de vuestras obras.

—Así lo haría, por cierto, contestó el otro, si fuesen menores las dificultades que se presentan en este reino para hacer uso de la imprenta, arte que no se aclimata entre nosotros fácilmente.

—Esto me sorprende ¡vive Dios! exclamó el militar, puesto que mi señora la Reina, desde el primer año de su reinado, mandó traer alemanes expertos en la materia, para que planteasen ese arte en Castilla.

—Sí, contestó el cronista, y hay yá imprentas en Toledo, Madrid, Valencia y quince ciudades más, pero....

—¿Pero qué?

—Nuestra santa Inquisición, respondió el otro bajando la voz, ha puesto ciertas trabas á las publicaciones, y de los muchos requisitos que es preciso hacer para lograr el permiso, nacen las dificultades de que os he hablado.

—Esa medida es conveniente, repuso el guerrero, mirando con cierta desconfianza á los dominicanos que tenía cerca; porque dícese que las herejías propagadas en Alemania provienen en gran parte de las obras impresas,—pero, añadió, bien lo creo, que de vos no desconfiarán.

—A Dios gracias que no! sin embargo siempre la obra impresa da mucho que hacer, y mi edad y mis

achaques no me permiten dedicarme á ello como quisiera. (1)

—Ah! por vida de Cristo! que la invención de alemán Gutenberg es cosa brava y curiosa! Y os aseguro que si pudiera manejar la pluma con la facilidad que vos, ó como empuño la espada, yo también trataría de que imprimiesen algún libro escrito por mí, en el cual procuraría describir los hechos de armas que he visto hacer á mis compañeros. (2)

—Y en primer lugar las vuéstras, observó el cronista.

—Esas no me tocan relatarlas, sino dejarlas á cargo de otro, si á bien lo tiene algún amigo, repuso el militar; que no es propio de un hidalgo que se estima elogiarse á sí mismo.

—Eso ya está hecho, dijo el otro, pues se han compuesto baladas recordando varias de vuestras proezas.

Interrumpió la plática de los Pulgares el ruido que hicieron al abrirse las puertas de la contigua cámara, en la que conferenciaban los reyes con Colón, y la salida por ellas de un risueño paje de unos catorce años, vestido con la librea del príncipe de Asturias. El paje, echando una rápida mirada á la concurrencia, se acercó al Cardenal de Mendoza y á algunas otras personas y les avisó, de parte de los reyes, que era yá la hora de que se llegasen á ellos.

En tanto que los escogidos entraban á la sala de audiencia, uno que no había sido llamado detuvo al paje preguntándole:

---

(1) Las obras del cronista Pulgar no fueron publicadas sino después de su muerte, en 1500, y eso no completas.

(2) Hernando del Pulgar, *el de las hazañas*, á instancias del Emperador Carlos v, dio á la estampa en Sevilla una vida de su más predilecto amigo, el Gran Capitán, en 1527, la que fue hallada y republicada por el célebre literato Martínez de la Rosa.

—Díme, Gonzalo de Oviedo: ¿Colón ha obtenido por fin lo que deseaba?

—Sí, señor, contestó alegremente el futuro autor de la *Historia General de Indias*, é inmediatamente van á firmar las capitulaciones.

III

Sentados en altos sitiales y bajo un solio, sin mayor ostentación, los Reyes Católicos estaban rodeados de las personas más íntimas y de sus respectivos válidos y criados.

Al pie del trono veíase á Colón, en pie, cerca de una mesa cubierta de mapas y planos: tenía á su lado á sus más adictos partidarios y amigos, como D. Alonso de Quintanilla y D. Luis de Santángel, tesorero general de Castilla el uno, y el otro tesorero eclesiástico de Aragón.

Al ver entrar al Cardenal de Mendoza el camarero mayor del Rey, D. Juan de Cabrera, muy amigo de Colón, se apartó de la mesa, y acercándose precipitadamente al Arzobispo le dijo con aire alegre, aunque en voz baja:

—Hemos vencido, Ilustrísimo señor, hemos vencido al fin!

El Cardenal le contestó con una señal de satisfacción y pasó con sus compañeros, inclinándose ante los reyes y aguardando sus órdenes.

La Reina Isabel no era yá joven, pues había pasado de los cuarenta años, pero el tiempo no había empañado aún la limpidez y el brillo de sus ojos azules, ni dañado sus abundantes cabellos, cuyo tinte, de oro rojizo, decía bien á la color de su tez, y en cierta manera realzaba la majestad de su apostura noblemente agraciada. Aunque vestida casi con sencillez, descollaba entre sus damas, como el lucero

en medio de sus satélites, por la gentileza de su porte y dignidad de sus modales regios.

En el Rey los años habían causado mayores estragos, á pesar de ser menor que Isabel. Veíase que el sol y las fatigas de la guerra habían tostado su tez y casi desnudado de cabellos su cabeza; de suerte que la frente alta que le distinguía, se juntaba con la calva, y le daba un aspecto severo de vejez prematura que le hiciera parecer áspero y desapacible, si su mirada penetrante y juvenil no corrigiera aquel defecto. Del mismo modo el sonido de su voz, metálica y sin modulación, se olvidaba cuando discurría algún rato, porque tenía elocuencia natural y sabía agradar á sus oyentes, escogiendo siempre á tiempo las frases que más podrían gustarles.

Entre las damas de la Reina brillaba, en primer lugar, una matrona de años maduros, compañera y amiga verdadera de la Reina desde su primera juventud, y la más fervorosa panegirista de Colón: llamábase D.ª Beatriz Fernández de Bobadilla, marquesa de Moya,—mujer no solamente virtuosa é inteligente, sino además tan valerosa, que una vez ofreció defender la libertad de su señora con puñal en mano, para evitar que Enrique IV la casara contra su gusto. Al lado de esta dama se encontraban dos jóvenes parientas del futuro historiador de las *Guerras de Granada*, D. Diego Hurtado de Mendoza, y del Gran Cardenal, ambas hijas del Conde de Tendilla: la una era D.ª María Pacheco y la otra era la Condesa de Monteagudo; una y otra aficionadas á las letras é instruídas como todos los miembros de aquella familia. Cerca de éstas veíanse espléndidamente ataviadas á D.ª María Manrique (esposa de Gonzalo de Córdoba), las marquesas de Villena y de Santillana y otras damas de gran valía y virtud.

Entre las más humildes del séquito de la Reina estaba presente D.ª Beatriz de Galindo, llamada *la*

latina por sus conocimientos en aquella lengua, que ella enseñó á muchas damas de la corte, y aunque entonces, aún muy joven, su instrucción era notable (1). A su lado, y no poco sorprendidas de verse en aquella corte, estaban D.ª Lucía de Medrano y D.ª Francisca de Lebrija, hija del insigne gramático la primera, *profesora* de clásicos en Salamanca, y la segunda maestra de retórica en la Universidad de Alcalá con grande aplauso de cuantos la oían: entrambas llamadas á la corte de Isabel para tratar de organizar con sus consejos cierto colegio que la Reina quería fundar en los dominios recién conquistados. El saber de estas damas prueba que en aquella época la instrucción de la mujer en España era mucho más esmerada y liberal de lo que fue después, particularmente bajo las ominosas dinastías austriacas y borbónicas.

Detrás del asiento que ocupaba Fernando el Católico estaban en pie varios caballeros, sus privados y consejeros íntimos. El principal de éstos era Andrés de Cabrera, marqués de Moya y esposo de D.ª Beatriz de Bobadilla, el cual gozaba al lado del Rey la misma importancia que tenía su mujer en la intimidad de la Reina. Otro era Juan Chacón, *espejo de caballeros* como le llamaban, Adelantado de Murcia y Contador Mayor de la corona, dueño de una gran fortuna, lo que no obstaba para que con Blasco de Aragón, señor de Sastago, Juan de Abadía y otros grandes de primera clase se desviviesen por obtener la privanza del Rey, pero más que los otros Abadía, por cuanto que no era bien mirado á causa del borrón que llevaba su estirpe, habiendo sido su abuela una rica *judía*.

---

(1) Después de la muerte de la Reina Isabel, Dª Beatriz se retiró á Madrid, en donde fundó un hospicio llamado *de la latina*, y compuso interesantes comentarios y algunas poesías en latín.

Estos caballeros sabían que Fernando desestimaba el proyecto de descubrimiento de Cristóbal Colón, en el que había tenido que convenir sólo para dar gusto á la Reina, y por lisonjear á su Señor ellos también manifestaban cierto desdén por el navegante en sus palabras y en sus miradas.

Cuando se hubieron colocado en sus respectivos puestos los nobles llamados á la presencia de sus soberanos para que fuesen testigos de las capitulaciones que se iban á firmar, la Reina dijo al Escribano que leyese en alta voz lo que le habían mandado escribir.

Este, puesto de pie delante de los Reyes, leyó un pergamino que decía:

CAPITULACIONES ENTRE LOS SEÑORES REYES CATÓLICOS Y CRISTÓBAL COLÓN (1)

(1) "Las cosas suplicadas é que vuestras Altezas dan y otorgan á D. Cristóbal Colón, en alguna satisfacción de lo que ha de descubrir en los mares Océanos y del viaje que agora, con ayuda de Dios ha de hacer por ellas en servicio de vuestras Altezas, son lo que sigue:

"*Primeramente:* que vuestras Altezas, como Señores que son de las dichas mares Océanas, fagan desde agora al dicho D. Cristóbal Colón su Almirante en todas aquellas islas é tierras firmes, que por su mano ó industria se descobriesen ó ganasen en las dichas mares Océanas, para durante su vida y después dél muerto á sus herederos é sucesores, de uno en otro perpetuamente, con todas aquellas preeminencias y prerrogativas pertenecientes á tal oficio é según que D. Enríquez, vuestro Almirante mayor de Castilla é los otros predecesores en dicho oficio lo tenían en sus distritos."

—¿Place á sus Altezas? preguntó el escribano.

—Sí, dijeron ellas.

El escribano entonces firmó la cláusula: *Juan de Coloma.* Esta ceremonia tuvo lugar en cada párrafo de las diferentes cláusulas de aquel documento.

"Otro sí": continuó leyendo, "que vuestras Altezas facen al dicho D. Cristóbal Colón su Viso-rey y Gobernador general en todas las dichas islas y tierras firmes, que como dicho es él

Al acabar de leer las capitulaciones el escribano se acercó á los Reyes, y poniendo una rodilla

---

descóbriese ó ganase en las dichas mares; é que para el seguimiento de cada una y cualquier dellas faga él elección de tres personas para cada oficio: é que vuestras Altezas tomen y escojan uno, el que más fuese su servicio, é así serán mejor regidas las tierras que nuestro Señor le dejará fallar é ganar á servicio de vuestras Altezas."

"Item: que todas y cualquiera mercaderías, si quier sean perlas, piedras preciosas, oro, plata, especiería é otras cualesquier cosas é mercaderías de cualquier especie, nombre ó manera que sean, que se comprasen, trocasen, fallasen, ganasen é hobiesen dentro de los límites del dicho Almirantazgo, que desde agora vuestras Altezas facen merced al dicho D. Cristóbal, y quieren que haga y lleve para sí la decena parte de todo ello, quitadas las costas todas que se ficieren en ello. Por manera, que de lo que quedare limpio y libre haga y tome la decena parte para sí mismo, y faga della su voluntad, quedando las otras nueve para vuestras Altezas."

"Otro sí: que si á causa de las mercaderías que él traerá de las otras tierras, que así como dicho es, se ganaren ó descubrieren ó de las que se truequen de aquellas se tomarán acá de otros mercaderes, naciere pleito alguno en el logar donde el dicho comercio é trato se terná y fará ¿que si por la preeminencia de su oficio de Almirante le pertenecerá cognocer de tal pleito? Plega á vuestras Altezas que él ó su Teniente, y no otro Juez, cognozca de tal pleito, é así provean desde agora."

"Item: que en todos los navíos que se armasen para el dicho trato é negociacion, cada y cuando é cuantas veces se armasen, que pueda el dicho D. Cristóbal Colón, si quisiere, contribuír é pagar la ochena parte de todo lo que se gastase en el armazon, é que tambien haga y lleve del provecho la ochena parte de lo que resultase de la tal armada."

"Son otorgados y despachados con las respuestas de vuestras Altezas en fin de cada un capítulo, en la Villa de Sancta Fe de la Vega de Granada, á diez y siete de Abril del año del nacimiento de Nuestro Salvador Jesucristo de mil é cuatrocientos é noventa y dos años."

en tierra dioles á firmar el documento á uno y otro (1).

Entonces Colón pidiendo primero permiso de hablar y dirigiéndose á los Reyes dijo:

—Pido de vuestras Altezas una promesa más, la que no está estampada en las Capitulaciones, pero bástame vuestras reales palabras para quedar plenamente satisfecho.

—Hábla,—dijo Fernando frunciendo las cejas con ceño desabrido.

—Que me sea permitido emplear todas las ganancias que se obtuvieren de esta mi empresa en la conquista de Jerusalén,—dijo Colón.

—Me place,—dijo la Reina con amable sonrisa,—y así se hará si Dios lo permite.

—Otro tanto digo yo,—añadió Fernando,—si acaso se lleva á efecto vuestro descubrimiento,—y al hablar también se sonrió pero desdeñosamente.

Acercáronse los nobles y magnates á los soberanos y despidióse Colón de su presencia, acompañado por sus amigos y admiradores.

Alonso de Ojeda, que estaba entre la comitiva del duque de Medinaceli, le vio salir triunfante y dijo para sí con tristeza:

—Oh! María, María! Cuán caro me cuesta el insensato deseo de veros y que vuestra mirada se fije en mí tal cual vez en el año!... Cuán orgulloso me sentiría yo también si pudiese atravesar los mares en compañía de aquel grande hombre y buscar sublimes aventuras en otras regiones.... Yo no nací para vivir en la corte, sino para andar por el mundo y gastar esta energía que bulle en mí, en empresas peligrosas pero grandes y excelsas, y hacerme famoso por mis hazañas y hechos heroicos!

---

(1) Trece días más tarde se le expidió á Colón, por orden de los Reyes, el título de Visorrey y Gobernador de las Islas y Tierra firme que descubriere.

CUADRO III—1493

María

I

Hay un antiguo adagio español que dice: "Toledo en riqueza, León en sutileza, Salamanca (ó Burgos) en fortaleza, Sevilla en grandeza"; otro que añade: "Quien no ha visto á Sevilla, no ha visto maravilla"; y hablando de las Catedrales de España, dicen: "la de Sevilla, la grande, la de Toledo, la rica, y la de León, la bella." Y efectivamente no hay quien no haya oído hablar de la soberana magnificencia y esplendor de arquitectura de la Catedral de Sevilla, la cual con algunas variaciones, no todas de buen gusto, es ni más ni menos que la mezquita musulmana, uno dè los monumentos más espléndidos que nos ha tegado la Edad Media. Fue edificada por un arquilecto árabe llamado Geber; mide de largo más de 135 varas castellanas, de anchura más de 90 y de altura 42 varas. Tiene 9 puertas, 82 altares en los cuales se decían en el siglo XV, 500 misas diarias; la custodia pesaba 20 arrobas de plata; tenía 25 campanas (la mayor de ellas pesaba 100 quintales); 262 lámparas de plata, en las cuales ardían 800 arrobas de aceite, y otras tantas de cera se gastaban por año; el cirio pascual pesaba 82 arrobas. Entre los muchos tesoros que entonces encerraba la Catedral mostraban las famosas tablas Alfonsinas, que son de plata, oro y piedras preciosas; la llave de plata que presentaron al rey Fernando, el Santo, cuando éste se hizo dueño de Sevilla; un San Leandro de plata y un San Isidro del mismo metal, ambas imágenes sobre altares de plata maciza. Cada una de las 80 ventanas de vidrio pintado, había costado 1,000 ducados, y hoy encie-

rra, además, magníficas pinturas de Murillo, Velásquez, Zurbarán, etc. En aquel tiempo el Arzobispo de Sevilla gozaba de una renta anual de 120,000 ducados y otros aprovechamientos.

La principal entrada á la Catedral se hacía entonces por un patio que hoy llaman *de los naranjos*, en el cual ha quedado una de las fuentes en que el musulmán hacía sus abluciones antes de ingresar al templo. El patio era de por sí muy bello, embaldosado de mármoles y sombreado por muchos naranjos olorosos; desde él se veía levantarse en todo su esplendor la famosa torre de la Giralda, que antiguamente hacía parte de la mezquita, pero que está hoy enteramente separada del edificio de la Catedral. La torre es de forma cuadrada, lleva por lado un poco más de 16 varas, y se compone de dos partes superpuestas: la inferior es de construcción arábiga y la superior fue edificada por los cristianos para poner campanas. En el siglo XV no tenía aún el globo dorado que hoy corona el edificio y que brilla como fuego á la luz del sol, llevando encima una aérea estatua de la Fe, de bronce, que irónicamente sirve de veleta.

En la época á que aludimos estaban construyendo el último balconcillo en la parte más elevada del segundo cuerpo de construcción, á más de 100 varas del suelo, al cual se sube por rampas suaves, sin escaleras; por manera que podría llegarse hasta la parte más elevada á caballo ó en coche, si la puerta de entrada no fuera tan pequeña (1).

Desde aquella altura se abarca en su totalidad la hermosísima ciudad situada en las orillas del Guadalquivir, rodeada de las campiñas más fértiles de la Península, y ceñida por la famosa muralla construída por los romanos.

---

(1) Parece que Isabel II tuvo una vez el capricho de subir en coche hasta la cumbre de la Giralda, lo cual llevó á cabo sin dificultad.

Pero no pretendemos aprovecharnos indefinidamente de la paciencia del lector y así diremos de una vez que le hemos llevado á Sevilla á mediados de 1493, porque estaba allí en aquellos días la Reina con una parte de su corte, á donde había ido casi de incógnito á solazarse y á cumplir la promesa hecha á un santo de su devoción, cuyo santuario estaba en la catedral de esa ciudad.

Acababan de pasar las magníficas fiestas y regocijos que tuvieron lugar en toda España en celebración del regreso de Cristóbal Colón de su viaje de descubrimiento, quien, como lo había anunciado, volvía al cabo de pocos meses con la noticia del feliz éxito de su arriesgada empresa. (1)

No obstante su gloria y poderío, Isabel la Católica odiaba la ostentación y jamás se manifestaba altiva y orgullosa, sino que por el contrario cada vez que se lo permitían las circunstancias procuraba separarse de la pompa y vanidades de la corte; cosa que rara vez lograba, y veíase siempre forzada á arrastrar consigo un séquito numeroso de damas y de caballeros de su servicio. Era tan enemiga del lujo de los vestidos y de las ruidosas fiestas, que una vez le escribió á su confesor, Fray Hernando de Talavera (quien sin duda le reprochaba la magnificencia que habían ostentado los reyes en la recepción de ciertos embaja-

(1) Habiendo salido del pequeño puerto de Palos el 3 de Agosto del año anterior, al cabo de 68 días de navegación, descubrió entre el 11 y el 12 de Octubre la tierra del Nuevo Mundo, que él creyó hasta su muerte que era sólo una parte de las Indias orientales. La primera isla en que tocó se llamaba Guananí en lengua indígena, pero Colón la llamó San Salvador. Después de dejar en Haití 39 españoles, Colón regresó á Europa, dándose á la vela el 22 de Enero de 1493, y teniendo que tocar por necesidad en Portugal, llegó el 13 de Marzo al puerto de Palos, gastando en este portentoso y audaz descubrimiento apenas 7 meses y 10 días.

dores franceses) estas palabras: "Los trajes nuevos no los hubo en mí, ni en mis damas, ni aun vestidos nuevos, — sólo un vestido hice de seda y con tres marcos de oro, el más llano que pude: esta fue toda mi fiesta.... Los vestidos de los hombres, que fueron muy costosos, no los mandé, más estorbéseles cuanto pude, y amonesté que no se hiciesen. De los toros sentí lo que vos decís, aunque no alcancé tánto; mas luégo allí propuse, con toda determinación, de nunca verlos en toda mi vida, ni ser en que se corran, y no digo defenderlos, porque esto no era para mí á solas." (1)

Hasta aquel tiempo Isabel había sido muy feliz en cuanto emprendía, y tal parecía que la Providencia se complaciese en premiar su virtud y grandes cualidades, sembrando en su camino cuantas dichas podía apetecer. Sin embargo, en fuerza de aquella misteriosa ley de compensaciones, que todos tenemos que sufrir en este mundo, Isabel acabó su vida llena el alma de desengaños y hondas penas, y sus hijos fueron uno á uno sufriendo desgracias y muertes prematuras; la hija mayor de la Reina, la infanta Isabel, que fue dos veces Reina de Portugal, vio morir á su primer esposo á los pocos meses de su matrimonio, y en seguida murió ella breve tiempo después de haber contraído segundas nupcias: el infante D. Juan, único hijo varón que tuvieron los Reyes Católicos, heredero de aquellos imperios, feneció tristemente á los veinte años sin dejar sucesión; la infanta Catalina, como su hermana Isabel, vio morir al príncipe de Gales, su primer esposo, y casándose con el hermano de éste, viose en seguida divorciada, vilipendiada é insultada por el que fue Enrique VIII

(1) *Historia de Orden de San Jerónimo*, de P. Fray José de Sigüenza. Obra citada por D. E. de Ochoa en su *Tesoro de prosadores.*

de Inglaterra. Juana, la única de las hijas de la Reina que reinó, fue la madre de Carlos V, conocida en la historia con el apodo de la *loca*, la cual pasó su vida encarcelada.

II

Una mañana, después de oír misa en la Catedral, la Reina Católica salió del templo por la sacristía, y acompañada por su séquito se dirigió al patio *de los naranjos*, en donde los canónigos habían preparado una colación que ella se había dignado aceptar. Ricas alfombras y cojines cubrían el suelo embaldosado de mármol, bajo la sombra de los naranjos y al fresco de la fuente. Tomó asiento la Reina en el lugar que le habían aderezado, y por especial favor permitió que las damas que la acompañaban hiciesen otro tanto, formando grupos allí y aquí bajo los árboles. Mientras que la Reina platicaba, rodeada de los canónigos y algunos de los letrados que siempre la acompañaban, las damas más jóvenes cambiaban palabras y miradas con sus galanes al descuido de la Soberana, pues ella era muy rígida y severa y no permitía ninguna ligereza en su presencia y en su corte.

Separada de todos los grupos, en pie y sola debajo de un árbol distante, estaba una hermosísima doncella de dieciocho años, poco más ó menos, blanca y pálida, que fijaba sus grandes y melancólicos ojos azules en torno suyo con tristeza y timidez; velábale el esbelto cuerpo un vestido tan exageradamente amplio y sencillo, de color tan oscuro, que más parecía el de una monja que el de una dama de la corte de los reyes más poderosos de la cristiandad. Se le conocía un sincero deseo de no llamar la atención de nadie, pero particularmente temblaba cuando creía que la Reina dirigía sus miradas hacia ella, y entonces procuraba ocultar su faz bajo el velo que la cubría. Así

pasó largo rato hasta que las damas hubieron participado de la colación que les ofrecieron, cuando de repente la Reina fijó su vista en la semivelada figura de la doncella, é inmediatamente mandó que la llevasen á su presencia, porque quería hablarla.

La niña se acercó humilde y con los ojos bajos.

—María, dijo Isabel con amable sonrisa,—se me ocurre que no has participado de la colación,—y al decir esto, con sus reales manos le ofreció una naranja.

María puso una rodilla en tierra para recibir con respeto tan gran favor, y entonces la Reina se inclinó un tanto y la dijo al oído, en voz tan baja que ninguno de los que estaban cerca alcanzaron á oír estas palabras:

—¿Lo has pensado?

—Señora, contestó la joven levantando los ojos con expresión de espanto, tened piedad!

—Piedad! repuso la soberana con severo acento no se trata de eso, sino de saber cuál claustro escoges.

—Ninguno.... dijo con voz ahogada la niña.

—Ninguno! exclamó la Reina casi en alta voz, y añadió bajándola otra vez ¿estás en tu juicio?

—Señora, mi señora, tenga vuesa Alteza piedad de mi desamparo!

—Tu desamparo!... Escúcha, ingrata, te quiero hacer feliz, y si yo pudiera disponer de mis hijas no tendrían otra suerte: es la única que lleva al cielo sin tropiezo!

—No me aleje Su Majestad de su lado! insistió la niña.

—Basta ya de réplicas,—dijo la Reina con mucha severidad,—recibirás en breve mis órdenes.

Dicho esto se incorporó, y la doncella, levantándose de los pies de la Reina, se encaminó de nuevo hacia el árbol que le había dado sombra, y cuyas

ramas caían casi hasta el suelo por el lado de atrás. Recostóse, ó más bien apoyó la espalda contra el tronco, cubrióse enteramente con el velo, y permaneció algún tiempo confusa, anonadada y profundamente afligida.

De repente oyó detrás del cortinaje de verdura una voz, para ella la más dulce del mundo.

—María, decía en tono tan bajo, que llegaba apenas á su oído como el rumor de la brisa entre las hojas,—María, mi señora, mi esperanza, mi vida, ¿por qué se aflige tánto la soberana de mi corazón?

Ella, sin variar de postura, temiendo llamar la atención, contestó:

—Alonso.... se ha descubierto todo,—la Reina sabe que me amáis, y que yo os correspondo,—y me notificó, desde ayer, que siendo yo hija de tan alto personaje era preciso vivir oculta en un convento el resto de mi vida.

—¿La Reina os dijo eso? preguntó Alonso de Ojeda, siempre escondido detrás del árbol.

—Sí; y me repitió lo que tántas veces me han dicho,—que no puedo ir contra la promesa que hizo mi madre y debo vivir en un claustro el resto de mi vida.

—Pero no fue con vuestro consentimiento, María!

—Eso no,—pero mi madre prometió en mi nombre.

—Vive Dios! exclamó el joven casi en alta voz ¿por qué no apeláis al Rey que tiene el deber de protegeros?

—Calmaos, Alonso, respondió la doncella asustada, ¡os podrían oír! y añadió: ¿decís que apele á la misericordia del rey?

—Sí.

—Menos piedad aún tiene él que la Reina.

—Eso es imposible!

—Escuchadme,— una vez me atreví á suplicarle

que no llevara á cabo la intención de sumirme en un convento, y él me contestó reciamente que me mandaba con toda la autoridad que él tenía sobre mí, que obedeciese siempre en todo y por todo á la Reina, á quien él había ofrecido, cuando ella descubrió mi nacimiento, dejar á su albedrío mi suerte y mi existencia enteramente.

—¿Y á la fuerza os llevarán á un convento? preguntó Alonso con acento desconsolado.

—Sí.

—Cuándo?

—Hoy mismo.

—Hoy?

—Me lo acaba de decir su Alteza.

—¿Y adónde? justo cielo!

—Se me ha permitido escoger entre el de Carmelitas de esta ciudad, ó el de Cádiz de la misma religión.

—¿Y por cuál os habéis decidido?

—He dicho que por ninguno. ¿Qué me importa? Me pueden llevar al que quieran.

—Escoged el de Cádiz.

—Por qué?

—Porque le conozco bien por fuera, y me atrevería á escalar sus muros, y sacaros de él si no tuvierais inconveniente.

—Jesús, Jesús! qué locura!

—Por qué?

—Sería un imposible!

—No tal, yo sé lo que digo.

—Sería un sacrilegio!

—¿Y no lo es peor sumiros en un convento contra vuestro gusto?

—No lo penséis, Alonso, los muros son muy altos, altísimos....

—¿Qué me importa la altura de los muros?... María, añadió: ¿me querríais dar esa naranja?

—Sí, contestó ella, pasándosela por entre las ramas del árbol, y con ella ese lienzo bordado por mí: esta será tal vez la última que hablaréis conmigo, Alonso, pero no me olvidéis, no me olvidéis....

Y al decir esto no pudo retener las lágrimas.

—Oh! exclamó el mancebo con doloroso acento. ¡Jamás, María, jamás, mientras viva! Pero no perdáis las esperanzas: juradme no tomar el velo antes de avisármelo, pues nada en el mundo me arredrará si vos me amáis!

—Sí, Alonso, confío en vos y juro, por lo más sagrado de nuestra religión, resistir á cualquier violencia, si tengo el convencimiento de que permanecéis constante.

Iban aquí los dos jóvenes en su tierna plática, cuando María sintió que alguien se acercaba, díjoselo rápidamente á Alonso, y éste en el acto se alejó, deslizándose sin ruido, como una sombra, por detrás de los árboles.

III

—Bella doncella, dijo la persona que se acercaba á María (y que era nada menos que Hernando del Pulgar, el cronista, el cual, como hemos dicho antes, era muy considerado y atendido en la corte)—la Reina, mi señora, me ha encomendado, continuó, tener con vos una corta plática acerca de un asunto que os interesa.

—Qué asunto? preguntó María, nada satisfecha con la sufrida interrupción.

—El asunto de vuestro porvenir, y manifestaros el deseo que tienen las personas que se interesan por vos de que toméis el estado monjil; el más hermoso y propio para una doncella como vos, que desprecia las vanidades del mundo y piensa en el cielo.

—Habláis, señor, con sosiego por cierto! puesto que no podéis pensar ya naturalmente sino en la otra vida, que ya ésta se os acaba, pero yo....

—La empezáis, interrumpió el anciano,—es cierto,—pero hija mía, por lo mismo lo que se quiere es libráros de las penas que en el siglo se pasan.

—Yo no quiero que me libren de ellas! dijo la niña con ímpetu. Quiero conocer el mundo antes de verme encerrada para siempre en un monasterio.

—Ah! eso decís, D.ª María, porque no sabéis qué es lo que os conviene,—y así es que otros, más sabios y conocedores en la materia, se encargarán de libraros de las asechanzas del mundo y de sus miserias.

María escuchaba con la cabeza inclinada y en silencio.

—¿Y qué os diré de los trabajos innumerables con que el cuerpo sufre en el mundo? Conviene saberlo, dice San Agustín. "¿Quién es el que anda en el mundo que no está obligado á los casos inopinados? De todo lo cual ninguno de los que aquí andamos se puede excusar por vigilante y cauto que sea." Por tanto, en lugar de afligiros cuando os proporcionan la gracia de dejar la solicitud que tenía Marta para que podáis tomar la parte mejor, que escogió María, lo cual hace ver y sentir estas tribulaciones....

—Señor, dijo María interrumpiéndole, preferiría más bien ser desgraciada á mi modo, que feliz al vuéstro! Soy joven, tengo vida, curiosidad....

—Ah! pobre niña, pobre niña, dijo el cronista, es verdad que sois joven.... pero sí os puedo certificar que si el mozo tuviera la experiencia del viejo, si seso tuviese, huiría del mundo temprano y de las cosas dél, pero la mocedad lozana, ignorante de sí misma, tiene tan fuertes los combates de la carne, que no pudiendo resistir, es enlazada é metida en las necesidades que después no puede cuando quiere salir de ellas. (1)

---

(1) Véase *Carta de Hernando del Pulgar á su fija monja.*

—Pero, señor, si he de sufrir, esa cuenta es mía y de nadie más! Además, le tengo mala voluntad al encerramiento.

—Hija mía, si es cierto que en un monasterio estaréis encerrada ¿no lo están acá en el mundo las buenas mujeres?... Y si os repugna estar sujeta ¿no lo mandó Dios que lo fuéramos todos? En suma, añadió el buen anciano bajando la voz, ¿os parece poca la sujeción de una corte y sus etiquetas y sus besamanos, reverencias y ceremonias?

—Ah! señor, y creéis que una monja goza de su libertad?

—No,—pero sí de una paz de ánimo completa.

—Pero á mí me han dicho, Sr. D. Hernando que cuando vuestra hija, que tenía para ello vocación (lo que es muy diferente), se hizo monja, no estabais muy contento, y públicamente lo lamentasteis.

—Verdad, verdad, que á la hora que yo y su madre la vimos apartarse de nosotros y encerrarse en clausura se nos conmovieron las entrañas, sintiendo aquel pungimiento que la carne suele dar al espíritu. Pero después que la razón usando de su oficio nos hizo pensar cómo en esa angostura del templo gozaba de la anchura del paraíso, entonces nos esforzamos en vencer las sugestiones mundanas, y gozamos de la clara victoria que suele gozar el ánimo; y más, entonces tomé la pluma y le escribí lo mismo que os estoy diciendo: (1)

De repente los dos interlocutores oyeron un grito de admiración y de sorpresa, que salió instintivamente de todos los pechos de las personas reunidas en el patio. Tanto María como Pulgar salieron de debajo del árbol, y viendo que todos tenían fija la vista en la torre de la Giralda, ambos alzaron á mirar. ¿Cuál sería el espanto de María entonces cuan-

(1) Véase la *Carta de Pulgar* antes citada.

do vio á Alonso de Ojeda en la cumbre de la torre, que acababa de saltar por encima de la baranda del último balconcillo, y poniendo los pies sobre una viga, que proyectaba de la pared exterior de la torre como unas siete varas (la que había servido para subir material en la construcción que entonces hacían para recibir la veleta), caminó con completa compostura y serenidad hasta la punta de ella; allí miró para abajo é hizo una reverencia respetuosa á la Reina y á su corte. Detúvose un momento como para admirar el soberbio paisaje que se extendía á sus pies, cual un inmenso mapa animado: viendo bañadas por la luz del sol las lejanas campiñas sembradas de castillos y de torres de arquitectura morisca, restos de los alcázares de los antiguos soberanos, alamedas de frondosos árboles y huertas, jardines, agrupadas casas y caseríos; más cerca, en medio de la ciudad brillaban las flechas, cruces y veletas de cien campanarios de las iglesias y ermitas.

Todos miraban asombrados al osado joven y aguardaban verle caer, y ni á respirar se atrevían, ¿cómo, se preguntaban, cómo podrá volver al muro de la torre? Si procura volverse de espaldas de seguro dará un paso en falso; y ¿cómo se podrá volver, si apenas tiene suficiente anchura para los pies? El perfumado aliento de la primavera llevaba hasta esa altura el murmullo de los espectadores, con riesgo de causar vértigo ó aturdimiento al encumbrado mancebo, pero no fue así: después de haber recorrido con la vista cuanto tenía por delante, y mirado por último al angustiado grupo en el patio de los naranjos, se sostuvo durante un segundo en un pie, y, levantando el otro, giró sobre sí mismo y regresó á la torre. Cuando le vieron acercarse á aquel lugar, todos respiraron,—pero aún no había concluído sus pruebas el animoso Ojeda, porque, en lugar de dejar aquel sitio peligroso, apoyó un pie contra el muro de la torre, tiró al

aire la naranja que llevaba en la mano, la recibió de nuevo, y en seguida saltó por encima de la baranda del balconcillo, saludó con un lienzo que llevaba en la otra mano, y desapareció á la vista de todos, pudiéndose jactar de haber producido en cuantos le miraban la impresión más angustiosa posible. (1)

En tanto María había permanecido en el mismo sitio, rígida como una estatua, sin movimiento y sin vida, con los espantados ojos fijos en Ojeda, los labios entreabiertos, los puños apretados, aguardando con indecible ansia ver perder el equilibrio al sér que más amaba sobre la tierra y volverse pedazos sobre las baldosas del suelo; pero cuando lo vio lanzarse sano y salvo por encima del balcón, la conmoción fue tál en su organismo, que perdió el sentido y cayó desplomada, sin acordarse que en la corte á nadie le es permitido manifestar tan á las claras sus sentimientos.

El cronista, que había permanecido á su lado, graduó la inconveniencia del inoportuno desmayo de María, y no se atrevía á pedir auxilio de los demás para la postrada doncella, ni acudir personalmente á socorrerla.

Este embarazo por parte del anciano no duró mucho, porque la Reina, á quien nada se le escapaba, no había perdido de vista á María; y cuando la vio desfallecer, con quebranto de la compostura que exigía de sus damas y caballeros, llamó á una dueña favorita, y en tono severo dijo, señalando á María:

—Levánta á aquella postrada doncella y díle, de nuestra parte, que su carácter sin entereza y su corazón demasiado sensible, no le permiten permanecer á nuestro lado. No volverá con nos al Alcázar hoy, sino que la conducirás inmediatamente al monaste-

---

(1) Véase la *Vida de Ojeda*, por W. Irving.

rio que encuentres más cercano, y allí aguardará nuestras últimas órdenes.

Dicho esto dio la señal de retirada, y salió del patio acompañada de su séquito, quedando en él solamente la dueña y María, quien ya repuesta levantó la cabeza, se incorporó; pero al oír la orden de la Reina no pudo menos que prorrumpir en llanto. Mientras que la dueña fue á buscar quien las acompañara, pues dos damas bien nacidas no podían salir á la calle sin custodia, un pajecillo, con la librea del duque de Medinaceli, se acercó á la desconsolada doncella y entregándole un papel al descuido, la dijo al oído antes de retirarse:

—De parte de Alonso de Ojeda!

María volvió la espalda á la dueña, que hablaba con dos escuderos y paniaguados de la corte, que salían de la sacristía, y leyó con turbados ojos el papel, que decía de esta manera:

"Lo que me visteis hacer, María, hoy en la Giralda, fue para probaros que nada me arredra, que no hay muro que no pueda escalar, ni riesgo que me atemorice si estoy pensando en vos.

"Confiad en mí, tened valor y constancia.

ALONSO."

Después del famoso descubrimiento de Cristóbal Colón que dejó á todo el mundo civilizado pasmado y aturdido, el Papa Alejandro VI, que era español, nacido en Valencia, no tuvo inconveniente en conceder cuanto le pidieron los soberanos que habían sido los protectores del excelso descubridor de un mundo nuevo. Así expidió una bula en la cual cedía á los españoles todos los territorios situados en un espacio ó línea imaginaria que trazó, permitiendo que en dirección contraria descubriesen los portugueses, y dejando á las demás naciones libertad

para apoderarse de los territorios que demorasen fuera de aquel meridiano.

Comprendiendo los Reyes Católicos cuán interesante era esta nueva conquista, quisieron asegurar la regularidad y orden de los negocios relativos á ella, y nombraron un empleado especial que los tuviera exclusivamente á su cargo. El empleo recayó en el Arcediano de Sevilla, D. Juan Rodríguez de Fonseca, hombre de muy mal carácter, pérfido y vengativo, —tanto que, con motivo de una ligera desavenencia con Colón, acerca del armamentó de los navíos para el segundo viaje de descubrimiento, le cobró tal odio que le duró el resto de su vida y fue parte en hacer pasar trances muy duros y mil amarguras al gran descubridor.

El Arcediano tenía su despacho por aquel tiempo en Sevilla, y su casa se había convertido en una especie de corte en la que se daba ínfulas de dignidad y poderío; y con razón, porque en realidad tenía grande influencia en el ánimo de los Reyes, y en nombre de ellos cometía sendas injusticias y hacía muchos ofrecimientos que no siempre cumplía.

Cinco meses después de aquel en que Ojeda se exhibió con tan arrojada audacia en la torre de la Giralda, una mañana fue llamado al despacho de Fonseca, cuando apenas acababa de llegar á Sevilla después de haber pasado una larga temporada en Cádiz, ocupado en asuntos de su señor el duque de Medinaceli, según decía.

Inmediatamente obedeció al llamamiento, y lo hizo con gusto, porque Fonseca le había protegido desde niño, merced á la amistad que le unía á su tío el inquisidor fray Alonso de Ojeda.

Encontró al Arcediano en el salón de su despacho, solo y escribiendo en una mesa cubierta de papeles.

—Entrad, Alonso, dijo el eclesiástico, os aguardaba.

—Me necesitaba su reverencia? preguntó el joven adelantándose.

—Sí, y hace días que tenía en vos puesta la mirada; bien sabéis cuánto os aprecio Alonsillo.

Este se inclinó sin contestar.

—No os había visto, continuó Fonseca, desde aquel día en que causasteis tánta admiración á cuantos os vieron en la torre de la Giralda; disteis prueba de una audacia extraordinaria, de la que imaginé sacaríais partido pidiéndome colocación en esta expedición que se prepara para acompañar á Colón en su segundo viaje.

—No había pensado, respondió Ojeda, hacer parte de ella.

—Ocurrióseme, respondió el Arcediano, que teniendo ya ¿cuántos años?...

—Veintiuno.

—Que teniendo veintiún años estaríais fatigado de la vida ociosa como paje del duque de Medinaceli.

—Señor, yo no soy paje há mucho tiempo, sino soldado.

—Entonces con más razón debíais de haber pensado en pasar á Indias con tántos jóvenes que lo han pedido como un favor, aunque ha sido preciso rechazar á muchos.

—No le pido á su reverencia ningún favor, y por consiguiente no hay motivo para decirme que se me rechazaría,—repuso Ojeda con altanería.

—Al contrario, decía que á muchos ha sido preciso rechazar, pero á vos no.

—Hasta ahora nada he pedido.

—¿Temíais acaso no ser aceptado?

—Eso no, puesto que otros que menos valen tienen empleos en la expedición.

—¿Entonces?

—No quiero dejar á España.

—Hacéis mal, Alonso.

—¿Por qué?

—Porque aquí corréis peligros.

—¿Peligros?

—Sí, y muy serios.

—¿Qué sabe acaso su reverencia?

—Mucho.... entre otras cosas, se cuál es el objeto de vuestra adoración.

—¿Vos, señor Arcediano?

—Yo,—contestó sonriendo el eclesiástico,—yo y muchos otros.

—¡Esta es sin duda equivocación!

—No tal, y D.ª María la hija oculta del Rey D. Fernando....

—Basta, señor! exclamó Ojeda, sumamente agitado: basta....

—Diré algo más, Alonso, como amigo y estimador vuéstro; vuestros ojos se han levantado demasiado y ese lucero no es para vos, puesto que lo han reservado para el cielo.

—Ah! exclamó Ojeda dolorosamente ¿quién me ha vendido?

—Nosotros todo lo sabemos.

—Ah! volvió á exclamar Ojeda, ya es demasiado tarde para llevar á cabo mis deseos, si han llegado al conocimiento de personas como vuestra reverencia.

—Creíais acaso, mancebo incauto, que una doncella recatada como ella hubiera jamás aceptado vuestros locos proyectos?

—¿Cuáles eran? preguntó el joven con arrogancia.

—Olvidáis acaso que la Santa Inquisición vela siempre sobre sus ovejas y las defiende por todos los medios posibles?... Vuestros billetes, pagados á precio de oro á la *trota conventos* que los llevaba á la D.ª María, pasaban primero por otros ojos, y lo mismo sus contestaciones.

—Estoy perdido! dijo Ojeda bajando la cabeza con desaliento.

—Así parece; y no se os ha dejado un momento solo desde que vuestros sacrílegos proyectos han sido conocidos: sin cesar os sigue un familiar del Santo Oficio.

—Vive Dios! exclamó el joven—¡esto es demasiado!...

Sonrióse el Arcediano y repuso:

—Estáis perdido; pero si no deseáis veros dentro de pocos días reducido á un calabozo, hay un medio.

—¿Cuál?

—El de dejar á España.

—Imposible, mientras viva! Pues si á mí se me persigue así ¿qué no harán con María sumida en un convento?

—¿Y de qué le serviréis vos encarcelado?

—Sufriré por ella y eso me consolará.

—Esta, Alonso, es una niñería inútil para ambos; pero si seguis mi consejo y os vais en la expedición de Colón os daré un buen empleo....

—Abandonarla yo y huír como un cobarde! interrumpió Ojeda; eso no lo haría jamás!

—¿Acaso podríais protegerla?... Imprudente mancebo! lo que haríais sería proporcionarla penas y sufrimientos sin cuento, persecuciones, enfados y disgustos sin número á la que decís que adoráis.... Además ella misma, añadió Fonseca abriendo un cajón del escritorio, *ella* os manda que os alejéis.

Y al decir esto sacó un cuadro enrollado y un papel escrito.

—¿Ella me manda?

—Sí.... leed ese papel.

Ojeda leyó entonces lo siguiente:

"Todo ha sido descubierto, y si no partís tengo de hacer mis votos inmediatamente, y contra toda mi voluntad. He obtenido licencia de permanecer algún tiempo más en el noviciado si partís de España; por ende os suplico que aprovechéis la primera

coyuntura que se os presente para dejar esta tierra. Se me permite sin embargo enviaros un recuerdo, que es esa imagen de la Santísima Virgen, que os remito para que os proteja en vuestras aventuras. Pertenecía á mi madre, que la obtuvo de mi abuelo materno y es muy milagrosa; ninguno que la posea podrá ser herido mortalmente en los combates, ni morir de muerte repentina, y además se me ha dicho que el que la posee conoce la muerte de la persona que se la ha regalado, porque le sucede alguna desgracia.... por ella conoció mi abuela la muerte de su marido en un encuentro con los moros. No puedo escribiros más largo.... Alonso, sed feliz, y aunque me mandan que os olvide y que os diga que me olvidéis no puedo hacerlo.

MARÍA."

—Ah! exclamó el mancebo con coraje, la mandan que me olvide.... pero al menos no lograrán que yo lo haga!

Y al decir esto tornó á leer el billete de su amada.

—Devolvedme ese papel, Alonso.

—El papel es mío,—nadie me lo puede quitar, exclamó el joven con violencia.

—Oh! mocedad, mocedad bien vana! dijo Fonseca con desdeñoso acento ¿no habéis leído la posdata?

Ojeda le abrió otra vez y vio que decía más abajo de la firma:

"Os suplico que no guardéis este papel sino que me lo devolváis con una palabra al pie, que indique que me obedecéis."

—Dadme una pluma, señor Arcediano, dijo entonces Ojeda conmovido y profundamente triste.

"Parto," escribió, "me alejaré, puesto que así me lo ordenáis, pero mi vida y mi esperanza quedan con vos."

—Firmad, dijo el eclesiástico al joven.

Y cuando éste hubo hecho lo que le mandó, recibió el papel, leyó las palabras escritas por Ojeda, y doblándole cuidadosamente le guardó en una arca que cerró; y luégo se dirigió al joven que á la luz de una ventana contemplaba la pequeña imagen pintada al óleo, regalo de María, y cuyas facciones tenían algo de las de su adorada, y le dijo:

—Ahora, amigo, hablemos como hombres racionales y vamos al asunto del momento. Supongo que yá no tendréis inconveniente para hacer parte de la expedición de Cristóbal Colón.

—No; poco me importa á donde vaya. Puesto que mi patria está plagada de espías, puesto que no se puede yá ni pensar sin pedir licencia al Tribunal de la Santa....

—Silencio, mancebo, no seáis imprudente! exclamó Fonseca, manifestando cierta turbación muy ajena á su carácter, pues bien conocía el supremo poder de la Inquisición y lo peligroso que era hablar y hasta oír hablar de ella sin profundo respeto.

—Tenéis razón, señor, repuso el joven; es preciso ser prudentes, añadió con amargura,—así: ¿queréis darme una plaza de soldado, de marinero, no importa de qué en la flota que se prepara?

—No, Alonso! no os daré plaza de soldado ni de marinero.

—Entonces para qué eran tántos ofrecimientos? respondió el otro amostazado.

—Porque de ninguna manera os dejaría partir sino como capitán de un navío.

—Capitán yo!

—Sí. Sé que en casa del duque de Medinaceli hacían estudiar el arte náutico á los pajes, pues él cuida de la educación de los que le sirven, y se me ha informado que no erais de los menos aprovechados.

—Efectivamente, contestó Ojeda, pero una cosa

es manejar una pequeña embarcación en las orillas del mar, y otra atravesar los océanos.

—Irá á vuestro lado uno de los pilotos más afamados de España.

Ojeda miró al eclesiástico, cuya reputación de astuto y suspicaz era muy conocida, y dijo con sorprendido acento:

—Tántos favores á mí!... esto me confunde, señor, y creo comprender que debo compensaros de alguna manera.

—Por supuesto; y celebro que no seáis tonto, aunque os aseguro que también gusto de vuestro carácter, y sinceramente deseo ayudaros en vuestra carrera, que puede ser brillante si á bien lo tenéis.

—¿Y qué debo hacer en cambio de esa capitanía?

—Vigilar al Almirante....

—¿Vigilar á Cristóbal Colón?

—Sí.

—¿Y por qué?

—No le tengo confianza.... contestó bajando la vista el Arcediano,—bien sabéis que es extranjero.

—Desconfiáis de él! exclamó impetuosamente el joven! ¡Oh! bien se conoce que no le habéis tratado! Yo, que he vivido con él dos años en casa de mi señor el duque de Medinaceli, puedo aseguraros que no hay hombre en el mundo que tenga un carácter más recto y más noble....

Fonseca, que había fijado su mirada en Ojeda, se sonrió con aire de mofa é interrumpiéndole dijo:

—¿Es decir que tenéis la convicción de que Colón es un hombre portentoso, que no tiene defectos, que no posee un átomo de orgullo ni de soberbia; que es íntegro, honrado y está repleto de buenas intenciones?

—Ah! eso y más diría yo!

—Exageraciones de la edad.

—Me echaría al fuego por él.

Magníficos bosques cubrían casi por entero la isla y daban riquísimas maderas y frutos de diversidad de especies. Abríanse aquí y allí anchos claros entre las selvas para dar lugar á los caseríos de los naturales y á las sementeras de maíz, yuca y otros alimentos favoritos de los indígenas. Sin embargo en el centro de los cerros más elevados el paisaje era agreste y salvaje, áspero y estéril, y en la cumbre de ellos la vegetación era triste, el suelo pedregoso y árido y el clima frío y destemplado, pero en compensación hallábanse algunas minas de oro en aquellos recónditos lugares, cosa que halagaba más á los españoles que la vista del paraíso terrenal, si en él no hubieran hallado el maldito metal.

La vegetación en las orillas del mar era hermosísima en torno de preciosas y abrigadas bahías, puertos y ensenadas, sombreadas por bosques de palmeras y frondosos árboles y arbustos, rodeando caseríos asentados en la orilla del mar tranquilo y transparente, y sobre el cual pareció á los españoles que jamás se desencadenarían las tempestades que tan frecuentemente visitan las costas europeas. Colón en su primer viaje no tuvo inconveniente en dejar en uno de estos puertos una pequeña tropa de españoles para que sirviera después de núcleo á la población europea que allí pensaba fundar. Diremos de paso (pues probablemente el lector lo sabrá mejor que nosotros), que aquella primera tentativa de colonización tuvo malísimos resultados, y que en su segundo viaje encontró el fuerte, en que había dejado á los españoles, enteramente vacío y abandonado. ¿Qué había sido de los 39 europeos que de tan buena gana se quedaron allí? Jamás se ha podido saber á las claras lo que aconteciera durante los diez meses de ausencia de Colón. Los indígenas aseguraron que habían muerto todos ellos víctimas de sus malos instintos: que de su orgullo y conducta desordenada

se originó entre ellos una completa desmoralización, y cual indómitas fieras, unos habían muerto en riñas particulares, otros á manos de los indígenas ultrajados en sus intereses y en sus familias; y por último, los demás guerreando contra el cacique más poderoso de la isla. Este había bajado de las montañas, en donde tenía sus dominios, y atacando á los intrusos, los había matado á todos, no obstante el defenderlos á mano armada el hospitalario Guacanagarí, cacique de aquellas tierras, el cual había protegido á los españoles con una abnegación digna de un cristiano, y un cariño y una bondad poco ó nada agradecida por ellos.

En el primer momento los compañeros de Colón no quisieron creer en la lealtad del cacique Guacanagarí; pero en vista de la herida que éste había recibido en el combate contra el cacique de las montañas, de las lágrimas que derramó y protestas de fidelidad que hizo, Colón lo absolvió de toda participación en la destrucción de la incipiente colonia española, y le devolvió su confianza y amistad, á pesar de la mala voluntad con que los demás miraban al indígena, la cual se confirmó más entre ellos cuando á los pocos días supieron que Guacanagarí había desaparecido del caserío, en unión de una india Lucaya, que Colón llevaba cautiva.

Descorazonado con el mal éxito de la proyectada colonia en aquel punto, y afligido por la defección del cacique en quien tánto había confiado, Colón resolvió buscar otro sitio para establecer la población que ideaba, y á la cual pensaba poner el nombre de Isabela.

Después de examinar los puertos y ensenadas de los contornos, al fin encontró un sitio que le pareció muy propio para el caso. Estaba entre dos ríos, en los que juzgaron sería fácil levantar molinos harineros, además de otras ventajas que hallaron para edi-

ficar una ciudad y cultivar los fértiles terrenos que se extendían hacia el mar y las riberas de los ríos. Colón tomó posesión de aquel sitio promediando el mes de Diciembre de 1493, y le puso el nombre de la Reina, su protectora. Inmediatamente empezaron con brío los trabajos de levantar casas, edificar el templo y limpiar el terreno para sementeras. Como todos trabajaban en sus respectivos solares y daban algunas horas del día á edificar la iglesia, ésta en breve estuvo concluída, y el 6 del siguiente Enero, día de la Epifanía, el padre Boyle, ayudado de los 12 eclesiásticos que con él habían pasado á Indias, dijo misa en el primer templo cristiano levantado en el Nuevo Mundo.

Una vez que Colón planteó la colonia y vio que marchaba prósperamente, pensó enviar al interior del país algunos de sus más audaces é inteligentes capitanes para que descubriesen y diesen noticia de lo que allí había: entre ellos á Alonso de Ojeda, que yá se había hecho notable por su valor y espíritu emprendedor. Cuando los exploradores volvieron á la Isabela con buenas noticias, no solamente de la belleza, fertilidad y riqueza del país, sino también de la buena acogida que les habían hecho los indígenas, Colón resolvió emprender personalmente un paseo militar por el interior de la isla con el objeto de mandar edificar una fortaleza cerca de las ricas montañas de Cibao, las que decían estaban regadas por riachuelos que acarreaban tánto oro, que las arenas se componían casi totalmente de ese metal. Los habitantes salieron á recibirle con alegría y llevároнle abundantes alimentos y para ellos desconocidas y deliciosas frutas y algunas partículas de oro. En vista de tan buenos auspicios el Almirante mandó que inmediatamente empezaran á levantar la proyectada fortaleza, en un sitio adecuado para servir de núcleo á las operaciones de laboreo de las minas, que debían existir en

aquellas montañas, y al mismo tiempo propio para estrechar relaciones con los naturales y poderse defender de sus ataques, si éstos se atrevieran á romper hostilidades contra los invasores. Pusiéronse, pues, á la obra, y á poco Colón tuvo la satisfacción de ver la fábrica empezada, y después de ponerle el nombre de Santo Tomás, dejó, para que la concluyera y defendiera, á un hidalgo llamado Pedro Margarit, que le había sido muy recomendado en la corte. Diole por escolta 56 hombres que formarían la guarnición, con el encargo de que se esmerase principalmente en cultivar la amistad de los indígenas, y por medio de rescates recoger todo el oro que le llevaran, mientras vinieran de España los instrumentos propios para trabajar las minas.

La Isabela prosperaba á ojos vistas, pues la fertilidad del terreno era maravillosa, aunque no caían en la cuenta de que la humedad y fermentación de aquella tierra, que producía el crecimiento de las plantas y lozanía de las sementeras, era precisamente causa de las fiebres y otras dolencias que afligieron á los españoles, con muerte de muchos y decaimiento no sólo del cuerpo, sino también del espíritu de los colonos. Esta situación se hacía diariamente más crítica, porque los europeos no querían conformarse con los alimentos que producía la tierra y preferían comer las averiadas y escasas provisiones, restos de las que se habían traído de España. Además, entre la tropa de Colón había muchos hidalgos y gentilhombres de corte, que de ninguna manera querían trabajar materialmente, y cada día se manifestaban más descontentos con el Almirante y con su hermano Diego, que los obligaban á dar el ejemplo á los demás, ayudando en los trabajos de la colonia para aliviar á los enfermos.

Deseoso de cortar los motivos de queja que renacían cada día, Colón se embarcó con los más descon-

tentos para proseguir sus descubrimientos por aquellos mares, dejando el gobierno general de la isla á cargo de D. Diego Colón, la comandancia militar de las fuerzas exploradoras en manos de Pedro Margarit, y la fortaleza de Santo Tomás en las de Alonso de Ojeda. Antes de partir dictó positivas instrucciones acerca de la conducta que se había de observar con los indígenas para captarse su buena voluntad y lograr que ellos mismos aceptasen con gusto las costumbres españolas y sirviesen en todo á los invasores: conducta humanitaria que hasta entonces había producido muy buenos efectos.

La historia de esta primera colonización deja presentir cómo habrían de ser las subsiguientes, intentadas con iguales elementos. Respecto de la Isabela, basta decir que en lugar de obedecer las órdenes de Colón, Margarit se entregó á sus malas pasiones, y olvidando la prudencia de su jefe, empezó á recorrer la isla asaltando, robando y cometiendo con los naturales toda clase de desafueros y crueldades; manejo que causó la ruina de la isla, sin conseguir por ello mayores ventajas ni riquezas. Desesperados los indígenas expusieron sus agravios al gobernador Diego Colón, quien reprendió á Margarit: éste le contestó con insolencia: tomaron su partido todos los hidalgos, que creían haber sido mal tratados por los Colones, declarando que si habían obedecido á Cristóbal, por orden de los Reyes, de ninguna manera reconocían autoridad en Diego. Por último, Margarit y los demás amotinados se apoderaron de algunos buques surtos en el puerto, y se hicieron á la vela con dirección á España, dejando la tropa armada sin jefe, diseminada en la isla y entregada á toda clase de desórdenes.

II

El cacique más valeroso y potente de la Española (el que había desbaratado á los colonos del fuerte de la Natividad), se llamaba Caonabó, y era señor de la rica provincia de Maguana. Hijo de un jefe caribe y por consiguiente de genio altivo, inteligente, perspicaz y de gran valor, era indudablemente el llamado á ponerse á la cabeza de los indígenas, que le respetaban, admiraban y temían. La erección del fuerte de Santo Tomás, en las tierras más inmediatas á sus habitaciones, había indignado al cacique, pero no había apelado á las armas mientras el ejército de Margarit tuvo alguna apariencia de disciplina. Preparóse, sin embargo, en secreto, aguardando una ocasión para caer sobre el fuerte y acabar con los españoles cuando estuviesen más desmoralizados, como lo había hecho antes contra la Natividad, con tan buen resultado. Al fin le llegó la noticia de la deserción de Margarit, y juzgando que el fuerte de Santo Tomás estaría mal defendido, determinó desbaratarle completamente de un golpe. Reunió diez mil guerreros armados con flechas, macanas y lanzas—terminadas en espinas de pescado,—cubiertos los cuerpos con pintura roja y negra, las cabezas coronadas de plumas brillantes, lo que les daba un aspecto en verdad aterrador y horrible á la vista del hombre civilizado.

Caonabó era joven, de crecida estatura y gallardo aspecto: su fisonomía, un tanto feroz, causaba terror, porque todo él, desde la raíz del cabello hasta el talón estaba pintado de rojo y negro, formando figuras espantables: de los hombros le pendía un rico carcaj engastado en oro, con flechas igualmente lujosas; su macana, con ser la más fuerte y pesada de todas, tenía incrustaciones del mismo metal para aumentar el peso; arreos que decían bien á su porte reposado y á

la fiereza de su mirada, que infundía temor en todos los suyos, menos en su mujer favorita, é inseparable compañera, participante de sus glorias y peligros. Llamábase Anacaona (1), y su nombre se pronunciaba con respeto y temor en toda la isla, por su audacia y valentía, causando la admiración de los guerreros de su marido que la creían invulnerable. Era mujer de raro ingenio, muy hermosa, más blanca que los que la rodeaban, puesto que nunca se pintaba el cuerpo, que era elegante y bien formado. Engalanábase con armas de guerrero: vestía un delantal de vistosas plumas, iguales á las de su penacho y brazaletes; sartales de pepas rojas mezcladas con brillantes plumajes la adornabau el pecho, la espalda y rodeaban los tobillos.

Después de una corta alocución, en la que Caonabó daba cuenta de sus propósitos é intenciones acerca del fuerte de Santo Tomás, y dadas sus órdenes de cómo había de ejecutarse el ataque, el jefe indio emprendió marcha por las veredas más ocultas en la profundidad de los bosques, con ánimo de asaltar el fuerte cuando menos lo esperasen, persuadido de que el joven Ojeda, que lo comandaba, no tendría noticia alguna de la aproximación de tan formidable hueste.

Poco antes de avistar la fortaleza mandó Caonabó que se detuviera la vanguardia á orillas del río, para descansar, á fin de llegar frescos al ataque, ó tal vez para dar tiempo de que Anacaona recorriese las apiñadas filas de guerreros, hablara á cada uno por su nombre, y distribuyera, entre los que en otras ocasiones se habían manifestado más valientes, algunas flechas de su propio carcaj, recordándoles á todos

(1) Palabra que significa *flor de oro*. La cacica era poetisa y componía cantos guerreros en conmemoración de los hechos de sus heroicos antepasados.

que ella jamás había presenciado una derrota, y siempre en todo combate había sido vencedora.

Les dejaremos aquí entretanto para pasar al campamento español y descubrir si por ventura Ojeda tenía noticia del peligro que le amenazaba.

III

La fortaleza de Santo Tomás estaba bellamente situada en una altura y rodeada casi por completo del río Yanique, de corriente fuerte y ruidosa en aquel sitio, rompiéndose contra muchas piedras de jaspe y variadas rocas, que formaban el lecho del río. Al frente se extendía una sabana limpia, cubierta de verdes y menudas hierbas, que bajaba en plano inclinado hasta caer sobre el río. La parte de atrás estaba resguardada por barrancos y peñascos inaccesibles, lamidos en su base por el impetuoso río, que pasaba bramando. El edificio era cuadrado, defendido por una fuerte palizada y un foso, y coronábale una torre, desde lo alto de la cual se avistaba la hermosa Vega, los campos circunvecinos y los lejanos montes. En aquella torre tenía Ojeda su habitación, cuyos muebles se componían en resumen de un lecho formado por dos tablas sobre troncos de árbol, un banco igual, relucientes armas colgadas del muro toscamente embarrado, y en lugar preferente de la estancia un crucifijo de madera y la pequeña Virgen pintada al óleo, que recibió del Arcediano Fonseca, en nombre de María. Desde que Ojeda tuvo en su poder aquel cuadro no se había separado un momento de él, y á todas partes lo llevaba.

"En los cuarteles y en campaña (dice el historiador W. Irving), Ojeda llevaba consigo aquel cuadro: de noche lo suspendía sobre su lecho, y en sus peligrosas expediciones y en la soledad de los bosques solía sacarlo de su morral. Cuando se lo permi-

tían las circunstancias, lo descubría y lo fijaba en el tronco de algún árbol para invocar la protección de la que había erigido en patrona suya y consagrádola todos sus pensamientos de afecto reverente: le pedía su amparo en toda riña ó batalla y se consideraba seguro aun en las más peligrosas empresas."

Al vigilante Ojeda no pudo ocultársele el inusitado movimiento de los guerreros de Caonabó, y comprendiendo el peligro en que se hallaba, se apartó un momento del lado de sus advertidos compañeros de armas, subió á la torre, é hincándose al pie de la Virgen, invocó en una ferviente oración la protección del cielo, y al mismo tiempo levantóse en su mente el recuerdo de su ausente María, cuya triste y suave fisonomía parecíale ver retratada en la imagen de la Virgen.

En tanto que Ojeda oraba, elevado su ánimo en una invocación celestial, miles de salvajes iban rodeando en silencio la fortaleza, ocultando tras de las rocas, espinos y plantas de los alrededores sus cuerpos *envijados*, que negreaban en un gran círculo, más y más reducido, á medida que llegaban unas tras otras las tropas indígenas.... Oraba Ojeda con las manos juntas y los ojos levantados y fijos en su Virgen, implorando el socorro de la divinidad, no porque tuviese miedo, sentimiento para él desconocido, sino porque tenía una gran fe y seguridad que todo estaba en manos de Dios, y que sin su ayuda no había salvación; su corazón abrigaba aquella *fe* que todo lo vence, todo lo da; que infunde brío á los más débiles y en los más valientes acrecienta su energía y su pujanza,—tenía fe en Dios, en la intercesión de la Virgen, en las oraciones de María, en su causa, y por consiguiente, en su fuerza y en su brazo....

Ojeda oraba: los españoles repartidos detrás de las palizadas y barbacanas aguardaban callados que llegasen los salvajes; en el aire había un rumor extra-

ño; el cielo estaba azul y despejado, el río saltaba murmurando y gimiendo por su lecho de piedras y de jaspes; el viento sacudía las hojas de los árboles y los pajarillos asustados levantaban el vuelo piando....

De repente un espantable alarido, un grito fiero y terrible rasgó el aire y atronó el ámbito á larga distancia, y una nube densa de flechas, simultáneamente disparadas por 10,000 arcos, cubrieron la fortaleza, quedando toda ella erizada de púas, como un gigantesco puerco-espín.

No había acabado aún de resonar el grito de los salvajes, ni habían penetrado todas las flechas en los muros del edificio, cuando ya Ojeda estaba entre los suyos, animándoles con la palabra, el gesto y el ejemplo. Dejó que los indios gastasen sus primeros ímpetus sobre las palizadas exteriores y que cobrando confianza se acercasen más, apartándose del abrigo de los bosques y presentando en el espacio abierto sus desnudos cuerpos. Apenas se hubieron aproximado en tumultuario desorden, apiñados miles y miles en la escueta sabana que se extendía al frente, cuando Ojeda mandó que la guarnición hiciese sobre ellos una descarga cerrada. Espantados y trémulos de horror, los que no murieron echaron á huír, despavoridos al notar el misterioso estrago que hacían las armas de los españoles; y aunque algunos yá habían visto en el campamento español, cañones y arcabuces, no podían soportar el estampido, ni el relámpago y el humo de semejante arma, que para ellos era enteramente incomprensible.

Viéndoles correr y alejarse en busca del abrigo de los árboles, dejando en el campo multitud de muertos, determinó Ojeda, con su habitual prontitud y audacia, salir á perseguirlos con seis de á caballo—escogidos entre los más valientes de la tropa,—bien armados con armaduras fuertes y capas acolchadas,

y escoltados por noventa ballesteros con arpones, jaras y rodelas.

Sin embargo, los indios no estaban vencidos, y después del pánico que produjeron las armas de fuego,—pánico en medio del cual los más valientes fueron arrastrados en la fuga por los más cobardes,—después de aquel primer momento Caonabó logró rehacer sus desbaratados batallones y les hizo volver caras y defenderse del ataque. A pesar del valor heroico y de la audacia sin igual de Ojeda, éste vio que era imposible, con tan corto número de soldados, hacer frente á aquel torrente humano que por todas partes trataba de rodearle, y resolvió tocar retirada. Lo que hizo nuestro héroe en esa salida, maravilló á cuantos le vieron, y su solo brazo despedazó, destruyó, maltrató y echó por tierra más indios que todos sus compañeros juntos. Pero como notase que mientras más número de indios mataba mayor cantidad de ellos salían á combatir,—mandó que su tropa se fuese replegando poco á poco hacia la fortaleza para ampararse tras de las palizadas, en tanto que él protegía ese movimiento con un brío casi sobrenatural: con la mirada brillante y encendida, y la mano alerta, enristrada la lanza, rompía como un huracán por medio de las apiñadas filas de los indios, dejando en pos suya un reguero de muertos, y se abría paso sin que alcanzasen jamás á herirle, hasta que vio que todos los suyos estaban resguardados y salvos: entonces arrimó los acicates al caballo con tánta furia que el animal dio un primer salto por encima de los enemigos y del segundo fue al otro lado de las palizadas, dejando á unos y otros atónitos y suspensos.

Fatigados por tan larga faena retiráronse los indígenas á alguna distancia del fuerte, y suspendieron por aquel día el combate para recoger sus muertos y atender á los heridos; los españoles hicieron igual

cosa, aunque apenas tuvieron que lamentar tres muertos y varios heridos de gravedad.

Parecía que después de esta derrota quedarían tranquilos los españoles, y así lo creyeron éstos, esperando que los indios se retirarían como lo habían hecho otras veces; pero el día siguiente les trajo el desengaño: Caonabó cambió de táctica poniéndoles sitio para rendirlos por hambre, y cada día estrechó más y más el cerco, levantando ranchos en torno de la fortaleza y fundando un campamento en toda forma.

La situación de los sitiados se fue haciendo muy crítica: Ojeda vio que no tenía en la fortaleza suficientes bastimentos ni pertrechos para sostener un largo sitio, ni cómo enviar á la Isabela noticia de lo que pasaba; pero la prudencia de este jefe corría parejas con su valor, y delante de sus subalternos se manifestaba tranquilo y sereno, procurando ocultar á los demás el estado en que se hallaban. Felizmente casi todos los soldados que tenía eran veteranos y habían pasado largos años guerreando contra los moros: perfectamente diestros en los combates de guerrillas y escaramuzas eran adecuados para el caso, molestando á los sitiadores con repentinos asaltos sobre el campamento y salidas improvisadas que causaban mucho daño á los indígenas.

En tanto Caonabó examinaba, con perspicacia rara en un salvaje, los sitios más débiles del fuerte, aprovechándose de cualquier descuido de los españoles para atacarlos; pero Ojeda era tan avisado, y entendía también en aquella guerra, que el indio le halló siempre alerta y frustrando todos los ardides y astucias que ponía en juego. Era tál el prestigio que Ojeda gozaba entre sus mismos enemigos, que éstos llegaron á mirarle como un sér sobrenatural y huían de su presencia con terror invencible: creían que el jefe español no era susceptible de hambre ni de sed, que

pasaba invulnerable y sin que nada le arredrase al través de los mayores peligros; siempre le hallaban vigilante, á toda hora y en todo tiempo, sin que pareciese dormir ni descansar jamás, ni perder nunca la confianza.

Los grandes hombres han sido grandes porque confían en sí mismos y el vulgo sólo cree en los que creen en sí mismos.

Así trascurrían los días y las semanas sin que Ojeda hubiese logrado tener noticias de la Colonia adonde habían enviado secretos mensajes avisando al Almirante, yá de regreso á Haití, de su apretada situación. Las provisiones disminuían á ojos vistas y las raciones que podía repartir eran tan escasas que los soldados españoles, aunque naturalmente parcos, padecían hambre, pero no se quejaban, porque veían que Ojeda dejaba para sí una pitanza aún menor que la del más ínfimo soldado.

IV

Todo estaba en silencio, tanto en el campamento indígena como en el fuerte, cobijados por una noche fresca, serena y apacible, no soplaba brisa alguna, y ni una hoja se movía en los árboles de los alrededores. Ojeda, que hacía noches que no dormía y días que sólo comía para no desfallecer, viendo la tranquilidad en que yacía el enemigo, quiso retirarse á gozar de algunas horas de sueño después de haber dejado centinelas en las partes más débiles de los muros y palizadas. Era tánta la fatiga que sentía aquel hombre, que jamás dejaba ver debilidad en su cuerpo ni en su espíritu, que apenas se hubo reclinado en su duro lecho, cuando se quedó profundamente dormido. Durmió así algunas horas con aquel sueño hermano de la muerte, pero que da la vida, hasta que ya cerca de la madrugada un aire

fresco y perfumado que entraba por la claraboya de la torre vino á bañar su frente y producir en sus sentidos aún embargados, una sensación de bienestar que avivó su imaginación: creyó despertar con el sonido de una voz que le llamaba tenue y suavemente; pero aún no despertaba, y de nuevo oyó la voz que le sonó como una música celestial; trató de incorporarse, y pareciéndole que abría los ojos miró en torno suyo.... cuál sería su sorpresa al encontrarse, no en la triste y desmantelada torre de Santo Tomás, sino en una capilla espléndidamente adereza-da: ricas alfombras tapizaban el suelo; grandes y hermosos cuadros de pinturas cubrían los muros, y sus marcos dorados brillaban iluminados por la luz de una lámpara de plata que pendía del techo. Al frente estaba un altar y sobre él una imagen de la Virgen que salía por momentos de las tinieblas y otras desaparecía enteramente ofuscada por ellas: al pie del altar notó un bulto como de persona, que le hizo estremecer, porque era lo único que manifestaba vida en medio del silencio de la espléndida capilla, para él absolutamente desconocida. El misterioso bulto aparecía enteramente envuelto en un velo que lo cubría y arropaba cual mortaja, pero se traslucían sus facciones como iluminadas por una luz interior, y aquellas facciones eran las de su ausente é idolatrada María. Ojeda quiso hablar, pero no pudo sacar sonido alguno de su seca garganta y quedóse absorto y extático contemplando la extraordinaria visión.

—Alonso! tornó á decir la voz de enantes, pero no pudo distinguir si salía de la imagen del altar ó de la postrada figura; Alonso, decía, yo pienso en ti.... no me olvides nunca....

—María, María! articuló por fin Ojeda con trémulo acento.

—Alonso! continuó la voz; grandes peligros te cercan; pero si no me olvidas los vencerás; no mori-

rás de heridas, ni la fuerza de los naturales te hará mella, pero te anuncio que otro peligro peor....

En este punto un sordo estruendo, que para Ojeda fue como un sacudimiento espantoso que conmovió la torre y la fortaleza, le despertó de súbito, y disipadas las sombras del sueño, se arrojó fuera de la cama, percibiendo que el extraordinario ruido lo causaba la guazabara de los indios y los millares de flechas disparadas contra el fuerte, rodeado y asaltado por muchedumbre de salvajes, que se habían aprovechado del aparente descuido de los sitiados.

Armóse prontamente y acudió á entusiasmar la tropa con su heroico ejemplo. Los salvajes fueron rechazados valientemente, y en breve huyeron despavoridos á refugiarse en los bosques y breñas que los amparaban.

Después de atender á la composición y al ajuste de las palizadas que habían sufrido en el ataque de los indígenas, Ojeda, una vez que hubo distribuído entre su tropa la triste pitanza diaria, sin dejar para él cosa alguna aquel día, púsose á reflexionar en la extraordinaria visión que había tenido, tan malamente interrumpida por el ataque, y figurósele que el peligro que le anunciaba no podía ser otro que el hambre, cuyo aguijón comenzaba á sentir, pues que casi no había atravesado un bocado de alimento hacía veinticuatro horas.

—Virgen santísima! exclamó arrodillándose ante la imagen, concédeme la muerte en el campo de batalla, y líbrame de perecer oscuramente á poder del hambre tormentosa!

Pasó largo rato orando, hasta que le interrumpieron varios oficiales que entraban á anunciarle la llegada del indio amigo que había enviado con mensajes al Almirante, pidiéndole socorro. Las cartas de Colón prometían auxilio, pero no tan pronto, y exhortaban á la guarnición de Santo Tomás á que se mantuviese firme en él entretanto.

Cuando Ojeda hubo acabado de leer los mensajes, el indio dobló una rodilla y humildemente le presentó lo único que había podido traer para su capitán: dos tortolillas vivas que, dijo el fiel indígena, podían servirle para una comida.

Despedido el mensajero, uno de los oficiales dijo, mirando con ojos de hambre los pájaros que el indio había dejado en el suelo:

—Llevaré las tórtolas al cocinero para que os las adobe, y os proporcione un razonable almuerzo.

—Y por cierto que le vendrá muy á tiempo, pues me han dicho que la ración que le toca al capitán, la distribuye diariamente entre los más necesitados, añadió otro de los oficiales.

—No os cuidéis de mí, dijo el jefe con una desmayada sonrisa; yo no padezco de hambre.

—Ah! eso no puede ser, repuso otro, y tamaña abnegación es mayor que la que os impone vuestro cargo.

—Ea! al fogón con ellas, prorrumpió el primero.

—Alto! exclamó Ojeda; es mejor que partáis las tórtolas entre vosotros.

—Señor capitán: dos aves como éstas, divididas en ocho partes, ¿qué pueden aprovechar? mientras que á vos....

—No, no....¿conque me creéis tan egoísta que mientras me harto, vosotros ayunáis y necesitados me miráis comer? No tal, y antes que tal suceda prefiero devolverles su libertad....

Dicho esto, levantó las tortolillas, les soltó las ataduras y poniéndolas en la orilla de la claraboya las dejó en libertad. Las aves al verse libres abrieron las alas y se alejaron volando con dirección á los lejanos cerros.

Admiraron los oficiales la abnegación y nobleza de carácter de su jefe, quien con actos como éste se granjeaba de tal manera el amor de los suyos, que

todos ellos hubieran dado su vida por él sin vacilar. Sin embargo, ninguno sabía cuánta había sido en realidad su abnegación, puesto que tenía la convicción de que el peligro que le amenazaba era el de morir de hambre, y que en el primer momento había visto el regalo de las tórtolas como un socorro enviado por milagro de la Virgen que le protegía. Así son en su mayor parte juzgadas las acciones de los hombres: nadie conoce qué las causa é inspira, ni de qué secreto impulso provienen.

Los temores de Ojeda fueron, sin embargo, infundados por entonces, porque como Caonabó hubiese agotado su último esfuerzo en el ataque de aquella madrugada, viendo que sus mejores guerreros habían muerto en inútiles refriegas con los españoles, y que los demás estaban desalentados y sin deseo de seguir adelante una empresa en que nada ganaban, decidió levantar el sitio y retirarse á su hogar á concertar algún plan mejor organizado que le diera probabilidad de triunfar de tan testarudos enemigos.

Pero antes de alejarse, con el noble desinterés que distinguió siempre á este cacique, envió á decir á Ojeda que jamás había admirado á ningún hombre como á él, y que aunque no dejaría de ser su implacable enemigo, no podia menos que elogiar sus proezas, su bizarría y grande ánimo, ni consentir en que el hambre le venciera y no las armas, por lo cual le enviaba los bastimentos que á él le sobraban.

V

El pueblo, residencia ordinaria del poderoso cacique Caonabó, estaba situado en el centro de la isla y á distancia como de 60 leguas de la Isabela.

Rodeábanla altos peñascos, corpulentas montañas y selvas interminables, por entre las cuales Caonabó había abierto veredas y senderos, en que tenía

escalonados centinelas y vigías, por esto vivía seguro de que hasta á aquel punto no podrían llegar sus enemigos sin ser descubiertos.

El espíritu de independencia del cacique era superior á todo otro sentimiento, y no podía sufrir que en sus tierras ni en las de los demás caciques se hubiesen enseñoreado los insufribles y crueles extranjeros; así inspirado por su natural audacia y ayudado por la valiente Anacaona, formó en breve una liga ofensiva y defensiva contra los españoles, haciendo parte de ella todos los jefes indígenas de la isla. La intención de Caonabó era caer al mismo tiempo y el mismo día con todos sus coaligados sobre la nueva ciudad y sobre los fuertes de la Concepción, la Magdalena y Santo Tomás, y no dejar un solo español vivo en todo el territorio de Haití. Para llevar á cabo esta audaz empresa, sólo se aguardaba la llegada de ciertos emisarios del cacique que vivía más lejos, para con ellos señalar el día de las proyectadas Vísperas Sicilianas indígenas.

Una hermosa tarde de Diciembre hallábase Caonabó recostado muellemente en su hamaca refiriendo á su esposa favorita las maravillas que había visto en los alrededores de la Isabela, hasta cuyas puertas había logrado llegar ocultamente, con el objeto de descubrir la manera más fácil de asaltar la nueva ciudad española. Describíale, entre otras cosas, el asombro y el encanto que había experimentado con el sonido de la campana de la iglesia, cosa que suspendía y entusiasmaba más que todo á los indígenas de aquella isla, hasta el punto de que muchos arriesgaban su libertad y su vida sólo con el objeto de acercarse al lugar en que sonaba para ellos la música más sorprendente y maravillosa del universo: creían que la campana era un presente divino, obsequio del Dios de los blancos, y que no podía haberse fabricado sino en el cielo y por mano de seres sobrenaturales.

—Ah! decía Anacaona, cuánto diera yo por oír esa música que decís!

—Eso lo lograremos tal vez, pero no sé cómo la tocan y si sonará lo mismo en nuestro poder que en el de los forasteros.

Interrumpió la plática de los dos esposos un mensajero, que llegaba del confín de la montaña con el aviso de que se acercaba un destacamento español.

—A atacarnos? preguntó Caonabó incorporándose.

—No; vienen en són de paz, y han dicho, por medio de los intérpretes, que desean tener una conferencia contigo, señor, trayendo además obsequios de consideración.

—¿Cuántos son? repuso el cacique.

—Diez hombres y un jefe: el mismo que defendió la fortaleza de Santo Tomás.

—¿El que llaman Ojeda?

—El mismo.

—Qué fortuna! exclamó Caonabó. ¡Yo que deseaba tánto ver á este hombre de cerca!

—¿Y permitirás que llegue hasta aquí? preguntó Anacaona; ¿no temes alguna falsía de parte de los españoles en las presentes circunstancias?

—¿Qué podemos desconfiar de once hombres cuando tengo aquí reunidos más de cinco mil guerreros? Admírame la grande alma y nobleza de estos hombres que vienen á librarse en mis manos atenidos á mi generosidad. Córre, añadió, dirigiéndose al mensajero, dí que los dejen pasar inmediatamente y los reciban como si fuese yo mismo.

Apenas hubo partido el ágil enviado de los vigías que guardaban las selvas, cuando Caonabó mandó que se preparasen á recibir á los españóles con todo el boato de que podía disponer su desnuda majestad. Conforme á sus órdenes salieron en primer lugar con sus mejores atavíos (es decir, plumajes y pintu-

ras) los principales cortesanos y habitantes del pueblo, con antorchas encendidas en las manos, pues ya había llegado la noche: seguíales una comitiva de treinta mujeres de la casa real, vistosamente aderezadas con delantales de algodón bordados de varios colores, y anchos brazaletes de conchas relumbrantes, coronas de flores sobre el cabello caído por la espalda, y en las manos instrumentos músicos las unas, y palmas y ramos floridos las otras.

Admiróse Ojeda al avistar por entre los árboles, cuando llegó al pueblo, una procesión tan imponente á la par que extraña, y como le dijera el intérprete que aquello se hacía para dar honor á los huéspedes, echó pie á tierra con sus compañeros en señal de respeto, y avanzó por la vereda seguido de los demás españoles.

Al llegar á cierto punto se detuvo la procesión á uno y otro lado del camino, y se adelantaron las mujeres cantando y danzando, yendo á depositar al pie de Ojeda las palmas que llevaban, en señal de paz y bienvenida, y lo condujeron á la presencia de su cacique. Aguardaba éste á su huésped á la puerta de su casa, que era la más grande del pueblo, teniendo á su lado á su mujer favorita, la guerrera Anacaona. Ambos recibieron á los españoles con una natural cortesanía que hubiera hecho honor á príncipes civilizados, y los llevaron al lugar en donde tenían preparado un banquete. Caonabó, que no se había pintado para aterrar, como lo hacía cuando estaba en campaña, no parecía tan fiero como le habían visto antes los españoles, y esta circunstancia, unida á su deseo de agradar á Ojeda y á la dignidad de su puesto, le hacían muy afable con sus enemigos.

Anacaona, cuya belleza resaltaba sin necesidad de atavíos, la acrecentó con las usuales galas de su clase. Vestía un faldón ricamente bordado que le caía hasta las rodillas, muchos sartales de cuentas y primorosas

plumas sobre el pecho, una guirnalda de flores rojas y blancas en torno de la cabeza é igual adorno en los brazos y tobillos; Anacaona, que era poetisa y se acompañaba con un instrumento hecho con la pintada concha de una hicotea (especie de tortuga pequeña), cantó varios *areytos* (1), rimados y compuestos por ella misma, en tanto que otras indias danzaban á la luz de la luna en la plaza del pueblo, formando coro al acompasado retintín de varias conchas que adornaban sus cuerpos.

Terminado este poético saludo de bienvenida que recordó á Ojeda lo que había oído decir de los antiguos griegos, y antes de retirarse á las hamacas que les habían preparado en una casa grande que pusieron los indios á su disposición, suplicó al cacique que le permitiera tener con él una conferencia, para la cual traía intérpretes.

Después de los cumplimientos del caso por uno y otro lado, Ojeda le manifestó que venía á las tierras de Caonabó como embajador de su jefe el Almirante Cristóbal Colón, con el objeto de invitarle á que le hiciese una visita en la Isabela, y así, cara á cara, hacer las paces con él y con todos los habitantes de la isla, de quien él, Caonabó, era el nato jefe, según comprendían los españoles.

Caonabó contestó con dignidad que él tendría mucho placer en ver al *Guanimiquina* (así llamaban los indígenas á Colón), y que no se oponía á que lo visitase personalmente si lo tenía á bien, asegurándole que sería recibido lo mejor posible en sus Estados, pero que él no tenía por qué salir de su territorio para buscar una amistad que no necesitaba.

Ojeda entonces no insistió en su invitación; manifestó al cacique que daría parte de su contestación

(1) Cantos y baladas propias de los indígenas de Haití y de Cuba.

á Colón, y púsose á hablarle de las maravillas que tenían los españoles en la Isabela, hasta que el cándido salvaje le dijo que lo que deseaba ver era la campana, cuyo sonido le había encantado, añadiendo que por poseerla haría cualquier sacrificio.

Sonrióse Ojeda al descubrir que aquel era el lado débil de Caonabó y por el cual podía cautivarlo, y así dijo, como al descuido, que cabalmente Colón había intentado obsequiarle con aquel objeto si el cacique llegaba á entrar como amigo á la Isabela. Además, le aseguró que le enseñaría las misteriosas palabras que había de pronunciar para que el instrumento produjese el sonido armonioso que le encantaba, sin las cuales la campana permanecía muda é inútil.

Dejándole bajo esta impresión, el español se retiró á dormir. Caonabó entretanto dio parte á Anacaona de las palabras del huésped, pasando largas horas en deliberar sobre lo que harían para conseguir tamaña dicha, pues según había entendido el cacique nada obtendrían con robarse la campana si no sabían las palabras que la harían sonar.

Al día siguiente el cacique mostró á su amigo Ojeda las curiosidades y grandezas de su pueblo, llevándole (favor que no prodigaba) al templo del *Zeme*, dios tutelar de la tribu, alojado en una casa bastante espaciosa y puesto sobre una especie de altar de madera: era de piedra y toscamente labrado, según se manifestó al descubrirlo; honor señalado que hizo á Ojeda, relajando le severidad de sus ritos, porque era de mal agüero que otra persona de diferente tribu ó nación contemplase el *Zeme* de Maguana.

Además de este ídolo adorado por la tribu en común, cada familia tenía un *Zeme* particular que era el patrono de la casa. El cacique poseía también tres piedras maravillosas ó talismanes, que prestaba á sus súbditos, como eficaz medicamento, sirviendo como preservativo cuando les amenazaba algún gran riesgo.

Para el cuidado del templo había varios *Butios* ó sacerdotes, que llevaban el cuerpo pintado con la imagen del *Zeme*, y además de este empleo y el de presidir las ceremonias religiosas, eran los médicos natos de la tribu.

El cacique no debía nunca morir de muerte natural; y para esto los *Butios* tenían la misión de ahorcarle cuando, estando enfermo, agonizaba, en tanto que la chusma moría sola y abandonada por todos sus parientes, á menos que el cacique los mandase ahorcar, lo que se apreciaba mucho, y se creía cosa de honra y prueba de grandeza.

Pasaron algunas horas entretenidos en esto y en presenciar las evoluciones militares de los guerreros de Caonabó, que quiso deslumbrar á los españoles con el espectáculo; terminado el cual, Ojeda significó á su huésped que deseaba regresar á la Isabela á dar parte de su misión al Almirante, quien tenía vivo interés en hacer las paces con todas las tribus indígenas de la isla y fovorecerlos con valiosos presentes.

Caonabó entonces anunció que había decidido acompañar á Ojeda en su regreso á la Isabela si con toda sinceridad le aseguraba que en cambio de los tratados que harían en aquella ciudad le garantizaba que le darían la campana de la iglesia y enseñarían á manejarla. Sumamente satisfecho con aquella promesa, Ojeda le ofreció que de seguro conseguiría cuanto quería si llenaba los deseos de Colón.

No tenía el español la conciencia muy tranquila desde que le dieron parte de la confianza que de él hacía el cándido cacique, tan extremado en manifestarle cariño y aprecio, en tanto que él había ido á Maguana con una misión muy pérfida y desleal. Mucho nos duele tener que presentar en este caso á Ojeda como hombre falso, ingrato y ruin para con el generoso indígena,—pero hay que notar que los españoles de aquel tiempo estaban acostumbra-

dos á hacer la guerra á los moros con engaños y artificios, recibidos como estratagemas lícitos, tratándose de infieles, á quienes no era malo engañar con promesas y aun juramentos que luégo se quebrantaban sin empacho.

Sucedió que habiendo llegado á oídos de Colón la noticia de la conspiración tramada por Caonabó quiso encontrar algún medio de impedir que estallase, y dio con gusto el permiso que le pidió Ojeda: licencia para internarse hasta el campamento de Caonabó con algunos compañeros, embaucar al cacique y traerlo inerme, maniatado y preso á la Isabela. Semejante empresa, que hubiera parecido imposible á cualquiera otro, no lo era en el concepto de los conquistadores, para el héroe de Santo Tomás, y así Colón accedió á lo que le pedía exigiéndole solamente que trajera al cacique preso, pero vivo, á la colonia española. Ya hemos visto cómo llegó á Maguana, cómo fue recibido por el jefe caribe y de qué manera imprevista vino á facilitársele su proyecto, al parecer descabellado; pero al tiempo de ponerse en marcha, Ojeda notó, no sin recelo, que habían preparado numerosas huestes como acompañamiento del cacique.

Preguntó qué significaba aquello, puesto que él no tenía más séquito que diez hombres, y que le parecía impropio que á una visita entre amigos se llevaran, tántos guerreros.

Contestóle Caonabó que un gran príncipe como él no podía moverse de una parte á otra, sin un tren digno de su poderío y esplendor. Comprendió Ojeda que el indio era muy astuto y que aquellos guerreros no iban con muy buenas intenciones á la colonia española, y resolvió ser más sagaz y mañoso que el salvaje, manifestándose muy contento y sometido á su voluntad.

VI

Al mañanear del tercer día de marcha llegaron á orillas del hermoso río Neyba, en donde se detuvieron para refocilarse. No estaban yá muy lejos de la Isabela, y á poco más andar dejarían las montañas y los riscos para entrar en ùn terreno llano; así Ojeda juzgó que era llegado el momento de dar el golpe de mano que con tánta habilidad había preparado, y lo creyó tanto más urgente cuanto le había sobresaltado la noticia de que durante la marcha el ejército de Caonabó se había aumentado considerablemente, con destacamentos que otros caciques enviaron con sigilo y orden de incorporarse á los batallones de la retaguardia.

—Caonabó, dijo Ojeda acercándose al cacique en unión del intérprete que le acompañaba; vengo al fin á mostraros el obsequio de más consideración que un español puede presentar á un guerrero: ved estos adornos fabricados en el Turey (cielo) de Vizcaya, y que sólo usan en grandes solemnidades los soberanos de Castilla.

Y le presentó unos grillos y unas esposas de hierro que brillaban como plata.

—Esos adornos, continuó, los he traído para que os los pongáis en honor del Almirante D. Cristóbal Colón, que debe de estar muy cerca de aquí, porque me ofreció venir á recibiros no lejos de estos parajes.

Admiró agradecido el sencillo cacique aquel precioso regalo y desde luego quiso adornarse con él, pero Ojeda le dijo que era preciso bañarse primero y vestirse con los mejores arreos que tuviera para presentarse delante del jefe español montado á caballo; pero como no estaba enseñado á aquel ejercicio, para acostumbrarse al movimiento del caballo tendría que montar al anca del de Ojeda, el que después se desmontaría para dejarle seguir solo.

Accedió á todo Caonabó y en esto lo que más le halagaba era la idea de cabalgar uno de aquellos hermosos animales que tánto admiraban y temían sus súbditos.

Cuando estuvo perfectamente preparado, montó el capitán y mandó que los indios ayudasen al cacique á tomar asiento detrás de él; los españoles le ajustaron las esposas, le pusieron los grillos en los pies, atando las cadenas al descuido contra los arneses del caballo. Entonces Ojeda apretó los ijares al brioso corcel y éste se puso en dos saltos en medio de la multitud de indios que, temiendo ser atropellados, se hicieron á un lado y le dejaron pasar. El animal, aparentemente enfurecido, tomó la dirección del monte más espeso, entre cuya sombra le aguardaban los demás españoles, y subieron por una pequeña cuesta hasta llegar á las orillas del río por una vereda que habían abierto de propósito en un recodo que hacía la corriente; rodearon entonces á Caonabó y le declararon que estaba preso, y que si daba voces le quitarían la vida sin vacilar; al mismo tiempo le ataron contra Ojeda y atravesaron el río una ó dos veces para que no pudiera seguirle la pista los indígenas. Pero aquellas precauciones eran por demás: ellos no habían imaginado que fuera posible una felonía como aquélla, y no desconfiaron al principio de la desaparición de Caonabó, creyendo que el caballo volvería en breve, y que aquel era un juego con que Ojeda había querido divertir al cacique, pues ya varias veces el español se había exhibido delante de ellos, manifestándoles la habilidad y ligereza del caballo en correr, dar saltos, vueltas y varias pruebas muy graciosas.

Cuando el confiado cacique se vio en manos de sus enemigos, se manejó con la dignidad innata en los jefes indígenas, que fundaban su orgullo en no quejarse nunca, sino por el contrario manifestar al-

tivo desprecio del peligro: lo que demuestra una vez más que el hombre altamente civilizado y el perfectamente salvaje se parecen en sus sentimientos de dignidad.

El viaje fue en extremo peligroso, y hubieron de sufrir muchísimo en lo intrincado de las selvas, y en la altura de los riscos y cerros por donde tuvieron que pasar para escapar de los indios que, desengañados, los perseguían. Fueles preciso dar rodeos y á veces perderse por escabrosas sendas para no dejar huellas de su paso. No tenemos tiempo de describir las aventuras que afrontaron los infatigables españoles por entre las oscuras selvas, llanuras fangosas, ríos hondísimos, sin encontrar muchas veces qué comer, y de noche en lo alto de los cerros, ateridos de frío y privados de todo abrigo. Caonabó permanecía callado, sereno, y su porte era tan verdaderamente noble y entero en todas circunstancias, que obligó á sus captores que le tuviesen las mayores consideraciones.

Cosa extraña, pero tal vez característica de la índole de Caonabó, fue que jamás manifestó á Ojeda resentimiento por su conducta pérfida, sino que al contrario elogiaba su astucia y singular arrojo. Creciendo su cariño hacia el español, por estar sinceramente persuadido de que la perfidia y el engaño eran permitidos en la guerra; pareciéndose en esto moralmente al hombre más disimulado que recuerda la historia moderna, quien tenía por máxima "que la palabra sirve para ocultar el pensamiento." (1) Cuando Ojeda se dirigía á Caonabó, éste le escuchaba con atención y respeto; aunque no le entendía, hacía lo posible para penetrar sus ideas y conformarse con su voluntad, en tanto que á los demás

(1) Talleyrand.

les manifestaba completo desprecio y aparentaba no verlos desde la altura de su orgullo.

Al fin después de algunos días de viaje penosísimo, llegaron á la Isabela con su cautivo en toda seguridad; expedición valientemente consumada, pero cuya perfidia oscurece su mérito.

VII

Dos años eran transcurridos desde la captura y prisión de Caonabó; después de muchas luchas, batallas y escaramuzas, al fin los españoles lograron apaciguar á los indios que se alzaron, y hacerse dueños de la isla en su totalidad. Como no es nuestro ánimo relatar todos los acontécimientos de la conquista, que, aunque interesantísimos, no hacen parte del plan de nuestra narración, no mencionaremos pormenores y sólo diremos de paso, que en casi todas las acciones notables y hechos de armas, nuestro héroe tomó una parte activísima, tanto que Colón confesaba que á Ojeda le debía el buen éxito de muchas de ellas. A pesar de sus buenas intenciones y de conformarse humildemente á la voluntad de los Reyes católicos, Colón se vio oprimido por la calumnia y la envidia de los cortesanos, y persuadido de que sólo él, personalmente, podía contestar á los cargos injustos que se le hacían, resolvió embarcarse para España, lo cual verificó en Marzo de 1496, venciendo no pocas contrariedades.

Era una tranquila noche de Mayo, en que brillantísimas estrellas iluminaban la bóveda celeste con un fulgor y una claridad que sólo se ve en los trópicos, y al través de la pura atmósfera marítima. Entre las constelaciones casi desconocidas en Europa veíase en el confín del horizonte, por el lado del Sur, la de la *cruz de Mayo*, la del *Navío* y la del *Cen-*

tauro (que encierra la maravilla astronómica de dos soles que giran el uno en torno del otro), y gran número de luceros á cuál más espléndidos y brillantes. Una brisa suave y saturada de olores marinos henchía las velas de las dos embarcaciones que formaban la escuadra de Colón, y parecían blancos espectros deslizándose sobre las azules ondas y dejando en pos de sí un reguero de luz fosfórica.

Conforme fue avanzando la noche los pasajeros que iban en las carabelas se retiraron á sus hamacas, y sobre la cubierta de los bajeles, al promediar la noche no quedaba sino el vigía, y embozado en su capa un hombre de pequeña estatura, aire marino y ademán altivo y desembarazado, que se paseaba de un extremo á otro de la carabela haciendo sonar la espada al caminar.

Repentinamente se presentó sobre la puente del navío un indio casi desnudo, y acercándose al embozado dijo en español incorrecto:

—Don Alonso!... hermano mío llama á vos!

Ojeda (pues era él) preguntó con interés si el enfermo había empeorado.

—Sí.... morirá pronto: no verá la luz del día.

—Pobre, pobre Caonabó, vamos pronto! dijo Ojeda, y bajó precipitadamente por una escalerilla de mano á la cala del buque, en donde yacía con sus compañeros el antiguo cacique de Maguana.

Caonabó, cautivo durante dos años, no había dejado ni por un momento de ser digno del título del cacique más importante de Haití: soportó su injusto cautiverio con tranquilidad aparente y sin exhalar nunca una queja ni pedir ningún favor. El orgulloso salvaje desdeñaba al Almirante á quien miraba con desprecio, porque no le había tomado preso personalmente, sino enviado á su capitán é inferior á poner por obra aquella acción, acción que se le antojaba heroica y digna de los mayores elogios, á

pesar de ser él la víctima. Caonabó no se consideraba prisionero de Colón, sino de Ojeda, y á él solamente acataba. Cuando éste lo iba á visitar lo recibía con respetuoso cariño, y le pedía que le enseñase su idioma para poderle hablar, en tanto que á Colón le volvía la espalda con marcada desatención. (1)

Caonabó, dotado de clara inteligencia, aprendió en breve el castellano y lo hablaba con alguna corrección: mientras que permaneció en tierra, soportó las penalidades del cautiverio con valor, pero no fue lo mismo cuando se vio en un buque, y privado ya no solamente del séquito de indios que le hacían la corte, sino hasta de la suave atmósfera de su país natal. Una tristeza profunda, un desaliento completo se apoderó de él, y esto le vino acompañado de una fiebre lenta que le devoraba noche y día, padeciendo mortales insomnios y delirios que acababan de agotar sus fuerzas. Alarmáronse los españoles con el peligro que había de perder al cacique más famoso de Indias, á quien llevaban á los Reyes como una curiosidad y una muestra de lo que eran los Jefes que habían vencido. Procuraron todos á porfía sacarle de sus crueles meditaciones, y describíanle las grandezas de España y las cosas maravillosas que vería en la corte de los Reyes más poderosos del mundo; pero en vano: nada disipaba el profundo abatimiento del salvaje y el tedio que aumentaba por horas y por momentos, á medida que se alejaba de su isla. Detúvose Colón algún tiempo en Guadalupe, y en esta isla tuvo lugar un acontecimiento que pudiera haber devuelto alguna esperanza al corazón de Caonabó: fue éste la admiración que su desgraciada situación produjo en una mujer,

(1) Los *haitianos* nunca resintieron la perfidia de Ojeda, sino que, al contrario, la misma Anacaona perdonó á los españoles su atroz conducta; ocho años después murió en una horca esta ilustre guerrera, víctima de los enemigos de su raza.

esposa del cacique de aquella isla, hasta el punto de querer acompañarle para cuidar de él y consolarle, rehusando volver á tierra, suplicando humildemente que la dejasen seguir viaje hasta España con Caonabó. Creyendo que tan solícita compañera distraería de su pesadumbre al cacique, acogieron con gusto el ofrecimiento de la india; pero todo esfuerzo fue inútil: la honda nostalgia del cautivo fue aumentando diariamente, hasta que se comprendió que iba á morir, sin que lograran aliviarle ni un momento las consideraciones que le procuraron guardar.

Hallóle Ojeda acostado en su hamaca, junto á la cual lloraban su hermano, su sobrino y su hijo, que también llevaban cautivos, y más lejos, en la sombra, mesábase los cabellos la india de Guadalupe.

—Alonso, —dijo Caonabó con debilitado acento al ver entrar al español, — el *zeme* quiere que marche de aquí: me voy á la tierra de mis padres, y tengo de morir como un miserable y aguardar la agonía de la muerte.... Oh! exclamó incorporándose, si tuviera aquí uno de mis *butios*, moriría como muere un cacique: ahorcado....

—Caonabó, respondió Ojeda, un guerrero como tú no pierde nunca el valor.... no se deja morir así... todavía tendrías remedio si quisieras.

—¿Acaso me llevarían mañana á Haití?

—Eso no, pero....

—Entonces mi mal no tiene remedio, porque no quiero llegar á tu tierra sino volverme á la mía, é ir á comer la fruta que se da en el cielo de los míos.

—Escúcha, Caonabó....

—No, no me interrumpas: me quedan ya pocos momentos de vida.... y antes de irme quiero recomendarte á mis parientes y á aquella hija de príncipes que me acompaña, abandonando por mí su tierra-pido que sean devueltos en breve á sus islas. El indio no puede vivir entre los hijos de Turey sin

morirse pronto. Vuestro Dios nos mira mal y nuestros *zemes* nos han abandonado: ellos tienen celos del vuéstro que es muy más poderoso, y ha puesto en vuestras manos por armas truenos y relámpagos, mientras que los *zemes* no conocen sino las flechas, los dardos y las macanas. En esta lucha entre el poderío de vuestro Dios y los celos de los nuéstros, nosotros, pobres indios, moriremos todos. Aunque yo te perdono, Alonso de Ojeda, todo el mal que me has hecho, no sé si los míos harán otro tanto. Dejo mi maldición, único poder que no han podido quitarme, á todos los demás que me han tenido cautivo, y deseo que ellos sufran como yo: prisiones, destierros y desgracias. Que vuestro Dios me oiga y los míos me venguen!...

No pudo continuar; aquel esfuerzo que había hecho para hablar postró enteramente sus fuerzas, y cayó para atrás desfallecido y exánime. Rodeáronle los indios, levantáronle la cabeza y echáronle aire con hojas de palma trenzadas, pero en vano; no volvió á hablar y pocos momentos después había dejado de existir. Los indios levantaron sus voces lamentando la muerte de su pariente y de su jefe, y entonaron entre sollozos el canto del guerrero moribundo, cual correspondía en aquel caso.

Ojeda subió otra vez sobre cubierta sumamente impresionado con las palabras últimas de Caonabó, y cuando llegó al aire libre notó que empezaba á nacer un nuevo día, y que á medida que perdían su brillo las estrellas una capa dorada inundaba todo el ámbito del mar, y que momentos después el sol se levantaba espléndido sobre las inquietas olas del océano, en cuyo confín estaba España, la patria querida, y en ella la madre y la mujer amada....

CUADRO V—1497

Dos años en España

I

La ciudad de Burgos está edificada en la falda de una colina algo escarpada, en cuya cumbre veíase en aquella época un antiguo castillo, que en su origen fue la residencia de los condes, y luégo de los Reyes de Castilla. Más abajo se alzan, á diferentes alturas, los edificios religiosos que engrandecen la ciudad, y por último al pie de ella corre el río Arlanza que se pierde á lo lejos al través de un poblado y rico valle, cubierto de sementeras, y lo que es más raro en España, de muchos y frondosos árboles que crecen con lozanía, merced á la humedad de las numerosas fuentes y riachuelos que vienen á buscar el lecho del río.

Como á media legua de distancia elevábase, sobre una colina, el convento de frailes cartujos de Miraflores, y más cerca, pero en otra dirección, veíase la rica abadía de las Huelgas, en donde moraban gran número de monjas, pertenecientes á las más nobles familias españolas, bajo la autoridad de una abadesa que mandaba y aún manda hoy día como soberana en un dilatado distrito.

Un día de verano de 1496, y cuando el sol meridiano quemaba como fuego, los árboles se inclinaban agobiados por el calor, los pájaros se ocultaban tras de las ramas en silencio, y todo en la naturaleza callaba, viose venir por el empolvado camino y entrar á Burgos por una de sus almenadas puertas, á dos viajeros fatigados, amo y criado, siendo el amo nada menos que nuestro amigo Alonso de Ojeda, que acudía á verse con el Obispo de Burgos, D. Juan Rodríguez de Fonseca.

Siguiendo por las tortuosas y angostas calles de la ciudad, sombreadas por altos edificios y torres de ostentosa arquitectura, Ojeda se desmontó en una posada, y en tanto que cambiaba vestido, mandó anunciar su llegada al Obispo, quien sin tardanza contestó que le vería aquella tarde, después de la hora de la siesta. Sin embargo, oyendo sólo su impaciencia nuestro héroe, llegó anticipadamente al palacio arzobispal, y fuele preciso aguardar largo rato en la antesala antes de ser recibido.

El palacio arzobispal estaba situado entonces en donde mismo se encuentra hoy, en la plaza mayor, que siendo pequeña y de forma irregular, parece aún menos grande con motivo de los altos edificios que la circundan, pues en ella se encuentran, además del mencionado palacio, la casa de Ayuntamiento, una galería de arcos y la magnífica catedral, una de las más bellas de España.

Desde uno de los balcones de la antesala en que aguardaba, Ojeda pudo contemplar á su gusto el esplendoroso templo. Fue edificado en el siglo XIII, y á pesar de que las vecinas casas de habitación se empatan casi dentro del edificio, su aspecto es majestuoso é imponente. Al frente tiene dos altísimas y labradas torres, exornadas con esculturas del gusto más puro del arte gótico, formando un verdadero bosque de estatuas, labores afiligranadas y follaje de piedra. La parte de atrás la forma un crucero de cinco torrecillas rematadas en finísimas puntas de hierro, y el conjunto es de una maravillosa perfección arquitectónica. Todo el edificio se labró con piedra blanca é igual. Las numerosas y ojivadas ventanas están cerradas con vidrios de colores, de gran valor y hermosura. Sin contar las capillas de los lados, el cuerpo de este templo mide 100 varas de largo y 84 de anchura, y se levanta como un cerro en medio de la ciudad.

Aunque absorto en la contemplación de aquel edificio, cuya maravillosa magnificencia le hacía mayor impresión por lo mismo que había pasado dos años y medio en el fondo de los bosques vírgenes del Nuevo Mundo, Ojeda aguardaba con impaciencia la hora de la entrevista con el nuevo Obispo de Burgos, causándole júbilo la entrada del ujier que le anunció que Su Señoría Ilustrísima le aguardaba en su despacho.

Recibióle el prelado sin levantarse de su dorado sitial, pero con aire amable le hizo primero muchas preguntas acerca de sus aventuras en la Española, y después pidióle informes de la conducta de Colón y de sus hermanos en el gobierno de la isla. Notando que el joven contestaba con reserva y prudencia, y aunque no acusaba al padre Boyle, ni á Margarit, ni al visitador Aguado, enemigos de Colón, elogiaba en todo al genovés, el Obispo repentinamente le cortó la palabra con impaciencia y dijo:

—Según veo, Alonso, siempre disculpáis al Almirante!... Pero yo sé deciros que de él hemos tenido tántas y tan bien fundadas quejas, que ni aun la Reina, nuestra señora, tiene buena opinión de esos Colones.

—Sin embargo, respondió Ojeda fríamente, me han asegurado que los Reyes le recibieron á su regreso con suma amabilidad, y ni siquiera le han hecho una sola reconvención.

—Eso dicen los amigos del genovés, contestó el Obispo; pero no es exacto, los Reyes están descontentos, y yá él ha perdido mucho de la estimación que le tenían.

—Eso no me sorprende! exclamó el joven con ironía.

—¿No os sorprende?

—No, porque es proverbial la ingratitud de los Reyes.

—Reportaos, imprudente mancebo! ¿Cómo os atrevéis á hablar de esa manera de Sus Majestades?

—Digo lo que pienso.

—Pero no piensas lo que dices, ¿ya se os ha olvidado que lo que se piensa es lo último que se dice?

—Pensaba que platicaba con un caballero, y que por consiguiente podía sin riesgo manifestar mi pensamiento.

—Pero no recordabais, sin duda, que es felonía hasta pensar mal de nuestros soberanos, y mayor falta aún es la de hablar de ellos con poco respeto.

—Señor, yo hablé de los reyes en general.... pero si os disgusta mi parla, fácil es salir de vuestra presencia y también de Burgos y de España.

Y al decir esto, con ímpetu púsose en pie el ardoroso joven.

—Refrenad, refrenad vuestras violencias, mancebo, dijo Fonseca mirando al joven con la sonrisa en los labios, pero con una mirada falsa y cruel.

Comprendió su falta de respeto para con el Obispo, y bajando los ojos, Ojeda volvió á tomar asiento.

—¿No sabéis, continuó Fonseca, que el primer deber del hombre es refrenar la saña? Por ventura no habéis oído referir lo que dijo el sabio Rey Alonso (vuestro tocayo), hablando de la ira?

—No recuerdo....

—Dijo estas palabras, cuyo espíritu deberíais imitar: "Quien sabe refrenar la cólera é la ira, este es señor de su voluntad; quien es tál es más fuerte quel que vence en batallas e prende por fuerza los castillos."

—Yo, señor, soy soldado y no sabio....

—Bien, pues, nos hemos salido de la cuestión, repuso el Obispo, y no puedo perder tiempo en sermones.

—Ni yo vine con intención de oírlos, contestó Ojeda.

—Decidme ahora, lisa y llanamente, ¿qué opinión tenéis del Almirante Cristóbal Colón?

—¿Puedo hablaros con sinceridad y sin dobleces?

—Como á vuestro confesor.

—Creo, señor, que es el hombre más sabio del siglo y además el más humano, bondadoso y noble.

—No podríais decir más de nuestros soberanos! exclamó el Obispo con disgusto.

—Es la verdad, respondió el joven.

—¿Y no os causa compasión gastar ese entusiasmo y admiración en un extranjero, en un italiano de bajo nacimiento?

—Lo que siento, dijo Ojeda con los ojos encendidos, es no tener palabras para expresar todo lo que pienso de él y lo que él merece!

—Qué poco mundo tenéis, amigo! repuso el Obispo, levantándose y caminando de un lado á otro de la estancia, y añadió como para sí, ¿cuál es la potencia que tiene este hombre para hacerse amar de cuantos le tratan de cerca?... un miserable italiano, cuyo carácter debe tener todos los defectos de su raza!

Al oír las murmuradas palabras de su interlocutor, la móvil fisonomía de Ojeda cambió de expresión, y dijo con mal encubierta ironía:

—Sin duda, señor Obispo, los defectos de los italianos deben ser tenidos por virtudes en nuestra tierra, puesto que á Colón no le conozco defectos y sí cualidades.

—¡Vive Dios! exclamó Fonseca con disgusto, ¿querríais asegurarme que Colón es un ángel?

—No tanto, señor, puesto que es humano, pero sí sé aseguraros que siempre y en todo tiempo se manifestó más generoso, más digno y más noble que todos nosotros.

Sonrióse el Obispo con aire despreciativo y dijo sentándose otra vez frente á Ojeda:

—Sois muy joven, Alonso, sois muy joven aún.... lo siento mucho porque es defecto que os hará impropio para muchos cargos.

—Qué cargos, Ilustrísimo Señor?

—El mando de ciertas empresas importantes.

—Por ventura Su Señoría Ilustrísima ha olvidado que si soy joven (no es culpa mía!) mi valor es tánto que sin jactancia digo que nadie me sobrepuja.

—Ya lo sé, Alonso. Me han informado acerca de vuestra conducta heroica en el fuerte de Santo Tomás y el indomable valor que desplegasteis en otras muchas acciones, pero....

—Pero qué, señor?

—Decía que además de esas cualidades necesito, para ciertas empresas que he imaginado, un hombre que tenga más prudencia que valor físico, más perspicacia que pujanza, ¿no sabéis que el hombre astuto es dueño del mundo y de las voluntades de los hombres?

—Si por astucia Su Ilustrísima entiende perfidia, exclamó Ojeda, ese hombre efectivamente no soy yo, buscad otro, señor....

—Otra vez os salís de vuestras casillas! dijo Fonseca. Acordaos con quién habláis.... ¿creéis, acaso, añadió, que yo pudiera induciros á obrar mal?

—Perdón, señor, respondió el joven, pero tengo la palabra pronta y me desazono con facilidad.

—Volveré á citaros al mismo sabio Rey Alonso, repuso Fonseca, cuyas máximas leía no há mucho rato, entre las cuales hay ésta: "ca bien ansí como el cántaro quebrado se conoce por su sueno, otro sí el seso del home es conocido por la palabra." No digáis nunca, mancebo (este es consejo de amigo) palabras que ofendan, porque por ellas se avista el fondo del pensamiento del hombre.... Sin embargo, creo que vos no reflexionáis en las consecuencias de

lo que queríais decir, y todo lo olvidaré si contestáis con franqueza á mis preguntas.

—Repito, contestó Ojeda, que no pensé en que....

— Basta de excusas.... Ahora otra pregunta: ¿Recordáis el convenio que con vos hice antes de que partierais con Colón?

—No recuerdo convenio alguno....

— Entonces diré promesa, — promesa de estudiar con el Almirante el arte náutico, que no puede negarse que lo conoce á fondo, y examinar los planos y cartas marítimas de su descubrimiento.

— El jamás las señaló.

—¿Y era preciso que Colón os las mostrara exprofeso para poderlas ver?

— Las llevaba siempre encerradas en arcas que jamás dejaba á nuestra disposición.

—Una persona viva y pronta no hace caso de esos impedimentos.

—Señor Obispo, ¿qué significan vuestras palabras?... Acaso me tomáis por un vil espía?

—¿Quién os habla de espías? Es fácil, sin faltar á ninguna ley del honor, descubrir secretos que nos quieren ocultar. Cuando se os dio un destino que os venía ancho á vuestra edad, no fue sólo para que fuerais á pasar el tiempo admirando al genovés, sino para que aprendierais lo suficiente para seguir sin él en los descubrimientos de otras tierras y otros mares.

—No era preciso ver sus cartas y sus mapas para aprender el arte de descubrir nuevos parajes por aquellos lados, contestó Ojeda, una vez que él mostró el camino: yo me comprometería á adelantar esos descubrimientos, y con un buen piloto, como Juan de la Cosa, no tendría inconveniente en atravesar el océano cualquier día.

—Bravo! exclamó el Obispo con animación, al fin nos entenderemos!

—Digo á Su Ilustrísima que lo podría hacer.

—Y que sin duda lo haríais.

—Al contrario, señor: el Almirante obtuvo de los Reyes un privilegio para seguir él no más los descubrimientos empezados. Nadie tiene, pues, derecho de ir contra su voluntad á las tierras y á los mares que Dios le permitió descubrir.

—¿Es decir, Alonso, que aún pensáis que Colón obra por inspiración divina?

—Creo que obedeció al principio al dedo de Dios que le señalaba lo que debería hacer para premiarle su constancia y abnegación, sus estudios y desvelos de tántos años,—pero una vez que llevó á cabo aquella gloriosísima campaña y puso en vía la conversión de los infieles, creo que ya Nuestro Señor, aunque le protege, no le inspira.

—Vuestra tonta admiración, Alonso, será causa de truncar vuestra carrera y aun las esperanzas más gratas que podríais abrigar.

—Qué queréis decir, señor?

—Que me veré en el caso de retiraros mi protección.

—Señor Obispo, bien sabe Su Ilustrísima que durante todo este tiempo le he obedecido ciegamente, y si permanecí más de dos años ausente de España fue porque confiaba en vuestra palabra.... y en vuestras promesas.

—Os equivocáis, yo nunca he dado palabra que me pueda comprometer, ni hago promesas ligeras.... Os dije, que si á vuestro regreso de Indias estaba satisfecho de vuestra conducta y os creía capaz de secundarme en ciertas empresas, os daría noticia del lugar en donde se halla la novicia D.ª María, si acaso no se hubiese logrado que profesara antes.

—Por Dios y María Santísima, señor Obispo, exclamó Ojeda, decidme qué ha sido de ella!

Sonrióse con cruel expresión Fonseca, y después de mirar un momento al atribulado joven, respondió fríamente:

—Puesto que rehusáis cumplir mis deseos, no me creeréis; pero por mi parte yo no os puedo decir nada.

Bajó Ojeda la cabeza en silencio, presa el alma de mil dolorosos sentimientos, pues bien conocía el carácter de Fonseca, y sabía que si él no era en sus manos un instrumento ciego, nunca obtendría nada.

—Qué pedís, de mí, señor? dijo levantando la mirada y fijándola turbada y triste en su interlocutor.

—No pido sino para vos un gran bien y futura fama: que encabecéis, sin conocimiento de Colón, una expedición á las Indias, en la que obtendréis riqueza y gloria, con lo cual creo lograréis cuanto podáis desear en el mundo.

—Pero, ¿no es cierto que se le ha dicho al Almirante que no hay buques ni dineros para volver á sus descubrimientos, cómo podría haber una y otra cosa para mí, pobre aventurero?

—Es verdad que el tesoro está exhausto; los gastos en las guerras de Italia son fuertes y se necesita poner en la mar una enorme flotilla para conducir 20,000 personas á Flandes como séquito de la Infanta Juana que casa con el Archiduque de Austria, y llevar al regreso la novia del príncipe de Asturias, la princesa Margarita. Así, sería imposible, se le ha dicho á Colón, poner á su disposición los ocho navíos que pide para la próxima expedición.

—Entonces, señor, ¿cómo me ofrecía su Ilustrísima recursos que no existen?

—Para él no los hay, repuso Fonseca, pero para vos encontraría, yo os lo aseguro, dos ó tres carabelas que fletaría sin tardanza.... y deducidos los gastos que yo tendría que hacer personalmente, la mitad de los tesoros que encontrarais en aquellas tierras serían para vos. Con oro y fama, amigo, ¿qué será lo que no se consigue en este mundo?

—Es decir, exclamó Ojeda, que á mi regreso me juráis que obtendría la mano de mi Sra. D.ª María?

—Yo no puedo jurarlo; las cosas humanas son tan variables! pero antes de partir os veríais con ella, os lo aseguro, y á vuestro regreso si trajerais bastantes riquezas, con ellas pienso que no os sería difícil ablandar á los reyes, ya sabeis el refrán: "no hay puerta que no se abra si es de oro la ganzúa."

—Pero....

—No hablemos más por ahora,dijo el Obispo, os dejo hasta mañana para que meditéis mi propuesta.

Ojeda se despidió ofreciendo volver al día siguiente á la misma hora.

II

Como antes hemos dicho, el palacio arzobispal está en la plaza y al frente se halla la Catedral. Ojeda era muy devoto, en su turbación y perplejidad volvió naturalmente los ojos al cielo y entró en la Catedral para invocar la protección divina.

El interior de esta iglesia es tan imponente como su parte de afuera, y está poblado de pilares, columnas, cornisas y grupos de estatuas de diversos mármoles, que armonizan con las bellas pinturas y costosos adornos de los altares. El coro, cuyos bajos relieves representan episodios del antiguo y del nuevo Testamento, es una obra maestra ejecutada por famosísimos artistas, á quienes se pagó por ello más de mil ducados. Además de las obras propias para el culto religioso encuéntranse muchos grandiosos monumentos, bajo los cuales están enterrados varios reyes y muchos grandes de España. Numéranse, fuera del cuerpo principal del edificio, ocho capillas laterales, tan espaciosas y bien construídas, que en ellas se puede celebrar el oficio divino con toda pompa, sin que se estorbe el uno al otro, aunque en cada capilla hay un órgano grande y sonoro.

Empezaba á caer la tarde cuando Ojeda entró en

el templo, débilmente iluminado por los rayos del sol que filtraban por las ventanas, cuyos cristales opacos no los dejaban penetrar sino amortecidos.

Ojeda, que conocía la Catedral, se dirigió á una capilla retirada en la que se daba culto á la Virgen. El templo estaba silencioso y solitario y sólo se oían los acordes solemnes de un órgano vecino, en el que ensayaba una misa de réquiem un organista; y estas armonías graves y profundas parecían como el eco de las almas que en otro mundo se acordaban de éste y de sus afectos, de sus penas, de sus dolores y de sus remordimientos.

Hincóse con recogimiento al pie del altar, y con profunda fe invocó al cielo para que le iluminase el espíritu en las presentes circunstancias en que tánto necesitaba su ayuda. Poco á poco, y mientras que la oscuridad invadía todo el recinto, fue convirtiendo su oración en vago raciocinio. Con los ojos fijos en la hermosa estatua de la Virgen, que estaba sobre el altar, apoyó los brazos contra el enrejado al pie de él, permaneció largo rato como anonadado, mirando entre la oscuridad las indecisas formas de la imagen, hasta que, arrullado por los sonidos del órgano é impregnándose, por decirlo así, en el perfume de las flores que adornaban la capilla, sintióse como presa de un letargo extraño, y sus párpados se cerraron involuntariamente. . . . No supo cuánto tiempo permanecería en aquel estado, cuando creyó volver en sí con el rumor que hiciera el roce del vestido de una mujer, y levantando los ojos parecióle ver la estatua de la Virgen iluminada por una luz interior, y sus facciones, que no había podido distinguir antes, tomaron un color de vida sobrenatural; entreabriéronse sus labios, y aunque no oía con los oídos del cuerpo sonido alguno, con los del alma comprendió que ella le dirigía estas palabras:

—Alonso, no manches tu vida con una acción

pérfida. No te fíes de Fonseca y sus falsos halagos. Sigue los dictados de tu conciencia.

Sobrecogióse Ojeda con el misterioso suceso, y con los cabellos erizados por el pavor que causa todo lo que parece sobrenatural, permaneció postrado y sin atreverse casi á respirar, en tanto que desde el fondo del alma contestaba así:

—Señora, sólo deseo que me amparéis y aconsejéis en mis vacilaciones; dadme, Reina del cielo, fuerzas y valor para obrar siempre con rectitud.... pero bien lo sabéis, no tengo más que un deseo, un anhelo en el mundo: volver á ver á mi María, saber en dónde se halla y poderla hacer mía alguna vez. Bien lo sabéis, señora, que para lograrlo no hay sacrificio que no hiciera; y aun no sé si podría resistir á una falta, á un crimen, si con ello obtuviera el blanco de mis aspiraciones....

Frunció las cejas la imagen y miró con disgusto al postrado joven.

—Nunca la obtendrás, imaginó que decían sus labios,—si no eres digno de ella, jamás la volverás á ver: prométe no obrar nunca contra tu conciencia, y sabrás en dónde se halla María.

Pero en aquel momento alguien entró á la capilla, y sonó la desapacible voz del sacristán que decía:

—Señor caballero, se cierran las puertas: tened la complacencia de salir.

Inmediatamente desapareció á los asombrados ojos de Ojeda la claridad misteriosa que iluminaba la imagen, y saliendo de su trance ó enajenación, púsose en pie, y sin contestar al portero salió tras de él de la capilla y del templo, proponiéndose volver al día siguiente á continuar su plática con la Virgen; puesto que él de ninguna manera pensó que aquello podía haber sido un vago sueño, antes quedó per-

suadido de la realidad del milagro y de la protección que la Reina del cielo le dispensaba hasta el punto de entablar diálogos con él. Así eran los hombres de aquella época, valientes, esforzados, indómitos, pero hasta la demencia infantiles en sus creencias!

Al día siguiente mandóle á D. Juan Rodríguez de Fonseca, una no muy bien redactada misiva (pues Ojeda era más hábil con la espada que con la pluma), en la cual rehusaba decididamente el cargo de la expedición á las Indias si aquello debería de hacerse sin el consentimiento de Colón. Contestóle el Obispo que tomaría nota de su negativa, pero que no la aceptaba como irrevocable, y que aguardaría algún tiempo, con la seguridad de que volvería en su juicio antes de darle á otro el ofrecido empleo.

Apenas llegó la tarde Ojeda se dirigió á la Catedral y fue á buscar la capilla de la Virgen, y al pie del altar permaneció largas horas esperando oír de nuevo la comunicación empezada el día anterior, pero todo fue en vano: ningún sopor misterioso adormeció sus sentidos ni aguzó su espíritu, ni la más leve visión ni el menor ruido le dio á entender que la Virgen volvía á seguir platicando con él. Salió de la iglesia á la voz del sacristán, para volver todas las tardes por más de ocho días que permaneció en Burgos; pero todo fue en vano: la Virgen permaneció muda y sorda á sus ruegos, á pesar de que hasta llegó á pasar en el templo una noche invocándola postrado á sus pies.

Decidido á no aceptar por ningún precio los ofrecimientos del Obispo de Burgos, Ojeda apeló á su pariente el Inquisidor que llevaba su mismo nombre y apellido, suplicándole le informase de la suerte de María, en dónde se encontraba y si aún estaba libre. Pero su pariente no pudo ó no quiso darle ningún informe. Entonces volvió á buscar al duque de Medinaceli y pidióle que le llevase consigo á la

corte entre su séquito. Ojeda aguardaba tener noticias más seguras de la suerte de María entre los cortesanos y las damas que rodeaban á Isabel. Pero esta estratagema le salió también fallida: las damas fingían no acordarse de ella, ó aseguraban que desde que la habían llevado á un convento no habían vuelto á tener noticia suya.

Así se pasaron las semanas y los meses, y Ojeda vagaba como una sombra en la corte de los Reyes Católicos en el séquito del duque de Medinaceli, y aunque nada descubría, jamás perdía la esperanza de encontrar al fin la huella de su querida María, cuyo recuerdo era ya no un amor real y verdadero, sino un fanatismo, una manía, un pensamiento continuo: era la forma palpable de sus sentimientos más puros y verdaderos, idea alta y elevada del afecto humano que le preservaba de toda mala acción y le llevaba por la senda del bien. Era entonces nuestro héroe, el bello ideal del espejo de caballeros, valiente, denodado, noble, joven, elegante y heroico. Sólo un amor como aquél es capaz de inspirar grandes y nobles pensamientos, y sin él el corazón del joven no produce sino espinos y abrojos.

III

Un día de Abril del siguiente año, Alonso volvió otra vez á Burgos en el séquito de los Reyes Católicos, pues éstos tenían pensado celebrar en aquella antigua ciudad, cuna de sus antepasados, el matrimonio del príncipe heredero, D. Juan, con la archiduquesa de Austria y futura gobernadora ó virreina de los Países Bajos. Parecía que el príncipe tenía una salud débil y delicada; y aunque sólo contaba 19 años, su espíritu era serio hasta la rigidez, reservado y profundamente devoto como sus padres, mientras que Margarita, criada en la corte francesa,

era franca, robusta, alegre y un tanto despreocupada. El acompañamiento y sirvientes de uno y otro novio imitaban el carácter de sus señores; de modo que no podía verse un contraste más grande que el que se notaba entre los flamencos y los españoles de la corte que recorrían la antigua ciudad.

Con motivo de este enlace se celebraron muchas fiestas de toros, cañas y torneos, á las cuales naturalmente concurrió la flor y nata de los ricos — hombres, hidalgos y caballeros, no solamente de Castilla y Aragón, sino de toda la península Ibérica, y aun de varias cortes europeas. La corte española era por entonces grandemente acatada y atendida por todos los Reyes de la cristiandad, pues se preveía que aquel trono sería en breve muy poderoso. Dueños de todo el antiguo imperio godo; victoriosos en Italia; aliados con Austria por medio del doble enlace del príncipe y el de la infanta Juana; aliados con el Portugal también, puesto que la Infanta viuda Isabel daría por segunda vez su mano á un rey de Portugal. Además, los Reyes Católicos acababan de contratar la unión de su tercera hija, Catalina, con el príncipe heredero de la corona inglesa, alianza muy del gusto de aquellos reinos. Por otra parte, estaban felices porque tenían la esperanza de ver en breve imperando sola la Religión Católica en la península, pues el Rey de Portugal se preparaba á expulsar también de sus dominios á los judíos y á los moros que se habían acogido allí para ampararse de las persecuciones en España: esta había sido la exigencia que le había hecho para admitir su mano la infanta Isabel. El Santo Oficio consolidaba su imperio más y más. Imperio que con el tiempo debería hacerse tan poderoso que temblaban desde los príncipes, en medio de los suyos, hasta el labrador en su campo, sólo con el nombre de la Inquisición: nadie tenía seguridad ni en su misma al-

coba de que no supiesen los inquisidores lo que decían, y los españoles que no excusaban las acciones más valientes y audaces, se humillaban y no osaban casi respirar cuando oían el menor mandato de un inquisidor: su red de hierro cubría toda la nación, y su poderoso brazo alcanzaba al reo hasta en los lugares más recónditos. Con este motivo notóse que desde principios del siguiente siglo XVI el noble y romántico espíritu caballeresco, que por diferentes causas había decaído en las demás naciones europeas,—pero que aún se conservaba en todo su auge en España,—ese espíritu mismo empezó á cambiar de aspecto en aquella nación de héroes, é hízose menos libre, menos franco y más egoísta. (1)

Sin embargo, merced al culto y adoración que todos sus súbditos tenían á la Reina Isabel, el respeto al bello sexo se mantuvo incólume en España por muchos años, y en los torneos y en las fiestas los caballeros llevaban aún los colores de sus damas, por cuyo honor combatían sin desmayar. Durante aquellas fiestas del matrimonio del príncipe de Asturias viéronse en las justas lucirse á muchos caballeros, pero ninguno como nuestro Alonso de Ojeda, á pesar del luto que vestía y los colores tristes que llevaba, con motivo de sus deseos siempre frustrados de hallar á la oculta novicia. Extrañaban mucho las damas el aspecto melancólico, unido á la grande audacia y agilidad que desplegaba en todo juego guerrero, — y no pocas hubieran aceptado sus homenajes si él se manifestara menos retraido y huraño.

---

(1) La Inquisición no era, como lo piensan muchos, una Sociedad religiosa solamente, al contrario, los Reyes la hacían servir como un medio *político* para reinar. De aquí naturalmente resultaron enormes abusos, y los inquisidores hacían servir el inmenso poderío del cual disponían para llevar á cabo sus venganzas personales, sus odios políticos y demás intrigas.

Sucedía frecuentemente que en tanto que sus compañeros se ocupaban en alegres diversiones, paseos y saraos, él pasaba las horas postrado al pie de la Virgen en la Catedral ó en su estancia, ó si no vagando solo por los contornos de la ciudad. Una tarde en que más afligido y desconsolado había salido de la Catedral, después de orar fervientemente se dirigió á las puertas de la ciudad y salió de ella tomando sin pensarlo el camino que lleva al convento de las Huelgas. Estando en la orilla de él notó que pasaban á su lado dos caballeros, montados en magníficos caballos, y aunque el uno parecía excusar el ser visto, nuestro amigo vio que era nada menos que el Rey Fernando, y el otro un cortesano muy de su confianza.

Siguiólos por el empolvado camino, y en breve vio que entraban con cierto sigilo en el monasterio de las Carmelitas, ya mencionado. Una idea asaltó entonces á Ojeda y comprendió á las claras que en en aquel convento debía de estar la que tánto había buscado.

Llegóse al monasterio manifestando curiosidad grande, y entabló conversación con un locuaz jardinero que encontró tomando fresco á la puerta de sus dominios exteriores. A poco descubrió que las enrejadas ventanas que daban sobre el jardín pertenecían al noviciado de la abadía, aunque el jardinero le dijo que á ellas, por ser muy altas, jamás se podían asomar las novicias, salvo á una más grande que pertenecía á la capilla del noviciado y daba luz á aquel recinto, pero aun ésta era tan alta que desde allí no podían, aunque quisieran, distinguir el jardín.

—¿Y las reverendas monjas y novicias no bajan jamás al jardín? preguntó Ojeda.

—A éste jamás; pues ni entrada tiene al monasterio por la parte de adentro, y no sirve sino para cultivar las flores que llevo á la portería para el adorno de los altares, contestó el hombre.

IV

Como aquel magnífico convento había sido en un tiempo palacio de recreo de los reyes, los jardines y huertos eran muy espaciosos y cuidados. Las calles y surcos de flores estaban rodeados de floridos y espinosos *marismos*, y como ya llegaba el fresco de la tarde levantaban su tallo agobiado antes por el calor del día la bella flor del *príncipe*, la de la *espada*, la *adelfa*, las llamadas *uñas de león* y de *zorro*, el *clavel*, la *malvarrosa*, las *campanillas* de varios colores y tamaños, la hermosa *trompeta blanca*, y cien clases más, cuyas semillas y nombres se ha perdido en la memoria del pueblo, pues en las flores como en todo hay modas que llegan y que pasan. El aire estaba cargado con el perfume de la *alhucema*, el *heliotropo*, el *romero*, la *mejorana*, la *malva* de olor y la *dama de noche*, que abría sus pétalos al caer el día, así como los *suspiros*. Aquí y allí veíanse árboles de granado, pinos reales, limoneros, naranjos, membrillos, cipreses, pimientos, acacias, madroños y tántos otros cuyos perfumes embriagaban y cuyas bellas frutas y flores halagaban la vista. (1)

Manifestóse Ojeda encantado con aquel jardín y por medio de promesas, ofrecimientos y elogios, logró que le permitiese el guardián volver á la tarde siguiente. Hízolo así, y estuvo paseando por aquellas alamedas hasta que cayó el día y salió la luna, que plateando todo con su luz puso de relieve aún más las bellezas de él. El jardinero quiso entonces que saliese, pues él pensaba retirarse á dormir. Ojeda resistió á abandonar un sitio que le parecía tan bello, y le dijo que más bien pasaría la noche allí que volverse á la ciudad. El jardinero le creyó algo loco y

(1) Los nombres de las flores y las frutas son tomados de un libro escrito en el siglo XVI.

llegó hasta á tenerle miedo, además el otro le ofrecía pagarle bien si le permitía quedarse allí, y como tuviese el buen hombre pereza de entrar en lucha para sacarle del jardín, y verse obligado á llamar gente en su ayuda, determinó marcharse y dejar á Ojeda dueño del campo.

Apenas se vio solo nuestro héroe,— viendo que dentro y fuera del monasterio todo parecía dormido,— cuando quitándose la capa, la espada y el calzado, empezó á poner por obra lo que había imaginado para darse cuenta de lo que había detrás de las rejas del noviciado. Agarrándose con las manos de las molduras inferiores subió á la primera hilera de rejas, las que pertenecían,— le había dicho el jardinero,— á las habitaciones de las novicias, empujó las puertas de madera de las ventanas una á una, pero las encontró todas cerradas interiormente, subió en seguida á las de más arriba sin lograr ver ni oír cosa alguna, pero aún no se desalentó, porque viendo filtrar una tenue luz por las hendijas de la reja, que daba claridad á lo que le habían dicho que era el oratorio, se propuso llegar á ella con mil dificultades y peligros, con la habilidad de una ardita y la presencia de ánimo del acróbata más experimentado. Cuando pudo llegar hasta la reja que decimos, se agarró con una sola mano de los barrotes de hierro y ayudado por la otra y con los dientes, ató una cuerda que llevaba prevista para el caso, de la reja con una lazada que había hecho abajo y pasándola en torno del cuerpo pudo entonces hacer uso de una mano para empujar fuertemente los maderos de la ventana, los que estando sólo entornados cedieron, y pudo ver lo que había dentro de aquel recinto.

¿Cuál sería su asombro cuando vio ante sus ojos una capilla que él conocía perfectamente, aunque por supuesto nunca la había podido ver? *Ricas alfombras entapizaban el suelo; grandes y hermosos cuadros*

de pintura cubrían los muros, y sus marcos dorados brillaban iluminados por la luz de una lámpara de plata que pendía del techo. Al frente estaba un altar y sobre él una imagen de la Virgen que salía por momentos de las tinieblas y otras desaparecía enteramente ofuscada por ellas. Al pie del altar notó un bulto como de persona que le hizo estremecer.... Asombrado con lo que veía, pensó caerse para atrás en su aturdimiento, pues había reconocido la capilla que viera en sueños en la fortaleza de Santo Tomás, en Haití. Pero recuperando su presencia de ánimo fijó la mirada en la postrada figura y trató de penetrar sus velos.... Un hondísimo suspiro exhaló el bulto y oyó en seguida que decía entre ahogados sollozos:

—Alonso, Alonso! Yo pienso en ti.... ¿Me has olvidado? ¿En dónde estás, amigo de mi alma?

—Aquí, María, aquí! contestó él temblando de emoción.

Levantóse el bulto como impelido por un resorte, y tirando hacia atrás su velo se acercó temblando al sitio en que oyera la voz, descubriendo la bella y pálida fisonomía de María.

—María, repitió él con suavísimo y tierno acento, vuelvo á veros, mi señora, mi vida, mi reina!

Ella se acercó más y mirándole iluminado por los rayos de la luna que brillaba en el cenit:

—Alonso? exclamó enternecida.... él es !Al fin le veo, y le he llamado tánto, tánto!

Y juntando las manos le contempló extática, olvidada de todo y sin acordarse que una doncella recatada no mira jamás á un hombre así. El la miraba también, y fue su dicha tan grande en aquel momento, que quedó recompensado en un instante de todas las pasadas angustias y sufrimientos.

—María! decía él sin poder añadir otra cosa. ¡María!...

—Alonso! repetía ella, y en esa palabra ponía toda su alma.

¿Podrá en este mundo haber dicha igual á la que proporciona un amor puro y mutuo, cuando se tiene la persuasión de que es verdaderamente correspondido? Cuando dos personas se aman con el alma ¿acaso porque están ausentes se consideran separadas? ¿No se veían con el espíritu noche y día, y sus pensamientos no se encontraban á todo momento en el mundo ideal en que moraban sus almas?

Al fin ella, como mujer que era, recuperó primero los sentidos y dijo:

—¿Cómo habéis llegado hasta aquí, Alonso?

El le explicó en pocas palabras cómo, después de pasar meses tratando de descubrir el sitio de su residencia, al fin había adivinado que estaba allí, concluyendo con estas palabras:

—Pero decidme, señora de mi alma, en todos estos años de ausencia no me habéis olvidado ¿no es cierto? ¿No ha cambiado por ventura ese corazón para su pobre y desventurado paladín?

—Yo variar, Alonso! Yo!... Si supierais cuánto he suspirado, cuánto me han perseguido, porque pensando en vos no ha habido castigo que no me hayan impuesto para obligarme á tomar el velo definitivamente y profesar.... es decir, poner yo misma el sello á nuestra eterna separación. Pero el pensamiento de que vos no me olvidaríais me ha sostenido hasta ahora en los más amargos trances. Sin embargo, Alonso, hoy yá empezaba á desmayar, os lo confieso, pues ayer estuvo aquí el Rey D. Fernando á notificarme que á todo trance debería profesar si no quería incurrir en su real desplacer; y antes habíame visitado el Obispo de Burgos, quien me aseguró que vos yá no pensabais en mí.... y aun que era cosa sabida en la corte que obsequiábais á otra dama....

—Mentía! exclamó Ojeda, mentía, os lo juro, y él

lo hacía con intención, pues bien sabe lo contrario el pérfido!

—No habléis tan alto, que nos pueden oír....

—Pero María, ¿qué dijisteis al Rey cuando os quería imponer su voluntad?

—Lloré, supliqué, gemí en vano, no pude ablandarle....sin embargo, ofrecí dar mi consentimiento dentro de tres días; eso fue todo lo que pude lograr.... Y entretanto tenía una vaga y loca esperanza de que algo descubriría antes de que se cumpliera el plazo. Esta noche, á la hora de retirarme, pedí licencia de entrar á la capilla para orar. El corazón me palpitaba y sentía algo en el aire que me anunciaba no sabía qué....

—Era mi vecindad, querida María, exclamó Ojeda, no lo dudéis!

—Así sería, repuso la novicia,—y no podía orar sino pensaros, Alonso, y en lugar de invocar la misericordia divina os invocaba á vos.... Eran tan extraños mis sentimientos que aunque me sorprendió vuestra voz hasta el punto de creer morir de alegría, la aguardaba....

Ojeda entonces empezó á decirle cómo había llegado hasta allí, y trataba de darla cuenta de sus pasados años cuando se abrió la puerta de la capilla y presentóse en ella una monja llamando á María para que se retirase á su dormitorio, siendo contrario á las reglas estar fuera de él á esa hora.

—Idos, por Dios! exclamó María temblando.

—Mañana vendré á la misma hora, respondió el joven bajando también la voz.

—Hermana María de los Angeles!—gritó la monja viéndola, no al pie del altar, en donde había pensado hallarla, sino cerca de la reja—¿qué hacéis asomada á esa ventana?

—La cerraba; contestó con debilitada voz la novicia, y temiendo que la monja se acercara y viera á

Ojeda antes de que éste hubiese tenido tiempo de bajar, empujó con violencia los maderos.

El joven no había podido sacar aún la mano que tenía metida entre los enrejados de hierro, y los maderos se la apretaron contra los barrotes hasta hacérsela casi pedazos.... El dolor que sintió fue tan agudo que estuvo á punto de dar un grito y dejarse caer abajo; pero recordando, con la presencia de ánimo que le distinguía, que aquello podía perder la reputación de María, tuvo valor para no exhalar un gemido y deslizóse con tiento hasta el suelo, dejando, sin poderlo evitar, una huella de sangre por todo el muro y además la cuerda atada en lo alto de la reja.

El sufrimiento había sido tan atroz que cuando tocó la tierra con los pies y se vio en salvo se dejó caer largo á largo entre las flores, sin sentido, en donde permaneció hasta que llegó el día, y con el día, el jardinero que le abrió la puerta. Inmediatamente Ojeda tomó el camino de la ciudad, casi loco de dolor y con la ensangrentada mano envuelta en la capa.

Entraba Ojeda precipitadamente en su posada, en donde quería hacerse curar la mano, cuando pusiéronsele por delante dos hombres que exclamaron al mismo tiempo:

—Estáis preso, Alonso de Ojeda, en nombre del Santo Oficio!

—Por qué? preguntó con debilitado acento, pues la sangre que había perdido durante la noche le había dejado desmayado y sin fuerzas.

—Eso os lo dirán, si á bien tienen, los jueces del Santo Oficio, contestáronle los corchetes, — nosotros cumplimos con llevaros.

Fuele preciso obedecer y seguir á sus captores á la prisión, en donde apenas llegó cayó al suelo moribundo. Acercáronse los carceleros y viéronle la

mano despedazada; llegó un médico, quien le declaró en tánto peligro de morir, que le llevaron directamente á la enfermería, sin sentido y devorado por una fiebre ardiente. Alonso permaneció entre la vida y la muerte durante largos días y semanas.

V

Al fin, después de haber sufrido Ojeda varias dolorosísimas operaciones, el médico le declaró en convalecencia y le dijeron cuál era su crimen. Resultó entonces que hacía muchos días que el Tribunal de la Inquisición le tenía puestas espías porque se le consideraba sospechoso con motivo de ciertas declaraciones que había dado el Obispo de Burgos. Notaron, pues, que había seguido al Rey Fernando hasta el monasterio de las Huelgas, le vieron conversar y pasearse con el jardinero del convento y á la tarde siguiente dirigirse de nuevo al monasterio, entrar al jardín y no volver á salir en toda la noche. A su salida le siguieron, y creyéndole yá más que sospechoso, los corchetes se habían creído obligados á arrestarle.

En las declaraciones le preguntaron qué significaba su permanencia en el jardín del monasterio, qué era aquella cuerda que se halló atada á la reja de la capilla de las novicias y la huella de sangre que se veía hasta el muro, lo que coincidía con la mano herida. A esto Ojeda no contestó nada, sino manifestó que se acogería á la protección de su tío el Grande Inquisidor fray Alonso de Ojeda, á quien daría cuenta de su conducta. Merced á las consideraciones debidas á tan cercano pariente de un miembro importante del Santo Oficio, en lugar de darle el tormento, como merecía el crimen de haber intentado tener comunicación con alguna de las novicias del monasterio, le sumieron simplemente en un calabozo, en

tanto que se avisaba al tío de la conducta del sobrino.

Sin embargo, cuando llegó la orden de fray Alonso para que su sobrino fuera trasladado á Sevilla, en donde pensaba interrogarle personalmente, encontrábase nuestro pobre héroe en una situación bien precaria: la humedad del calabozo; la pesadumbre de perder para siempre á María, pues no se le ocultaba que en adelante la harían sufrir horriblemente, y que yá jamás la volvería á encontrar; la obligada quietud de la prisión, tan contraria á su temperamento activo y fogoso; la incertidumbre que su situación causaría á su madre, que sin duda ignoraba qué había sido de él, todas estas cosas unidas le produjeron una cruel enfermedad, en la cual creyó perder el juicio y la vida. Así, no fue sino yá entrada la estación de invierno cuando pudieron trasladarlo á Sevilla. Allí sufrió un interrogatorio solemne, y al fin de él le notificó su tío que, merced á su intercesión, habíanle permitido ponerle en libertad si juraba, por su salvación eterna, no tratar de volver á verse jamás con D.ª María, pues no era posible que una doncella del nacimiento y futura destinación como era ella, fuese inquietada y perseguida de una manera tan escandalosa.

Ojeda no quiso aceptar semejante condición, y manifestóse tan indómito y audaz, que le sumieron en los más hondos y terribles calabozos de Sevilla, en donde pasó muchos meses desesperado y casi loco, pero resistido siempre á someterse.

Una de las reglas de la Inquisición era que jamás se publicaba la causa del delincuente; éste desaparecía repentinamente de la sociedad, sin que se supiese qué se había hecho, por lo cual sus parientes, temerosos de comprometerse, tampoco indagaban. Algunas veces se perdía para siempre y nadie sabía jamás qué suerte había corrido; otras volvía al mundo

al cabo de más ó menos años, pero como tenía prohibición de revelar lo que le había pasado, guardaba profundo silencio.

A pesar de todo, dos personas se atrevieron á averiguar por la suerte del joven Ojeda,—una de ellas fue el duque de Medinaceli, su patrón, que era suficientemente poderoso para indagar sin riesgo de hacerse sospechoso, por la suerte de su escudero,—la otra persona que tampoco tuvo miedo fue la madre de Alonso: las madres no se detienen ante ningún obstáculo cuando tratan de indagar por la suerte de sus hijos.

Una y otra recibieron la misma respuesta: que Ojeda no corría riesgo de su vida; que estaba en seguridad, y que saldría de su encerramiento cuando él mismo quisiese, retractándose de ciertos desmanes de que era reo, cometidos en lugar sagrado.

En tanto que nuestro desgraciado héroe vegetaba sumido en los subterráneos de la Inquisición, digamos en pocas palabras lo que hacía Cristóbal Colón en España, á su regreso de su segundo viaje de descubrimiento. Aunque no fue recibido con las mismas ovaciones por la nación, como sucedió después de su primer viaje,—pues el público cambia cada día los objetos de su entusiasmo,—los reyes le acogieron con marcada benevolencia y no le hicieron *reconvención* alguna, olvidando en aquellos momentos las quejas de los envidiosos. ¡Cosa que por cierto fue una gran merced con el hombre que les había donado un Nuevo Mundo!

Inmediatamente pidió Colón permiso para volver á las Indias y atender al descubrimiento de la Tierra Firme, en donde esperaba encontrar mayores riquezas que las que habían hallado en las islas. A pesar de la marcada mala voluntad del Obispo Fonseca, que no excusaba hacer la guerra á Colón de cuantos modos podía, la Reina ordenó que se dieran

inmediatamente 6.000,000 de maravedís ($ 86,956) para equipar los ocho navíos que deberían entregársele. Pasáronse sin embargo las semanas y los meses y Colón no recibía nada, pues Fernando, necesitado de aquel dinero para otros gastos, se lo apropió sin cuidarse de la palabra de Isabel.

Trascurrió el año de 97, y á pesar de la protección de la Reina, Colón sólo obtuvo ofrecimientos y promesas, y esto merced á la exagerada pintura que hacía de las futuras grandezas que en aquellos países no descubiertos le aguardan para participárselas á España y á sus soberanos. Al fin, en Mayo de 1498, pudo darse á la vela llevando seis buques en lugar de los ocho que le habían ofrecido. Sin embargo, iba contento, porque en aquella expedición fundaba su más grande esperanza de fama, y esperaba obtener ampliamente con qué lograr el voto que había hecho de libertar á Jerusalén antes de morir, para lo cual, creía él, Dios le había inspirado el descubrimiento del Nuevo Mundo.

Aunque parezca una ingratitud con tan noble y verdaderamente grande hombre como Colón, no cabe pensar otra cosa sino que las desgracias del Nuevo Mundo provienen en gran parte de la manera con que el descubridor inició la colonización de las Antillas, que fue la escuela de los demás conquistadores de América. Teniendo empeño, desde su primer viaje, en manifestar á los reyes y á la nación española la importancia de su descubrimiento, con el objeto de que le suministrasen recursos para seguir adelante en sus conquistas, no se cansaba de ponderar las riquezas que encerraban aquellas nuevas tierras. Esto despertó en los colonizadores aquella insaciable sed de oro que fue causa de tántas crueldades, motivó la perdición de los naturales y falseó el espíritu de la conquista.

La noticia de la partida de Colón llegó hasta el

fondo del calabozo en que yacía el infortunado Ojeda, y éste, en el silencio de sus días y el insomnio de sus noches, le acompañaba con el espíritu, y en su exasperación envidiaba hasta la suerte del último grumete de los navíos, que por lo menos podía gozar de luz y de libertad en alta mar.

Pasaron meses, y aunque periódicamente le hacían preguntas sus captores por ver si cejaba en su determinación de buscar á la noble novicia, Ojeda siempre contestaba que nunca daría una palabra que no podría cumplir, ni ofrecería una cosa que para él sería imposible. Sin embargo, ¿quién determinará jamás la graduación con que los sufrimientos físicos van relajando el espíritu mejor templado, y determinará el menoscabo que padece el alma que no siente el cuerpo libre? Lo cierto es que en aquel encierro tenía Ojeda momentos de tan profundo desaliento, que si entonces le hubieran hecho propuestas de ponerlo en libertad á cualquier precio, las hubiera aceptado.

El invierno de 98 á 99 fue sumamente cruel y lo pasó entero sin movimiento casi, con escasa luz y grande aislamiento. Al fin un día de Enero, triste, frío y destemplado, entró el carcelero á avisarle que su tío, el Grande Inquisidor, necesitaba hablar con él. Alegróse el mísero joven con la idéa de salir de su estancia y respirar, aunque fuese pasajeramente, el aire de otra pieza menos triste, y tener alguna noticia de su madre y del mundo exterior.

—Alonso, le dijo el grave Inquisidor, puesto que te has negado tántas veces á dar tu palabra de no volver á buscar á D.ª María, quiero hacerte otra propuesta más fácil de cumplir.

—Cuál, señor? Hablad! que muero de impaciencia.... dijo Ojeda con animado acento.

—Embarcarte inmediatamente que estén concluídos los preparativos de una expedición que debe,

dentro de poco tiempo, darse á la vela en el puerto de Santa María.

—De mil amores, señor!... Lo dudabais?... Me daréis la libertad, ¿no es cierto? pues me siento morir en aquel calabozo.

—Sí, te daré la libertad que deseas con la condición de que no saldrás del recinto de Cádiz hasta la hora de embarcarte.

—Pero, dijo Alonso volviendo á la realidad de las cosas del mundo,—pero para dónde sigue esa expedición?... pues yo tengo compromisos de honor que me impedirán usurparle á Colón el descubrimiento de la Tierra Firme.

—Esas no son cuentas mías, respondió el astuto inquisidor, bastante hago yo con ponerte en libertad sin tener que entrar á explicarte la ruta que deben seguir los buques en que te embarcarás.... De eso platicarás con el Obispo de Burgos, Patriarca de las Indias, el que, á pesar de tu ingratitud, está pronto á perdonar tu pasada conducta y protegerte nuevamente.

—El perdonarme! exclamó Ojeda,—*él*, que me ha hecho tan crueles males y por cuya orden he pasado tántas angustias, él decir que me perdona!...

—Pues si lo tomas por ese lado, dijo el Inquisidor, vuélve á tu calabozo, y no hablemos más de viaje ni de libertad.

Aquella horrible idea descorazonó al pobre joven, pues yá en su mente había visto la libertad, la luz, la vida, y no pudo resistir al deseo ardiente de volver al mundo.

—Bien, señor, contestó humildemente, me rindo y someto, pero sacadme, ahora mismo, fuera de esta prisión.

VI

Al día siguiente Ojeda se presentó en el palacio de D. Juan Rodríguez Fonseca, Obispo de Burgos y Patriarca de las Indias. Al cabo de dos horas de conferencia con el Obispo, nuestro héroe salió subyugado y decidido á hacer cuanto éste quisiera.

Lo que motivó esta resolución fue la relación circunstanciada que le hizo del tercer viaje de Colón á Indias. Empezó por señalarle las cartas autógrafas enviadas por aquel descubridor á España, en las cuales ponía de manifiesto el descubrimiento de la Tierra Firme y las costas llamadas de Paria. Enseñóle en seguida el diario del navegante, en el cual, con su acostumbrada poesía, describía las nuevas tierras como un verdadero paraíso, hablaba de la abundancia del oro, piedras preciosas, perlas y las especias que se hallaban en todas partes, llegando á tánto el entusiasmo del cándido Almirante, que aseguraba que en aquellos sitios privilegiados no solamente crecían los árboles frutales hasta en la misma orilla del mar, sino que se veían las ostras pegadas contra los mangles de la playa y abiertas de par en par para recibir en su seno las gotas de rocío que deberían convertirse en preciosas perlas, según la teoría de Plinio. Decía también que los naturales de Paria eran más hospitalarios, inteligentes, mejor formados, más blancos que los de las islas antes descubiertas, y además que cambiaban con el mayor gusto el oro y las perlas de su tierra por las chucherías de ningún valor que llevaban de España.

En prueba de que aquello era cierto, Fonseca mostró á Ojeda muchos sartales de perlas, que Colón había enviado, y gruesos trozos de oro, más fino y de más precio y quilates que todo el que antes habían llevado del Nuevo Mundo.

Cuando Ojeda hubo visto y admirado todas estas maravillas del Nuevo Mundo, el Obispo dijo:

—Pues bien, está en vuestra mano poseer tesoros iguales á éstos, si os ponéis á la cabeza de la expedición que estoy preparando á mi costa, en parte, y que no tardará mucho en estar equipada en Cádiz.

—¿Cómo, señor, dijo Ojeda, y no es prohibido visitar los parajes descubiertos por Colón?

El Obispo le contestó dándole á leer una carta escrita por el Rey D. Fernando y dirigida al Patriarca de las Indias, en la cual le recomendaba que hiciese los mayores esfuerzos para que se extendiese el dominio español en el Nuevo Mundo. Mandábale que protegiera particularmente las expediciones privadas de los que quisiesen emprenderlas á su costa (pues el erario real estaba muy escaso), con la condición de no infringir en lo que habían prometido á Colón antes de 1495; es decir, que no tocasen en las tierras descubiertas por él ninguno de los subsiguientes descubridores, á quienes se daría carta blanca, con la sola obligación de contribuír á la corona con el cuarto ó el quinto de las ganancias habidas en las expediciones.

A la vista de lás comunicaciones de Colón y de las riquezas enviadas de Paria, inflamóse la ardiente imaginación de Ojeda, tánto tiempo nutriéndose de sí misma, y sintió correr por sus venas el contagio del entusiasmo y deseo de gloria, de fama y de oro que se respiraba en la atmósfera de aquel siglo de aventuras; embriagóse con el aire libre, del cual había sido privado tánto tiempo, y con las mil locas esperanzas que le asaltaron en aquel momento. Largo rato permaneció callado repasando en su mente aquellas promesas de dicha, que le señalaba su imaginación, y á las cuales no renuncia el hombre más santo sin un grande esfuerzo, ¿qué diremos de lo que pasó en el palpitante corazón del joven aventu-

rero que veía ante sus ojos un mundo de encantos, como no los había soñado sino en sus momentos de delirio? Además, el astuto Fonseca supo acabárselo de ganar mostrándole en lontananza la suave imagen de María, ofreciendo darla aviso de los proyectos de Ojeda, y pedirla de nuevo, en nombre suyo, que no se comprometiese á nada hasta su regreso de Indias, pues le aseguraba que ella aún estaba libre y pensaba en él.

A principios de Mayo, merced á los esfuerzos de la inaudita actividad de Ojeda, yá había equipado cuatro bonitas carabelas, contratado como piloto á su antiguo compañero en Indias, Juan de la Cosa, y reunido varios caballeros aventureros de familias distinguidas, entre otros un comerciante florentino llamado *Américo Vespucio*, quien tuvo después la usurpada gloria de darle su nombre al continente descubierto por Colón. Así, el 20 de Mayo de 1499, al romper el alba, Alonso de Ojeda se dio á la vela en el Puerto de Santa María, y despidióse lleno de entusiasmo y alegría de su madre, á quien ofreció traerla al regreso grandes riquezas y gloria y fama á su familia, sin pensar que "en este mundo nada sucede como lo hemos ideado ni como lo hemos temido."

CUADRO VI—1500

Las esperanzas de Ojeda

I

Alboreaba el siglo XVI, siglo de gloria y de progreso,—siglo estupendo,—pues habiéndose descubierto en embrión, durante la Edad Media, casi todas las ciencias y las artes hoy conocidas, en éste empezáronse á perfeccionar y á comprenderse. Si en él se comienza á perder un tanto el espíritu caballeresco que distinguía á la Edad Media, y escaseaban

las heroicas virtudes que se necesitaban para contrarrestar los grandes vicios, en cambio la idea de la libertad en el cristianismo hacía yá parte y era el apoyo y báculo de la civilización moderna en su marcha hacia el porvenir.

En este siglo se debía levantar la bandera de la rebelión contra el catolicismo, encabezada en Alemania por el fraile agustino, conocido en la historia bajo el nombre de Lutero,—otro tanto hicieron en Suiza, Holanda y Francia los famosos heresiarcas Zwinglio, Leyden y Calvino, los que aunque causaron tántas guerras y crímenes, también es preciso confesar que de aquellas disputas de la *Reforma* surgió la religión católica triunfante y con mayor brillo y gloria. La Reforma ha obligado á los creyentes no solamente á tener mayor fe sino á comprender y estudiar su religión,—porque lo que basta á los verdaderos cristianos y á los buenos y mansos de ánimo, no convence á los espíritus indagadores que no admiten, sino después de haber examinado, los motivos que hay para creer.

A los principios del siglo que nos ocupa yá existía Copérnico, pero aún no se conocían sus admirables trabajos acerca de las revoluciones astronómicas de los cuerpos celestes. Contemporáneos suyos fueron Tycho-Brahe, Ferrari, Paracelso, Ramus, Tartaglia y otros sabios restauradores de la ciencia, como Janson (que puso en uso el microscopio), que iluminaron el mundo con la luz de las matemáticas, la astronomía, la filología, la arqueología, etc. En la misma época comenzaron á establecerse los principios de la meteorología y la química propiamente dicha; la anatomía tomó magnas proporciones y se hicieron interesantes descubrimientos en el cuerpo humano. La ciencia llamada después geología, tuvo su origen en aquel siglo en que por primera vez los sabios empezaron á fijarse y estudiar el origen de

los fósiles.... Pero no podemos en el estrecho límite de nuestra narración ocuparnos sino muy superficialmente de los grandes descubrimientos y hombres sabios de aquel siglo, que fue la verdadera cuna de cuantos inventos poseemos actualmente, y que vio nacer, florecer y morir los hombres más extraordinarios de la historia moderna.

No mencionaremos entre los literatos españoles célebres de aquel tiempo sino á Garcilaso y Lope de Vega, fray Luis de León, Herrera, Hurtado de Mendoza, los Argensolas, Quevedo, Cervantes, Santa Teresa de Jesús, San Ignacio de Loyola, San Juan de la Cruz, San Juan de Dios. Camoëns en tanto llena aún con su fama á Portugal, país que no ha producido ni antes ni después un genio semejante.

En Inglaterra vivieron entonces Bacon, el filósofo, Shakespeare, Sidney, Spencer, Walter Raleigh, Marlowe, Ben Johnson y otros literatos famosos. En Francia bastan los nombres de Montaigne, Palissy, Ronsard, Brantôme, Amyot, etc., para dar lustre á una nación. En Italia, ¿qué más gloria que la de Ariosto, Maquiavelo, Galileo, el Tasso y Guicciardini en las ciencias y literatura? Entre los escultores y pintores, á Bandinelle, Miguel Angel, Leonardo de Vinci, Rafael de Urbino, Sebastián del Piombo, el Perugino, Correggio, Julio Romano, el Ticiano, Veronese, Tintoretto, A. Carraci, Dominichino, Guido Reni y el joyero Benvenuto Cellini.... Entonces vio la luz el célebre Palestrina, cuya música sagrada forma escuela. También son contemporáneos los pintores Velásquez, el Españoleto ó Ribera, Zurbarán, Alberto Durero, Holbein, y en los últimos años de él nació Van Dyck, y otros que fueron secundarios y que no nombraremos.

Entre los hombres de Estado que más se distinguieron, bástanos mencionar (fuera de los que ya hemos nombrado en el curso de esta historia) á los

Médicis, los Dorias, los Montmorency, los Nemours, los Sobieski, y *tutti quanti.*

Aquel siglo del renacimiento de todo lo olvidado en la oscura época de la Edad Media, fue el de Carlos V, de Francisco I, de Enrique IV (de Francia), de Solimán el Grande, de Isabel de Inglaterra y de Mauricio de Nassau.... En fin, para concluír esta rápida ojeada diremos que jamás se habían visto juntos en una sola época tántos nombres afamados en las ciencias, las artes y la literatura, como en el siglo XVI, ni mayor magnificencia, riqueza y poderío entre los reyes, los guerreros y los grandes de las naciones civilizadas de Europa.

Pero, dirá el lector, en medio de tánto esplendor y grandeza, y del ofuscamiento de una civilización que se perfecciona, ¿qué puede ser el nombre del oscuro descubridor de algunos sitios salvajes del Nuevo Mundo, como el de Alonso de Ojeda, cuyas hazañas se pierden entre tántos otros, mucho más conocidos é ilustres? Por cierto que su nombre no vale nada por sí solo, si no fuera para nosotros el tipo en que mejor podemos encontrar las virtudes, errores, crímenes tal vez, costumbres y aspiraciones del español de su tiempo, y por eso se nos permitirá estudiarle á fondo sin encubrir sus defectos ni ocultar sus cualidades. No le presentaremos ni como un héroe perfecto de novela, ni tampoco como un aventurero sin ley ni principios, sino, repetimos, sólo como la encarnación del espíritu de su época.

II

El viaje de Ojeda á Tierra Firme había sido desastroso, y después de tántos sueños dorados y locas ilusiones, no obtuvo en resumidas cuentas nada digno de mencionarse. El único descubrimiento de alguna importancia de que pudo preciarse en aquel

viaje, fue el de haber arrimado al lago que los indios llamaban de Coquibacoa, y que él bautizó de Venezuela (porque sus habitantes edificaban entre el agua como los de Venecia), lago conocido hoy con el nombre de Maracaibo. Además, siguiendo la pendiente de sus deseos de llevar algún botín, y viendo que en aquellas costas de Tierra Firme no encontraba las riquezas que aguardaba, se dirigió á la Española, y allí olvidó sus buenas intenciones é infringió las órdenes de la Reina. Después de un altercado con un delegado de Colón, hízose á la vela hacia otras islas, y se apoderó de gran número de indígenas que llevó á España para venderlos como esclavos. Entre los pocos obsequios que logró el pobre Ojeda llevar á su madre estaba una india muy hermosa de Coquibacoa, que había bautizado con el nombre de Isabel, así como otro indio hermano suyo, á quien llamaba Martín.

Después de visitar á su madre, Alonso se dirigió á Burgos á dar cuenta al Obispo del mal éxito de su expedición, pues una vez pagados los gastos, apenas pudieron repartir 500 ducados entre más de cincuenta personas que tenían parte en la empresa. Sin embargo, no se crea que estuviese desalentado, al contrario, el espíritu aventurero bullía en él, y tenía empeño en volver á embarcarse y seguir en el Nuevo Mundo sus empezados descubrimientos, pues parecía que más valor, audacia y constancia manifestaba este hombre cuanto más contraria le era la suerte.

Aunque el Obispo le recibiera al principio con frialdad (el mal éxito es defecto de muy mala nota entre gentes del carácter de Fonseca), bien pronto, con su natural perspicacia, comprendió que aquel joven no era yá el mismo que tánto le había importunado con sus locas pretensiones años antes, y que era muy propio para seguir adelante sus proyectos, habiendo madurado su genio audaz, y perdido en

los vaivenes de la vida aquella delicadeza de sentimientos que á sus ojos le inutilizaba.

Efectivamente, nuestro Alonso de Ojeda había perdido muchas de sus cualidades y cambiado y dañádose su carácter. A los veintinueve años no es de extrañar que no tuviese la precocidad candorosa del niño que por primera vez vimos en la fortaleza de Zahara; ni la ardiente fe y amor abnegado del adolescente de Granada; ni la nobleza de sentimientos del joven, que rehusaba, casi á costa de su vida, toda acción que pudiese mancillar su honor, no; aunque poseía todavía muchas virtudes heroicas, las más delicadas y puras se habían gastado en el contacto de la ruda vida que había llevado entre aventureros sin ley ni Dios.

Es verdad que todavía reinaba en su alma la imagen adorada de María, la Reina del Cielo, y de María, la amada de su corazón, pero aquellos sentimientos se habían humanizado, por decirlo así, perdiendo mucho de la poesía de su primera edad. No en vano se nutre el hombre de deseos ambiciosos, pues si al principio cree que lo que anhela no es sino la puerta por donde debe entrar á otra mansión más pura, en seguida va perdiendo de vista el objeto principal, y toma lo visible y lo material por la causa primera, hasta olvidar el *más allá* que en un principio anhelaba conseguir.

Ah! no hay nada tan triste y desalentador como el estudio del corazón del hombre en sus transformaciones y cambios, casi siempre de bueno en malo, y de malo en peor! Y al pintar la cambiante faz del carácter de Ojeda, que no se nos tache de exageración é inverosimilitud, pues tenemos seguridad de que cada uno, en el estrecho círculo de sus relaciones,—aun en esta época tan impropia para alimentar ciertas ideas de ambición,—ha tenido ocasión de estudiar por lo menos á uno ó dos de sus co-

nocidos, cuyo carácter ha sufrido modificaciones bajo el sóplo de la codicia ó de los deseos ambiciosos de la política. Así, esta perversión del alma en un español aventurero del siglo XV y XVI nada tiene de raro ó extraño, y mucho menos es contrario á la verdad psicológica.

Como decíamos, el Patriarca de las Indias, al descubrir en Ojeda al jefe audaz y sin mayores escrúpulos, al joven ambicioso y de grandes talentos militares y conocimientos náuticos, aquilatados por la experiencia, sin los *defectos* que había procurado corregirle, sometiéndole á las prisiones de la Inquisición, y después infundiéndole el amor al oro y á la fama, el Obispo, decíamos, se manifestó con él sumamente condescendiente. Le aseguró que aunque aquella vez le había ido tan mal en su viaje, esperaba que en la próxima expedición tendrían mejor éxito todos sus deseos,—añadiendo que ejercería su influencia con los Reyes para proporcionarle lo que deseaba, á pesar del constante mal estado de la entonces hacienda real.

III

Cuenca, ciudad que poseía casi 8,000 habitantes, capital de provincia y Obispado, está situada en la confluencia de dos ríos y en la falda de un cerro, y circundada por varias alturas que la dominan; así, porque se ve desde lejos como si estuviese edificada en una *cuenca*, es por lo que probablemente se le ha dado ese nombre.

A la salida de la ciudad, y fuera de sus muros, veíase en el primer año del siglo XVI una casa de campo de vetusta arquitectura y pobre apariencia. Los productos de la propiedad se componían sólo de plantas aromáticas como salvia, manzanilla, espliego y otras yerbas de la misma laya, que se ven-

dían para aplicaciones medicinales; además, el dueño de aquel terreno había dejado una parte de él, la más pedregosa é impropia para el cultivo, á la disposición de una manada de cabras y ovejas. Olvidaba las colmenas situadas en la parte de atrás de la casa, cuyas abejas, nutridas con las flores de las plantas aromáticas que tenían tan cerca, producían miel tan exquisita, que era afamada en los contornos.

Esta era la casa solariega de la familia de Alonso de Ojeda, en la que vivían entonces pobremente, aunque sin padecer escaseces, su madre y un mozo de poco más de veinte años, llamado Pedro, sobrino de Alonso é hijo de un entenado de su madre. Este joven había servido desde niño en las galeras del Rey, en el Mediterráneo, pero habiendo enfermado volvió á España, y hacía algún tiempo que acompañaba á la viuda de su abuelo y le ayudaba á administrar sus poco productivas propiedades.

Una mañana de invierno del año de 1502, — en tanto que soplaba un viento helado, que descendía mugiendo de la vecina sierra, y la lluvia fría cubría al parecer con una gasa todo el paisaje, un grupo de personas estaba á la puerta exterior de la quinta de que hablamos, y todas las que lo componían, sin cuidarse del viento y la lluvia, miraban con interés hacia el camino real, por el cual veían venir algunos hombres á caballo. La persona que se había salido más fuera de la puerta, á pesar del frío, era una señora de cerca de cincuenta años, de dulce y apacible fisonomía, que llevaba el nombre de doña Ana, y era la madre de Alonso; á su lado estaba Pedro, el nieto de su difunto marido, mozo de amable fisonomía, cuyas facciones, un tanto toscas, agradaban en su conjunto. Detrás de los amos veíanse dos personas de tipo enteramente diferente, y cuyo vestido y aspecto humilde estaba probando que eran esclavos,

pero esclavos indianos y no moriscos ni africanos, como los que siempre habían acostumbrado en España. Uno de éstos era un muchacho de catorce años, de color cobrizo muy marcado, ojos sesgados, pequeños, negros y brillantes como cuentas de azabache, y mirada salvaje y asustadiza, que causaba una sensación de desagrado. Caíale sobre el cuello una lacia, abundante y lustrosa cabellera negra, que parecía melena de algún animal silvestre. El indiecillo temblaba de frío, porque su vestido no consistía sino en una camisa y pantalones de lienzo burdo y sandalias de cuero bruto. A su lado, apoyada una mano sobre el hombro de su compañero, estaba una muchacha de poco más edad y de la misma raza: aunque más bien pequeña que grande, su talle esbelto y erguido y sus bien torneadas formas, la hacían parecer más alta de lo que era. Más blanca que su hermano, llamaban en su fisonomía la atención particularmente sus negros y rasgados ojos, que tenían la forma más perfecta del ojo humano, pero tan recargados los párpados de pestañas largas y crespas que su peso la obligaba casi á cerrarlos, lo que la daba una expresión de extraña y misteriosa dulzura. El resto de sus facciones, sin ser mal formadas, no ofrecían ningún rasgo característico: los labios eran delgados, los dientes blancos, la frente baja y la barba recta y cuadrada, lo que suponía en ella una firmeza de carácter que hacía contraste con la dulzura soñolienta de su mirada. Llevaba un vestido de tela de color oscuro, sin mangas y escotado, y debajo una camisa de manga corta, pero de cuello; los brazos cubiertos con sartales y brazaletes de cuentas. Tenía el pelo suelto y peinado hacia atrás, derramado como un velo hasta la cintura, y prendíalo una banda de plumas menuditas que la rodeaba la cabeza en forma de diadema.

Cuando el grupo de personas á caballo llegó á

la portada de la casa que estaba sobre el camino, el que iba adelante se detuvo: imitáronle los otros dos.

—Es Alonso! es Alonso! exclamó D.ª Ana alborozada.

—Es el Capitán! murmuró la india abriendo los ojos de par en par y dejando escapar una mirada luminosa pero tierna, y apretando maquinalmente el brazo de su hermano apoyaba la otra mano sobre su palpitante corazón.

—Es el amo! dijo el indío, y clavó en su hermana una mirada iracunda, y al mismo tiempo se apartaron sus labios contraídos por una sonrisa de desprecio y de rabia.

Corrió Pedro á recibir á su tío, manifestando la mayor alegría, y ayudándole á descabalgar le apretaba las manos entre las suyas; é indicando á los criados del Capitán á dónde deberían llevar los caballos, se acercaron ambos á la casa, á cuya puerta Alonso halló á su madre, la que abrazó, después de haber recibido respetuosamente su bendición, y con ella se dirigió á un aposento en que estaba preparado un gustoso refresco para el viajero. Hasta entonces no echó de ver Ojeda que le había seguido la india y aguardaba humilde que se acordase de hablarla.

—Vive Dios! exclamó repentinamente volviéndose á ella, y alargándole una mano, la que recibió la india de rodillas y besó reverente. No te había visto nunca, Isabelilla, tan ricamente ataviada!

—La muchacha no piensa sino en ponerse plumas y adornar su cuerpo con sartales de cuentas! dijo la madre de Ojeda con severidad.

—Cosa natural en su raza y de su edad,—respondió Ojeda,—pero fuera de eso ¿qué tal se han manejado vuestros esclavos, madre mía?

—Son muy variables. La muchacha es sumisa é inteligente, como os he dicho antes,—pero es muy caprichosa y no aprende sino lo que le gusta,—el

hermano es disimulado, le repugna mucho el oficio y es muy trabado de lengua; ambos quieren volverse á su tierra, aunque han aprendido á rezar algo y yá no aprueban las abominaciones de su raza.

En tanto que hablaba D.ª Ana, Ojeda había recibido en silencio el homenaje del otro indio.

—¿Cómo es esto? dijo Alonso mirando con sorpresa á la turbada india que bajaba los ojos: ¿Por ventura, Isabel, no te acomodarías en casa de mi madre?

—En vuestra casa, mi amo, me acomodo; ¿no sois mi señor? pero....

—Qué te falta?

—Señor, en Coquibacoa yo era hija del Cacique, —respondió ella con cierta dignidad, y añadió: en cuanto á mi hermano no se puede enseñar á servir á otro que no sea su jefe, es decir, al que le tomó cautivo, á vos y sólo á vos.

—Y tú?

—Yo aguardo las órdenes de mi amo, y sólo quiero lo que él me mande.

—Me sorprende sobremanera, exclamó Ojeda, lo mucho que Isabel ha adelantado en el castellano!

—Es vuestra lengua, mi amo,—respondió ella sencillamente.

—¿Y Coriano ó Martín también la habla como tú?

—El poco sabe, pero entiende bien.

—Díme, dijo Ojeda dirigiéndose al indio, que había cruzado los brazos con humildad, y situádose detrás de su hermana: ¿Mucho deseas volver á Coquibacoa?

—Sí, oh! sí! exclamó Coriano levantando repentinamente la mirada y fijándola en su amo con intensa alegría.

—Bien, pues, yo parto para las Indias en breves días y te llevaré conmigo—me serviras de intérprete.

—Y yo? preguntó la india con angustia.

—Tú te quedarás en Cuenca con mi madre, á quien servirás durante mi ausencia.

Isabel dejó escapar un tenue suspiro y bajó la cabeza sin replicar, y al mismo tiempo casi sin cambiar de expresión empezaron á bajar por sus mejillas gruesas lágrimas, que se sucedían unas á otras como las gotas de lluvia de un aguacero tropical.

—Pobrecita, exclamó Ojeda, y acercándose y poniéndole la mano sobre el hombro, añadió: no te aflijas, escúchame, Isabelilla, yo te traeré lo que quieras de tu tierra á mi regreso.

A pesar de estas palabras de Ojeda la india no se consolaba; él añadió entonces:

—Si te hacen falta tus parientes no dudes que los traeré á España, si así lo deseas. ¿Qué más te puedo ofrecer?

—Yo también quiero irme á Coquibacoa! contestó la india con entrecortada voz:

—Eso sí no puede ser, repuso él, apartándose con ademán severo.

Isabel, más y más conmovida, se cubrió la cara con las manos y prorrumpió en dolorosísimos sollozos.

—Jamás, ni cuando salió de su tierra, la vi tan afligida, repuso Ojeda volviéndose á su madre, y dirigiéndose otra vez á la india añadió: esta tristeza me da en qué pensar, ¿dime, por ventura no te tratan bien en esta casa?

—Sí, mi amo, D.ª Ana es muy buena.

—¿Entonces qué te falta?

—Qué me falta! exclamó ella serenándose repentinamente.... Vos os vais y yo me quedo, ¿y me preguntáis qué me falta?

Ojeda desvió los ojos impresionado por la ardiente mirada de la india, y dijo volviéndose á D.ª Ana:

—Esta muchacha está todavía muy salvaje, — os suplico, madre, que no os canséis de ella.

—Señora, exclamó Isabel echándose á los pies de la madre de Ojeda, señora, decidle que me lleve en su compañía, hacedlo por el Dios de misericordia que decís hay en el cielo!

D.ª Ana miró á su hijo, pero ella nada contestó.

—Levántate, Isabel, dijo Ojeda reciamente, —sólo yo puedo juzgar de mis acciones. (La india obedeció temblando y sin replicar).

—Te concedo una cosa, si me prometes manejarte con cordura, y es ésta, llevarte hasta el puerto en que me embarcaré y hasta donde me ha ofrecido ir mi madre; más no puedo hacer:

—Vos mandáis, yo obedezco, contestó la india con humildad.

Al decir esto se enjugó los ojos, miró á su amo con indecible ternura, y salió del aposento. Encontró á su hermano en el patio, en donde se hallaba desde que Ojeda le había dicho que le llevaría consigo á las Indias, y olvidando el frío y la lluvia manifestaba su alegría brincando y bailando, y haciendo toda clase de muecas propias de un salvaje.

Entretanto Ojeda se había quedado caviloso y meditabundo, pues estos ímpetus de la india le disgustaban en cierto modo, porque probaban que ella le tenía un afecto que no debía de haber pasado inadvertido para otras personas. Pero es preciso que el lector me permita volver atrás en la cronología de nuestra historia, y referir lo que le había sucedido á Ojeda en los últimos meses trascurridos después de la última conferencia que tuviera con el Obispo de Burgos á su regreso del viaje á Paria.

IV

Informados los Reyes por Fonseca del carácter de Alonso de Ojeda, y deseando situar un hombre resuelto, inteligente y de confianza en el mando de

la primera colonia de Tierra Firme, se fijaron en aquel joven aventurero, y ordenaron al Obispo que le proporcionara los recursos que fueran menester. Debía concedérsele el derecho de continuar la conquista por aquellos lados, con la condición de no tocar las pesquerías de perlas de Paria hasta Margarita, y colonizar el terreno de una gobernación que se le señalaría de Coquibacoa para adelante, hasta donde pudiera llevarla. Además se le exigía que defendiera, con las armas en la mano, sus posesiones contra todo intento de extranjeros que quisiesen tomar pie por aquellos lados, cosa que se temía, porque habían visto buques ingleses cruzando por las Antillas sin que pudiesen dar una razón satisfactoria de sus intenciones.

En los preparativos de la expedición y en buscar asociados que pudiesen proporcionar el dinero sonante que se necesita, pasáronse casi dos años, y así, no fue sino hasta fines de 1501 que pudo nuestro héroe considerar hechos los preparativos, y concluídos los equipos de las cuatro naves que mandaría en jefe.

Pocos días antes de pasar á Cuenca, en donde le acabamos de ver llegar, Ojeda fue á despedirse de su protector el Obispo de Burgos.

Durante su conversación Fonseca se sorprendió oyéndole hablar por primera vez de sus esperanzas acerca de D.ª María, y le manifestó la novedad que aquello le causaba, porque hacía años que guardaba silencio con respecto de la novicia, y él creía que la había olvidado enteramente.

—No piense su Señoría, le contestó Ojeda, que porque no había hablado de ella en todo este tiempo la hubiese olvidado. No, señor! y si me ve vuestra Señoría trabajando en estas arriesgadas empresas no es en balde.... espero ganar, á su hora, fama y riquezas, y con ellas el galardón que yo mismo me he ofrecido en recompensa de mis trabajos. Entretanto

os suplico que me digáis en dónde se halla por ahora D.ª María, pues no os pregunto si me ha sido fiel, porque de lo contrario mi corazón me lo hubiera avisado ó de otro modo hubiera llegado á mi noticia.

Inmutóse el Obispo, á pesar de toda su astucia, costumbre del mundo é intrigas cortesanas, permaneció largo rato sin contestar.

—Juro á Dios! señor Obispo, exclamó Ojeda con su acostumbrada viveza, que si Su Señoría no se digna contestar á mi súplica, abandonaré la expedición y el servicio del Rey, en las Indias, y me iré á otra parte en donde obtenga algo de más lucrativo y menos fatigoso y falaz!

—Si vacilaba antes de contestaros, Alonso, fue porque no sabría deciros á punto fijo en dónde se halla á la hora de ésta D.ª María.

—Y si vuestra Señoría no lo sabe, ¿quién podrá decírmelo? preguntó Ojeda. Os confieso que antes de venir á vos la he hecho buscar en todos los conventos de España y de Portugal, y cuando vine aquí era porque había perdido la esperanza de hallarla por mis propios esfuerzos.

—La D.ª María no está en España ni en Portugal....

—No está?...

—No. La Infanta D.ª Catalina, ahora princesa de Gales, que había tratado, cuando niña, en la corte de su madre á D.ª María, y la había cobrado afecto, al tiempo de partir para Inglaterra pidió, como una gracia, que entre las damas que la deberían de acompañar la permitiesen contar á la novicia de Huelgas, que ella sabía no estaba allí voluntariamente. Por supuesto que Sus Majestades se negaron al principio á hacerla esa merced, que era contraria á la etiqueta de la corte, y á las reglas del convento, pero al fin el Rey obtuvo el permiso y há días que partió en el séquito de la futura Reina de Inglaterra.

—Maldición! exclamó Ojeda sin poderse contener, ¿es decir que estando yo en España se fue María lejos de aquí? ¿Y por qué no me lo avisasteis, señor Obispo? añadió casi fuera de sí.

—Reportaos, Alonso de Ojeda! respondió Fonseca amostazado más por la falta de respeto en el tono que por las palabras mismas del audaz aventurero.... olvidáis por cierto de una extraña manera vuestra cortesía y aun la prudencia?...

—Bien veis, Ilustrísimo Señor, repuso Ojeda, que María ha sido el blanco de todas mis acciones y la esperanza de toda mi vida.... ¿y no es cosa de sorprender, señor, que sabiendo vos esto no me dierais la noticia antes de su partida?

—Alonso, á más de poco respetuoso, sois injusto; pero os perdono todo esto en favor de vuestros pasados y futuros servicios, dijo el cauteloso Obispo.

—Injusto! señor, ¿y por qué?

—Acaso desde vuestro regreso de Paria en las muchas conferencias que hemos tenido, alguna vez me preguntasteis por D.ª María ó hicisteis á ella la menor alusión?

—Es verdad, su Ilustrísima tiene razón!... Confieso que en mi loco orgullo pretendía hallarla sin la ayuda de nadie.

—¿Acaso con saber su suerte hubierais podido cambiarla en lo mínimo?

—Tal vez no, pero al menos la viera antes de que se alejase para siempre de España, pues bien lo comprendo, ella no volverá jamás, y puesto que no ha profesado aquí, allá quizá hasta tomará estado.... Oh! ya empiezo á perder la fe hasta en ella y en mí mismo!

Y al decir esto, Ojeda inclinó la cabeza con profundo desaliento. Fonseca comprendió que semejante situación de ánimo no le convenía para sus planes, así quiso enmendar lo que había producido tan mal efecto, diciendo:

—No, D.ª María no tomará otro estado que no sea el del claustro, eso os lo puedo asegurar, y aun ése quién sabe.... Si la dejaron partir con la Infanta fue para librarla de vuestras acechanzas en gran parte, porque ella tuvo conocimiento de vuestro regreso á España, y su agitación é impaciencia llegaron á impresionar de tal manera á las monjas del convento en que estaba, que le advirtieron á la Reina que la novicia tenía un carácter tan variable y rebelde que deseaban excusarse de tenerla por más tiempo á su cargo.... No sé por supuesto si ella os olvidará al fin,—mucho ha hecho en su condición de mujer en seros fiel tántos años: bien decía Virgilio de las hembras, que eran *varium et mutabile semper*, ¿pero vos mismo, añadió el Obispo con su sonrisa falsa é hipócrita, por ventura no os habéis consolado con el amor de una india?

—Yo! exclamó Ojeda.

—Sí, vos, Alonso de Ojeda. En este pícaro mundo, amigo mío, no se ocultan sino las buenas acciones, pues nadie tiene interés en propalarlas, sin embargo las faltas salen á luz siempre, porque la maledicencia es muy vocinglera. . .

—Explicaos, por Dios, señor Obispo.

—La verdad es, repuso éste, que no ha faltado quien me informe que vos, á despecho de las recientes ordenanzas de Su Majestad la Reina, nuestra señora, vos no habéis tenido empacho en faltar á las reales órdenes guardando en vuestra casa una india esclava, cuyos méritos y hechizos eran probablemente para vos demasiado embelesadores para alejarla de vuestro lado. Pero advierto que estos rumores pueden hacerse graves y llegar á oídos de las personas de la Corte y aun á los de doña.....

—Teneos, señor Obispo! Teneos y no digáis más, si no queréis que os vuelva á faltar al respeto.... Sabrá su Ilustrísima que la esclava á que alude vive en

casa de mi madre (con un muchacho de su misma familia), en donde recibe instrucción religiosa, pues todos debemos cumplir nuestro deber como católicos, y arrancar al demonio las almas que tiene en su poder....

—Celebro, amigo mío, dijo el Obispo interrumpiéndole, que seáis tan solícito en obras de piedad,—y añadió con aire malicioso: por otra parte, yo no os culpo tampoco, conozco el mundo y sus tentaciones y no creo que vos seáis más invulnerable que otros.

—Juro por mi honor, señor Obispo, exclamó Ojeda, que la india es mi esclava y nada más.

—No os apuréis, no os apuréis tánto, Capitán, repuso el Obispo con burlesca sonrisa.

—Pero, señor, dijo Ojeda exasperado, ¿qué prueba queréis, Señor, que os dé?

—Yo? ninguna; pero sí me atrevería á aconsejaros que no la llevaseis en vuestra compañía en la próxima expedición, si deseáis evitar ciertas hablillas que os podrían perjudicar.... Pero ya es hora de que dejemos estas conversacienes ociosas y que pasemos á tratar de nuestros asuntos....

Viendo Ojeda que era inútil toda discusión con Fonseca, púsose á leer en silencio los documentos que debería firmar. Entre otros, gustóle mucho una real cédula, en la cual le concedía el gobierno algunas tierras y encomienda en la Isla Española, en recompensa de los servicios que allí había prestado.

.....

A pocos días de aquel en que vimos á Ojeda en Cuenca, se daba á la vela, después de haberse despedido tiernamente de su madre y de Isabel, llevando consigo al indio Coriano ó Martín, para que le sirviera de intérprete.

La expedición se componía de cuatro buques: dos de ellos á cargo de Juan de Vergara y García del

Campo, que eran también dueños de una parte de los equipos, y dos carabelas, llamada la una *Santa María* de la Antigua y la otra *Santa María* de Granada, comandadas por Pedro de Ojeda (el sobrino de Alonso) y á cuyo bordo iba éste, quien además mandaba en jefe en todas ellas.

CUADRO VII—1502

La india Isabel y Alonso de Ojeda

I

Hacía dos días que la expedición de Ojeda había salido de Cádiz. Empezaba á declinar el día. El Capitán, recostado sobre la borda de su navío, veía con cierta tristeza desaparecer en lontananza, poco á poco, las costas europeas de la península Ibérica. A su mente se agolpaban mil vehementes recuerdos y vagas é indecisas esperanzas, cuando sintió un bulto á su lado y oyó un suspiro, casi un sollozo, y al mismo tiempo el bulto se postró á sus pies, y una voz harto conocida dijo con tembloroso acento:

—Amo, amo mío, perdón, perdón!

—Isabel! exclamó él dando un paso atrás, creyendo en el primer momento que era la sombra, el espectro de la india, la que habiendo muerto de pena por su partida, venía en espíritu á buscarle, para echarle en cara su abandono.

—No me castigue vuesa merced, repuso la india (que nada tenía de espectro ni de sombra), perdonad á vuestra esclava, señor, si ella os engañó....

—¿Pero cómo te encuentras aquí? preguntó Ojeda volviendo de su sorpresa.

—La noche en que vuesa merced se embarcó,—valiéndome de mi hermano,—vine á bordo ocultamente, y desde entonces he vivido en la cala del navío.

—Vive Dios! exclamó el Capitán exasperado, y agolpándosele á la memoria las palabras del Obispo, comprendió que la partida de la india en su compañía daba razón á las calumnias forjadas contra él. Vive Dios, que he de castigar la insolencia de esta india!

Y dejándola postrada en el suelo, le volvió la espalda y se puso á caminar de un lado á otro del navío, meditando en lo que debería hacer en aquel caso.

—Sí, dijo al cabo de un momento,—no encuentro más salida que la de virar de bordo é ir á dejarla en la más cercana costa.

Oyó la india, y precipitándose otra vez á los pies de su amo, juntó las manos diciendo con angustia:

—Matadme, señor, matadme más bien! Prefiero la muerte á ser alejada de vuestra presencia....

—Es preciso que te enseñe, respondió Ojeda, que mi voluntad es la que rige, y que si no te traía conmigo era porque motivos poderosos me obligaban á obrar así.

—Señor, amo mío, bien lo sé que todo lo que hacéis es bueno.... así la muerte de vuestra mano me será grata.... pero mientras respire estaré á vuestro lado.

—La terquedad de esta mujer es asombrosa,—murmuró él un tanto conmovido con el acento de la muchacha,—pero yo debo dejarla, y lo haré.

Apenas hubo oído aquellas palabras cuando Isabel se levantó rápida del suelo y se abalanzó hacia la borda del navío, con intención de tirarse al mar.

—Qué haces, desgraciada! exclamó Ojeda, y agarrándola del vestido impidióle llevar á cabo su propósito.

—Quitarme de vuestra vista, señor, contestó; buscaré la muerte en aquellas aguas, menos crueles que vos; pondré así tregua á vuestro afán y no per-

deréis el tiempo haciéndome llegar á tierra en donde nadie puede obligarme á vivir contra mi voluntad.... Dejadme, señor,—añadió, pugnando por desasirse de él,—dejadme morir.... que siendo para daros gusto no me pesará.

—Cálmate, Isabel, yo te lo mando.

La india al momento se dejó caer al suelo de rodillas, y sin contestarle permaneció callada é inmóvil.

—¿No te tirarás al mar? preguntó él.

—Si vuesa merced me permite quedarme aquí en el navío, no....

Ojeda no contestó. Durante aquella corta escena había pensado que no era natural detener la expedición solamente para dejar en tierra una india,—demasiado adverso les había sido el viento desde que salieron de Cádiz, obligándoles permanecer á la vista de la costa, sin poderse mover, para desperdiciar la brisa que en aquel momento les era propicia, por una causa tan poco justificable como la de abandonar á la pobre esclava en las costas portuguesas, que eran las que tenían menos lejos, y en donde sin duda se perdería ó moriría de angustia al encontrarse entre gentes extrañas.

—Levántate, dijo, y aunque te perdono á ti no haré lo mismo con tu hermano, que tan malamente me ha engañado ayudando en tu propósito contra mis expresas órdenes.

—Coriano no es culpable sino por mí, contestó ella,—un jefe como vos no comete injusticias; castigueme vuesa merced á mí que soy la culpable y no á él que es inocente.

Alonso no contestó,—sentíase enternecido ante aquella grande y noble naturaleza, y se admiraba que una india salvaje se hubiese civilizado completamente con dos años de permanencia en España,—pues no solamente hablaba ya con perfección el castellano, sino que sus sentimientos eran tan elevados cuanto

pulcro su lenguaje. Ojeda ignoraba tal vez que lo que más prontamente pule y ennoblece á la mujer es el *amor*, bajo cualquiera de sus formas. Además (¿por qué no lo hemos de confesar?) el español, en su calidad de hombre, lo que más le tocaba y enternecía era el cariño de la india hacia él, creyendo naturalmente que amarle á él era la mayor virtud que podía tener una mujer, y la prueba más grande de juicio y civilización que podía dar Isabel.

Así, no solamente perdonó á la india su estratagema, sino que se contentó con echarle una ligera reprimenda á su cómplice, lo que sorprendió mucho al indígena que aguardaba algún terrible castigo, como los que usaban los españoles de aquellos tiempos. Pero si la lenidad de Ojeda sorprendió al indio, no por eso dejó de tenerle mala voluntad á su jefe,—y al contrario, como sentía que debía de agradecerle sus buenos procedimientos para con él,—ese deber que adivinaba sin comprender,—le hacía mirar mal á su protector, y esta fue á sus ojos una falta más que añadir al odio que le había jurado con motivo del cariño que le tenía su hermana, cosa para él humillante y punible, tratándose del vencedor de su tribu.

II

Tocando de paso en las islas Canarias, la expedición continuó su viaje con toda felicidad y llegó á fines de Febrero al golfo de Paria. Después de haber rescatado en aquel punto algunas perlas, recogido agua fresca, y limpiado y despalmado las embarcaciones, prosiguieron su ruta con rumbo á la isla de Margarita; en seguida arribaron á una costa tan fértil y hermosa, que Ojeda la nombró Valfermoso, que es la que hoy se conoce con el nombre indígena de Cumaná.

Ya para entonces se hallaban al fin del mes de

Marzo, y como escaseasen los bastimentos y las provisiones, ocurriósele á Ojeda un ardid para hacerse á ellas, sin tener que descontentar á sus futuros súbditos arrebatándoles tal vez contra su voluntad lo que necesitaba; y esto había de ser sin gastar los rescates en aquellas tierras que no habrían de ser suyas. Con tal intento mandó que desembarcasen repentinamente en la cercana costa una partida de los más arrojados hombres de armas, y apostándose en los vecinos arcabucos y malezas, se echasen á deshoras sobre las poblaciones indígenas que les pareciesen más abundantes en sementeras y provistas de alimentos.

Así lo hicieron, y como los desgraciados indígenas intentasen defenderse, acuchillaron sin misericordia á gran número de ellos, consiguiendo con esta mala acción muchas hamacas, utensilios de varias clases, oro, perlas y gran número de cautivos de uno y otro sexo. El botín fue distribuído equitativamente entre todos los miembros de la expedición, dejando Ojeda para sí únicamente una hamaca, y los míseros cautivos fueron reservados para servir en los trabajos que pensaban plantear en la nueva colonia que habían de fundar.

Antes de llegar á su destinación, Ojeda resolvió enviar á Juan de Vergara, que comandaba una de las carabelas, en busca de provisiones á la Española, dándole cita para la costa de Coquibacoa, en donde debería unírsele llevando todos los enseres necesarios para la colonia.

Era Juan Vergara hombre ambicioso y terco, criado en Sevilla entre la servidumbre de un rico canónigo de aquella ciudad. Se había unido á Ojeda y á un García de Campos, comúnmente llamado Ocampo, para hacer fortuna á cualquier costo y sin reparar en medios, para lo cual embarcó todas sus economías en la expedición, confiando en que en

poco tiempo ganaría grandes riquezas para volver pronto á España á gozar de ellas.

Ojeda prosiguió su viaje tocando en el puerto de los Flechados y en la isla llamada de los Gigantes (1), por haberles parecido los habitantes de ella gentes de una estatura colosal. Encontrando que todas aquellas tierras eran tristes y estériles en demasía, pasó sin detenerse por las bocas del lago de Maracaibo y continuó su rumbo, dejando atrás las tierras que después se llamaron de Venezuela, y al fin se detuvo en las que fueron del Nuevo Reino de Granada, en una hermosísima bahía que llamaron de Santa Cruz (cerca del cabo de la Vela) y que hoy es conocida con el nombre de Bahía Honda.

El sitio era bellísimo, el puerto cómodo y espacioso, y las tierras circunvecinas fértiles, pobladas por naturales al parecer de índole mansa y buena, en lo cual se equivocaron medio á medio, porque pertenecían á la raza goajira, nación de salvajes indómitos.

Lo que decidió á Ojeda á poblar en aquellos lugares fue el haber encontrado allí á un español que había vivido un año entre las tribus circunvecinas y daba muy buenos informes de ellas. Era este un soldado de los de Bastidas, quien le había dejado en tierra por equivocación cuando pasó por aquel punto en su viaje de descubrimiento. (2)

A pesar de la fama de mansos adquirida por aquellos indígenas, apenas se empezó á talar el monte y trabajar en levantar la fortaleza para resguardo

(1) La que después los holandeses llamaron *Curazao.*

(2) *Rodrigo de Bastidas* era un rico habitante de Triana, licenciado en leyes. que se dio á viajar para buscar fortuna mayor. En 1525 fundó la ciudad de Santamarta. Fue uno de los pocos conquistadores que se distinguieron por su humanidad con los indios, por cuyo motivo sus compañeros le apuñalearon en Santamarta, estando de Gobernador, y murió de sus heridas en 1526.

de la proyectada colonia, cuando los naturales se levantaron en armas, y atacaron con brío á los invasores.

Ojeda no tuvo dificultad en vencerlos é infundirles tal terror que en breve abandonaron toda determinación de pelear con los españoles, y no solamente se rindieron, sino que volvieron en són de paz con ropas de algodón y varias curiosidades que regalaron á sus enemigos al principio, cambiando sus mercancías después por cuentas de vidrio, campanillas y otras chucherías insignificantes. El Capitán distribuía los objetos de poco valor entre los suyos y guardaba el oro y las perlas en una arca triclave que tenía para el caso.

Desgraciadamente para nuestro Alonso de Ojeda sus compañeros eran hombres vulgares y mercenarios, que no deseaban, como él, conquistar honores á la par que riquezas, sino que sólo se ocupaban en buscar fortuna á cualquier precio; así, en breve los jefes tuvieron mil desavenencias, de las cuales surgió una enemistad muy seria entre el Capitán y Ocampo, que tenía el cargo de inspector real de la expedición, acabando Ojeda por quitarle la llave que él tenía del arca de los rescates. Este hombre entonces quiso vengarse de aquella humillación, sufrida delante de los compañeros de expedición, haciéndole á Ojeda una guerra sorda entre los soldados.

Aunque al principio parecía que todo andaba perfectamente en la incipiente colonia, poco á poco se empezaron á notar síntomas sumamente desagradables entre los españoles, que se manifestaban desalentados y descontentos, quejándose sin cesar de lo malsano de aquel sitio, de la falta de provisiones europeas, de la tardanza de Vergara en volver de la Española á donde se recordará que había sido enviado por Ojeda desde fines de Marzo. Además los navíos surtos en el puerto empezaban á irse á pique

comidos por la *broma* que infestaba aquellas costas húmedas y ardientes. Esto, unido al repentino retraimiento de los indígenas, que ya no se presentaban á ninguna hora, y por consiguiente cesando el surtido de alimentos frescos, exasperó á los españoles, minados por la mala voluntad de Ocampo, y puso á Ojeda en apretado predicamento. Veíase éste en la necesidad de salir en persona á buscar comidas con sus más adictos hasta el interior del país, en donde hallaba sementeras y provisiones, que unas veces arrebataba por fuerza á los indígenas, y otras cambiaba con los acostumbrados rescates.

III

Hacía más de cuatro meses que Alonso de Ojeda había arribado al puerto de Santa Cruz y siete desde que la expedición salió de España. Empezaba á amanecer una triste mañana de agosto: la estación de lluvias se anunciaba muy violenta, y los aguaceros eran de tal manera constantes noche y día, que los desgraciados colonos sufrían muchísimo con la continua humedad. Las noches eran tristes y fatigosas por demás, y las pasaban oyendo incesantemente mugir el viento y azotar el agua sus mal construídos alojamientos, y bramar sin descanso las olas del mar embravecido, que se estrellaba contra aquellas costas inhospitalarias.

Después de una noche de lluvia la luz del naciente día despejó en parte la atmósfera: ya no caía agua, sino que ésta, convertida en humedísima niebla, se arrastraba por el suelo, se colgaba de las ramas de los árboles ó se reclinaba perezosamente sobre las faldas de las vecinas lomas, cosa que producía una sensación desagradable de frío húmedo que hacía temblar sin producir la frescura tan apetecida en las tierras cálidas.

Una á una fueron abriéndose las puertas de las habitaciones y apareciendo al umbral de ellas algunos míseros españoles, pálidos y cabizbajos. Viendo que había cesado la lluvia salieron de sus casas, y dirigiéndose á lo que llamaban plaza en la proyectada población, y que estaba al frente de la fortaleza (único edificio casi concluído que había) formaron corrillos en los cuales cada uno se quejaba más ó menos de la noche trascurrida.

—Seguramente el Capitán no ha vuelto aún, dijo uno de los interlocutores.

—No, contestó otro, estas exploraciones son con frecuencia peligrosas y dilatadas.

—¡Cómo habrán sufrido los desventurados con semejante tiempo!—dijo el primero, estremeciéndose,—á nada le tengo yo tánta repugnancia como á esa clase de aventuras.

—Tan sin provecho en realidad! añadieron varios.

—Cómo no; repuso el primero, si no fuera por esas provisiones frescas, pronto se agotarían las que tenemos aquí.

—Y ahora que habláis de provisiones, dijo un alemán regordete y colorado, ¿quién nos distribuirá la pitanza del día?

—Sin duda el inspector Ocampo, repuso otro.

—No tal! contestó el alemán; me ha dicho él que el Capitán se llevó la llave del almacén de los alimentos.

—Eso es falso! gritó otro; el Capitán no podía cometer semejante falta!

—Vive Dios! que si así fuera.... exclamó uno de los colonos, acercándose al grupo.

—No os fatiguéis, dijo interrumpiéndole el primero que había hablado, que....

—La verdad es, repuso el alemán, sin dejarle acabar, que há días que oigo quejarse á Ocampo de que el Capitán le quitaba la llave.

—Os equivocáis, la que quitó fue la del arca de los rescates de oro, y no la del almacén de provisiones.

—Lo cierto es, dijo otro con desaliento, que estas desavenencias entre los jefes las pagamos nosotros, pobres soldados.

—Ah! cuán diferente me pintaba este Nuevo Mundo, cuando en mala hora me enganché en tan desastrosa expedición! exclamó otro.

— Hé aquí que viene á nosotros el mismo Ocampo! dijeron varios.

Todos á porfía se apresuraron á salirle al encuentro. Era el Inspector un hombre de más de cuarenta años, pequeño, rechoncho, de semblante falso, frente baja, boca delgada y ancha y mirada vaga, servil é hipócrita.

—Caballeros! dijo con voz chillona y cariñosa; tengo la pena de avisaros que habiéndose llevado el Capitán Ojeda la llave del almacén de las provisiones me veo en la imposibilidad de distribuiros los alimentos del día.

—Cáspita! exclamaron algunos, ¡esto no se puede sufrir!

—Un día entero sin qué comer! añadieron otros.

— Qué haremos? exclamaban todos.

— Contentarnos, repuso Ocampo con sonrisa irónica, con los restos del festín de ayer....

—No se burle vuesa merced de nosotros! gritó un soldado con tono amenazador.

— Pero otras veces, repuso otro, las provisiones han venido de vuestra mano, señor don García.

— Así ha sido.... pero hoy es otra cosa: no tengo la llave.

— Pretenden acaso,—gritó el alemán, poniéndose más rojo que una amapola y dando golpes contra el suelo enlodado,—¿pretenden matarnos de hambre

también, además de habernos traído á esta tierra maldita?

—Esta conducta de Ojeda pasa los límites de la paciencia humana! dijo uno de los oficiales.

—Resignación, caballeros, resignación!—decía Ocampo con ironía, el ayuno es meritorio á los ojos de Dios.

—Harto ayuna quien mal come todos los días! replicó un soldado.

—Basta, señor, dijeron varios de los más resueltos, rodeando al Inspector,—por las buenas os pedimos que paséis á darnos nuestras raciones, si no queréis tener un rato desagradable.

—Siento en el alma, amigos míos, no poder contentaros, pero no teniendo la llave del almacén....

—Por ventura,—contestó uno,—¿no sois vos también uno de los jefes de esta expedición?

—Así lo había creido, repuso Ocampo con maligna sonrisa, pero últimamente el Capitán Ojeda se ha apoderado de todo el mando, y parece que no soy nadie en la empresa....

—Y vos lo permitiréis, señor? le preguntaron.

—Por ahora no puedo hacer otra cosa.

—Si es verdad que no tenéis la llave,—dijo el alemán, que había estado un rato pensativo,—¿acaso no hay en este campamento los instrumentos necesarios para abrir la puerta que decís?

—Eso no lo podría yo permitir, dijo Ocampo. Calmaos, señores,—añadió bajando la voz y los ojos con fingida humildad, que pueda ser que esta tarde ó mañana vuelva el Capitán.... aguardemos.

—Y entretanto pereceremos de hambre!

—No, no, gritaron todos exasperándose más y más; al almacén! exclamaron después; al almacén!

Y todos en masa echaron á correr hacia la puerta del granero, y en quítame estas pajas se apoderó cada

cual de una barra, una pala, una pica, ó una azada, y empezaban á tratar de echar abajo la puerta, cuando oyeron una voz:

—Deténganse, gritaba, deténganse y no hagan tal!

—Y volviéndose vieron á la india Isabel que salía de la fortaleza alzando en el aire una llave.

—¿Qué llave es ésa? preguntaron.

—La de esa puerta, contestó. La hallé en el aposento de D. García de Ocampo.

—¿Y él no nos decía que el Capitán se la había llevado? exclamaron muchos, volviéndose hacia el Inspector que había cambiado de color, y enmudecido en el primer momento de sorpresa.

—El Capitán, repuso la india, se la entregó ayer por la mañana antes de partir.

—Miente! miente la villana! gritó Ocampo fuera de sí, tirando al suelo la llave que había recibido maquinalmente, y sin cuidarse de otra cosa, ordenó á uno de los alguaciles de campo que por allí había, que aprehendiese y castigase á la india.

Sin embargo éstos se hicieron los sordos y no obedecieron; viendo esto Ocampo atravesó por en medio de la gente que se agolpaba á la puerta del almacén, que ya habían abierto, y se le fue encima á Isabel, con la daga desenvainada en la mano y los ojos chispeantes de ira.

—No, no, don García! exclamaron dos de sus amigos, impidiéndole llegar á la india.

—Dejadme, ¡vive Dios!... que me he de vengar!

—No haréis tal, señor, repuso uno de ellos, porque bien sabéis que el Capitán no permite que nadie le falte á la india esclava, á quien protege como á las niñas de sus ojos.

Pugnaba aún Ocampo por desasirse de sus amigos y vengar en la infeliz su saña contra Ojeda, así como el mentís dado por ella á su palabra, pro-

bando lo embustero que era tan á las claras, cuando vieron acercarse á toda prisa á dos hombres, que habían salido á recorrer una vecina loma, por ver si llegaba el Capitán, los que gritaban desde lejos:

—Una vela, señores! una vela que se dirige á este puerto!

—Una vela! exclamó Ocampo, olvidando al momento la india y su mezquina venganza, y envainando la daga añadió, ¿será acaso la carabela de Vergara?

—Probablemente, le contestaron; y sin aguardar más razones corrieron á difundir la noticia entre los otros colonos, mientras que Ocampo subía presuroso á la cumbre de la fortaleza para divisar desde allí el anunciado navío.

Alegrábase en el alma este mal hombre que llegase su cofrade al puerto, cuando el Capitán Ojeda estaba ausente, para pactar con él la conspiración que meditaba contra su jefe.

IV

—Para dónde va mi amo? preguntó Isabel á Ojeda á la tarde siguiente, cuando éste se preparaba para entrar á un bote que le aguardaba á la orilla de la playa, enviado á tierra por Vergara.

—¿No me ves? contestó Ojeda, me ha invitado Vergara á su carabela, para que vea las provisiones y demás avíos que ha traído.

—No se ponga vuesa merced en manos de esos hombres, dijo la india con ímpetu,—el Inspector Ocampo y otros de los que no aman á mi amo le esperan allá, y bien lo creo que no es con buenas intenciones.

—No desbarres, Isabel, contestó Ojeda,—los españoles no somos como los indígenas de estas costas,—no traicionamos á nuestros compañeros, ni nos tenemos miedo unos á otros.

—Por supuesto que mi señor lo sabe todo mejor que yo, pero estoy segura de que preparan algún crimen.... Ocampo es un mal cristiano, y no perdona el desaire que le hizo vuesa merced quitándole la llave del arca de los rescates reales.

—Sueñas, Isabel!... me puede odiar, pero no por eso lo he de creer traidor.

—Os hace una guerra cruda entre los vuéstros. Señor, amo mío, no les deis ocasión de poner en vuesa merced sus manos alevosas.

—A eso no se atreverían jamas! exclamó Ojeda. ¿No sabes que soy inmune y sagrado á los ojos de mis inferiores, siendo nombrado gobernador por los mismos reyes? Y si fuesen tan audaces para atacarme, ¿no tengo acaso mi espada y mi brazo que nadie ha doblegado jamás? Déjate de niñerías, Isabel, y véte á recoger, que pronto será de noche.

Al decir esto el valiente Capitán saltó á la lancha, y en breves instantes la india le vio alejarse y llegar al costado del navío, subir á él y desaparecer bajo el entrepuente, en unión de varios españoles que le salieron á recibir con señales de respeto.

Desde el sitio en que estaba, Isabel no podía oír lo que se decía en la carabela de Vergara, ni distinguir á las claras á los que se paseaban por sobre cubierta. Pero de repente le pareció que oía voces altas y destempladas y el ruido de una riña que duró apenas algunos momentos, quedando en seguida la carabela en tan perfecta quietud, que la india llegó á pensar que nada habría sucedido y que lo que creyó oír era efecto de su aprehensión no más.

Sin embargo llegaron las primeras sombras de la noche y Ojeda no volvía á tierra. Atracaron, de regreso del navío, varios oficiales que estaban presentes allí cuando llegó Ojeda, y aunque la pobre india hubiera deseado preguntarles por el Capitán no se atrevió á dirigirles la palabra, temerosa de que la in-

sultasen, como sucedía con frecuencia cuando estaba ausente Ojeda, quien la protegía en toda ocasión, pero á quien ella no se atrevía á quejarse del mal trato que la daban todos, por lo mismo que el jefe la consideraba. Envidiábanla los indígenas y odiábanla los españoles, por consiguiente su existencia era frecuentemente muy amarga, pero ella todo lo daba de barato en cambio de poder servir á su amo y verle diariamente: esa era suficiente dicha para ella, y le bastaba y compensaba ampliamente de todos sus trabajos y penalidades.

Al fin cerró la noche completamente y como no hubiese luna, y la atmósfera estaba opaca, dejándose ver apenas algunas estrellas por entre las rasgadas nubes, como sombras de ellas mismas, — Isabel ya no distinguía la carabela sino como un bulto negro en medio de las movientes olas,—bulto inmóvil y silencioso, que nada le decía ni la revelaba lo que sucedía en su seno. Después de haber aguardado con angustia más de una hora desde que cerrara la noche, la india, que no dudaba que le hubiese sucedido alguna desgracia á su amo, se fue á buscar al único sér que la protegía y amaba en el campamento, á su hermano Coriano.

Contóle lo que había visto y le confesó sus aprehensiones y temores, usando del sonoro y suave idioma goajiro, tan enérgico y propio de su raza valiente y varonil.

—Ah! hermana mía,—contestó el otro en la misma lengua: ¿qué te importan las querellas é intrigas de nuestros crueles amos, que son siempre tan duros y desconsiderados con nosotros? Déja al amo preso á manos de sus compañeros, pues nosotros no podemos salvarle, y aprovechemos esta circunstancia para atravesar la sierra de Ipapa é irnos á nuestra tierra, á nuestro Coquibacoa, en donde nuestros padres son aún soberanos.

Isabel no comprendió de todo aquello sino que Coriano le decía que el Capitán estaba preso.

—¿Es decir, exclamó, que tú sabes que el Capitán está de veras preso?... Pues yo no lo aseguro, sino que apenas lo temo.

—Yo no lo temo, contestó el indio, sino que lo sé.

—Tú!... y eso cómo?

—Habiendo pasado esta mañana á la carabela de Vergara á un mandado del Capitán, mientras me despachaban estuve oyendo hablar á Ocampo con otros; decían que si lograban que D. Alonso fuese al buque, fácil sería apresarle y encadenarle. Ellos pensaban que yo no les entendía....

—Desgraciado! repuso Isabel, ¿por qué dejaste pasar el día sin decírmelo?

—Yo conocía tu debilidad respecto del amo, y sabía que si te lo avisaba, el proyecto no se llevaría á cabo; así, buen cuidado tuve de ocultártelo.

—¿Y qué motivo tenías para querer tan mal á un amo tan bueno?

—Mi motivo era obligarte á ir conmigo á nuestra tierra.... yo, solo, me hubiera huído hace tiempos si no fuera porque temía dejarte entre extraños.

—¿Y creíais, indio menguado, gritó Isabel enfurecida, que yo sería tan ingrata y traidora que me salvaría dejando al amo en manos de sus enemigos?

—Me llamas indio, tú, hermana mía! que es la palabra de mayor insulto entre los españoles, y tú, dime, ¿qué eres entonces?

—Yo soy la sierva, la humilde esclava de Alonso de Ojeda. ¡Oh! amo mío! exclamó tirándose al suelo con salvaje desesperación,—amo de mi corazón, ¿por qué te hacen sufrir esos miserables?

—Amancay, Amancay! dijo el muchacho tratando de levantarla y apaciguarla.

—Mi nombre es Isabel! respondió la india sepa-

rándose de su hermano precipitadamente y hablando en castellano. Amancay es nombre indiano,—*a* me bautizó Isabel, y sólo así quiero que me llamen.

—Escúchame, pues, Isabel,—respondióle el indio en su propia lengua y con acento de tristeza: ¿No entiendes acaso que nosotros, pobres y malhadados cautivos, nada podemos hacer para salvar al amo, á quien piensan llevar encadenado á España? ¿No sería mejor dejarles á todos ellos é irnos á buscar á los nuéstros?

—Dices bien, Coriano, contestó la otra con fingida serenidad,—dices bien,—véte tú, abandonas á tu amo porque lo ves en desgracia; en cuanto á mí, no tengo ya hermano... voy á buscar al único sér que amo en el mundo, á vivir á su lado ó á morir con él.

Al decir esto, Isabel echó á correr precipitadamente hasta llegar á la orilla del mar,—y aunque estaba sumamente oscuro se tiró al agua, y se puso á nadar con la facilidad de un pez, dirigiéndose al navío de Vergara, que se veía negrear en medio de la bahía en donde estaba anclado.

V

Estaba Alonso de Ojeda en la más oscura y nauseabunda división de la bodega de la carabela de Vergara, cargado de hierros y encadenado como un león, á quien aun así se le teme y se le cree capaz de libertarse.

Hé aquí lo que había sucedido: como le invitase Vergara á que bajase á ver las provisiones que había traído, le llevó á una estrecha bodega, en donde le rodearon sus enemigos, y echándole en cara mil desafueros, le notificaron que estaba preso. Los cargos que le hacían eran: el haber querido colonizar en tierra que no era de su gobernación sino de la de Bastidas; el haber declarado varias veces guerra á

los naturales, contra las expresas órdenes reales, sacrificando en ella, sin provecho, muchas vidas de españoles; el haberse apoderado de las llaves del arca de los rescates, que deberían estar en manos de los tres jefes de la expedición,—intentando con esto hacerse dueño del tesoro que debería dividirse equitativamente entre el real erario y los compañeros de la expedición.

—¿Esto es todo? preguntó Ojeda.

—¿Os parece poco? contestaron.

—Sí, es poco, porque con la mayor facilidad puedo probar la falsedad de esos cargos.

Sin contestarle entonces quisieron quitarle las armas, pero él se defendió con tánto brío que logró herir á dos ó tres soldados y salir hasta sobre cubierta, pero allí se vio tan rodeado que no se pudo defender sino que le arrancaron las armas de las manos, y encadenándole, le arrastraron hasta sumirle en la bodega más segura del buque.

Hondamente humillado, y presa de una grande indignación con sus viles compañeros, que tan cobardemente le habían vencido, Ojeda pensaba tristemente en la perspicacia natural y el instinto de Isabel, que le había suplicado no se entregara en manos de Vergara,—cuando se oyó llamar muy paso por medio de la división del entrepuente, en que había una ancha grieta. Trató de acercarse á ese lado en cuanto las cadenas se lo permitieron.

—Amo mío, señor D. Alonso,—decía la india Isabel, ¿estáis ahí?

—Sí, contestó el otro en voz baja, ¿eres tú, Isabel?

—Ah! exclamó ésta con concentrado entusiasmo. ¡Gracias á vuestro Dios; os habéis salvado á lo menos con la vida!

Isabel le refirió entonces cómo, merced á la costumbre de nadar que había adquirido desde niña, en

la laguna de Coquibacoa, había podido llegar entre dos aguas hasta el navío, y asiéndose de una escala de cuerdas que habían dejado pendiente de un costado, pudo llegar sin ser oída hasta sobre cubierta. Además, el buque estaba silencioso, y todos parecían descuidados, menos los confederados Ocampo y Vergara, que platicaban en el camarote, hasta cuya puerta llegó ella sin ser vista.

– Amo mío, dijo la india al concluír su relación, los españoles os quieren matar....

– Imposible! exclamó Ojeda interrumpiéndola.

—Lo digo porque lo oí decir.... desean salir de vuesa merced para hacer su gusto y apoderarse de la parte de ganancia que os toca. Por su conversación supe en dónde os habían encerrado, y como conozco bien esta carabela, por haber viajado en ella, al momento recordé que esa bodega tenía una grieta que comunica con este lugar, que queda debajo de la escalerilla que sirve al entrepuente.... y me vine á buscaros.

—¿No tendrían por ventura aquestos miserables otro objeto en mi muerte, repuso Ojeda, que el de apoderarse de mi parte de oro?

—Parece que eso es lo que más les importa, para poderse volver á España, ricos y en breves días.

—¿Piensas que saldrán de mí esta misma noche?

—No, aguardan á mañana, según entendí.

Quedóse Ojeda suspenso un momento.

—Escúchame, Isabel, haré un esfuerzo por salvar mi vida, para lo cual trataré de hablar con esos rufianes. Entretanto, ánda á tierra tú, búsca á mis amigos (tú conoces cuáles son), diles lo que sabes, y explícales bien cuál es mi situación y mi peligro, para que estén apercibidos y vengan á ayudarme mañana temprano.

—Haré lo que manda el amo, contestó Isabel.

—Pero, ¿cómo volverás?

—Como vine: nadando.

—Te puede suceder algo en medio de la oscuridad de la noche.... ¿Si te fatigaras antes de llegar á la orilla?

—Señor, más fácil es para mí nadar que caminar; y en obsequio de vuesa merced no puedo sentir fatiga....

—Pero si te alcanzaran á ver desde el buque te podrían matar.

—Descuide vuesa merced, que yo sé andarme con maña. Echeme la bendición, mi amo, que ya me voy, y esa me guardará de todo peligro.

—Ah! Isabel, qué buena eres....sólo tú me has querido en el mundo verdaderamente,—sólo tú eres capaz de sacrificarte por mí!

—Repito, respondió ella, que cuando se trata de contentar á mi amo yo no hago sacrificio, sino que es para mí un placer servirle.

Dicho esto la india se alejó cautelosamente, y momentos después Ojeda oyó el ruido leve que hizo al sumergirse en la mar.

VI

Al día siguiente el capitán Ojeda pidió á sus encarceladores una entrevista, en la cual hicieron un convenio, que ellos (temerosos del castigo que les podría sobrevenir con motivo de haber puesto las manos sobre un gobernador nombrado por los Reyes) aceptaron, después de haber debatido largamente las concesiones que mutuamente se hicieran. Resolvióse, pues, que se llevarían los confederados tres de los navíos á España, así como las dos terceras partes de las ganancias y de las provisiones, dejándole al Capitán la carabela más pequeña y la gente que tuviera á bien quedarse con él voluntariamente, con la cual él continuaría la empresa de

colonizar aquella costa para cumplir las órdenes de los soberanos. Además, obtuvo Ojeda de sus asociados que antes de partir le fabricarían un bote grande que le sirviera en caso de que se dañara su único navío, cosa muy común en aquellas costas en donde la carcoma echaba á pique un bajel en poco tiempo. Aunque deseando abandonar la costa de Tierra Firme lo más pronto posible, Vergara y Ocampo convinieron en aguardar algunos días en cambio de apoderarse de los tesoros de la corona, junto con los propios, lo cual se efectuó inmediatamente, y Ojeda fue puesto en libertad.

No solamente Ojeda sino que todos sus amigos y adictos no pudieron ocultar su indignación y despecho con la incalificable y pérfida captura del Capitán, y el gran daño que hacían á la incipiente colonia, truncándola desde su principio y sembrando el germen de la disolución y la rebeldía entre los soldados.

En tanto que los carpinteros trabajaban en fabricar el bote para Ojeda, éste levantaba informaciones y pedía declaraciones para sincerarse después y sacar en limpio su reputación, si sus enemigos, como lo habían dicho, le acusaban al llegar á España para perderlo en el ánimo de los Reyes y de sus protectores. Pero como fuese el Capitán demasiado franco para manejarse con cautela, no supo ocultar las intenciones que tenía de quejarse de la conducta falsa de sus coexpedicionarios. Supieron éstos lo que pasaba y lo que se decía en el campamento contra ellos por instigaciones del Capitán, y resolvieron aprehenderle de nuevo, amordazarle, encadenarle, y haciendo embarcar á todos los españoles que componían la colonia con sus efectos y haberes, darse á la vela, abandonando por entero la Tierra Firme. Con facilidad llevaron á efecto su propósito, apoderándose en primer lugar del descuidado Capitán,

y metiendo en seguida á todos los demás á bordo; en breve salieron las cuatro carabelas de Bahía-Honda, y se dirigieron á la Española, en donde pensaban dejar á Ojeda con sus adictos y proseguir ellos su jornada á España, llevándose el arca de los tesoros, causa única de todas aquellas desavenencias.

Pocos días después de aquel en que tan miserablemente nuestro héroe se había visto vencido por la suerte y los malos instintos de sus compañeros, las carabelas de los confederados anclaron á la vista de la costa occidental de la isla Española, y como fuese ya tarde cuando llegaron á ese punto, aguardaban la luz del día para proseguir su ruta y arribar á la capital de la isla á hora competente.

Llegó la noche: una de aquellas noches tropicales, luminosas, serenas, tranquilas, brillantes, iluminadas por tántas y tan numerosas estrellas, que daban, sobre el mar, en el cual se retrataban, una claridad vaga y misteriosa de que nadie puede tener idea si no ha estado en los trópicos y en las orillas del mar. Además, si el cielo estaba estrellado, el mar parecía imitarle, porque cada ola se veía ribeteada de luz al estrellarse, producida por millones de insectos fosforescentes que poblaban las aguas. La costa se destacaba como una sombra oscura á pocas cuadras de distancia, y como la atmósfera estuviese tranquila, oíase á lo lejos el murmullo de los animales nocturnos que pueblan los bosques tropicales, y llegaban hasta los navíos, en alas de una leve brisa, variados y deliciosos perfumes despedidos de las flores campestres.

Aunque llevaba grillos remachados á los pies, Ojeda gozaba á bordo del buque que le servía de prisión de cierta libertad, y así permitíanle recorrer la cubierta á toda hora del día y de la noche, pues bien seguros estaban sus captores de que le sería imposible escaparse.

Un grupo compuesto de tres personas se veía entre las sombras, en la popa del navío: era Ojeda y sus dos esclavos, Coriano é Isabel, á los que por favor especial de los confederados, habían permitido que le acompañasen y sirviesen durante su cautiverio. El Capitán contemplaba con ávidas miradas las costas de la isla que tántas veces había recorrido en su primera juventud, diez años antes, lleno de brío y esperanzas, y, sobre todo, con libertad. Recostada á sus pies le miraba Isabel al través de la oscuridad, y si no le veía con los ojos corporales le adivinaba con el alma, en tanto que él contemplaba la costa y Coriano parecía dormir profundamente á su lado enroscado como una culebra.

De repente Ojeda se estremeció como si hubiese recibido un golpe violento, y volviéndose á Isabel la dijo en voz baja:

—Tengo una idea que me ha inspirado repentinamente, y quiero consultártela.

—Buena será, señor, siendo vuéstra, dijo ella humildemente.

—Contéstame como una persona racional, pues va en ello mi vida.

—Hable vuesa merced.

—Primero mira en torno nuéstro si hay quien pueda oírme.

Isabel obedeció al momento, — volviendo al cabo de un rato á decir que toda la tripulación se había retirado á dormir en el entrepuente, menos el vigía que cabeceaba en el otro extremo del navío.

— Bien, dijo Ojeda, ves la distancia que hay de aquí á la costa, ¿cuánto tardarías en llegar á ella nadando?

—El tiempo que en igual trecho gastaría un caballo yendo al trote, contestó ella.

—¿Y lo podrías hacer tú sin dificultad?

—Por supuesto, señor, aunque fuera doble la distancia.

—¿Crees que yo también podría hacerlo?

Isabel examinó cuidadosamente el mar y la costa más inmediata, contestando:

—Sí, mi amo, podría vuesa merced nadar hasta allí sin menor fatiga, según lo que le he visto hacer otras veces.

—Desenvuélve, pues, Isabel, aquella cuerda y átala fuertemente para bajarme por ella.

Y al decir esto hacía ciertos preparativos para entrar en el agua aliviándose de los vestidos más pesados.

—¿Olvida, mi amo, que tiene grillos en los pies? dijo ella.

—No; pero creo que no bastarán á estorbarme.

—Eso sería una locura,—repuso ella,—de seguro vuesa merced se consumiría.

—Haré la experiencia.... de resto, si me voy al fondo del mar, lo prefiero por cierto, á presentarme en Santo Domingo como un criminal.

Isabel, que conocía que nadie hacía mudar de determinación á su amo, una vez que había tomado una resolución, empezó á atar la cuerda como se lo había mandado, pero temblábanle las manos de angustia al pensar que de seguro su amo perecería en aquella descabellada empresa.

—Ya está, dijo al fin con debilitado acento, señalando la cuerda que pendía del costado de la carabela.

—No temes acompañarme ¿no es cierto? la preguntó él viéndola trémula y llorosa.

—Ambos nos iremos al fondo,—contestó ella,—pero, téngase vuesa merced, me ocurre una idea,—exclamó después,—permítame bajar primero.... y cuando esté en la mar, en tanto que nada vuesa merced, yo sostendré los grillos sobre el agua....

—La empresa será difícil para ti, contestó Ojeda.

—No: creo poderlo hacer, pues en mi tierra yo llevaba cargas cuando iba nadando en el lago.

—No, Isabel; te fatigarías horriblemente.

—Señor mío, ¡por favor os lo pido! ¿no soy acaso vuestra humilde esclava que debería dar su vida por salvar la vuéstra? ¿Por qué vacila vuesa merced en aceptar un servicio que ofrezco con tan buena voluntad?

—Ah! Isabel! si todas las mujeres fueran como tú! Haz tu gusto, —añadió, — hay sacrificios que sería crueldad dejar de aceptar.

En tanto que hacían los preparativos de tan arriesgada expedición, uno y otro habían pasado varias veces cerca del dormido Coriano, el que parecía profundamente aletargado y no había hecho el menor movimiento.

Momentos después Ojeda se alejaba nadando, en tanto que Isabel sostenía los pies de su amo apoyados sobre su cuerpo, y aunque las cadenas de los grillos le herían las carnes no se quejaba ni manifestaba sufrimiento.

Sin embargo, á las pocas brazadas Isabel dio un grito de sorpresa, y Ojeda la oyó decir:

—¿Qué haces, Coriano? Suélta, miserable traidor!

Y al mismo tiempo le dieron un golpe sobre los pies y una mano le separó bruscamente de su compañera,—sintió que se hundía al faltarle el apoyo que le había sostenido, pero tuvo fuerzas para volver hasta el buque, é instintivamente se asió de la cuerda que le había servido de escala para bajar al mar. Entonces buscó con la vista á Isabel, pero ésta había desaparecido, y sólo oyó gritos ahogados en lontananza, y el sonido acompasado de alguna persona que nadaba con dirección á la costa. Ya para entonces se habían alarmado en la carabela al oír los gritos, las exclamaciones y el movimiento del agua, y viendo que faltaba el cautivo en donde le habían dejado, le buscaban por todas partes hasta que le en-

contraron suspendido á la cuerda y casi ahogado. Izáronle sobre cubierta, y acudieron á volverle en sí, pues estaba casi muerto, y con trabajo le hicieron recobrar la vida. (1)

Entretanto, ¿qué había sido de Isabel? Hé aquí lo que Ojeda imaginó que había sucedido: Coriano, que desde que llegó á las Indias sólo había soñado con recobrar su libertad, pero no la quería sin sacar á su hermana del lado de los españoles, á quienes él detestaba; Coriano, al oír la conversación entre Ojeda é Isabel, fingiendo dormir, pensó que podía aprovechar aquella circunstancia para arrancar definitivamente á Isabel del lado de su amo, dejar perecer al Capitán en la mar, y llevarse por la fuerza á la india á la costa—aprovechándose de su mayor fuerza y robustez,—esperando poder abandonar la isla, y pasar á su tierra después, de cualquiera manera. Lo cierto es que jamás se volvió á tener noticia alguna de los hermanos, á pesar de que Ojeda apenas recobró su libertad hizo exquisitas pesquisas para hallarlos, tanto en la Española como en las islas circunvecinas. Llegó, sin embargo, á su noticia que por aquellos días se habían fugado de la Española varios indios esclavos, oriundos de Tierra Firme, los cuales, después de embarcarse en canoas que ellos mismos hicieron, se dirigieron á las costas del continente. Decíase que estos indios alzados llevaban una india muy hermosa que lloraba sin cesar y parecía acompañarlos contra su voluntad.

---

(1) Esta tentativa de fuga la refiere W. Irving en los *Viajes de los compañeros de Colón.*

CUADRO VIII—1509

Alonso de Ojeda y Diego de Nicuesa

I

Habían pasado siete años desde aquel en que vimos por última vez á nuestro héroe arribar cautivo, triste y abandónado por la fortuna, á la isla Española.

Hacía cinco años que había muerto la protectora de los desgraciados indios: la Reina Isabel,—los cuales quedaron entregados al brazo de Fernando, quien los consideraba sólo como instrumentos propios para lograr riquezas y poderío. Bajo un régimen inhumano y bárbaro hasta la inverosimilitud, los naturales de las Antillas perecieron año por año á millares,—á pesar de que es preciso confesar que las comunidades de los religiosos franciscanos y dominicos trabajaban sin cesar para inspirar á los conquistadores caridad y conmiseración con los vencidos indígenas.

Muerto Cristóbal Colón, al fin su hijo D. Diego, merced á influencias cortesanas obtuvo el virreinato de las colonias descubiertas por su padre, empleo tan solemnemente prometido al descubridor por los Reyes Católicos, para él y para sus descendientes. Hacía apenas tres ó cuatro meses que el nuevo Virrey había tomado posesión de Santo Domingo cuando reanudámos nuestra intermitente historia.

Era por cierto extraordinario el progreso que se encontraba en la Española, tanto en la capital como en las demás villas y aldeas fundadas por los españoles á costa de la sangre indígena. Como antes hemos dicho, la ciudad llamada por Colón Isabela fue á poco abandonada, por reconocerse que aquel clima no era propio para habitarse, y fundaron una

ciudad en mejor paraje, que se llamó Santo Domingo, y más lejos de la costa levantaron otra población, que prosperó rápidamente, llamada La Concepción.

Desengañados los españoles de la inutilidad de trabajar las minas de oro de la Española, que eran muy pobres y escasas de mineral, habíanse dedicado al cultivo de la caña de azúcar, cuyo provecho era mayor que el laboreo de las agotadas minas. La fama de la riqueza que se podía alcanzar en poco tiempo en el Nuevo Mundo, produjo en España, entre todas las clases de la sociedad, un deseo loco de pasar á las Indias, y era tan excesiva la emigración, que notábase ya en Sevilla y en otras poblaciones de la Andalucía, una gran diferencia en el número de sus habitantes. Vástagos de nobles familias como las de Mendoza, Manrique, Guzmán, Bazán, Agüero, Villoria, Lebrón, etc., abandonaron sus lares para formar en Haití una rica, culta y elegante sociedad. En ella veíanse letrados (como el cronista Oviedo, antiguo paje del príncipe de Asturias), poetas, hombres importantes y pensadores, claros talentos y ricos hombres que abandonaron con gusto su patria para establecerse en aquella tierra nueva y privilegiada por la naturaleza. Como estas gentes llevaban adondequiera sus hábitos de magnificencia y costumbres de lujo y boato, emigraron en su compañía los artesanos y artífices que fabricaban lo que ellos necesitaban; así con facilidad levantáronse ostentosos templos y hermosísimas mansiones, adornadas con primor por los escultores y pintores que llevaban en su séquito los nobles emigrados. Además, no pasaron el Océano solos, sino que con ellos iban sus familias, acompañadas por los lacayos, doncellas y sirvientas que tenían en sus moradas de España.

Por supuesto que no se componía la colonia solamente de gente de clara alcurnia y de artífices hon-

rados y personas útiles á la sociedad, al contrario, éstos siempre formaban la minoría, y había naturalmente mayor número de aventureros, vagamundos, gentes de mala ley y caballeros de industria que iban á buscar fortuna de cualquiera manera, ó á ocultar bajo un nombre supuesto los crímenes que habían cometido en Europa. De aquí resultó que se hacían cada día más comunes los pleitos, asesinatos y toda clase de delitos en aquella heterogénea población, compuesta de tántos elementos diferentes, que era imposible amalgamar y confundir, sin producir choques violentos y peligrosos para la gente tranquila y trabajadora.

Entre los que daban más que hacer al gobierno de la isla encontrábanse algunos aventureros que podrían en primera ocasión convertirse en campeones del bién ó del mal, pues sus buenas ó malas cualidades estaban en embrión. Muchos de éstos habían pasado al Nuevo Mundo en busca de aquella necesidad de agitación que se notaba en todo hombre de ánimo de ese siglo, en el cual se vivía en medio de los peligros y se buscaban siempre las más violentas impresiones: los unos habían pasado á Indias en pos del oro, las riquezas y la gloria; los otros, merced á la atracción del peligro y de las aventuras arriesgadas por mar y por tierra; en fin, todos eran hombres audaces, de propósitos inquebrantables, indiferentes al hambre y á la sed, á las hordas de indios salvajes, al veneno de las armas de éstos, á la picadura de los reptiles ponzoñosos y aun á la muerte; todos tenían opiniones exageradas y violentas, y en sus pasiones presentaban una extraña mezcla de crueldad, abnegación, insolencia, nobleza, superstición y tierna devoción, loco orgullo y humildad, mansedumbre é instintos sanguinarios, arranques de soberbia y de rendimiento, de profundo amor y de odios recónditos.... en resumen, eran modelos de exalta-

ción, capaces no solamente de la acción más grande y heroica sino también de la más pérfida é infame.

Entre las personas de valer que pasaron á Indias, distinguíase un licenciado llamado Bartolomé de Las Casas, sevillano, de origen francés, quien se estableció en la Española en 1502. En breve se fatigó de la vida de colono, contraria á sus instintos y estudios literarios; y habiéndole cobrado grandísimo cariño á los indios, quiso dedicarse á aliviar la suerte de aquellos desgraciados, para lo cual deseaba ordenarse de sacerdote. Pidió, pues, y obtuvo licencia de la curia romana para ordenarse en la Española, sin tener que pasar á España, como otros lo habían hecho. Así, aquella ceremonia, la primera que tenía lugar en Indias, se anunció con gran solemnidad y pompa. El padrino de la consagración era nada menos que el nuevo Virrey, D. Diego Colón, quien dispuso con este motivo unas fiestas muy lucidas, á las que concurrió casi toda la población española de la isla, quedando á cargo del joven Virrey y de su esposa los festejos y banquetes usados en aquellos casos.

Era D. Diego Colón un mozo de noble porte, de elevada estatura, de agradables modales y espíritu justo y sensato: prendas personales que le habrían dado suficiente brillo, si sobre su cabeza de veintiocho años no pesara la gloria de su padre que ofuscaba la suya propia. Su esposa, D.ª María de Toledo, era sobrina de D. Fadrique de Toledo, duque de Alba y favorito del Rey, y por consiguiente noble y elegante dama de la corte española.

Después de la ceremonia religiosa empezaron las suntuosas fiestas, días antes anunciadas, en las cuales se lucieron los caballeros en los torneos, sortijas, cañas, carreras de caballos y toros. Entre los que llamaron la atención por su noble apostura, despejo y destreza en todos aquellos juegos, notábanse particularmente varios jóvenes que después se hicieron céle-

bres en la historia de América, como Hernán Cortés, Vasco Núñez de Balboa, nuestro Alonso de Ojeda, Diego de Nicuesa, etc. Todos ellos manejaban las armas con sorprendente destreza, y nadie les aventajaba en el arte de dirigir un caballo, hacerle el lance á un toro, ensartar al vuelo una sortija, tirar al blanco y ejecutar otros ejercicios de agilidad.

Sin embargo, entre todos, Diego de Nicuesa y Alonso de Ojeda se llevaban generalmente la palma; siempre rivales é igualmente diestros y triunfantes. Nicuesa era de hidalga cuna, y había pasado su niñez en la casa de D. Enrique Enríquez, tío del Rey. Era, como Ojeda, pequeño de cuerpo, elegante, cortesano, tocador de viola y trovador; montaba en aquellas fiestas, de preferencia, una yegua mora andaluza, que sabía bailar á las mil maravillas, llevando el compás de la guitarra que tocaba su amo. Era de verse la soltura y agilidad airosa de aquel animal que parecía comprender la admiración que causaba á cuantos la contemplaban,—aunque para decir verdad los ojos de las damas y las doncellas más se fijaban en la galanura y garbo del jinete, que en el donaire y gracia de la yegua.

II

Pero antes de continuar nuestra relación, preciso será que volvamos atrás para decir lo que le había sucedido á nuestro héroe en los pasados años.

Como vimos al fin del cuadro anterior, los confederados Vergara y Ocampo llegaron á la Española, y entregaron al Gobernador de la isla á su prisionero para que se le siguiera causa por los cargos que le hacían, presentando para ello las pruebas que se les antojó. Entre los confederados, dueños del oro que encerraba el arca de la disputa, y el hombre preso y abatido por la suerte, los jueces naturalmente

se inclinaron á favor de los triunfantes. Ojeda, pues, se vio vencido, vejado y expropiado de cuanto poseía, mientras que sus enemigos se embarcaban en vía para España á dar cuenta á su gusto de los acontecimientos de Bahía Honda. Este contratiempo, que le dejaba en la miseria é impedía volver á su patria, no quitó el ánimo á nuestro héroe. Apenas se vio fuera de la cárcel entabló pleito contra sus acusadores, apeló á los soberanos y pidió protección á Fonseca. Al cabo de algún tiempo se recibió la orden en la Española de que le fueran devueltas sus ganancias en la anterior expedición, y que se declarase públicamente que su honor quedaba sin mancha.

Desgraciadamente cuando llegó aquella restitución, Ojeda había contraído tántas deudas que á pesar de lo que le fue devuelto, su bolsa, al cabo de tres años de litigio, estaba tan limpia como cuando llegó á la isla,—pero le quedaba el consuelo de que se había salvado su reputación.

Después de mil calamidades y estrecheces, Ojeda logró adquirir una suma suficiente para poder regresar á España, y preparaba su viaje cuando recibió una carta de su madre, la cual le arrancó de raíz todas sus esperanzas y afligió sobremanera. Le decía D.ª Ana (por medio del Cura de su parroquia que escribía en su nombre) que pocos días antes había tenido la honra de ser invitada á Madrid por María, la niña que ella había criado, quien regresó de Inglaterra para tomar el velo, cuya ceremonia ella presenció. Aseguraba D.ª Ana que su antigua pupila había profesado con el mayor fervor y desprendimiento del mundo. Referíale que el acto resultó muy suntuoso, asistiendo á él el Rey D. Fernando y su nueva esposa D.ª Germana de Foix, quienes ofrendaron ricos presentes y obsequios valiosos al monasterio. Por último le decía que por especial favor la habían permitido entrar á la

portería del convento y recibir un abrazo de la nueva profesa, que ésta llevándola aparte la dijo que deseaba le hiciera saber á su hijo Alonso, que profesaba con entera voluntad y creía firmemente que el estado que tomaba era el único que conducía á la dicha eterna; añadiendo que aunque era cierto que durante largos años había batallado á brazo partido con las tentaciones del mundo, al fin Nuestro Señor Jesucristo venció en su corazón y estaba tranquila y feliz á la sombra de la Cruz, único signo que salvaba de todas las desgracias y desengaños de esta vida miserable. Tan buena y sosegada le había parecido á D.ª Ana, vista de cerca la vida de los claustros, que se decidía ella también á seguir el ejemplo de María. Para ello había vendido lo que le tocaba de herencia para retirarse con su dote á un convento de Cuenca, en donde acabaría su existencia sin zozobras ni cuidados, ocupada en la salvación de su alma y en rezar por su hijo.

La lectura de aquella carta rasgó el corazón del duro aventurero y le hizo trizas, sufriendo tánto al ver por tierra todas las ilusiones de su vida que pensó seriamente en seguir el ejemplo de María y de su madre y hacerse fraile (en este siglo de incredulidad hubiera pensado darse un tiro). Resolvió repentinamente en aquel momento asilarse en el primer monasterio que hallase á su paso, pero antes de tomar esta resolución era preciso avisar al capitán del buque (en que tenía ajustado su pasaje á España) que desistía del viaje.

Momentos después caminaba Ojeda por la ardiente calle de Santo Domingo, con el sombrero calado hasta los ojos, y sufriendo indecibles torturas, tambaleaba como un ebrio sin saber casi la dirección que tomaba, cuando fue á golpearse contra otro hombre que iba en sentido inverso y que le devolvió el golpe con una sonora imprecación.

Volvió en sí nuestro héroe, y levantando los ojos al sonido de la voz del ofendido, reconoció á su antiguo amigo el piloto Juan de la Cosa. Este, viéndole tan desconcertado y triste le llevó á su posada, y con tierna solicitud le obligó á referirle su vida y trabajos desde que se habían separado años antes. Concluyó Ojeda su relación por confesarle la intención que tenía de hacerse fraile, y así acabar con una existencia tan repleta de desengaños y contratiempos, siquiera alabando á Dios y rescatando sus pecados y faltas con una vida ejemplar.

—¡Vive Dios que no será así, Alonso! exclamó el piloto, y me habéis de acompañar en los viajes que pienso hacer por estos mares, y entre los dos nos hemos de hacer famosos por nuestros descubrimientos y aventuras.

—Dejadme, Juan de la Cosa, respondióle Ojeda con desaliento, dejadme buscar la paz en un claustro, que Dios lo debe querer así, puesto que hasta ahora nunca me ha concedido uno solo de mis deseos,— veamos si yo nací para fraile.

—Para fraile vos, Ojeda! esa sería una profanación del hábito.

—De los arrepentidos se vale Dios.

—Pero vos nacisteis para soldado y no para monje.

—" Fraile que fue soldado, sale más acertado," — dice el refrán, repuso Ojeda.... Además, añadió, yo no tengo con qué atender á ningún gasto, y mi ánimo está tan sin fuerzas que creo que ya no serviré para nada.

— Lo único que os pido, contestó Juan (que sabía que la oposición afirmaba más las resoluciones de Ojeda), es que no toméis ninguna resolución sin consultarme primero, como á vuestro mejor amigo, quien tiene deseo y voluntad de haceros partícipe de lo poco que tiene, y que os estima verdaderamente.

Despidióse Ojeda del piloto, si no más consolado, por lo menos no tan afligido, pues no hay en el mundo mayor alivio á las penas que encontrar alguien que simpatice con ellas; y la amistad verdadera y desinteresada del bueno de la Cosa le consoló más de lo que hubiera podido hacer el predicador más elocuente del universo. Además, el dolor de nuestro héroe no era irremediable, pues hacía mucho tiempo que guardaba en su corazón un amor sin esperanza de verle coronado jamás: así una barrera más ante aquello que miraba como perdido en realidad, no era suficiente causa para echarse á morir, abandonar la vida militante y entregarse á la contemplativa, la cual no le cuadraba. Resolvió, sin embargo, aplazar y no abandonar la idea de entrar á la vida monástica. Entretanto, puesto que su madre tampoco le necesitaba, y había muerto para el mundo, permanecería en las Indias aguardando alguna ocasión propicia para servir en los descubrimientos y conquistas de las tierras nuevas.

Estando en este estado de ánimo, sin saber qué partido tomar, llegó á Santo Domingo la voz de que el Rey D. Fernando deseaba que las conquistas de los españoles en Tierra Firme se hiciesen permanentes, planteando una ó más colonias en las costas en donde se habían manifestado los naturales más valerosos y guerreros, y dar así el ejemplo obligándoles á que se sometiesen. Para llevar á cabo esta empresa era preciso que se presentara un jefe denodado y audaz y además suficientemente conocedor para dar garantías á la empresa. Ocurriósele entonces á Ojeda que, uniendo los cortos recursos que había ganado Juan de la Cosa en sus anteriores viajes de descubrimiento, á la fama adquirida por él como valiente, sería fácil hacer un contrato ventajoso con el gobierno español.

Propúsole y aceptó Juan de la Cosa la misión de

ir á España á arreglar el negocio en la Corte. Diole una carta para su antiguo protector el Obispo de Burgos, y carta blanca para hacer el tratado más ventajoso posible, seguro de ser bien aceptado por él, pues tenía en su amigo una confianza ilimitada. Efectivamente, Juan de la Cosa arregló en breves días el contrato con el Rey D. Fernando que recordaba lo que sabía de las proezas de Ojeda.

Pero sucedió que mientras se ponían en limpio los documentos para firmarlos, se presentó en Madrid otro pretendiente mucho más rico, más poderoso y bajo los auspicios de grandes protecciones cortesanas,—además ofrecía mayores ventajas pecuniarias, pues era hombre de recursos y buscaba en las Indias más bien gloria, que oro: era éste el elegante cortesano D. Diego Nicuesa, el rival en gallardía y agilidad de nuestro Alonso de Ojeda en aquellas fiestas que tuvieron lugar en honor de Las Casas. El Rey, que era tan astuto y mañoso, no vaciló entre los dos, aceptando no solamente al denodado Ojeda sino al cortesano Nicuesa, para lo cual dividió las tierras que había ofrecido al primero en dos partes: tocándole á éste desde el Cabo de la Vela hasta el Golfo de Urabá y al segundo desde allí hasta el Cabo de Gracias á Dios. Cada uno de los gobernadores debería comprometerse á fabricar dos fortalezas en sus tierras y gozar durante diez años de las ganancias que pudiesen producir sus dominios, dando á la corona una décima parte de ellas en el primer año, una novena en el segundo, una octava en el tercero, una séptima en el cuarto, y el quinto el resto del tiempo contratado.

Nicuesa tenía fletados ya seis hermosos navíos, bien tripulados y repletos de pertrechos y municiones, con los que partió para las Indias casi inmediatamente después de haber firmado los tratados con el Rey,—llegando á la Española pocos días antes de

las fiestas que hemos mencionado y en donde se manifestó tan alegre, galante y cortesano.

Juan de la Cosa tardó algunos días más en Cádiz, y sólo alcanzó á fletar tres navíos no más, y éstos no muy bien provistos, llevando sólo 200 hombres de tropa. Con éstos llegó á Haití algunas semanas después de Nicuesa, como lo veremos más adelante.

III

Habíanse terminado las fiestas de que hemos hablado antes, pero aún quedaban rezagos de alegría y pereza para volver al trabajo y á los oficios de la vida diaria,—como siempre sucede cuando se ha pasado algún tiempo en la ocupación de divertirse y en el olvido de los negocios serios. Así aún procuraban los jóvenes y los ociosos reunirse cuando podían para bailar, jugar y beber, aunque la plata, ó más bien el oro, escaseaba yá porque los gananciosos trataban de ocultarse y gozar de la fortuna en secreto, temiendo que los desposesionasen de ella.

Una noche de aquéllas se habían reunido seis hombres de la clase de aventureros ostentosos, todos ellos gallardos, galantes y llenos de vida y esperanzas en lo porvenir. Veíanse reunidos en torno de una mesa en que á la luz de varios candiles jugaban con naipes y con dados, disputándose y chanceándose alegremente, perdiendo y ganando puñados de oro, con aquella indiferencia por lo uno y por lo otro, que nace del espíritu aventurero del carácter español, igual en todas épocas

—Mucho tarda el astrólogo! dijo uno de los jugadores, mirando hacia el patio interior de la casa, en el cual se veía pasar y repasar, á la luz de la luna, un bulto negro de anchos ropajes, que se paseaba lentamente mirando las estrellas.

—Juro á Dios! respondió otro, que si miser Co-

dro me predice algo malo, yo me sabré vengar de la suerte con usura.

—No digáis despropósitos, Francisco Pizarro, repuso un joven de poco más de veinte años, natural de Extremadura, y pariente suyo, á quien llamaban Hernán Cortés.

—¿Por qué han de ser despropósitos?

—Porque en medio de toda esa fachenda y afectación de incredulidad, los horóscopos de los brujos os hacen más impresión que á todos los demás.

—No tal, Hernán, gritó el otro con acento colérico, y os equivocáis medio á medio!... Daría mi alma al diablo si....

—¿Por qué tan energúmeno, Francisco? respondió el mancebo con amable sonrisa, sin hacer caso de los ademanes descompuestos de su pariente.

—Bien sabéis, Hernán, repuso el otro calmándose repentinamente, que no gusto de chanzas.

—Dejaos de disputas inútiles, Pizarro, y vos también, Cortés, sed prudente con un hombre que pierde,—dijo Alonso de Ojeda,—pues bien veis que el mal humor del uno viene de su suerte adversa, como la mía,—y las amables chanzonetas de Hernán de que ha ganado.

—¡Qué me importa ganar ese miserable puñado de oro! exclamó el mancebo con altanería, tirando sobre la mesa con desdén sus ganancias, y retirándose.

En ese momento se presentó en la estancia el astrólogo, lo que cambió el giro del pensamiento de todos los jugadores, que suspendieron el juego para interpelarlo.

—Ea! miser Codro!—exclamó otro de los jóvenes, llamado Vasco Núñez de Balboa,—que se pasa la noche, y nos dejáis aguardando!

—Señor astrólogo, dijo otro, ¿acabaréis vuestras cuentas antes de que se acabe nuestra paciencia?

—Hace tres horas que estamos aquí, exclamó Ojeda, y tres horas há que no dejo de perder.... mi longanimidad y mi dinero.

—No os impacientéis, señores,— respondió el astrólogo, acercándose á una mesa retirada y haciendo unas rayas sobre una tabla negra con un pedazo de tiza,— no os impacientéis, que demasiado pronto conoceréis vuestra suerte.

Esto lo dijo el astrólogo italiano con voz tan hueca y solemne que causó la mayor hilaridad entre los aturdidos jóvenes, que tal vez procuraban de aquella manera ocultar la verdadera aprehensión supersticiosa, que era natural en los tiempos en que vivían. Dije que todos se rieron, pero me equivoqué, porque uno de ellos, que había guardado silencio durante la anterior escena, no sólo no se rio sino que miró á sus compañeros con marcado disgusto, y levantándose del banco, se apartó de los demás y púsose á pasear de un lado á otro de la estancia. Era éste el de más edad entre todos, y pasaba de los cuarenta años: llamábase Diego de Almagro, y era soldado aventurero, sin familia ni hogar, como Pizarro; aunque violento en sus pasiones era muy querido de cuantos le trataban, por su carácter naturalmente condescendiente y su buen corazón; sus inferiores y subalternos lo adoraban por su generosidad y buenas acciones para con ellos.

Al cabo de un rato el astrólogo se adelantó hacia el grupo de jugadores, y dijo con el acento suave de su idioma y con voz triste y grave:

—Ya estoy listo, caballeros, decidme cada uno de vosotros qué desea que le prediga.

—Esas tenemos! exclamó impetuosamente Hernán Cortés, - lo que deseamos que nos predigáis ¡por Baco! (como decís vos), es nuestra futura suerte, la que ha de estar repleta de gloria, dinero y felicidad!

—Felicidad! repuso miser Codro,— vos, Hernán

Cortés, la obtendréis algunas veces á los ojos del mundo.... pero dudo que en vuestro corazón la halléis jamás.

—Eso va de mi cuenta.... y obtendré riquezas?

—Muchas; inmensas!

—¿Y gloria?

—Grande, estupenda, os inmortalizaréis, pero....

—Pero, qué?

—Pero esa gloria será manchada con sangre inocente y con perfidias.... y sombreada por amargos desengaños.

—¡Vive Dios! Con tal de que gane glòria y fama en el mundo, lo que venga después me importa poco.... Decidme, añadió el futuro conquistador de Méjico, ¿viviré largos años?

—Moriréis no muy viejo; casi en la miseria—á pesar del esplendor de vuestra fortuna, calumniado, triste y colmado de sinsabores.

—Explicadme....

—Basta, respondió ásperamente el astrólogo,—no puedo deciros más.

Y volviéndose á Francisco Pizarro, repuso:

—Vuestra suerte, caballero, será también brillante, vuestro nombre hará eco en estas Indias, y en Europa obtendréis grandísima fama.... pero también será señalada con sangre, con crímenes y grandes desgracias.

—¿Tendré gloria y riquezas?

—Sí, ilimitadas....

—¿Llegaré á avanzada edad?

—Moriréis asesinado por un pariente que vengará en vos la sangre de vuestro mejor amigo.... pues ley es de la naturaleza que la crueldad se paga con crueldad, y la perfidia con la perfidia.

Conmovido, á pesar de su natural audacia, con las palabras del italiano, Pizarro no se atrevió á preguntar otra cosa, y dando un paso atrás se fue á unir

á Almagro, que continuaba retirado en el rincón más oscuro de la estancia.

—Puesto que les habéis profetizado tánta gloria á Pizarro y á Cortés, que ahora no más empiezan su carrera de conquistadores, dijo Alonso de Ojeda, ¿qué diréis de mí que estoy hecho á conquistas y á guerras?

—A vos! exclamó el astrólogo mirándole con atención, vuestra suerte está embrollada y no he podido leer claramente en ella.... Así, sólo diré que la Virgen os protege.... pero os advierto que os guardéis del veneno de las flechas de los indios y sobre todo del hambre.

—Vos también! exclamó Ojeda. Eso ya me lo han dicho antes, pero no temo la muerte; lo que quiero saber ahora es si obtendré gloria, y lo demás no me importa, ni me fijo en otra cosa. No espero tener dicha alguna en este mundo,—añadió con acento triste,—ni la quiero ni la busco; pero tengo sed de gloria y de fama.

—Pobre joven, pobre joven!... no he visto lo que deseáis en vuestro horóscopo, contestó el astrólogo.

—¡Vive Dios! exclamó el impetuoso Ojeda. Sois en verdad, miser Codro, asaz injusto, ¿por qué preferís á los otros?

—Yo preferir!... Ah! mozo ignorante y vano, ¿acaso porque leo en las estrellas puedo influir en sus fallos?

Ojeda no contestó sino que se apartó harto mohino, en tanto que adelantándose Nicuesa dijo con cierta indiferencia, que sin duda no sentía:

—Ahora tócame á mí, miser Codro, conocer mi hado, y os advierto que perderéis vuestro tiempo si me lo señaláis adverso, pues os haré quedar mal.

—Ni indaguéis ni quueráis conocer vuestra suerte futura, señor D. Diego.

—¿Por qué?

—Porque nada tiene de amable ni halagüeña.

—No me importa que me sonría la fortuna, si en cambio conquisto gloria.

El astrólogo no contestó.

—Hablad! Vive Dios!

—Os aconsejo, caballero, que no insistáis.

—Voto al diablo! repuso el otro con iracundo acento al notar la sonrisa con que le miraba Ojeda, su rival siempre hasta en la mala fortuna. ¿Conque distribuisteis toda la gloria de que disponíais entre Pizarro y Cortés, y nada ha quedado para mí?

—Para nosotros, añadió Ojeda, pues bien habéis visto lo mal que he sido tratado por el señor astrólogo.

—Ea, miser Codro! exclamó Nicuesa, despachad! Y no os imaginéis que temo vuestras predicciones, pues hasta ahora no he conocido el miedo de las cosas de este mundo, ni de las del otro.

—Contentaos con saber, D. Diego de Nicuesa, que no debéis emprender ninguna expedición bajo la señal de la espada: si así lo hiciereis, vuestra suerte será más negra que la de todos los que están aquí presentes, y vuestro fin quedará en misterio para el mundo.

—Misterioso estáis: explicadme qué es eso del signo de la espada y en dónde la veré.

—La veréis en el cielo.

—¿Y qué debo hacer para evitar mi suerte?

—Quedaros en tierra.

—¿Y si mi honor me lo impide?

—Yo no sé sino eso: que veréis en el cielo una espada suspendida sobre vuestra cabeza, así como Vasco Núñez de Balboa tiene su vida fincada en una estrella.

—¿En una estrella? preguntó Balboa.

—Sí, venid acá; —repuso el astrólogo,— y os la

señalaré, y al decir esto salió á la puerta del patio de donde se veía un rincón del cielo.

—¿Veis aquella pequeña estrella, en medio de dos más grandes? le preguntó levantando la mano y mostrándosela.

—Sí, la veo.

—Bien.... vedla menguar y desaparecer.

—Efectivamente! exclamó Balboa, se acaba de ocultar tras de una nube, según creo.

—Se ha ocultado,—repuso miser Codro,—marcad bien el punto del cielo en que la visteis, porque no volverá á presentarse á vuestros ojos sino cuando en el pináculo de los honores y las esperanzas de mayor gloria correréis un gran riesgo que estará en vuestra mano evitar.

—¿Qué riesgo será aquél? ¿Cómo evitarlo?

—Desconfiando de las palabras de falsos amigos lo evitaréis.

—¿Qué me sucederá si olvido ese consejo?

—Moriréis como traidor.

—¡Traidor yo! Vivè Dios!

—No digo que lo serás, sino que lo dirán.

Todos callaron durante algunos momentos.

—¿Por qué no pregunta nada D. Diego de Almagro? dijo el astrólogo, volviéndose á éste, que permanecía lejos de los demás.

—Aguardaba que acabarais con los más impacientes primero, respondió adelantándose el interpelado. Ahora declaradme mi horóscopo, si á bien lo tenéis, aunque preferiría que nada me dijerais, si ha de ser desagradable.

—Vuestra suerte, Diego de Almagro, será brillante, ganaréis caudales inmensos y gran fama y poderío.

—Me colmáis, señor astrólogo! respondió el soldado aventurero, mirando en torno suyo con aire

triunfante, y por cierto que no esperaba tánto favor de la fortuna!

—Pero.... repuso el italiano.

—Ah! siempre habíais de acabar con un pero! interrumpió Almagro,—continuad....

—Pero á pesar de todo no podréis evitar una muerte alevosa, y diré como á Pizarro: desconfiad del pariente más cercano del que sea vuestro mejor amigo,—quien os quitará la vida,—aunque no podrá borrar la gloria que adquiriréis.

A pesar de la fingida mofa con que aquellos aturdidos aventureros recibieron las predicciones de los hados invocados por el astrólogo, cada uno guardó el recuerdo de ellas, y añadiremos que lo más extraño es que todas se cumplieron con más ó menos exactitud en los subsiguientes años. Así *Hernán Cortés* conquistó el imperio de Méjico, y después de una vida, al parecer brillante, murió en España olvidado por la corte y humillado por los favoritos del Emperador Carlos V. *Pizarro* y *Almagro*, quienes entonces apenas se conocían, después se unieron para hacerse dueños del Perú, y ambos murieron á manos de los partidarios y parientes del otro. *Balboa*, el descubridor del mar del Sur, pereció por haberse confiado á un pérfido, envidioso de su gloria é hidalguía. *Nicuesa*, después de pasar muchos trabajos, sin obtener fama ni gloria, desapareció en el mar con sus compañeros, sin que jamás se volviese á saber de ellos. Ojeda.... pero la suerte futura de nuestro héroe nos ocupará largamente, y si el curioso lector desea conocerla tendrá que seguirnos en el desarrollo de nuestra historia.

IV

A los pocos días de aquella escena con el astrólogo, llegó al puerto de Santo Domingo Juan de la Cosa con su flotilla, mal tripulada y peor aprovisio-

nada. Grande fue la humillación y desagrado de Ojeda cuando notó la triste figura que hacían las tres carabelas pequeñas que había llevado Juan de la Cosa para la expedición, al lado de los seis soberbios navíos que su rival Nicuesa ostentaba en la bahía. Aquel sentimiento de envidia y emulación fue creciendo en el corazón de nuestro impresionable héroe hasta el punto de que la vista de Nicuesa le era insoportable; y cuando se veía en la necesidad de estar á su lado buscaba siempre algún pretexto para reñir con él, sin poderlo conseguir nunca, porque Nicuesa, educado en la corte, se manifestaba siempre tan ceremonioso y culto en sus modales y lenguaje, que era imposible disputar con él sin manifestar un propósito deliberado de ofenderle.

Juan de la Cosa, que notó aquella debilidad en el ánimo de su amigo y cofrade, se esforzaba en volverle á la razón y le arrancó la promesa de hacer todo esfuerzo para evitar molestias, mientras que concluían los preparativos necesarios antes de embarcarse definitivamente en busca de las tierras que habían de colonizar.

—Amigo Juan, – dijo Ojeda un día, entrando repentinamente á la posada del piloto,—vengo á pediros un servicio muy importante.

—Bien sabéis, Alonso,— contestó el otro tomándole la mano con cariño,—que cuanto tengo lo he puesto á vuestra disposición; no me ha quedado un maravedí que pueda llamar *mío* sino *nuéstro*. ¿Qué deseáis, pues, que haga yo?

Inmutóse un tanto Ojeda, y antes de responder dio una ó dos vueltas de extremo á extremo de la estancia.

—Necesito cinco mil castellanos,—contestó al fin.

—Cinco mil castellanos!... exclamó Juan de la Cosa, cinco mil castellanos! repitió; ¿estáis en vuestra razón, Ojeda?

—Pensáis, repuso éste, que el bachiller Enciso me los facilitaría? (1)

—Ni él, ni nadie en la Española, contestó el piloto, prestaría tan crecida suma. Además, el bachiller tiene ya gastado todo su haber en el armamento, y aun dudo que jamás haya reunido tamaña suma.

—¡Será posible, exclamó Ojeda con ímpetu, que pase yo por la humillación de confesar que no soy capaz de reunir una suma como aquélla!

—No adivino, Capitán,—respondió Juan de la Cosa con seriedad,— para qué podréis necesitar una suma tan crecida de dinero, cuando ya tenemos hechos todos los gastos para la expedición, y en breves días nos daremos á la vela.

Y como Ojeda no contestara sino que continuaba como arrobado en una dolorosa meditación, el buen anciano repuso:

—¿Por ventura, Alonso, faltasteis á vuestra palabra y habéis vuelto á jugar?

—Yo no falto jamás á mi palabra, Juan de la Cosa, exclamó el otro fijando su mirada con viveza en su compañero.

—Entonces ¿para qué necesitáis esa suma?

—He desafiado á Nicuesa á singular combate!

—Vos! Y por qué?

—Bien sabéis que no podemos avenirnos acerca de los límites de nuestras respectivas encomiendas, y como D. Diego es más parlanchín que yo, siempre me vence en parla, aunque dudo que suceda igual cosa con la espada en la mano.

---

(1) Martín Fernández de Enciso, abogado, había ganado en su profesión una corta suma que puso á la disposición de Ojeda, para comprar el armamento de un navío que adquirieron los expedicionarios, en el que había de embarcarse después el bachiller, llevando á la naciente colonia mayores provisiones y armamento. Ojeda le ofreció, además de una parte en las ganancias, hacerle alcalde mayor en la proyectada colonia.

—Repitó, respondió de la Cosa, que yo consideraba todo eso concluído, y no atino para qué necesitáis esos cinco mil castellanos.

—Os lo diré. Esta mañana volví á mandarle desafiar, y él ha aceptado, pero con la condición de que uno y otro depositemos en manos del alcalde mayor de esta ciudad cinco mil castellanos de oro, con el objeto de que el vencedor saque alguna ventaja de la riña, que él califica de innecesaria.

—En lo que tiene razón Nicuesa, repuso el piloto. Además, será imposible realizar un proyecto tan descabellado como el de reunir esa gran suma. Sabiéndolo él y para evitar vuestra incurable manía de reñir, seguramente inventó tan singular tropiezo.

—Es decir, exclamó Ojeda, que por falta de unos puñados de oro me veré en la necesidad de no llevar á cabo el ardiente deseo de....

—De vengaros en el hidalgo Nicuesa de una ofensa imaginaria!—dijo el piloto interrumpiéndole.—No, querido Alonso, desconozco en este asunto vuestra caballerosidad, y hay más nobleza muchas veces en abstenerse de reñir que en acometer con denuedo. Además, os aseguro que estas disputas acerca de los límites se pueden zanjar sin dificultad....

—No, no! exclamó Ojeda, yo no puedo echar pie atrás! Mi reconciliación con Nicuesa es imposible!

—¿Creéis en mi amistad, Alonso?...en mi cariño, en mi deseo de que conquistéis fama y gloria?

—Sería un ingrato si no confiara en vos, Juan de la Cosa!

—Entonces entregadme vuestro honor, dadme permiso para arreglar, sin que sufra vuestra reputación en lo más mínimo, estos asuntos, pues temo que vuestros locos ímpetus nos pongan en ridículo en Santo Domingo, y sean al fin causantes de nuestra ruina.

Al principio Ojeda se manifestó rehacio, y no cedía de sus locas pretensiones, pero al fin, comprendiendo la verdad de las palabras de su veterano amigo, convino en que era fácil arreglar aquellas desavenencias. Juan de la Cosa fue para Ojeda no sólo un amigo abnegado y sincero, sino que se erigió en su consejero, y con frecuencia ejercía en el ánimo ardiente y violento de Alonso una influencia provechosa, moderando sus arranques é impidiéndole cometer actos peligrosos para él y para los demás.

Sin dificultad logró Juan de la Cosa que se cumpliese su deseo. Arreglóse que el límite de las mutuas gobernaciones sería el río Darién, y que la isla de Jamaica, que les había señalado el Rey como indivisa para sacar de ella las provisiones necesarias, se consideraría adjudicada en partes iguales para que no hubiese disputas.

Sin embargo, cuando el Virrey tuvo noticia de aquellos arreglos, reclamó la isla de Jamaica como perteneciente á su gobernación, y mandó en el acto al Capitán Juan de Esquibel que permaneciese en Jamaica con setenta hombres de armas, con orden de impedir á todo trance el desembarque de las gentes de Ojeda ó de Nicuesa.

Entretanto habíanse concluído los preparativos de viaje. El 10 de Noviembre de 1509, Ojeda se dio á la vela, yendo á la cabeza de dos bergantines y dos carabelas bien cargadas de pertrechos y tripuladas con 300 hombres de armas. Entre éstos había sentado plaza Francisco Pizarro, y debía haber partido también Hernán Cortés, pero quiso la suerte que una ligera indisposición se lo impidiese. Afortunado fue Cortés con este contratiempo, pues si acompaña á nuestro héroe en esta expedición, probablemente su vida no hubiera tomado el giro que le llevó á ser conquistador de Méjico.

Dejemos á Ojeda navegando hacia la Tierra Firme, y digamos en cuatro palabras lo que sucedió á Nicuesa en la Española antes de alejarse para siempre de aquella colonia.

Después de la partida de Alonso de Ojeda, Nicuesa permanecía inmóvil en Santo Domingo, tanto porque á su carácter cortesano repugnaba emprender la vida de trabajos, privaciones y desagradables aventuras, que era la misión de un colonizador, cuanto porque había gastado en lujo y boato todo el dinero sacado de España, y por consiguiente contraído deudas de consideración entre los prestamistas de la Española. De hecho sus acreedores le notificaron que de ninguna manera le permitirían embarcarse, si antes no satisfacía sus acreencias, cosa para él difícil, ó más bien imposible. Tuvo, pues, que acudir á mil mañas y estratagemas para lograr el embarque de su gente (700 hombres) con caballos y armamento, y que zarpara la flota, quedándose él en tierra en manos de los alguaciles, que cobraban por lo pronto 500 ducados en nombre del acreedor más apremiante.

Amenazábanle con meterle en la cárcel y hacer fracasar la expedición por entero, sin que Nicuesa tuviera á quién apelar, cuando se presentó en el juzgado un notario público, que habiendo oído hablar de la apretada situación de aquel interesante joven, á quien, es verdad, sólo conocía de vista, quiso pagar por él la suma que le pedían. Acto de compasión tan extraño y curioso, que prueba una vez más que si los hombres de aquella época amaban el oro con pasión, también sabían hacer uso de él sin pensar en el lucro.

Atónito y profundamente agradecido Nicuesa, abrazó á su salvador, y sin perder tiempo corrió al puerto, se embarcó en el primer bote que halló á mano (temeroso de que le dieran alcance sus demás acreedores), y en breve llegó á su flota, que le

aguardaba á la salida de la bahía, dando alegremente su último adiós á unas playas que no había de volver á ver jamás.

Aquella misma noche, estando sobre cubierta, levantó Nicuesa los ojos al cielo y vio sobre su cabeza un magnífico cometa que lucía en el cielo azul, y cuya cola tenía la forma de una espada. (1)

—Ved, dijo á los oficiales que tenía á su lado, ved aquel meteoro que parece una espada de fuego: si yo creyera en agüeros, esta señal me impediría seguir en la expedición, pues no há mucho me predijo un sabio astrólogo que si emprendía viaje bajo su influjo, sin remedio me perdería; pero yo confío más en Dios Nuestro Señor, que en las predicciones de sus criaturas y en el influjo bueno ó malo de lo que ÉL hizo.

CUADRO IX—1510

Los indios de Calamar

I

La bahía de Calamar (después Cartagena) era en 1510 un sitio enteramente agreste, circundado de selvas: veíanse manglares inmensos en la orilla y en el fondo bosques espesos de toda suerte de árboles, á cuya sombra vivían innumerables animales, y en su espesura se ocultaban tribus considerables de salvajes indígenas. Eran éstos muy apegados á su independencia y libertad,—como lo demostraron en la defensa de su tierra contra los españoles, con tánto ánimo y bizarría, que todos los que trataron de desembarcar en aquel punto habían tenido que abandonarle en breve.

(1) Véase *Viajes de los compañeros de Colón*, por W. Irving.

Descubierto este litoral por Rodrigo de Bastidas en 1500, fue después visitado por otros navegantes, quienes encontraban que la hermosa y resguardada bahía tenía mucha semejanza con la de Cartagena en España, pero á la que era casi imposible abordar con motivo de la muchedumbre de naturales que usaban armas envenenadas, y eran, según decían, más bárbaros y tercos que otros del mismo litoral.

Bastóle á Ojeda saber aquella noticia para que se propusiese hacerse dueño de lugar tan propio para levantar una fortaleza, y en donde pensó lucir su valor y habilidad; de manera que apenas se vieron en alta mar cuando gobernó con dirección á la bahía de Calamar. Hízole presente Juan de la Cosa lo difícil que sería reducir aquellas tribus con la poca gente quellevaban. Díjole que él podía hablar de ello con experiencia propia, puesto que había acompañado á Bastidas en el descubrimiento de aquellas costas y conocía la audacia de los naturales. Pero toda oposición afirmaba á Ojeda en sus determinaciones; desoyó los consejos de Juan de la Cosa, mofándose de la excesiva prudencia que manifestaba el piloto en circunstancias, según él, en que era preciso sobresalir como valientes y audaces, para dar á entender á Nicuesa, dijo, que no era por falta de ánimo y gallardía que había dejado de combatir con él, y que cuando se trataba de arriesgar la vida no había cosa alguna que le arredrase.

Así fue que una hermosa mañana de Diciembre llegó la flotilla de Ojeda frente á las puntas que hoy llaman de Canoas, á cuya espalda se veía una alta colina (llamada después Nuestra Señora de la Popa) cubierta de montaña espesa; y orillando una lengüeta de tierra baja, y pasando por un estrecho canal entre dos islillas, penetraron al magnífico puerto ó bahía que llamaron de Cartagena de Indias. Lucía un ardiente sol sobre el azul y despejado cielo que

se retrataba en las aguas claras y mansas de la bahía, tan puras y cristalinas, que se percibían en el fondo las *estrellas* de mar de variados colores, las conchas, las algas y hasta los pintados peces que pasaban y repasaban por entre los bosques de vegetación marítima que guarnecía el lecho del tranquilo y solitario puerto.

Sin embargo, aquella soledad era aparente, porque no bien hubieron anclado los buques, cuando salieron nubes de guerreros indígenas de los vecinos bosques, en ademán de pelea. Llevaban todo el cuerpo embijado de negro y colorado, la cabeza orlada con una guirnalda de garras de tigre y de leopardo, llevando en las manos ciertas lanzas llamadas *azagay*, y cargado á las espaldas el carcaj lleno de flechas, el aspecto feroz, el ademán horrible, y dando los gritos y alaridos más pavorosos que hubieran jamás escuchado oídos humanos.

Inmediatamente mandó el Capitán alistar lanchas, y acompañado por algunos soldados y oficiales, varios dominicanos de los que iban en la expedición, y un escribano, saltó á tierra, desembarcando en la isla de Codego, y desde allí mandó leer con toda solemnidad un requerimiento que habían mandado de España con ese objeto, — obra de un cronista célebre de la época, el llamado Cura de los Palacios Rubios.

Parece en realidad increíble que gentes en su sano juicio se prestasen á representar semejante farsa, para alardear de imparcialidad con los atónitos indígenas, que nada podían entender de la comedia. Pero esto sucedió no solamente entonces, sino que después siempre se leía un requerimiento por el mismo tenor á los salvajes á quienes los españoles iban á librar batalla, declarándoles tercos y fuera de la ley si persistían en pelear, á pesar de las órdenes de su supuesto legítimo Rey, el de Castilla.

En tanto que el escribano leía con voz no muy

segura aquel largo discurso, los indígenas permanecieron quietos y silenciosos, como aguardando á que sucediera alguna otra cosa. Cuando finalizó su lectura el encargado de ella, Ojeda mandó que les mostrasen de lejos las joyuelas, campanillas y demás rescates que traían, manifestándoles al mismo tiempo, por boca de los intérpretes que llevaban, que no habían ido á aquella tierra sino en són de paz, y que si se acercaban á los forasteros serían ricamente obsequiados.

Los indígenas se miraron los unos á los otros, pero permanecieron en su puesto. Los indios son naturalmente desconfiados, y éstos con más razón, porque varias veces habían tenido que sufrir á manos de otros expedicionarios españoles, quienes, cogiéndoles descuidados, se habían llevado cautivos á cuantos podían atrapar. Así fue que en lugar de acercarse, todos ellos al són de sus instrumentos guerreros levantaron sus flechas y se prepararon á entrar en pelea con los invasores. Ojeda también hizo sus preparativos para resistir el ataque, pero antes de ello volvió á requerirles y amonestarles que guardasen la paz y prestasen obediencia.

Juan de la Cosa, que estaba al lado del Capitán, le manifestó de nuevo que era mejor volverse á los navíos por entonces, pues las hordas indígenas eran numerosísimas y los españoles un puñado de hombres; además, añadió el piloto, ya veía que para establecerse allí sería necesario tener mucha gente y librar combates diarios á indios que parecían los más feroces de aquellas tierras.

—Yo no temo á hombres desnudos, contestó Ojeda; además, he venido á cumplir las órdenes del Rey que manda que en primer lugar se trate de domar á los naturales que más audacia y bravura manifiesten.

—Pero....

—¡No insistáis Juan de la Cosa! exclamó Ojeda, inspirado ya por el genio de los combates, al notar que los naturales se acercaban en falange, como para arrollarle. Volved á los navíos, añadió, yo confío en la protección del cielo y en la Santísima Virgen, cuya imagen llevo sobre mi pecho.

—Alonso, por última vez os repito que es loca vuestra temeridad.... No tentéis á Dios!

—Juan de la Cosa, ya no sois joven, estas escenas no son para vos, dejadme!

—Ah! loco y ciego mozo!—exclamó el piloto dolorosamente,—¿pensáis que temo la muerte por mí?... Adelante, pues.... ataquémosles antes de que nos rodeen!

Alonso de Ojeda dio la orden de arremeter sobre el enemigo, y con el piloto que le seguía los pasos, se arrojó como un león con espada en mano sobre la turba de indígenas, los cuales creyendo al principio que los españoles vacilaban, no habían tenido tiempo de ajustar la flecha en el arco, y así les recibieron apenas con sus lanzas enristradas. Pero en breve aquella débil resistencia no tuvo efecto contra el hierro de los europeos, y aturdidos y atónitos ante el arrojo de un puñado de valientes, se declararon en derrota, casi sin haber combatido, dejando sobre el campo á sus muertos, pero llevándose los heridos.

Los españoles alcanzaron á hacer muchos prisioneros, que enviaron á los buques, y en seguida empezaron á examinar los cadáveres, sobre los cuales encontraron, alborozados, muchas planchas de oro, el que, aunque de inferior calidad, encendió la codicia de aquellos aventureros, y por ese motivo pidieron licencia de perseguir á los prófugos. Ojeda no solamente lo permitió, sino que quiso acompañar á sus soldados; pero antes de emprender la persecución mandó atar á dos de los prisioneros, y por medio de los intérpretes les dijo que los guiasen al sitio

en donde deberían hallarse los derrotados, so pena de la vida si los traicionaban.

—¿Qué hacéis ahora? preguntó el piloto.

—Lo veis? contestó el Capitán.—Me preparo para ir á traer mayor cantidad de aquel oro que tan fácilmente hemos ganado aquí.

– Escuchadme, Alonso.... Si era cosa arrojada acometer á los indígenas en campo raso, es una verdadera demencia perseguirles hasta sus guaridas. ¿Qué más queréis? Por ahora los hemos vencido, y después de esta derrota tal vez no vuelvan tan pronto á molestarnos; aprovechémonos de ella para hacernos fuertes aquí, pero no los busquemos en el fondo de aquestos cerrados bosques.

—Repítoos, respondió Ojeda, que vuestros consejos son perdidos para mí por ahora, y aseguro que no estoy dispuesto á escuchar ni á Cristo que me mandara echar pie atrás!

—¡Decís sacrilegios también! exclamó el piloto. Mal empezamos esta expedición,— añadió al ver que Ojeda, sin volverle á mirar, echaba á correr para alcanzar á los que iban yá adelante por entre los arcabucos y las arboledas que cerraban el horizonte como una espesa muralla de verdura.

II

Los rayos del sol de medio día quemaban como fuego, pero se respiraba un fresco delicioso bajo la sombra de los árboles. Todo callaba en la naturaleza, salvo tal cual chillido de los animales que se perseguían y se acometían en la espesura de la selva. Los españoles, que habían pasado la mañana, primero batallando con los indios, y después persiguiéndolos—calzados con fuertes y pesadas botas—al través de las breñas y malezas de la montaña, se sentían fatigados y hambrientos, pues no habían pasado alimento nin-

guno aquel día. Detuviéronse algunos momentos para respirar, pero Ojeda, que era infatigable, había pasado adelante con los dos indios cautivos.

—Arriba, muchachos! gritó repentinamente al llegar á una ligera eminencia, volviéndose á los que habían quedado atrás, adelante; aquí está el enemigo!

Al decir esto, volvió caras, y desenvainó la espada, gritando: ¡Santiago! ¡Santiago, á ellos! Y desapareció detrás de los árboles, seguido impetuosamente por sus compañeros.

Al frente de la vereda se levantaba una fuerte palizada, á estilo de fortaleza, sirviendo de defensa á un caserío que detrás se veía, rodeado de montaña, pero limpios algunos trechos para dar campo á las sementeras de maíz y de yuca.

En la parte delantera de la palizada se habían situado los guerreros de la tribu, armados todos ellos con macanas, arcos y flechas, lanzas arrojadizas, y defendidos por escudos de madera tan dura como piedra.

Los salvajes dieron todos juntos un grito estridente, y cada cual descargó su arma, pero sin hacer mayor mal á los españoles, quienes sin vacilar les cayeron encima con tánto arrojo, sobre todo Ojeda, que se multiplicaba en el combate, causando espanto á los naturales, los que no pudiendo resistir huyeron todos juntos, menos ocho valientes. Estos entraron á la palizada de troncos y empezaron á disparar flechazos contra los españoles, con tánto tino y rapidez en sus tiros, que aquéllos no osaron acercarse al fortezuelo, y se detuvieron en su ímpetu.

—Qué veo! exclamó Ojeda con la mirada ardiente, el cuello erguido, la espada elevada, y todo su aspecto tan animado y terrible, que más que hombre, parecía el ángel del exterminio. ¿Cómo, añadió, mi-

rando á los soldados, por ventura temeríais y os arredrarían aquestos viles salvajes?

—Jamás! gritó un soldado castellano, joven que no alcanzaba á los veinte años, ¡jamás dirán que el hijo de mi padre tuvo miedo!

Y levantando la rodela en una mano, y llevando un sable en la otra, saltó por encima de los amontonados cadáveres de los indígenas que habían quedado muertos en el primer choque. Llegó al postigo de la palizada y empujó con tánta violencia los maderos, que cedieron los estantillos, y al caer éstos para adentro cayó el joven para atrás, atravesado el pecho con la flecha de uno de los indígenas, que le acechaba desde adentro.

—Maldición! gritó Ojeda al ver caer al valeroso joven, en tanto que los indígenas continuaban disparando sus flechas con grandísimo brío.

Viendo el capitán que todo el que se acercara á la palizada moriría, y aunque era fácil arrojarles y vencerles, como aquello no se podía hacer sin derramar la sangre de los suyos, resolvió triunfar de otra manera. Mientras que él fingía atacarlos por el frente, mandó que pasando calladamente por las malezas dos ó tres soldados se acercaran por la parte de atrás, prendiesen fuego á los estacones de madera y arrojaran paja ardiendo en medio de los combatientes. Así lo hicieron, y momentos después viéronse los denodados indígenas rodeados de llamas, que en breve rato consumieron completamente el edificio, junto con los heroicos guerreros, que prefirieron morir dentro más bien que rendirse á los odiados forasteros.

En tanto que Ojeda se empeñaba en vencer á los naturales de la palizada, sus compañeros habían tomado en el vecino caserío setenta indios cautivos, que atados á una collera fueron enviados á los navíos con un destacamento al mando de Francisco Pizarro.

Volvió entonces por tercera vez Juan de la Cosa á amonestar al Capitán aconsejándole que regresase, pues, llegaba la noche y no era prudente pernoctar en medio de las selvas repletas de indios bravos, y exasperados. Pero entonces menos caso le hizo Ojeda,— puesto que el botín en aquel caserío era abundante,—y tuvo noticia de que era todavía más rica otra aldea, residencia del cacique, situada en la tierra más adentro.

Al reflejo de los últimos rayos del sol llegaron los españoles á una pequeña eminencia desde donde descubrieron una población bastante grande, rodeada de anchos campos, esmeradamente cultivados, aldea que los naturales llamaban Yurbaco (hoy Turbaco), y que era la más importante de aquellos distritos. Aunque los españoles penetraron al pueblo con algún recelo, en breve conocieron que lo habían abandonado sus habitantes, llevándose sus mujeres, sus hijos y sus haberes, lo cual causó grande indignación á los compañeros de Ojeda.

Mientras que duró la luz del día el Capitán permitió que sus soldados se entretuviesen en recorrer el pueblo, penetrar en las chozas y buscar en todas partes los restos de los tesoros de los indígenas. Aunque nada hallaron de particular, siempre alcanzaron á reunir suficientes provisiones para hacer de cenar, lo que necesitaban con urgencia, puesto que, como antes hemos dicho, poco ó nada habían comido en todo el día.

Sin embargo, al llegar la noche, el capitán mandó que su gente se reuniese en la plaza para pasarla allí, y hacerse fuertes en aquel sitio, por si acaso los indios se atrevieran á atacarlos. Pero los españoles no temían absolutamente el regreso de los indios con intenciones hostiles; los consideraban demasiado aterrorizados con los sucesos del día, ni suficientemente audaces para atacar á un enemigo que tántas

muertes les había causado. Fiados en esto no obedecían voluntariamente á su jefe, y sin cesar se dispersaban de nuevo por la población. Ojeda permaneció vigilante y cuidadoso en la plaza: mandó que hicieran en ella grandes hogueras, y acababa de oírse el último toque de llamada, cuando, levantando los ojos, que tenía fijos en una hoguera, vio que la plaza estaba enteramente circundada de indígenas que habían llegado en silencio, arrastrándose por el suelo como culebras. Pero al verse ya en gran número, se habían puesto repentinamente en pie, y blandiendo sus armas amenazantes, sus feroces y diabólicas figuras parecían aún más fieras, iluminadas como estaban por las llamas de las hogueras.

Ojeda dio un grito de alarma, que aún no había acabado de resonar en el aire, cuando se levantó de entre las hordas indígenas un aullido tan terrible y pavoroso, que dejó fríos y de una pieza á todos los descuidados aventureros. Inmediatamente cada cual comprendió el peligro en que estaba, y trató de reunirse á los demás, pero estaban cercados por un muro humano de guerreros, que entablaron con ellos combates en que los míseros europeos, rodeados en la oscuridad por los salvajes, hicieron esfuerzos heroicos para atravesar por entre aquella nube de hombres desnudos. Inútiles eran las armas de hierro, ni podían hacer uso de las de fuego; con que hubieran atemorizado á los salvajes; vanas eran las rodelas,—puesto que estaban cercados completamente por todos lados,—lo único que podían hacer era descargar cuchillazos sobre los que tenían junto, y aunque mataban indios sin cesar, nada adelantaban, pues en el lugar de los que quedaban fuera de combate aparecían otros tántos á llenar el hueco de las filas.

Entretanto Ojeda, viendo lo ineficaz que sería acudir á sus compañeros dispersos, levantó mental-

mente una oración á la Virgen, y con unos pocos españoles que tenía cerca, se encerró en un rancho que le quedaba á sus espaldas, pensando, no en salvarse, pues lo creía imposible, sino en vender cara la vida. Apenas estuvieron dentro de la casa, cuando notaron que los salvajes, cual monos, se encaramaron en las tapias en contorno, estando éstas separadas del techo en su parte superior, y desde allí empezaron á disparar sobre ellos una nube de flechas. ¿Qué hacer? ¿Cómo defenderse? Algunos empezaron á buscar objetos tras de los cuales guarecerse, pero no hallaron nada, y tenían que atenerse á la sombra que les daban las rodelas.

A poco rato Ojeda empezó á notar que sus compañeros habían muerto uno á uno, atravesados por las flechas enemigas, y que sólo él permanecía vivo é ileso. La situación era horrible: de rodillas en el suelo se cubría trabajosamente el cuerpo con la rodela, que le protegía bastante, gracias á lo exiguo de su estatura; pero como brillara la rodela á la luz de las llamas de las hogueras que entraba por las grietas de la pared y de la puerta, los indios, al són de una horrible algazara, llovían sobre él flechas y flechas, que caían como aguacero en torno suyo sin tocarle el cuerpo.

—Virgen Santísima! exclamó Ojeda á media voz, pero con fervoroso acento, - amparadme, Señora, y proteged á vuestro siervo en este amargo trance! Juro aquí, Señora, por mi salvación eterna, que si salgo con vida de este lugar, y puedo algún dia volver á tierra de cristianos,—juro tomar el hábito franciscano para poderme dedicar en cuerpo y alma á vuestro santísimo culto.

Apenas hubo exhalado esta sentida plegaria, cuando oyó la voz de Juan de la Cosa que gritaba desde afuera:

—Alonso! Alonso de Ojeda! ¿en dónde estáis?

—Aquí! gritó el interpelado incorporándose á riesgo de ser atravesado por las flechas de los indios.

Pero éstos habían dejado de acometerle á él, y parecían empeñados en reñir con los que se acercaban, y bajando de las paredes trabaron con éllos un reñidísimo combate en torno de la casa.

Empeñó entonces Ojeda todas sus fuerzas para violentar la puerta con tánto ímpetu, que aunque asegurada por dentro por los españoles y por fuera por los salvajes, se vino abajo dejando la salida libre. Arrojóse por allí nuestro Capitán, y fue á caer como una bomba en medio de sus generosos compañeros que habían ido á buscarle, y con aquel brazo poderoso, el combate tomó un aspecto más terrible y sangriento, muriendo en él indios sin número; pero éstos eran inagotables, y por uno que caía se levantaban muchos á reemplazarle, y los españoles iban perdiendo terreno, arrollados por el enemigo. Juan de la Cosa combatía bravamente, pero varias veces había sido herido con armas envenenadas, en breve sintió que sus fuerzas disminuían y que se embargaba el uso de su brazo: logró entonces, escapando á las miradas de los enemigos, hacerse á un lado, y seguido de tres ó cuatro compañeros más, refugiarse en una choza aislada, en donde pensó podría morir tranquilamente.

Como los salvajes en su furia habían puesto fuego al caserío, por si hubiese algún español oculto entre las casas, y pereciera allí, —todo el espacio estaba iluminado por una luz roja é intermitente que aumentaba el horror de la escena. La choza en que se refugió el piloto estaba, pues, alumbrada por aquel cárdeno resplandor, y así, temerosos de ser vistos, sus compañeros dejaron el asilo de las paredes y le abandonaron, salvo un pobre fraile que iba en la expedición en unión de otros que se habían quedado

en los navíos. Viendo fray Andrés que todos los que salían de la choza caían en manos de los salvajes, y recordando, además, su ministerio á vista del buen piloto moribundo, resolvió permanecer á su lado y ayudarle en aquel trance supremo.

—Ah! exclamó Juan de la Cosa estremeciéndose y retorciendo los brazos con el dolor que le causaban las heridas envenenadas y que le producían violentas convulsiones. ¡Si pudiera al menos morir como cristiano!...

—Aquí estoy yo, indigno siervo de Dios, exclamó el fraile hincándose á su lado. Juan, ved, yo os ofrezco mis servicios y consuelos.

—Ah! bendito seáis, fray Andrés! respondió el piloto tratando de incorporarse, pero no pudo, sino que cayó nuevamente largo á largo en el suelo.

—¿Queréis confesarme vuestros pecados?

—No alcanzo.... pero oíd.me.... me arrepiento, dijo con debilitada voz, y pido humildemente perdón á Dios, Nuestro Señor, de todos mis pecados, que son muchos, muchísimos....

Y el piloto se trataba de golpear el pecho sin poderlo lograr, y en su angustia gemía dolorosamente.

—¡La misericordia de Dios es superior á todo! — repuso el fraile, y alzando las manos con fervorosa oración lo absolvió en nombre del que perdona al arrepentido.

La escena era imponente: la luz del incendio iluminaba con rojos resplandores la noble y ya cárdena frente del piloto, que recibía los consuelos de la Religión con profundo reconocimiento y veneración: á su lado se inclinaba la cabeza tonsurada del fraile, y á lo lejos se oían los gritos rabiosos de los indios, los golpes de las armas, los ayes de los moribundos, las imprecaciones de los que aún vivían y el traquido del incendio que devoraba una parte de la población.

Después de un síncope el piloto volvió en sí, y viendo todavía allí al fraile, le dijo balbuciendo:

—Salvaos, padre!... romped aquella pared é idos al monte que está cerca.... Pero antes escuchad mi última súplica.... Dios debe de haber salvado la vida de Ojeda; buscadle.... y decidle.... de mi parte.... que he muerto, pero que hasta mi último suspiro su memoria....

Pero antes de concluír su frase se le agotaron enteramente las fuerzas, y dejando caer la cabeza exhaló el postrer suspiro.

Cerróle los ojos el buen fraile, y postrándose oró, encomendando á Dios el alma del piloto, é invocando para sí la protección divina. En seguida quiso obedecer el consejo de Juan de la Cosa. Facilmente hizo un agujero en la débil tapia de la choza, y salió por él sin ser notado por sus enemigos; merced á la oscuridad que reinaba por aquel lado del pueblo, logró meterse al bosque y en breves instantes desapareció entre la maleza tomando instintivamente la vereda que conducía al mar..

Corría como un loco el mísero fraile por aquel camino, no porque le conociese sino como por inspiración, y el haber acertado con la vía lo tuvo después á milagro de su santo patrón, á quien no había cesado de invocar en aquella fuga. A cada momento esperaba encontrar otros españoles compañeros suyos que hubiesen podido salvarse como él y que tomaran el camino del mar. Pero cuando pasó la noche, llegó la aurora, lució la luz del sol y la senda que seguía al través de la montaña continuaba solitaria, el pobre fraile se convenció de que sólo él se había salvado. Más y más lleno de sobresalto y asombro al notar el silencio que prevalecía en todas partes, apuró el paso, traspuso el bosque, y por último, fatigado y medio muerto, llegó á la orilla del mar, sin haber encontrado la menor señal de sus com-

pañeros de desgracia. Viéronle desde los navíos los que habían quedado en ellos, y recogiéndole exánime en un bote, le llevaron á bordo, en donde refirió lo que había sucedido.

A pesar de la lamentable historia que contaba el acongojado fraile, los compañeros de Ojeda no perdieron la esperanza de que otros más se hubiesen salvado de aquel desastre. Por lo menos, decían, el Capitán debe de haber logrado salir de entre las manos de los indios, pues conocían su agilidad, su denuedo y grandísima resistencia. Esta idea la confirmó el derrotado al decir que estando con Juan de la Cosa en la choza en que éste murió, creyó notar que Ojeda se había desprendido de en medio de una turba de indios, y dando saltos había huído á lo lejos. Así, buscáronle en la senda que conducía al pueblo quemado, pero sin atreverse á internar mucho, pues ya habían cobrado miedo á los indígenas, los que, probablemente, los acecharían en los alrededores. No solamente se afligían los españoles con motivo de la pérdida de los setenta soldados mejores de la expedición, sino que con ese motivo carecían de suficientes armas para atacar á los enemigos con provecho.

Pasóse el día y no volvía ninguno de los compañeros de Ojeda, ni éste daba señal de vida. Al otro día visitaron por tierra el contorno de la bahía, subieron al inmediato cerro (hoy de la Popa), que entonces estaba cubierto de monte espeso, y perdiendo la esperanza de hallarle en tierra se embarcaron en los botes y se pusieron á reconocer los manglares de las orillas del mar, dando gritos, tiros, y tocando cornetas para orientar á los que acaso estuviesen perdidos en los bosques. Pero todo aquello fue en vano, y lo único que vieron al tercer día fue una turba de salvajes que parecían burlarse de ellos y manifestar su triunfo danzando y haciendo fantásticas mue-

cas en la playa, y dando gritos y aullidos que más parecían obra de chacales y animales feroces que de hombres racionales.

Afligidos, consternados, careciendo de jefes, puesto que creían que Ojeda y el piloto habían perecido en la malhadada expedición, los españoles se decidieron á abandonar aquella costa de mal agüero, y volver á Santo Domingo á dar parte de la desgracia ocurrida. Dieron, pues, la orden de levar las anclas, é iban á proceder á ello, cuando Francisco Pizarro pidió que le concediesen una hora de ausencia, durante la cual iría con tres ó cuatro compañeros á visitar un agrúpado manglar, en un rincón de la bahía, que le parecía no habían examinado detenidamente, y en donde creyó ver un punto que parecía moverse sobre los troncos y raíces de los árboles sumergidos.

III

Inmediatamente se ofrecieron acompañarle varios soldados y oficiales y también fray Andrés, los que, tomando un bote, remaron hacia el sitio indicado, en donde, á medida que se acercaban, vieron un bulto vestido á la española, postrado entre los troncos y al parecer sin vida. "Llegaron, dice Bartolomé de Las Casas (1) á donde había, junto al agua del mar, unos manglares, que son árboles que siempre nacen, crecen y permanecen dentro del agua de la mar, con grandes raíces, asidas y enmarañadas unas con otras, y allí metido y escondido hallaron á Alonso de Ojeda, con su espada en la mano y la rodela en las espaldas, y en ella sobre trescientas señales de flechazos. Estaba decaído de hambre y no po-

(1) Citado por W. Irving, cuya narración hemos seguido en toda esta parte de la vida de Ojeda.

día echar de sí el habla, y si no fuera tan robusto, aunque chico de cuerpo, fuera muerto."

Al grito de alegría que dieron sus compañeros al reconocerle, Ojeda trató de moverse y de hablar, pero no pudo. Viéndole en aquel estado, casi moribundo, con las ropas pegadas á las carnes, tiritando á pesar del calor de la temperatura, y yerto como un cadáver, envolviéronle en unas mantas que en el bote había y lleváronle á la tierra más cercana, en donde hicieron de prisa una hoguera para calentarle, y después de haberle hecho tragar algunas gotas de licor, enviaron por alimentos al navío más inmediato, y con estos cuidados al fin lograron volverle enteramente á la vida. Cuando hubo recobrado el conocimiento y el habla, en lo primero que pensó fue en los compañeros que le habían seguido á Yurbaco, preguntando si se habían salvado algunos.

—Solamente yo, Capitán, volví vivo, respondió fray Andrés.

—¿Vos no más? exclamó Ojeda con dolor.

Refirióle en pocas palabras fray Andrés todo lo sucedido y cómo había presenciado la muerte del buen piloto.

—Ah! dijo Ojeda tristemente, sin duda mi desgraciado amigo moriría maldiciéndome.... Yo sabía que había muerto, pero me afligía sobre todo que en sus últimos momentos me hubiese odiado.

—No fue así,—contestó el fraile,—al contrario, murió como un santo, y en lugar de maldeciros pensó en vos con cariño.

—Sin embargo, yo no merecía ese cariño! exclamó Ojeda poniendo la cara entre las manos y derramando lágrimas de desesperación y arrepentimiento, al pensar que su loca temeridad había causado la muerte de tántos denodados españoles que confiaron en él.

Para distraerle y volverle en sí, Francisco Piza-

rro le pidió que le refiriera cómo logró salvarse y de qué manera había llegado hasta allí en tan triste situación.

—El padre Andrés os habrá referido cómo fuimos arrollados, contestó dando un suspiro, y cómo los indios, que considerábamos vencidos y huyendo, nos atacaron cuando más descuidados estábamos....

—Sí, contestó Pizarro, y aun nos dijo que la última vez que os vio fue en medio de un grupo de salvajes, del cual os separasteis repentinamente saltando por encima de montones de cadáveres.

—Así sucedió,—repuso Ojeda. Una vez que vi retirarse al buen piloto á la sombra de un rancho, herido y medio muerto, después de haberme salvado la vida, me encontré solo en medio de centenares de indígenas, los que parecían brotar de la tierra en torno mío, y hasta las mujeres me atacaban con mayor arrojo y valor que los hombres....

– Cierto, exclamó fray Andrés, – vi á una que, situada en la parte alta del pueblo, disparaba incesantemente flechazos que sacaba de su carcaj, matando ella sola á ocho españoles uno tras otro, sin perder flechazo (1).... Pero proseguid, Capitán, y perdonad que os interrumpiera.

—Como os decía, continuó Ojeda, después de haberme defendido con mi espada y rodela no sé cuánto tiempo, al fin los indios temían acometerme, pues habían visto que todo el que se me acercaba moría; así, tuve algunos momentos de respiro, los cuales aproveché para huír. Persiguiéronme; pero yo les llevaba la delantera, saltando como un loco por encima de los muertos y heridos, de las candeladas y los ranchos caídos, dirigiendo mi fuga sin embargo hacia la parte más oscura del pueblo. Al fin me ha-

(1) Ocáriz, *Genealogías de Nueva Granada.*

llé al borde del bosque; oyendo que me seguían los indios, metíme entre los árboles y supe eludirlos á pesar de que llegaba á mis oídos el ruido de los gritos y aullidos de los salvajes.... Aquí caía, allí levantaba, acullá me golpeaba contra el tronco de un árbol, más lejos me espinaba y hería, varias veces resbalé y caí entre los hoyos.... Al fin fuéronse debilitando las voces de los indios y parece que perdieron enteramente la pista de mis pasos. Extenuado y medio muerto de fatiga, una vez que me convencí que estaba solo en medio de la selva, me dejé caer al suelo y respiré. Sentí entonces todo el peso de mi desesperación y remordimiento al pensar en el horrible éxito de mi malhadada expedición. Dolíame en el alma la muerte de mis valientes soldados, y entre todos lamentaba la pérdida de Juan de la Cosa, mi mejor amigo, mi consejero y protector.... Y yo había sido la causa de todo esto, y tamaño desastre era culpa mía! ¿Cómo volver á los navíos dejando en manos de los salvajes á mis compañeros? Quise entonces volver al incendiado caserío para que aquellos bárbaros me inmolasen también, y levantándome empecé á retroceder á toda carrera. Volvía, pues, hacia el punto en donde oía los gritos lejanos de los indios que seguramente se vengaban en los cadáveres de los españoles las derrotas sufridas aquella mañana, y á medida que estos clamores se hacían más cercanos reflexionaba que con mi muerte la expedición se quedaba sin jefe, y además me acordé que aquella noche yo había hecho un solemne voto á la Virgen, que debería cumplir, y puesto que la Santísima Madre me había salvado la vida cuando yo juraba consagrarme á su servicio, era preciso no desmayar en mi empresa. Pero al mismo tiempo, aunque ya no pretendía entregarme á los indios, resolví ir á buscar á Juan de la Cosa, quien quizás no habría muerto y que era posible estuviese solo, abandonado y cubier-

to de heridas, en la choza á la que yo le vi retirarse en medio de la pelea. Dirigíme cautelosamente y entré en el pueblo sin ser visto. El incendio había cesado y los indios se ocupaban en buscar los muertos entre los escombros; otros danzaban en torno de las hogueras con diabólicas muecas, en tanto que las mujeres lloraban ruidosamente sobre los cadáveres de sus parientes. Con facilidad hallé el rancho que buscaba, pues estaba apartado de los demás, entrándome á él por una brecha que había en la pared de atrás....

—Esa fue la que yo abrí para huír, dijo el fraile.

—En medio del rancho, continuó Ojeda, vi el yerto cadáver del generoso piloto, iluminado por los últimos fulgores de las hogueras que empezaban á apagarse.... Sólo Dios puede medir, amigos míos, lo que sentí entonces.... No ignoráis que soy poco blando de corazón, pero os aseguro que en aquel momento me convertí en débil mujer, y sentándome en el suelo junto al que fue mi mejor amigo, lloré como hembra miserable, ya que no había podido como hombre ampararle é impedir que le matasen....

Sumamente conmovido Ojeda guardó silencio algunos momentos, y tanto él como los que le escuchaban tenían los ojos húmedos, á pesar de su vida aventurera y endurecida, pues no hay sér humano que sea enteramente incapaz de enternecerse alguna vez.

—No sé cuánto duraría en ese lugar, repuso Alonso, pero en aquel momento oí el ruido de pasos y voces que se acercaban. Instintivamente me incorporé, y casi sin saber lo que hacía, me deslicé por la misma brecha que me había dado entrada y me metí al monte con tánta precipitación que no pensé en orientarme.

Después de haber vagado algún tiempo por la selva, la fatiga me rindió de tal suerte que, á pesar de

las escenas que había presenciado, me dejé caer al pie de un árbol, sin poder dar un paso más, y me quedé profundamente dormido. Cuando desperté estaba el sol brillando sobre mí y me encontraba en un sitio enteramente silvestre, rodeado de rocas, precipicios, breñas y enmarañado bosque. Una sed ardiente me devoraba, lo cual me obligó á levantarme del sitio en que me había tendido, y púseme á buscar agua por todas partes, pero en vano: esta maldita tierra no posee una fuente, ni el más pequeño torrente de agua potable. Eché á andar con dirección al mar, según pensaba, pero sufría horriblemente con las picaduras de los mosquitos y otros insectos ponzoñosos que se habían apoderado de mi cuerpo mientras dormía. Así pasé horas y horas, y no hallaba otra cosa que no fuera tal cual charco de agua corrompida, ni más alimento que el que me ofrecían algunas frutillas, de las que unas me hincharon la lengua y otras me producían ansias y fatigas, pues sin duda serían venenosas. No podía orientarme ni me acordaba de la dirección que debería de tomar para volver al mar, y así anduve errante el resto de aquel día, hasta que llegó la noche con sus sufrimientos, el peligro de los animales, la atormentadora sed y el hambre que me devoraba. Después de dos días con sus noches, cuyo loco martirio fácilmente comprenderéis, esta mañana al fin llegué á la vista del mar.... Estaba tan desfallecido que sólo arrastrándome pude llegar á aquellos manglares, con intención de echarme á nado y pasar á los navíos. Pero contaba con fuerzas que ya no tenía, y al tratar de subir á las raíces de los árboles perdí el conocimiento durante largo rato sin duda. Cuando volví en mí, noté que se hacían en los navíos preparativos de marcha; traté de gritar y pedir socorro, pero no pude articular ningún sonido: mi angustia fue tál que volví á desmayarme y no recobré mis sentidos hasta no verme entre vosotros....

IV

Conversaba aún el Capitán y los otros le escuchaban con la mayor atención, cuando notaron todos que entraba á la bahía un hermoso navío seguido de otro y otro, era una flota entera; ésta, comprendieron que debería ser la de Nicuesa.

—Si Nicuesa descubre lo que ha sucedido, exclamó Ojeda palideciendo, no hay duda que se aprovechará de ello para quitarme los soldados que me restan y aun cautivarme, si se le antoja.

—¿Qué debemos hacer, Capitán? preguntó Pizarro, á quien ya Ojeda había nombrado su teniente general, en reemplazo de Juan de la Cosa.

—Dejadme oculto en este lugar, respondió, en tanto que vos, con los que están aquí, iréis á conferenciar con Nicuesa, y después de referir algo de lo ocurrido, ocultaréis que me habéis hallado. Si acaso se puede, antes de que cierre la noche, venid á llevarme á una de nuestras carabelas, sin que lo noten los recién venidos, ó si no, dejadme aquí hasta mañana.

Obedecióle Pizarro, y pasó á saludar á Nicuesa. Refirióle la desgracia ocurrida y la desaparición del Capitán.

—¿Qué me decís, Pizarro? exclamó Nicuesa interrumpiéndole. ¡Cómo! vosotros os estáis aquí parlando conmigo é inactivos en tanto que vuestro jefe ha desaparecido, y no me invitáis á que os ayude á buscarle hasta que parezca, vivo ó muerto?

—¿Y si lo hallarais vos, D. Diego, respondió Pizarro, no os aprovecharíais de su triste situación para vengaros de las injurias recibidas por vos en Santo Domingo?

—¡Vive Dios! contestó el caballeroso D. Diego, que en verdad sois bien atrevido al hacerme seme-

jante pregunta, Pizarro! ¿Por quién me tomáis? Os aseguro, Francisco, que si no fuerais vos amigo mío y antiguo conocido, os haría saber con la punta de mi espada si soy bien nacido é hidalgo, ó pérfido y malsín como lo insinuáis.

—Decía esto, repuso Pizarro, porque si vuestras intenciones no hubieran sido buenas....

—Pese á tal! Pizarro, que me importunáis por cierto con vuestras dudas! interrumpióle Nicuesa, y según adivino por vuestras palabras, vos por lo menos conocéis el paradero de Ojeda.... Hablad claro....

—Pero, señor....

—Escuchad, Pizarro: juro sobre mi honor que no solamente olvidaré los disgustos que hemos tenido Ojeda y yo, sino que desde hoy en adelante le ofreceré mi amistad, y aun más, quiero que encuentre en mí no solamente un amigo en estas circunstancias, sino un hermano de corazón.

—¡Aguardadme aquí un momento! exclamó Pizarro, lanzándose en su lancha, tengo de consultar estas cosas antes de haceros revelación alguna.

Dirigióse Pizarro al sitio en que había dejado á Ojeda, y le dio parte de los hidalgos ofrecimientos de su antiguo rival. Avergonzado Ojeda de la duda que tuvo acerca de la conducta de Nicuesa, se embarcó al momento con Pizarro y pasó al navío de Nicuesa, quien le recibió con las más sinceras manifestaciones de afecto. Concertaron entonces ambos la manera de castigar á los salvajes, y al día siguiente los dos gobernadores saltaron á tierra, á la cabeza de cuatrocientos hombres, perfectamente armados y equipados.

Además de la tropa de infantería, los expedicionarios llevaron algunos caballos, más para infundir temor á los indígenas (que tenían invencible horror á esos animales) que por lo que pudieran servir en aquellas veredas montañosas.

La playa estaba silenciosa y al parecer abandonada. Indudablemente los salvajes pensaron que habían causado suficiente terror á los españoles con la matanza de Yurbaco, y que jamás se atreverían á atacarlos en la tierra adentro.

Siguiendo esta vez los consejos de la experiencia, los españoles aguardaron á que oscureciera para ponerse en marcha en busca de los enemigos, de manera que no llegaron á las inmediaciones de Yurbaco sino á media noche.

El cielo estaba cubierto de estrellas y la tierra silenciosa: todos los indios se habían entregado al sueño aquella noche, después de haber pasado todas las anteriores en vela, aguardando á ser atacados por los enemigos, hasta que llegaron á persuadirse de que en realidad les habían cobrado miedo y los dejarían tranquilos.

Al acercarse al pueblo con la mayor cautela, los españoles oyeron que los loros que moraban en el vecino monte, así como los que tenían domesticados los indígenas por centenares, empezaron á dar gritos y manifestarse alarmados. Sin embargo, los salvajes no comprendieron su peligro hasta que no se vieron rodeados de llamas, sofocados por el humo y amenazados por hombres cubiertos de luciente acero, y llevando muchos de ellos bajo de sí esos animales que les causaban grandísimo pánico, porque los consideraban más sanguinarios y terribles que sus amos: hablo de los caballos.

Los españoles rodearon completamente el caserío, y pusiéronle fuego á todas las casas que habían quedado en pie después del anterior incendio. Tenían orden de los jefes de no tomar ningún prisionero, dejar que se ardieran todos, y matar á cuanto hombre, mujer ó niño tratara de salvarse, pues querían vengar de una manera ejemplar y terrible la muerte del piloto y de sus compañeros,

La noche fue espantosa por cierto: pasáronla los españoles toda íntegra, hasta que amaneció, asesinando á aquellos desgraciados, cuyo delito había sido defender heroicamente su patria contra los feroces invasores. Así fue que los rayos del sol alumbraron una escena de ruina y desolación imposible de describir....

En medio de los calcinados cadáveres y los escombros, veíanse vagar como cuervos á los españoles en busca del botín, arrancando de los cuerpos de los indígenas las planchas de oro que llevaban, y removiendo las cenizas de las casas con gritos de feroz alegría y bárbaro contento.

Sin embargo, no todos se ocupaban en esta obra de rapiña, y entre otros Alonso de Ojeda y su nuevo amigo, el capitán Nicuesa, pensaban antes que todo en buscar los cuerpos de los españoles muertos días antes para darles decente sepultura. Pero en vano los buscaban: nunca se supo qué había sido de los cuerpos de los setenta españoles muertos en aquella jornada, sólo el de Juan de la Cosa fue hallado por su amigo Ojeda.

Recorría éste los alrededores del pueblo, cuando dio una voz de dolorosa sorpresa llamando á sus compañeros. Acorrieron los que estaban más cercanos y encontraron al Capitán hincado al pie de un árbol mirando con espanto el disfigurado cadáver del piloto, que habían atado los indios á un tronco, no se sabe con qué intención: presentábase á la vista de los que habían sido sus compañeros, desnudo, hinchado, corrompido ya y cubierto de asquerosos insectos.... Fue tál la impresión que produjo aquel espectáculo en los soldados, que una vez que le hubieron enterrado lo mejor posible, y rezado sobre él las oraciones del caso, todos á una pidieron licencia para volverse prontamente á los navíos, pues esta tierra les horrorizaba, y aseguraban que preferirían

morirse de hambre en otra parte, más bien que hacerse ricos entre aquellos salvajes.

Volvieron, pues, á la bahía con el botín, el cual había sido tan considerable que, después de apartar lo que le correspondía á la corona, tocó á los compañeros de Nicuesa nada menos que 7,000 castellanos de oro.

Una vez vengado Juan de la Cosa y demás compañeros, Nicuesa quiso continuar su viaje de descubrimiento á Nicaragua, en donde pensaba fundar su primera fortaleza, y despidiéndose amistosamente de Alonso de Ojeda, se hizo á la vela inmediatamente.

Nuestro héroe permaneció algunos días más en la funesta bahía de Cartagena, rehaciéndose y arreglando su tropa, y en seguida él también se alejó, en busca del golfo de Urabá, en donde Juan de la Cosa le había aconsejado que fundase su primera colonia, por ser aquella la sierra más rica y los indios al parecer menos feroces.

CUADRO X—1510

El golfo de Urabá

I

La grande ensenada de Urabá ó del Darién era á principios del siglo XVI, poco más ó menos, lo que es todavía. La vegetación exuberante de los trópicos se derramaba entonces, como sucede ahora, hasta bañarse entre las aguas del golfo, dejando apenas en algunas partes y en las desembocaduras de los ríos una ligera zona de playa descubierta. Naturalmente aquellos bosques estaban poblados, no sólo por millares de animales enemigos del hombre, sino que mortíferos miasmas se cernían sobre los pantanos é

insalubres manglares, teniendo al mismo tiempo los españoles que defenderse de las flechas envenenadas de los naturales,—que eran tan agudas, que penetraban sin dificultad por los más pequeños intersticios de las armaduras,—así como de las enfermedades y de los animales feroces.

A pesar del renombre de comparativamente mansos que tenían los indios del Darién, los españoles habían cobrado tal miedo á las armas envenenadas que usaban, que los compañeros de Ojeda pidieron licencia de ponerle San Sebastián (el abogado de las armas envenenadas) á la primera población ó fortaleza que fundaran.

Después de haber visitado el contorno del golfo,—hallando en todas partes una tierra anegadiza, malsana y poblada de caimanes y enormes serpientes,—al fin resolvieron edificar la proyectada fortaleza en la falda de una colina, cuyo terreno era más seco y ofrecía ventajas mayores. Tomó Ojeda posesión de aquel sitio en nombre de S. M. el Rey de España, con todas las ceremonias del caso, invocando al mismo tiempo la protección de San Sebastián.

Inmediatamente se procedió á levantar fuertes palizadas, con gruesos troncos de árbol, para defenderse de los naturales, y señalaron calles, solares y sitio para edificar una iglesia, la que debería levantarse en primer lugar.

Pasábase sin embargo el tiempo, y en todo pensaban los españoles, menos en edificar cosa alguna en la proyectada población; el temor de los indígenas no les permitía salir fuera de las palizadas sino cuando, acosados por la necesidad, ocurrían á buscar víveres en los vecinos caseríos, robando y talando las sementeras de los naturales que moraban más cerca, de donde rara vez volvían sin haber visto morir algunos de los suyos, de resultas de las flechas envenenadas con que se defendían los indígenas.

Para dar idea de lo que era la colonia de San Sebastián dos meses después de fundada, veamos lo que se hacía y se decía en ella en una hermosísima tarde del mes de Marzo.

La fortaleza, toscamente labrada con madera verde, y rodeada de una fuerte palizada, se levantaba triste y solitaria en un campo abierto, teniendo por el lado de atrás un bosque de enmarañada maleza, y al frente las aguas del golfo, dentro de las cuales se veían las carabelas de la flota, menos una, que Ojeda había devuelto á Santo Domingo para dar aviso al bachiller Enciso del sitio á que había de llevar los víveres y municiones que la naciente colonia necesitaba con urgencia. La tarde estaba tranquila y serena, una suave brisa rizaba las aguas del golfo y refrescaba la frente de los dos centinelas que se paseaban pausadamente delante de la puerta exterior de la fortaleza.

De repente vieron desembocar en desagradable desorden un grupo de españoles, que salían del monte y se dirigían á todo correr á la fortaleza; seguíales á alguna distancia una tropa de indios, gesticulando y dando sus acostumbrados alaridos. Los primeros cargaban el cadáver de uno de los suyos, muerto sin duda en la refriega, y llevaban casi arrastrando á dos heridos, los que, hinchados ya, desfigurados y temblorosos, gemían lamentando su segura muerte.

Los indios permanecieron á alguna distancia de la fortaleza, pues bien conocían el alcance de las armas de fuego de los españoles, y no se atrevían á acercarse. En tanto que los expedicionarios penetraban apresuradamente á guarecerse detrás de las palizadas, los naturales danzaban con horribles contorsiones, y manifestaban su triunfo, amenazando y gritando desde lejos.

Una vez que hubieron enterrado el muerto en un

sitio que habían señalado para el caso, detrás de la fortaleza y al abrigo de los asaltos de los indios, y entregado los heridos á los frailes enfermeros (es decir, que les ayudaban á bien morir, pues el herido siempre moría), los expedicionarios fueron á reunirse con sus compañeros en una gran cocina que servía también de comedor y de salón á los soldados, y en donde pasaban la velada reunidos los que no estaban de guardia.

La noche había cerrado enteramente, y una nube de mosquitos se levantó del cercano golfo é invadió todo el campo. Los soldados trataban de librarse de ellos, rodeando las hogueras, en medio de las cuales hervían las ollas con la cena.

—No he visto á Vicente hoy,— dijo uno de los recién llegados,— dirigiéndose á otro que había permanecido en la fortaleza.

—Cómo! ¿no supiste antes de irte que le encontramos muerto al pie de la palizada?

—Muerto!... Voto á.... imposible!

—Por qué no?

—¿De qué murió el vizcaíno?

—No se supo.... hacía días que se quejaba....

—Así era.... Pero andaba por todas partes y cumplía con sus deberes.

—Sin embargo, la última vez que le pusieron de centinela, parece que dijo que sufría mucho, pero no le hicieron caso....

—Válgame Dios!

—Y por la mañana estaba tieso!

—Qué injusticia!

—¡Feliz de él que descansó de esta vida! exclamó otro soldado terciando en la conversación. De buena gana me cambiaría yo por Vicente....añadió con un suspiro.

—¿Te cambiarías por el muerto?

—Tóma que sí! ¿No está ya tranquilo, en tanto

que nosotros nos quedamos aquí padeciendo hambres, debilidades, sustos, afanes, enfermedades desconocidas; oyendo sin cesar los clamores pavorosos de los salvajes, el bramar de los tigres, los leones y las panteras, sufriendo las mordeduras de las serpientes, las picaduras de los alacranes, las arañas y cien especies más de asquerosos insectos, y, lo peor de todo, la amenaza continua de las flechas envenenadas que dan la muerte con tánto tormento?

—Tiene razón! exclamaron varias voces.

—¿Os parece poco,—añadió el otro,—vivir aquí agonizando en un desierto tan sin halagos como es éste, y sin esperanza de mejorar de suerte?... Oh! mal haya de mi choza, de mis ovejas, de mi trigal, allá en mi rincón de Extremadura, en que vivía tranquilo y contento con mis harapos y mi pobreza! ¿Por qué me dejaría embaucar para venir á este infierno?

Y al decir esto el mísero colono ocultó la cara entre los doblados brazos y se dejó llevar con la imaginación á la patria, á la pobre aldea que había abandonado para correr en pos del demonio del oro.

—Eso que decís es cierto, repuso el primero que había hablado, pero no hay peor compañero que el desaliento, ¿y si todos empezáramos á arrepentirnos, qué sería de esta empresa? Ea, muchachos, que no se diga que la suerte es más fuerte que nuestro valor! La cobardía no puede tener asiento en pechos castellanos, y es tan cobarde el que se deja amedrentar por la mala fortuna como el que huye á la vista del enemigo....

—Tanto más, repuso otro, cuanto que parte de estos sinsabores finarán cuando llegue el bachiller Enciso con víveres frescos, pertrechos, hombres nuevos y armamento.

—¡Siempre nos engañan con las mismas esperan-

zas, continuamente fallidas! exclamó el extremeño levantando la cabeza.

—Podríais imitar al Capitán, dijo uno de ellos; él jamás se desalienta ni se abate, aunque con frecuencia sufre más que nosotros.

—Gran mérito, por cierto!... cuando tiene la seguridad de no ser herido nunca, y hasta ahora no ha sufrido la más leve enfermedad!

—Seguridad! no digáis sino la fortuna!

—Vive Dios, caballeros! exclamó el extremeño; á mí me han dicho, y lo creo, que en el Capitán debe de obrar algún hechizo.

—Ha mucho que lo he oído decir, repuso uno.

—Lo creo á pie juntillas! añadió otro.

—Tanto más, repuso el primero, que de todos nosotros el Capitán ha sido el único que no ha tenido enfermedad, ni picadura de animal, ni el más leve contratiempo en su salud desde que en mala hora arribamos aquí.

—No son hechizos ni brujerías lo que le protege, dijo uno, sino su devoción á la Virgen y á aquella bendita imagen que carga siempre consigo.

—Así será tal vez, contestó el extremeño; y el indio ladino (1) que habla la lengua de estos bárbaros, me aseguraba el otro día que hasta los indios han caído en sospechas de lo invulnerable que es el Capitán, y ponen el mayor cuidado en atacarle á él con preferencia.

—Válgale el amparo del cielo!

—¡Que le proteja la Santísima Madre de Dios!

—¿Qué haríamos aquí sin Ojeda?

—Es tan bueno!

—Tan equitativo, tan justo!

—Yo daría mi vida por él!

Exclamaron todos los soldados, pues cada cual

(1) Así llamaban los españoles á los indios intérpretes.

amaba y veneraba á Ojeda como á un sér superior, y le profesaban una admiración sin límites. Tánto le amaban sus soldados que nunca tuvo que reprimir sublevación ninguna, y aunque es verdad que los oficiales le tenían envidia, con frecuencia ellos mismos confesaban que pocos aventureros poseían su espíritu.

En estas y otras conversaciones pasaron aquellos hombres la velada, hasta que se fueron retirando en busca de sus hamacas, tratando de olvidar en el sueño la triste suerte que les había tocado.

II

Pocos días después de aquel en que los soldados platicaban, como queda dicho, una mañana muy temprano entró Francisco Pizarro á la estancia que ocupaba nuestro héroe en la fortaleza, á pedir órdenes, sorprendiéndose muchísimo al encontrarle pálido, demudado, temblando y absorto.

—¿Qué os pasa, Capitán? exclamó. ¿Acaso os habrá atacado la fiebre perniciosa?

Ojeda le miró sin contestarle y hundió la cara entre las manos.

—Señor, continuó Pizarro, ¿qué os ha sucedido?... Venía á preguntaros qué debemos hacer, pues acabo de saber que se prepara para hoy un ataque de los naturales contra la fortaleza, cosa que aún no se habían atrevido á intentar desde que estamos aquí.... Pero si estáis indispuesto, yo resolveré lo que mejor me parezca....

—No, respondió al fin Ojeda, — haciendo un esfuerzo para serenarse, — aguardad un momento.... Explicadme de nuevo, añadió, poniéndose de pie y dando algunos pasos por la estancia, y acercándose á Pizarro, repuso: cuando entrasteis, Francisco, acababa de tener un sueño que hizo honda impresión

en mi alma, y me puso casi fuera de mi juicio.... pero ya pasó, hablad.

Volvióle á decir Pizarro la nueva que traía, siendo él de opinión que aguardasen de pie firme la llegada de los indígenas, en la fortaleza, en lugar de salirles al encuentro como lo deseaba Ojeda, quien siempre escuchaba más la voz de su valor que la de la prudencia.

Estaban en esta discusión cuando repentinamente oyeron, casi al pie de las palizadas, la vocería salvaje de los naturales, que arrastrándose por el suelo habían logrado llegar muy cerca sin que los notasen, y atacaban con denuedo la fortaleza.

—¡Es preciso acudir á rechazarlos! gritó Ojeda. ¡Volad vos, Pizarro, á prepararlo todo, yo os sigo!

Y recobrando instantáneamente su acostumbrada energía arrancó del muro su armadura, se la puso prontamente, asió con una mano la espada y con la otra la rodela, y llamando en torno de sí á los soldados más audaces, mandó abrir las puertas del fortezuelo y salió por ellas como un vendabal; cayendo sobre los indígenas los dispersó, y púsose á perseguirles sin echar de ver que aquello era lo que pretendían los bárbaros: alejarle de los suyos; y rodeándole, matarle ó averiguar si en realidad su vida estaba encantada y las flechas no tenían poder sobre el bravo Capitán.

Alejáronse, pues, á todo correr los indígenas, llevando tras sí á Ojeda, que, como de costumbre, iba adelante de los suyos. Pero sucedió que al llegar á la vera del monte seis de los más certeros cazadores indígenas se detuvieron formando semicírculo á cierta distancia, y todos dispararon sus flechas al mismo tiempo sobre Ojeda. Dos de éstas pasaron á su lado sin tocarle, tres dieron sobre la adarga y cayeron al suelo sin hacerle nada, pero la del más inmediato fue á dar en la juntura de dos piezas de la ar-

madura, que con tánto descuido se había atado, y penetrándole un muslo le pasó de parte á parte, arrojándole al suelo cubierto de sangre.

Al verle tambalear y caer herido, los indígenas prorrumpieron en un prolongado grito de alegría y se alejaron cantando victoria, en tanto que los españoles llegaban al sitio en que yacía el Capitán, le levantaron, y cargándole le llevaron al fuerte. Pocos momentos después Ojeda empezó á experimentar los síntonas mortales del veneno de la flecha, y conoció que su vida contaba pocas horas.

—¡No moriré dejándoos aquí abandonados! gritó Ojeda al sentir por sus venas el fuego de la ponzoña, y poniéndose en pie exclamó con energía: No moriré!

—Capitán, dijo entonces fray Andrés, que tenía el privilegio de ser escuchado con atención por Ojeda en toda emergencia. Capitán, en vez de revelaros contra los decretos del cielo, ¿no sería mejor que os prepararais á morir como cristiano?

—Repito que no moriré.

—Pero bien sabéis, repuso el fraile tristemente, que hasta ahora nadie se ha curado de semejante herida....

—¡No necesito de vuestras exhortaciones! dejadme, fray Andrés, y que me llamen al físico.

Este era otro fraile que tenía las atribuciones de médico, y pasaba por tál entre los expedicionarios.

—Héme aquí, señor Capitán, contestó acercándose.

—¿Uno de los síntomas de envenenamiento con flecha, dijo Ojeda, no es el de sentir un frío penetrante que atraviesa la herida de parte á parte?

—Así es; pero si no sintierais eso probaría....

—No solamente lo siento, repuso Ojeda, sino que al mismo tiempo que la sangre se me hiela, el calor me sube á la cabeza como fuego.

Todos los circunstantes se miraron consternados.

—Bien, añadió Ojeda, puesto que ni vos ni nadie aquí conocen remedio á este mal, yo mismo me curaré. Y dirigiéndose á dos sirvientes, añadió: poned dos planchas de hierro sobre el fuego, y cuando estén candentes traedlas.

En tanto que se ejecutaban estas órdenes, mandó que le lavasen la herida y diesen á beber agua, pues le devoraba una sed ardiente.

—Ya están las planchas, dijo un sirviente al cabo de algunos momentos.

—Candentes?

—Sí, enteramente rojas.

—Ahora, señor físico, aplicádmelas inmediatamente en las dos heridas.

—¡Qué barbaridad! exclamó éste, no señor, no haré tal cosa.

—¿Que no lo haréis?

—No, porque moriríais más presto.

—Esa es cuenta mía.... apurad, que se pasa el tiempo.

—¡No haré tal!

—¡Yo os lo mando!

—¡No quiero ser el asesino de mi Capitán!

—¡Juro á Dios! villano, mal nacido! que si no me obedeces, al punto te mando ahorcar como á un perro malandrín!

—Pero, señor Capitán.... exclamaron todos.

—¡Todavía no he muerto, y quien manda aquí soy yo! gritó Ojeda colérico y fuera de sí.

—Señores, decía el pobre fraile temblando, si el Capitán no sobrevive al remedio, no me culpéis á mí.

— Por Dios, mi Capitán, decía fray Andrés arrodillándose á sus pies, oíd razón....

—¡Las planchas, las planchas! gritaba Ojeda furioso, y sacando la daga, añadía: ¡ó mato á cuantos se

me pongan por delante! Y al decir esto trataba de arremeter á los que tenía cerca.

—¡Dadle gusto, por todos los diablos! exclamó Pizarro que llegaba á la sazón, ¿no veis que si le exasperáis morirá más pronto?

—Obedezco, pues, respondió el físico suspirando, y acercándose á Ojeda, que había caído postrado y sin fuerzas en el suelo, añadió: pero es preciso que el Capitán se deje atar, porque la operación será dolorosísima, y el menor movimiento le causará mayores males.

—No necesito otras ligaduras que las de mi propia voluntad, contestó el Capitán resueltamente.

—Entonces que le tengan dos ó tres personas.

—Atrás! gritó Ojeda, descubriendo la herida y poniéndose en la posición requerida para la operación. ¡Que nadie se atreva á ponerme las manos....! Yo puedo y quiero estarme quieto, y me estaré!

Acercaron entonces las planchas de hierro candentes, y en tanto que casi todos aquellos duros y empedernidos aventureros volvían la cara para no ver tan horrible operación, el físico apoyó el hierro sobre la herida que chisporroteó, las carnes se encogieron y contrajeron.... Ojeda permaneció firme, quieto, y no exhaló un gemido ni una queja. Cuando apartaron las planchas el valiente Capitán había perdido el conocimiento, y momentos después se le declaró una fiebre tan ardiente que creyeron moriría aquella noche no más. No sabiendo cómo calmar la violencia de la inflamación que se le declaró, resolvió el médico envolverle sin cesar en lienzos empapados en vinagre, lo que hizo hasta agotar un barril de este líquido, con lo cual cedió la fiebre y produjo una benéfica reacción. No fue sino al cabo de tres días que Ojeda recobró la razón que había perdido completamente, y el médico aseguró que habían pasado los síntomas de envenenamiento, aunque no de la enfermedad, la

que se convirtió en fiebres intermitentes, decaimiento de fuerzas y de ánimo, cosa nunca vista en él antes, pero bastábales á los tristes colonos saber que aún vivía su Capitán para no dejarse abatir por el desaliento.

III

Uno de los mayores martirios que sufría el mísero Ojeda en su larga convalecencia, era el insomnio; pasaba las noches de claro en claro, por lo cual se turnaban los oficiales de su confianza para hacerle compañía, pero la que él prefería era la de Francisco Pizarro, en quien tenía puesta su mayor amistad y en quien fiaba sobre todos los demás. Así era que pasaban los dos largas horas conversando agradablemente sin que echasen de ver que trascurría el tiempo.

—Francisco, díjole una noche repentinamente, há mucho tiempo que deseaba preguntaros qué pensasteis de mí aquella mañana en que fui herido, y me encontrasteis afligido por un sueño.

—Qué podía pensar, señor, sino que aquel sueño hubo de haberos hecho mucha impresión cuando tánto os preocupó....

—¡La impresión, Francisco, no me ha pasado aún! Y no creáis que mi salud sufre sólo de resultas de la herida, sufre también mi pensamiento un indecible martirio; os confieso que estos insomnios son á veces voluntarios, porque temo, como me ha sucedido á veces, volver á ver la misma visión que tánto me atormenta, y no me atrevo á dormir.

—Eso proviene, sin duda, de la debilidad en que estáis, contestó Pizarro, mirando con extrañeza al valiente Capitán, que á nada temía jámás, y temblaba ante una fantasía. Tal vez, añadió, si me confiarais lo que os atormenta, desvanecería la impresión desagradable.

Ojeda permaneció callado un rato, y al fin:

—Pizarro, dijo, ¿por ventura alguna vez habéis amado á una mujer?

—Vaya que sí! á muchas ¡vive Dios!....

—Entonces no habéis amado á ninguna; hablo de aquel amor santo, grande, verdadero, que vive sin esperanza y que crece sin motivo, que hace parte de nuestro corazón, que no pide nada para sí, y que es como un culto, una adoración perpetua, una vida aparte de nuestra vida, una luz que ilumina nuestra alma, y nada tiene que hacer con el cuerpo.

—Señor, repuso Pizarro asombrado, ¡cáspita! habláis como uno de aquellos caballeros andantes de que rezan los libros de caballerías, que por ventura he oído leer en España en las veladas, pues yo no soy aficionado á la lectura.... ni conozco siquiera las letras.

—¿Es decir, amigo mío, que no sabéis amar?

—Así como decís, no por cierto, aunque no por eso las guapas chicas....

—Ah! Pizarro, Pizarro, repuso Ojeda en voz baja, este amor de que yo os hablo es una brava cosa: es la dicha mayor en el mundo y es la pena más grande que existe! Os lo digo con experiencia: desde que me conozco encontré en mí este sentimiento, que me ha alentado en todas mis empresas y que me ha dado valor, fuerza, energía, voluntad á mi existencia. "¿Qué diría María si supiera lo que hago?" esta pregunta me ha impedido cometer muchas malas acciones. Yo sabía que ella jamás podría saberlo, pero la sola idea de su existencia en este mundo me levantaba del fango y me hacía mejor. Pues bien, ella, pobre é ignorada monja, sumida en un convento de Castilla....

—¡Monja, decís! preguntó asombrado el otro.

—Sí, monja, entregada á sus devociones y con los ojos puestos en el cielo, sin acordarse nunca de mí tal vez, *ella* era el secreto norte de mis acciones, aun-

que yo mismo muchas veces no lo sabía; pero ya que comprendo que ella no es de este mundo, que ha muerto, el resorte de mi vida se ha quebrado, he perdido el ánimo, la fe en mí mismo y la esperanza....

—¿Y cuándo supisteis su muerte?

—La noche anterior á mi herida. Esa madrugada soñé que la veía en un ataúd, vestida con sus tocas monjiles, rodeada de luces y de religiosas arrodilladas que oraban por su alma. Imaginé que yo estaba en el lado opuesto, tras de una reja de hierro, y que la oía que me llamaba para que fuese á ella, y yo no podía romper la barrera que nos separaba.

—Esa fue una pesadilla, un desvarío.

—Tres veces, Pizarro, he tenido la misma visión. Yo no dudo que María haya muerto, pues me afirmó, cuando me regaló aquella imagen de la Virgen que veis allí, que de seguro tendría un aviso si ella moría ó me olvidaba. Ella no me ha olvidado por otro, puesto que su vida era la virtud misma. Ya veis que mi extraño sueño fue seguido por aquella herida mortal, de la que me salvé por especial protección de la Santísima Virgen, pues de otro modo habría sucumbido.

Refiriole Ojeda á su Teniente en seguida muchos de los extraños sucesos de su vida, que ya el lector conoce, hasta llegar á convencer al futuro conquistador del Perú, que era supersticioso, como todo el que vivía en aquel siglo, que tenía razón de estar persuadido de la muerte de María, y que los raros acontecimientos que antes hemos referido no eran efecto de la casualidad, sino obras sobrenaturales y especial intercesión de la Virgen en el cielo para con él.

Largamente conversarou aquella noche los dos aventureros, y con efecto sus confidencias, y el haber dado voz á sus sentimientos y aprehensiones pa-

recieron aliviar las dolencias de nuestro héroe, calmar su espíritu y dádole ánimo y vida, porque gradualmente fue recobrando su salud, fe en lo porvenir y vigor de espíritu, aquesta energía tan característica en él, que nada, ni nadie podía en realidad doblegar jamás.

IV

A medida que el Capitán recobraba ánimo y fuerzas, sus compañeros perdían las suyas, y sólo merced á la influencia de Ojeda no se habían revelado contra la empresa que tan funesta se había presentado desde el principio.

Ya no sabía nuestro Capitán qué hacer con el hambre que amenazaba la colonia, cuando un día le anunciaron que se veía entrar al gran Golfo, y dirigirse hacia la incipiente población, un navío á toda vela.

Corrieron los hambrientos y necesitados españoles á recibirle con loca alegría, el cual en su concepto no podía ser otro que el del bachiller Enciso, que tánto había tardado. Grande fue, pues, su pesadumbre cuando descubrieron que no era el ansiado navío de su confederado, sino el de un aventurero llamado Bernardino de Talavera, hombre de mala nota en la Española, y la tripulación, además, parecía componerse de bandidos y hombres perdidos de toda especie.

El buque estaba repleto de provisiones y pertrechos de todas clases, como cerdos vivos, carne salada y gran cantidad de pan de *cazave*. Todo esto lo vendió á gran precio á Ojeda, que tuvo que dar en pago la mayor parte del oro ganado en la expedición.

En breve se supo que tanto las provisiones como el navío eran robados á un italiano, dueño del ber-

gantín, que arribó á la Española de paso. Talavera, acribillado de deudas, y en vísperas de ser aprehendido, tuvo noticia de la situación en que se hallaban los colonos de San Sebastián (por el navío que envió tiempo antes Ojeda para apurar á Enciso que no se movía), ocurriósele al despierto aventurero hacerse á víveres y con ellos á fortuna. Así, en unión de cuanto bandido pudo recoger, una noche asaltaron el navío del genovés, pusieron á los marineros de él en tierra, y haciéndose á la vela se dirigieron al golfo de Urabá, adonde arribaron por casualidad en breve tiempo, á pesar de que no había en la embarcación casi ninguno que conociese el arte náutico.

Después de haber pasado tánto tiempo sin alimentos nutritivos, y que los que conseguían era distribuídos con parsimonia, al ver los almacenes repletos de víveres frescos y para ellos apetitosos, los miserables colonos pretendieron que se les entregasen á discreción, olvidando que no eran inagotables y que podían volver á escasear, si Enciso no llegaba pronto: además, la compañía de los recién venidos, y los hábitos desordenados que tenían aquellos bandidos, desmoralizó completamente la antes triste pero pacífica y obediente colonia. Los soldados empezaron á desobedecer á sus jefes, y producíanse riñas y disputas á cada paso, y como éstos quisiesen intervenir, murmuraban y se rebelaban continuamente. Azuzados por los piratas empezóse á decir entre las gentes de Ojeda, que aunque él les acortaba la ración, y no permitía distribuír sino lo necesario, en cambio había ocultado para su uso particular gran cantidad de víveres, siendo bien conocido en la colonia el terror supersticioso de su Capitán á la muerte por hambre, pues era fama que varias veces le habían predicho que aquel sería su fin. A pesar de sus protestas y buenas razones, los amotinados se

hicieron tan fuertes y sus reclamaciones tan audaces, que Ojeda, que no quería de ninguna manera abandonar la empresa y perder tánto trabajo, calmó los ánimos descompuestos ofreciendo ir personalmente á la Española á traer los recursos que tánto necesitaban. Además, de aquella manera se llevaba consigo los peores sujetos que había en la colonia, así como á Talavera y á su ruin y dañosa tripulación, que tánto mal había causado con su mal ejemplo y peores consejos.

Nombró á Pizarro para que gobernase la colonia en su lugar, pero éste le dijo:

—Bien sabéis, Capitán, que me conformo con vuestras órdenes, pero pensad que puede suceder que algo os impida volver pronto. ¿Qué haré si se acaban los víveres y nos empezamos á morir de hambre?

—Me aguardaréis, Francisco, cincuenta días, y, si concluído el plazo, no he vuelto, os relevo de vuestra palabra: abandonaréis la colonia.

Dos días después Ojeda se despedía con tristeza de aquel punto en el que había soñado, por segunda vez, fundar una colonia en Tierra Firme sin poderlo lograr, pues la suerte jamás le fue propicia en ninguna cosa que emprendiera por cuenta propia.

Embarcóse con la tripulación de Talavera en su nave, imaginando éste que cubriría sus robos en la Española con el oro que llevaba: la humanidad siempre ha sido la misma, y en todas partes, y en todos tiempos, ha habido jueces blandos al oro. Además, Talavera confiaba en la influencia que ejercería Ojeda en Santo Domingo, manifestando la oportunidad de los socorros que le había llevado, sin los cuales la colonia indudablemente hubiera perecido de hambre.

Ojeda no llevaba consigo sino á fray Andrés, que

no quiso abandonar á su Capitán, y le tenía tánto cariño que no estaba contento sino á su lado. Los demás colonos prefirieron quedarse en tierra, pues temían los malos procedimientos de Talavera y sus compañeros, á quienes juzgaban capaces de cualquier traición.

Apenas se encontró Ojeda en el navío de Talavera, cuando, naturalmente, quiso, según su costumbre, mandar en él como Capitán. Resistióse Talavera á entregársele, y surgió con este motivo una disputa entre los dos. Ojeda desafió al aventurero á singular combate, ofreciendo someterse si el otro vencía, pero Talavera sabía muy bien cuánto poder había en el brazo del Capitán, y llamó en su auxilio á los demás compañeros. Indignado Ojeda, ofreció entonces pelear con toda la tripulación de uno en uno y de dos en dos, hasta que le mataran ó matara él á todos.

Pero los piratas no quisieron hacer caso á aquel verdadero precursor de *don Quijote*, sino que, rodeándole, le desarmaron, no sin trabajo, y encadenándole le sumieron en el fondo del buque, en donde permitieron que le acompañase algunas veces fray Andrés, única persona que tenía de su parte entre aquellos malhechores.

Así, por segunda vez veíase el desgraciado Ojeda preso y desamparado en alta mar, y sin otro socorro que la imagen de la Virgen que, como tántas veces hemos dicho, jamás olvidaba, llevándola enrollada en un tubo de lata para preservarla en aquellos climas húmedos y ardientes.

CUADRO XI—1511

El voto de Ojeda

I

La isla de Cuba dice — Humboldt — "no solamente es la más grande de las Antillas, sino que su forma alargada y angosta presenta tánta extensión de costa, que al mismo tiempo es vecina de Haití, Jamaica, las costas de la Florida y de Yucatán."

Cuando Colón, en Octubre de 1492, en su primer viaje al Nuevo Mundo, descubrió la isla de Cuba, pensó que era la famosa Cipango de que habla el viajero Marco Polo en sus viajes. Bautizóla entonces con el nombre del Príncipe de Asturias, y llamóla *Juana;* después Fernando el Católico quiso que la pusiesen *Fernándina*, pero también la llamaron isla de *Santiago* y de *Ave María*, prevaleciendo por último el nombre indígena de CUBA.

Colón no se cansaba de ponderar la belleza del paisaje de aquella isla, que pinta como un verdadero paraíso terrestre: los ríos orillados por palmeras, árboles y arbustos cubiertos siempre de frutas y de flores; sus verdes prados esmaltados de varios colores; las frutas nuevas y deliciosas que le presentaban los hermosos y hospitalarios indígenas; la infinidad de aves que ostentaban su espléndido plumaje y cantaban entre las perfumadas ramas de los árboles; la bondad del clima y la ausencia completa de todo animal dañino y enemigo del hombre: todo allí era encantador y delicioso.

En la época de su descubrimiento Cuba se dividía en 29 provincias gobernadas cada una por un cacique diferente. Los naturales eran pacíficos; vivían de la pesca y cultivaban la yuca, el maíz, el

ñame, la batata y otras raíces, además de las innumerables frutas silvestres que crecían espontáneamente en aquel suelo privilegiado. El clima era sano y el termómetro, por término medio, no marca hoy día más de 24 centígrados (salvo en las ciudades populosas). Pero siendo el terreno muy húmedo en las costas del mar, lo que contribuye al desarrollo y crecimiento de la vegetación, el temperamento es en ellas impropio para el bienestar del hombre, y se tiene por generalmente malsano. Pero no sucede así en el interior de la isla y en las cordilleras llamadas Sierra-Maestra, de las Cubitas y de los Órganos, en donde el clima es fresco y se producen plantas propias de los temperamentos medios y fríos. En aquellos montes se encuentran minas de fierro, plata y oro, y ricas fuentes termales. Un cinturón de islotes, de rocas consumidas y de bancos de arena circunda á Cuba casi completamente, lo que causa frecuentes naufragios en sus costas, y en todo tiempo su arribo es peligroso. Particularnente en la parte más al sur de la isla, desde el cabo de la Cruz hasta el de San Antonio, los bajíos, islotes y rocas calizas eran tan frecuentes, y en la estación de las lluvias el clima tan mortífero, que aun los indígenas no se atrevían á permanecer en aquellos parajes, entonces enteramente abandonados. (1)

Al nacer un triste y opaco día de Octubre de 1511, el sol hizo patente la peligrosa situación de una carabela que luchaba con las olas como á dos leguas del Cabo de la Cruz. Durante el día y la noche anterior, uno de los huracanes tan frecuentes en el mar de las Antillas había batido la carabela de tal manera que era cosa de milagro que se hubiese conservado tánto tiempo y visto la luz del día. Las olas semejaban montañas de espuma que tuvieran voluntad y vida,

(1) Allí es donde se cultiva hoy el afamado tabaco llamado de la *Vuelta de Abajo.*

y que se hubiesen propuesto atacar aquel miserable navío, que se estremecía y crujía, dando botes como para no dejarse sumergir. El cielo estaba oscuro y cubierto de espesas nubes, y el viento se entretenía en arrancar los últimos trozos de cuerdas que habían quedado pendientes de los palos.

A la vista de la línea de costas ceñidas por rocas y arrecifes hacia la cual se dirigía impetuosamente la carabela, que ya no obedecía al timón, gobernado por manos temblantes é inexpertas, todos los que iban dentro de él se creyeron perdidos, pues sin gobierno ni rumbo los arrastraba la corriente derecho á los arrecifes. Sin esperanza ninguna de salvarse, caían de rodillas oficiales y marineros, invocando al cielo en aquel pavoroso trance, no para pedirle la vida, cosa ya imposible, según creían, sino una muerte pronta y no tan dura como la temían.

—¿Por qué, dijo fray Andrés, dirigiéndose á Talavera, por qué no acudís al Capitán Ojeda en tan terrible aprieto? él con su ciencia nos podría quizás salvar.

—¡Ojeda, salvarnos! exclamó el aventurero, ¿acaso él sería capaz de acallar los vientos y tranquilizar las aguas del mar?

—Eso no, contestó el buen fraile, pero sabría dar dirección al navío. El conoce estas costas como sus manos, y además es buen marino. Hasta Juan de la Cosa, añadió, respetaba sus opiniones en casos como éste!

—Id entonces, volad, padre, y sacad á Ojeda de la prisión para que venga á tomar el mando de la embarcación, exclamó Talavera precipitadamente.

—No haré tál, respondió el otro, si no juráis aquí ante testigos que no le volveréis á poner preso....

Las rocas blanqueaban ya muy cerca, y el navío se dirigía con ímpetu vertiginoso hacia ellas; la tripulación veía una ruina segura si el navío no cambiaba de rumbo.

—¡Sí, sí! grito Talavera; ofrezco lo que queráis!

—¡Si nos salva la vida no pedimos más! exclamaron los que este coloquio oían; juramos obedecerle como esclavos, y en adelante: sólo él será nuestro jefe!

Y sin aguardar el consentimiento de Talavera corrieron á sacar á Ojeda del fondo del buque, llevándole en brazos hasta sobre cubierta.

Habiéndose orientado y examinado fijamente la situación de la carabela y el peligro que la amenazaba, Ojeda se apoderó del timón, hizo virar de bordo, y dominando el buque cesó de ser juguete de la marejada, en términos que muy luego no se sentían de la misma manera los golpes de las olas y la embarcación obedecía con facilidad al timón. Aunque ya era imposible que no fuera á estrellarse contra la costa, hacia la cual le llevaba la corriente, dirigió Ojeda la carabela á una ensenada rodeada de bancos de arena, y menos escabrosa que los otros puntos de la playa; ensenada que ni siquiera habían notado los anteriores comandantes del buque, cegados por el susto y por la ignorancia del arte náutico.

A pesar de toda su ciencia, como el navío se había adelantado tánto, Ojeda no pudo evitar el naufragio, pero sí logró que no se surmergiera antes de encallar en la arena. Inmediatamente mandó que saltasen todos á tierra por entre el mar pando allí, pero sin poder sacar sino las vidas salvas y lo encapillado no más.

El suelo estaba cenagoso bastante adentro de la tierra, y fueles preciso vadear hondos charcos antes de llegar á un sitio en que pudiesen descansar, y en donde, siguiendo el ejemplo de Ojeda, todos se postraron á dar gracias á Dios por su salvación.

—Según entiendo, dijo Ojeda, estamos en la isla de Cuba, pero como aún no la han sometido los cristianos, sus habitantes no nos serán propicios, y de

seguro si nos encuentran nos atacarán, pues hay aquí muchos indios de Haití alzados y fugados.

—¿Qué debemos hacer, pues, señor Capitán? preguntaron varios de aquellos bandidos, acercándose con humildad.

—No nos queda otro recurso sino el de atravesar aquellas montañas que veis allí, para ir en busca de la costa más cercana á la Española, en donde pueda ser que nos sea fácil atravesar el estrecho.

—¡Nos entregamos á vos, señor, para que nos guíes! exclamaron todos los náufragos, rodeándole.

—Yo no debo tener fe en vosotros, contestó él, ni me comprometo á ser vuestro jefe si no me hacéis pleito homenaje, y juráis obedecerme ciegamente, pues de lo contrario nos perderíamos todos.

—¡Lo juramos, Capitán, gritaron todos á una, lo juramos por Dios Nuestro Señor.

—¿Juráisme obedecer á mí no más?

—Lo juramos! gritaron los tristes bandidos.

—¿Y no hacer nunca sino mi voluntad hasta que lleguemos á tierra de cristianos?

—Lo juramos.

—Y vos, Talavera, qué decís? preguntó el Capitán dirigiéndose al pirata, que permanecía apartado de los demás y como avergonzado y confuso.

—Yo haré lo que hagan los demás, contestó con aspereza.

—Sois un mal hombre, díjole fray Andrés, pues no os ablandáis ni por haberos salvado la vida.

—¿Acaso no nos salvó por salvar la suya? repuso el empedernido aventurero, volviéndole la espalda.

II

Como hemos dicho antes, aquella costa se componía sólo de bajíos y ciénagas, y así abandonábanla en la estación de las lluvias hasta los animales. Toda

la orilla del mar estaba cubierta de manglares, por entre los cuales guió Ojeda á sus compañeros de infortunio hacia el interior, en busca de algún sitio propio para pasar la noche, pues en todas estas faenas y fatigas habíase pasado íntegro el día y llegaba la noche.

Decaía ya enteramente la tarde cuando nuestros españoles llegaron con mil trabajos á la cima de una colina, cuyo terreno seco les permitía caminar con seguridad y sin temor de sumergirse. La vegetación en aquel punto era tan lujosa que no había una cuarta de terreno que no estuviese cubierto de plantas, y hasta las piedras y troncos caídos tenían encima un manto espeso de verdes musgos. Un bosque de altísimos árboles, bajo cuya sombra no crecían arbustos ni abrojos, ofreció asilo á los viajeros. Era aquel bosque hermosísimo: semejaba una titánica catedral, cuyas columnas eran los gruesos troncos de los árboles, y la techumbre las extendidas ramas, adornadas con variadas y floridas parásitas que formaban artísticas guirnaldas y elegantes dibujos y trazados.

No obstante haber visto muchas veces parajes bellos y grandiosos en el Nuevo Mundo, y que es preciso tener cierta educación para gozar con las bellezas naturales, aquellos hombres rudos no pudieron menos de admirar sorprendidos un sitio tan hermoso.

Ojeda les asguró que la isla carecía enteramente de reptiles venenosos y de animales contrarios al hombre, por lo que no se tomaron la pena de hacer la tradicional hoguera, que era la primera operación que se ejecutaba en el Nuevo Mundo, cuando precisaba pasar la noche al aire libre. Aunque no llevaban consigo ningún alimento, contentáronse aquella noche con comer de las muchas frutas de agradable sabor y delicioso perfume que hallaron en el el bosque, como zapotes silvestres, varias especies

de cocos y de nueces, limas y naranjas jugosas y dulces, aunque más pequeñas que las europeas (1). Este refrigerio, sano y fresco, fue para aquellos hombres doblemente agradable, puesto que hacía meses que se mantenían solamente con carne de cerdo salada y el tan desabrido pan de cazabe.

A poco de haber cerrado la noche y cesado el último canto vespertino de las innumerables aves que poblaban el bosque, cubrióse el suelo, las ramas de los árboles, los troncos y el aire mismo de muchedumbre de insectos fosfóricos (*cocuyes*), "y tal parecía," dice Humboldt hablando de una noche en las Antillas, "como si el firmamento estelarse hubiese extendido sobre aquellos campos." La comparación es particularmente exacta cuando se recuerda que los *cocuyes* tienen la facultad de avivar ó disminuír la luz que llevan, y al mismo tiempo, según la edad, la tienen más ó menos roja: así es cierto que un campo cubierto de *cocuyes* podría figurar las constelaciones del cielo con sus estrellas de mayor ó menor magnitud, y sus diversos y variados tintes de luz.

En tanto que sus compañeros se entregaban al sueño y al descanso, nuestro héroe meditaba en la apretada situación de los 70 náufragos, á cuya cabeza estaba él, y de quien todos esperaban la salvación con fe ciega. Y la empresa era ardua, tanto más cuanto que no tenían más armas que los cuchillos que llevaban pendientes de la cintura en el momento de naufragar, ni esperanza de otro alimento que el que les proporcionara su brazo, ó pudieran arrancarle á los indígenas, los que sin duda los mi-

(1) Se lee en Humboldt: *Viajes á las regiones equinoxiales* "los españoles llevaron de Europa al Nuevo Mundo los naranjos y limoneros, sin embargo en Cuba existían yá desde antes de la conquista varias especies de naranjos y limoneros indígenas, que aún se hallan silvestres en las montañas de la isla."

rarían mal y tratarían de hacerles la guerra á su paso. Ojeda sabía que aquellos hombres eran gente de mala vida, vagos y criminales, fugados de las cárceles y presidios de España, y, por consiguiente, flojos y miserables, inexpertos en la guerra y nada habituados á la subordinación que se requiere para ser buenos soldados. Era preciso, pues, evitar no solamente las partes pobladas de la isla, sino también las montañas escarpadas y riscos, porque él bien sabía que sus compañeros eran hombres incapaces de soportar los cambios del clima y las sendas ásperas de las sierras.

Resolvió después de meditar á solas largas horas, tomar un término medio, y costeando la parte habitada de la isla, para poder arrancar de noche, y sin ser notados, algunas raíces de las sementeras que rodeaban los caseríos, y pasando por el pie de la serranía meterse á los bosques que cubrían los estribos de la cordillera, y así evitar uno y otro peligro.

Todo obstáculo avivaba la tenacidad de Ojeda y dábale fuerza y vigor para tratar de vencerlo: así, á la mañana siguiente sus compañeros de infortunio le encontraron más que nunca animado y lleno de fe: Había resuelto no dejarse avasallar por la suerte y tenía el convencimiento de que lo lograría.

Después de una corta oración á la Virgen, en unión de sus compañeros de infortunio, Ojeda emprendió camino, más por instinto que porque en realidad lo conociera, al través de densísimas selvas. Pasóse el día y llegó la noche sin que hubiesen hallado las sementeras tan deseadas, pero al promediarla se vieron atacados por una tribu de naturales, los que felizmente siendo pocos, en breve los pusieron en fuga é hicieron algunos prisioneros. Éstos al día siguiente los guiaron á sus miserables chozas, en donde al fin hallaron pescado fresco y otros alimentos nutritivos, de los cuales se apoderaron y continuaron

su ruta con tan buena suerte que no volvieron á tener ningún encuentro con los indígenas.

Siguiendo siempre por el pie de las sierras, á medida que éstas se iban acercando al mar, se hacían más difíciles las sendas que transitaban: los terrenos eran húmedos y cenagosos, y los pantanos que atravesaban más hondos y continuados; los árboles fructíferos empezaron á escasear, y por último se agotaron enteramente. Los ríos eran frecuentes, y tan hondos, que algunos de los náufragos perecieron ahogados y otros prefirieron quedarse atrás y morir de hambre y de desaliento ó á manos de los indígenas. Sin embargo, Ojeda no desmayaba un momento, y lleno de fe y de energía iba siempre adelante tratando de infundir ánimo á sus desgraciados compañeros, con la esperanza de un pronto arribo á una tierra más propicia.

Así se pasaron ocho, diez y doce días desde que habían empezado á transitar por aquel terreno movedizo, el cual se extendía indefinidamente adelante, haciéndose cada día menor el número de náufragos y menor la esperanza de salvación en el pecho de los restantes.

III

El sitio en que se hallaba la mísera caravana encabezada por Ojeda, una mañana de Noviembre (un mes después de haber arribado á Cuba), era por cierto tan bello como imponente.

Muchos manglares forman por todos lados un horizonte interminable, cuyas retorcidas raíces se enlazaban entre sí como una red gigantesca. Al pie de las raíces veíase un campo llano cubierto de hojas y flores, verdes las unas, brillantes otras, con colores extraordinariamente vivos y frescos, lo que probaba que vivían entre el agua, y que debajo de aquel magní-

fico prado se extendía un mar líquido, más ó menos hondo. Sobre las ramas de los árboles saltaban cantando gran número de aves diversas; y posadas en las raíces, en actitud melancólica, veíanse algunas garzas blancas y muchos alcatraces y flamencos de color anaranjado.

Los míseros náufragos, después de haber dormido apegados á los troncos de los mangles, abrían los ojos á la luz del día, y con desesperación veían la misma escena, siempre para ellos de tristeza y desolación. Vivían entre el agua, pero morían de sed, porque el pantano, cercano al mar, era salobre y nauseabundo, y á veces tan corrompido, que los más débiles sufrían trastornos y aun caían asfixiados al pasar por los sitios más fétidos. Por único alimento hacía ya más de veintiocho días que sólo les quedaban algunos panes de cazabe y raíces crudas, restos de lo que les habían quitado á los indígenas vencidos, y aun estos miserables alimentos empezaban á corromperse y escasear, y apenas tenían los suficientes para no morir de hambre en dos días más. Era imposible regresar, pues de seguro hubieran muerto en el pantano, y por lo menos adelante había esperanza de verle el fin, porque no era creíble que aquella ciénaga fuese interminable.

La mañana de que hablamos se presentó hermosísima, y el sol filtraba alegre y brillante al través de las ramas de los árboles. Sin embargo, la desesperación de los españoles había llegado á su apogeo, y aun el mismo Ojeda empezaba á sentir desaliento, cosa que procuraba encubrir bajo una serenidad que imponía á los demás. Por lo menos dos veces al día el Capitán sacaba del tubo de lata la imagen de la Virgen, y colgándola del tronco de algún árbol se arrodillaba y le rezaba con fervor; lo que daba aliento á los demás, que abrigaban el convencimiento de que mientras los acompañara Ojeda con su Virgen, al fin

habrían de salir con seguridad de tan amarga situación. Pero aquella mañana ya empezaban á perder la fe y se manifestaban á cual más afligidos. Habíanse contado y hallado que de los setenta hombres que desembarcaron en Cuba no quedaba sino la mitad: todos los demás habían perecido: esto los desalentó hasta el punto de resolver morir en aquel lugar sin hacer más esfuerzos y buscar más trabajos.

En vano trató el Capitán de disuadirles de semejante determinación, hablándoles elocuentemente y asegurándoles que Dios siempre recompensaba el valor, y que nunca se había visto que españoles perdieran el vigor tan completamente al coronar la empresa, pues no había duda de que el fin de sus trabajos estaría cercano. Pero, como hemos dicho, todo fue inútil: ellos estaban decididos á cumplir su propósito y no apartarse de allí más.

Desesperanzado de ablandar los corazones de aquellos hombres que no atendían á ninguna razón, recurrió al medio más poderoso de que podía hacerse uso en su tiempo: el de la religión. Sacó la Virgen, colgóla solemnemente de un árbol, púsole en contorno una guirnalda de flores, y en seguida suplicó á sus compañeros que se acercasen por última vez á orar á la Virgen todos juntos. Cuando hubieron obedecido, levantó la voz y dijo:

—Hasta ahora nuestras lágrimas y nuestras más rendidas súplicas han sido inútiles para alcanzar la misericordia divina. Es preciso ya ofrecer algo más precioso que nuestras lágrimas y nuestras estériles súplicas, y para obtener la protección de Dios para nosotros, miserables pecadores, ofrezcamos lo más precioso que tengamos en la vida en muestra de sumisión.... Y si á pesar de este voto, de aquí á mañana no encontramos tierra firme, juroos que no volveré á hacer el menor esfuerzo para salvarme, pues creeré que Dios, Nuestro Señor, ha decretado que,

en castigo de nuestros pecados, tengamos esta horrorosa muerte. Invoquemos, pues, señores, la intercesión de la Santísima Virgen en este fiero trance, y que cada uno se recoja dentro de sí, para ofrendar lo que más ame en la tierra.

Después de un rato de gran silencio y recogimiento, en el que cada uno buscaba en su corazón, para ofrecerlo, lo que más precio tenía para sí, al fin Ojeda, queriendo dar el ejemplo, se adelantó solo, y subiendo por las raíces hasta el pie de la Virgen, se arrodilló en el mangle que servía de altar; levantó, conmovido profundamente, las temblorosas manos, pues el voto que iba á hacer era para él más doloroso que cuanto podía imaginarse, y dijo con acento profundamente grave y solemne las siguientes palabras:

—Virgen Santísima: vengo á ofrendaros lo más precioso que poseo en el mundo. Si acaso me permitís llegar vivo á tierra firme, hago aquí voto de erigir una capilla en el primer pueblo indígena en que reciba hospitalidad, y además dejar en ella esta preciosísima imagen, que me ha acompañado cerca de veinte años, para que sirva de protección y amparo á los gentiles y les inspire el deseo de convertirse á nuestra santísima religión. Ya había hecho voto de hacerme fraile, añadió en voz baja, y si nuestro Señor me concede tiempo para cumplir mi promesa, pediré la misión de venir á catequizar los indios que posean la bendita imagen.

Adelantóse después fray Andrés, é hizo voto de volverse á tierra firme apenas fuera posible, y ofrendar su vida para llevar á cabo la catequización de los infieles, pues aquello era buscar el martirio.

En seguida fuéronse acercando uno á uno todos los náufragos, menos Talavera y unos cuatro ó cinco más, quienes siempre manifestaban rencor y desprecio á cuanto proponía Ojeda, aunque no se atrevían

á decirlo muy recio, temerosos de ser maltratados por los demás, sobre los cuales Ojeda ejercía su acostumbrada influencia y predominio.

Uno ofrecía una peregrinación á Jerusalén; otro juraba ir descalzo, desde el sitio en que desembarcase en España, hasta Santiago de Compostela, en donde mandaría decir una misa; uno de los más reacios á toda obediencia, hizo voto de entrar de hermano en la cofradía más humilde que encontrara; otro ofreció gastar cada año todas sus economías en hacerle una fiesta á la Virgen el día aniversario de su salvación de aquel peligro; uno muy inclinado al licor, juró no volverlo á probar en su vida; éste hacía voto de ir á visitar todos los años el Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe; aquél, hacerle decir cierto número de misas cada año por las almas de los compañeros que habían perecido en la expedición. En fin, todas las advocaciones de la Virgen, como se las veneraba en España, recibieron algún voto ó alguna promesa, sin embargo de que varios de estos infelices no tenían ya ánimo para levantar la voz, y apenas comprendían lo que sucedía en torno suyo; éstos se contentaban con acercarse á la imagen, inclinarse ante ella, y levantándose dejarse caer casi moribundos sobre las vecinas raíces de los manglares.

Después de muchos esfuerzos, Ojeda logró, hacia la mitad del día, volver á poner en marcha su triste caravana, la que fue alejándose de aquel sitio hasta perderse en lontananza.

Llevaban á veces el agua hasta la cintura, y tenían que ayudarse unos á otros para pasar ciertos sitios peligrosos, merced á las raíces de los manglares que les servían de puente en algunas partes, pero en otras había grandes trechos abiertos, en los cuales era preciso que se echasen á nado los que sabían, y los que no podían hacerlo, por habérseles agotado las fuerzas, tenían que pasar á remolque de los más caritativos.

Cuando llegó la hora de detenerse para pasar la noche en un sitio idéntico al anterior, Ojeda notó que faltaban varios de los más tristes y débiles, los cuales sin duda no habían tenido fuerzas para continuar la marcha.

—Mañana, le dijo á fray Andrés, yo también suspenderé mi viaje si no hemos encontrado tierra firme, pues habéis de saber que sufro horriblemente con esta continua humedad, y la herida de la pierna me causa las mayores torturas. Creo, pues, que ni mi voluntad incontrastable podrá obligar á este miserable cuerpo á seguir camino. Sin embargo, añadió, no digáis nada á los demás, pues si me vieran perder ánimo, sin duda se les acabaría inmediatamente el poco que aún tienen.

Cabizbajos y mohinos, fatigados y muertos de hambre, pasaron los náufragos la noche, aguardando con ansia el día que debería ser para ellos decisivo, puesto que si en el curso de él no hallaban alivio y algún alimento, se habían propuesto dejarse morir sin hacer más esfuerzo para salvarse.

IV

Apenas lució la luz de la aurora, Ojeda, que había pasado la noche entre los troncos de un mangle, un poco más adelante de los que habían servido de dormitorio á los demás, púsose á mirar en torno suyo examinando detenidamente los árboles que le rodeaban, creyendo notar que el follaje de algunos que había más lejos era diferente, y como entre aquellas ciénagas sólo vive el mangle, otro de diferente especie que naciera por allí, probaría que había tierra firme cercana. Bajóse precipitadamente y atravesó, sin detenerse, la distancia que le separaba del árbol que le llamara la atención, pero no quiso aún decir nada á sus compañeros temiendo engañarse.

En breve, sin embargo, vio que no se había equivocado y que distinguía un bosque entero y apiñado de varias clases de árboles. Corrió con el lodo hasta las rodillas, y á poca distancia encontró tierra firme cubierta de menudas yerbas. La alegría fue tan grande, que poco le faltó para desvanecerse, y postrado dirigió una ferviente oración al cielo, que al fin le había mirado misericordiosamente. El segundo impulso que tuvo fue el de correr á llamar á sus compañeros, pero figurósele en seguida que si abandonaba la tierra, tal vez perdería el rastro de ella y desaparecería como una ilusión.

Contentóse con dar voces llamándolos. Contestóle fray Andrés, que le había seguido á alguna distancia, temeroso, por haberlo visto por primera vez abatido la noche anterior, de que intentara algún acto de desesperación, al verle bajar en silencio de su árbol y dirigirse tan precipitadamente á un punto lejano.

Loco de gozo, el fraile llamó á los demás, y breve rato después se encontraron los pocos que habían quedado reunidos en un sitio seco y pedregoso. A pocos pasos hallaron una vereda hecha por la mano del hombre, por la cual se precipitaron desalados, sin pensar en que los indígenas podrían serles contrarios, y que por fruto de sus trabajos tal vez irían á encontrar una muerte cruel á manos de los naturales.

Ojeda, siempre enérgico y ágil, tomó la delantera á todo correr; á pocas cuadras notó que la vereda se hacía más ancha, y divisó á cortos pasos un caserío asentado en medio de ricas sementeras y salpicado de palmeras y árboles frutales. En ese momento sintió por primera vez que le flaqueaban las piernas, y que nubes de fuego pasaban ante sus ojos, además se le desvanecía la cabeza, y sus pies rehusaban llevarle más

lejos. Sin embargo, hizo un esfuerzo más, llegó hasta las primeras casas de la población, y entonces cayó al suelo sin sentido y como herido por un rayo.

Llegaron los demás españoles, y exánimes fuéronse dejando caer al suelo como cuerpos inertes y sin vida. Al ver aquella procesión de gentes escuálidas, enlodadas, de aspecto cadavérico y moribundo, los indígenas salieron de sus casas, y compadecidos los rodearon, dieron de beber y de comer á los que aún tenían ánimo para ello, y recogiendo á Ojeda le lavaron, metiéronle en una hamaca de tela de algodón y empezaron á administrarle los remedios que ellos usaban en semejantes casos.

En tanto que los indios cuidaban del Capitán, fray Andrés logró hacer comprender al cacique que aún quedaban algunos náufragos perdidos en las ciénagas, y éste, que era en extremo caritativo y hospitalario, mandó inmediatamente una partida de mocetones á buscar á los españoles rezagados, con orden de que llevasen en hombros á los que no pudiesen caminar.

Ojeda estuvo muchos días entre la vida y la muerte, porque además de que se le había reabierto la herida que recibiera en el Golfo de Urabá, declarósele una fiebre maligna, de carácter tan violento, que fray Andrés, que no se le apartaba un momento, pensó que era llegada su muerte. Pero al fin, merced á las yerbas aplicadas por los indígenas que conocían la enfermedad, por ser frecuente entre ellos en ciertas estaciones del año, lograron calmar el mal y volverlo á a vida.

La convalecencia fue larga y penosa, pero fray Andrés notaba al fin en él más tristeza que enfermedad. Había perdido enteramente la energía, y pasaba largas horas sumido en profundas cavilaciones.

Un día en que había pasado mucho tiempo entregado al desaliento y á su secreta pena, viendo que fray Andrés lo miraba con extrañeza le dijo:

—¿Muy cambiado os parezco, hermano mío?

—La enfermedad, Capitán, ha sido ruda.

—Mi tristeza no proviene de la enfermedad del cuerpo.

—¿Entonces de qué?

—En que pienso que antes de partir de aquí preciso será cumplir mi voto: tengo de dejar en manos de estos buenos indígenas la imagen de la Virgen, que ha sido mi único consuelo por tántos años.

—¡Es verdad! exclamó el fraile.

—Es preciso cumplir lo ofrecido á la Madre de Dios, continuó Ojeda; al separarme de tan sagrada reliquia, conozco que dejaré con ella una parte de mi vida. En adelante, fray Andrés, no me contéis entre los vivos!

—Pero si esto os causa tánto dolor, Capitán, consultad primero con un obispo, que sin duda os podrá relevar de un voto hecho en momentos tan desesperantes.

—No, no, yo no podría negarme á cumplirlo, aunque lo mandase el mismo Santo Padre! ¿No es cierto, añadió, que no hay nadie que pueda relevar á un caballero de la palabra dada con entera voluntad? Y si un caballero tiene que cumplir á otro lo que ofreció, ¡cuánto más sagrado debe ser para nosotros el voto que hicimos á la misma Virgen Santísima!... Si el cielo se apiadó de nosotros, porque nos humillamos delante de EL, ¿no sería una villanía, un motivo más para que nos castigase la Providencia, si al vernos en salvo olvidásemos nuestras promesas? No hay esperanza para mí en lo humano; pero sabedlo, fray Andrés, desde ahora empieza para mí la agonía de la muerte.

—No digáis tal, Alonso de Ojeda, aún no habéis cumplido cuarenta años, y os restan muchos de vida, y de vida heroica y gloriosa, no lo dudéis!

Sonrióse tristemente el Capitán al contestar:

—Esa cuerda ya no vibra en mí: lo pensé así en un tiempo; pero esos ensueños ya no existen, y lo único que anhelo es poder pasar el resto de mi agostada existencia en el fondo de un convento, entregado á Dios, único bien verdadero á que debemos aspirar en esta y en la otra vida.

—Vos, Capitán!

—Sí, yo.... en adelante Dios y la Virgen Santísima serán mi consuelo y mi gloria.

V

Pocos días después de aquel en que hablaba Ojeda con fray Andrés, una mañana amaneció el pueblo del cacique de Cueyvas ataviado de fiesta. Veíase ya concluída en la plaza una casa nueva y más grande que las demás, para la cual toda la tribu había contribuído con alguna cosa; ostentábanse en el interior de ella las mejores mantas y lienzos de algodón que poseía la tribu, en tanto que el Capitán, en unión de sus compañeros de infortunio, habían levantado en el fondo de la casa un altarcillo compuesto de musgos, engalanado con las más bellas flores del campo, y sobre él colgaron á la Virgen de Ojeda.

Al llamamiento del cacique acudieron aquel día todos los miembros de su tribu, con los cuales se dirigió á la capilla de la Virgen, que ya había bendecido fray Andrés, y como no pudiera decir misa por no tener la oblata necesaria, contentáronse los españoles con rezar el rosario y escuchar una corta plática que les dirigió el buen religioso. En seguida trataron de explicar al cacique y á sus súbditos los misterios de la religión cristiana, encomendándoles que tuviesen gran cuidado de aquella venerada imagen de la madre de Jesús, la que dejaban allí para que bajo su protección fuesen felices. Dijéronles que nunca permitiesen que se llevasen la imagen, ni que

la profanasen con sus manos, pues si así lo hicieran les sobrevendrían muchas desgracias. A todo accedió el buen Cueyvas, ofreciendo á los españoles conformarse con su voluntad y hacer respetar aquella prenda tan preciosa. Ofreció también tener el oratorio siempre limpio y cuidado, y además reunirse todas las mañanas en él con sus súbditos para hacer la señal de la cruz, como le habían enseñado los españoles, y rezar el *Avemaría*, oración que el cacique había logrado aprender, no sin dificultad.

Pasaron los indígenas aquel día en fiestas y regocijos, y compusieron en honor de la reliquia que les dejaban sus huéspedes, varias canciones *(areytos)* que recitaban bailando al són de sus instrumentos.

Al siguiente día despidióse Ojeda y sus compañeros de aquella tribu hospitalaria, y seguidos por gran número de indígenas, cargados de abundantes provisiones, que les obsequiaba el buen cacique, se dirigieron al través de la provincia de Macaca al punto más cercano de Jamaica, en donde les dijeron había ya una colonia española, establecida por orden del Virrey Diego Colón, para impedir que Nicuesa y Ojeda se adueñasen de la isla.

Mandó inmediatamente Ojeda una canoa á Juan de Esquibel, gobernador de la isla, pidiendo que les enviase socorros y embarcaciones para pasar á ella. Esta súplica era para Ojeda una humillación más en su vida siempre contrariada, porque antes de salir de Santo Domingo, á la cabeza de su expedición, había jurado que en primera ocasión se vengaría de Esquibel si éste pretendía establecerse en Jamaica, isla que él reclamaba como suya en unión de Nicuesa; y pocos meses después oh! dolor! verse precisado á presentarse delante de Esquibel, no ya como un jefe denodado y audaz, sino como un pobre y miserable náufrago que pedía protección y amparo! El orgullo de Ojeda debió de haber sufrido mucho, pero esto mismo, sin

duda, le ayudó á soportar en silencio las vicisitudes de la vida; al mismo tiempo su espíritu se había quebrantado con tántos trabajos, y preparábase además á una vida de humildad y obediencia en un claustro; así se lo manifestó sencillamente á Esquibel junto con su agradecimiento por la bondad con que le recibió. El gobernador de Jamaica era todo un caballero, y en presencia de las desgracias del antes impetuoso Ojeda olvidó sus pasadas injurias, y lo trató no solamente como á un amigo, sino como á un hermano querido. Permaneció nuestro héroe en casa de Esquibel algún tiempo, acabando de restablecer su salud, y en seguida pasó á Santo Domingo. Allí le dijeron que el bachiller Enciso había partido para Urabá con abundantes provisiones para la nueva colonia, pero que no se había vuelto á tener noticia de él ni de Pizarro y sus compañeros. Alarmóse Ojeda pensando que Enciso habría perecido en el mar, y quiso reunir nuevos recursos para enviar á sus compañeros de Urabá, pero no pudo conseguir que le prestasen cosa alguna. Su mala fortuna se había hecho proverbial en Santo Domingo; sus antiguos amigos evitaban estar con él, y no había quien no le mirase mal. Él mismo había perdido la fe en su estrella, y por consiguiente no podía inspirar confianza á los demás. Dejóse llevar entonces por un completo desaliento, y no volvió á pensar en hacer cabeza de expedición alguna, tanto más cuanto que supo que Pizarro se había unido á Enciso al fin para fundar del otro lado del Golfo de Urabá, y en tierra que ya no era de su jurisdicción, una nueva población que llamaron Santa María de la Antigua.

Convencido al fin nuestro héroe de que había jugado su esperanza con la suerte, y ésta le había vencido, inclinó resignado la cabeza y no volvió á hacer esfuerzo alguno para hacerse notar, desapareciendo de la vista de sus contemporáneos, de tal suerte que

desde aquel tiempo los historiadores se olvidaron de él completamente. Así, este hombre, que hemos tratado de pintar en las diversas faces de su carácter; que siempre, en toda emergencia, se manifestó audaz, enérgico, denodado y heroico, sobreponiéndose á las desgracias, y haciéndose más fuerte que su mala fortuna; al fin, antes de cumplir 40 años, se dejó llevar por la corriente de la desgracia, apurando las amarguras de la vida hasta las heces.

Cuando Ojeda se hubo persuadido de que su vida era inútil para él y para los demás, resolvióse á cumplir su voto y entrar en un convento; pero era preciso conseguir su fe de bautismo y otros documentos indispensables. Al efecto, escribió á España á su madre para que se los enviara, pues no pensaba volver á su patria.

Entretanto permanecía nuestro héroe en Santo Domingo: había tenido que presenciar como testigo la causa que se le siguió al pirata Talavera y á sus cómplices por el robo de la carabela *Genovesa*, y aun cuando Ojeda no había tenido intención de acusarlos, fuele preciso contestar, cuando le preguntaron lo que sabía en el asunto. Parece que de resultas de sus declaraciones, Talavera y los demás que pudo atrapar la justicia, fueron ahorcados, menos unos cuatro que lograron ocultarse en Santo Domingo. Estos, indignados con las declaraciones dadas por su antiguo Capitán, resolvieron vengarse de él, asesinándole, lo cual pusieron en planta de la siguiente manera: una noche, al pasar Ojeda por una calle excusada, le atacaron diez hombres, los que le rodearon amenazándole con dagas y espadas. Ante ese inesperado peligro nuestro héroe recordó sus proezas de otros tiempos. Sacó la espada, apoyó la espalda contra un muro y se defendió con tánto brío y serenidad de ánimo, que derrotó á sus enemigos, los puso en fuga, y aun los persiguió por alguna distancia, sin que ninguno lograse hacerle la más leve herida.

Apenas volvió á su posada, al meditar en este hecho de armas, resolvió que debería ser el último; así, sacando la espada de su vaina la rompió y tiró por la ventana á la calle.

Pocos días después Ojeda recibió los papeles que había pedido á España, en unión de los cuales, su madre, ya monja en Cuenca, le hacía escribir por mano de su confesor, que se alegraba en el alma que hubiese resuelto cambiar de vida y seguir el ejemplo que le diera años antes la finada monja María de los Angeles, de Madrigal, la que había muerto, en olor de santidad, el día 15 de Agosto del año anterior. ¡Era la fecha precisa de la madrugada en que él la había visto en sueños muerta y en su atáud!

—Obedézcoos, ¡ángel de mi vida! exclamó Ojeda después de haber leído la carta de su madre, y levantándose se dirigió al convento de San Francisco; los frailes le recibieron con respeto y alegría y le llevaron al noviciado, en donde vistió el hábito de fraile y dejó para siempre la vida mundanal.

EPILOGO

Habían trascurrido varios años después de aquel en que Alonso de Ojeda, abandonando el mundo y sus vanidades y crímenes, se había hecho fraile franciscano. Pero hasta en esto no logró sus deseos, y así, su salud cada día más quebrantada le impidió pasar á la isla de Cuba á visitar la imagen de la Virgen, que dejó entre los indios de Cueyvas, y cuya separación le había dado el golpe de muerte á su corazón, contando aquel día como el último en que hubiese tenido una vida animada y enérgica.

Fray Andrés, que también era franciscano, le acompañaba mientras que permaneció en Santo Domingo, cuidando con cariño y solicitud á su antiguo

Capitán. Pero habiendo tenido éste que pasar á Tierra Firme como misionero (empleo que solicitó para poder cumplir el voto que hiciera en las ciénagas de Cuba), en breve tuvo la triste noticia el *padre* Ojeda de la muerte del buen fray Andrés, que pereció á manos de los indios como un mártir, tratando de convertirlos, expiando con aquella muerte algunos de los muchos crímenes cometidos por sus compatriotas sobre los naturales.

Al fin las dolencias de nuestro héroe le invalidaron de tal suerte, que ya el pobre fraile no pudo volver á salir de su celda, en donde pasaba muchas horas entregado á sus tristes meditaciones. Entre las pocas personas que le visitaban, iba con frecuencia á verle un religioso de la Orden de dominicanos, que se llamaba Bartolomé de las Casas, el famoso defensor de los indígenas.

La última vez que éste le vio, estaba tan enfermo, que se anunciaba la muerte en su fisonomía. Pero cuando las Casas le dijo que iba á Cuba á cumplir una misión, Ojeda recobró alguna animación, incorporóse impetuosamente, y en sentidas palabras le suplicó que fuese á la tierra del cacique de Cueyvas, y llevando consigo otra imagen de la Virgen que tenía, pintada con brillantes y frescos colores, pidiese al cacique el favor de permitirle dejársela en lugar de la otra por algunos días, con el objeto de enviarle á él la antigua compañera de su vida para morir contemplándola, con promesa de que al expirar sería devuelta á su pueblo.

Conmovido hondamente con la súplica del antiguo aventurero, las Casas cumplió religiosamente su recomendación. Pasando á la provincia del hospitalario cacique, encontró la capilla erigida por Ojeda muy venerada por los indígenas, que acudieron al misionero preguntando por el donador de la

imagen y llevándole sus hijos pequeños para que los bautizase, prestándose á ser catequizados con la mejor voluntad. Llamó entonces las Casas al cacique, y manifestándole el estado del antiguo Capitán, le dio parte del último deseo que tenía de ver la imagen de la Virgen antes de morir, y pidiósela en calidad de préstamo, dejando en rehenes otra más grande y más brillante. El cacique ofreció darle la contestación al siguiente día;—pero durante la noche el indígena sacó la imagen del altar, y en unión de otros de su confianza, huyó á los inmediatos cerros, llevándose la preciosa reliquia (1), pues él era demasiado astuto, según dejó dicho, para dejarse engañar por palabras de españoles. Había ofrecido solemnemente no dejar que le arrancasen aquella imagen, y lo cumplía.

Jamás pudieron los españoles volver á ver siquiera la Virgen de Ojeda, que ocultaron los indios para siempre, sin duda, entre las peñas y los riscos de sus sierras.

Cuando al cabo de algún tiempo el padre Las Casas volvió á Santo Domingo, supo que durante su ausencia había muerto fray Alonso de Ojeda; dando ejemplo de humildad, había suplicado á última hora que no lo enterrasen en las bóvedas de la iglesia de San Francisco, como se hacía con los demás frailes fallecidos en el convento, sino bajo el portal de la iglesia, para que todo el que entrase y saliese del templo, hollase su sepultura, en castigo del grande orgullo y soberbia, que habían sido las pasiones dominantes de su vida. (2)

---

(1) Esto lo refiere las Casas en sus obras.

(2) En la relación que acaba de leerse, el autor ha seguido preferentemente la historia de Ojeda en la obra de Washington Irving, *Life and Voyages of Christopher Columbus together with the Voyages of his companions*. Pero, además, ha

APENDICE

Parécenos que no estará de más insertar aquí una Memoria (que traducimos) acerca de Juan de la Cosa, tomada del *Boletín de la Sociedad Geográfica* de París, número 17, tomo 3.º, año de 1862.

ALGUNAS PALABRAS

acerca de Juan de la Cosa, piloto de Cristóbal Colón, así como de su célebre mapa-mundi, por M. de La Roquette, Vicepresidente de la Comisión Central de la Sociedad de Geografía.

Señores:

Teníamos intención de presentaros un estudio acerca de la vida y obras de un gran navegante, de un eminente hidrógrafo español, de Juan de la Cosa, piloto de Cristóbal Colón. Este trabajo, revisado y aprobado por el barón de Humboldt, que tuvo á bien considerarle *importante é interesante,* en una carta que nos hizo el honor de escribirnos de París hace cerca de veinte años (la que conservamos preciosamente) fue por casualidad hallada últimamente

---

consultado cuantos libros ha podido conseguir acerca de los hechos y acontecimientos de aquella época, y asegura que fuera de la ligera trama romanesca que liga al héroe con María, todos los sucesos históricos que refiere son enteramente verídicos, así como las descripciones de paisajes y naturaleza de los sitios.

Lo que particularmente se ha esforzado en hacer el autor, es tratar de explicar el carácter de Ojeda, con el estudio de las costumbres, de los usos y espíritu de aquellos tiempos en España, tomando como tipo del caballero aventurero de la época, á este descubridor, si se quiere oscuro y poco conocido, pero cuyas cualidades y faltas fueron las mismas que distinguieron á los subsiguientes conquistadores españoles del Nuevo Mundo.

entre nuestros papeles, y de ello tendremos el gusto de hablaros hoy.

Decíamos en aquel opúsculo que, á pèsar de la justa celebridad, de los méritos y de las obras de Juan de la Cosa, habiendo obtenido durante su existencia la confianza del inmortal descubridor del Nuevo Mundo, y además los elogios de la mayor parte de los *conquistadores* y de los historiadores de los primeros tiempos del descubrimiento, así como de los historiadores modernos, sin embargo, como por una fatalidad, ningún biógrafo le había consagrado mención especial: esta falta es la que procuraremos corregir.

No os ofrecemos hoy sino un esbozo rápido, y sin duda sobrado imperfecto de nuestro primer trabajo, al que añadiremos algunas líneas acerca del *mapa-mundi*, obra capital de Juan de la Cosa, y el único monumento geográfico que de él se conserva, y del cual veréis una admirable copia en este recinto. (1)

No se tiene noticia exacta de la fecha precisa del nacimiento de Juan de la Cosa, aunque se puede fijar aproximativamente en la segunda mitad del siglo XV. Se sabe que era originario de Santoña, pequeño puerto de la provincia de Santander, sobre el golfo de Vizcaya, así es que los contemporáneos le llamaban frecuentemente *el Vizcaíno*.

Juan de la Cosa era conocido como un buen marino y hábil constructor de mapas, cuando Cristóbal Colón, que le consideraba como su discípulo y lo apreciaba mucho, le llevó consigo, como su piloto, en el segundo viaje que hizo en 1493, á lo largo de Cuba y al derredor de Jamaica, viaje que se terminó

(1) En la Exposición que tuvo lugar en Madrid durante las fiestas del 4.° centenario del descubrimiento de América, vimos el mapa original de la Cosa—S. A. DE S.

en 1496. A su regreso á España, La Cosa se retiró á su pueblo natal, el que también abandonó en breve para ir á fijarse en el puerto de Santa María.

Se tiene poca noticia acerca del empleo que hizo de su tiempo hasta el mes de Mayo de 1499, cuando Alonso de Ojeda (que le conocía desde que viajó con él en el segundo viaje de Cristóbal Colón) le escogió para piloto suyo en una expedición de descubrimiento que emprendió al Nuevo Mundo, en unión de Américo Vespucio. Durante este viaje, que se terminó mal, tuvo la fortuna, sin embargo, La Cosa, de visitar cuidadosamente las costas de Paria, por lo cual Herrera le llama descubridor de Paria, á pesar de que ya estos sitios habían sido descubiertos por Colón el año anterior.

Devuelto al puerto de Santa María en el mes de Junio de 1500, La Cosa terminó su célebre *mapamundi*, del cual nos ocuparemos más adelante. Hacia esa época Rodrigo Bastidas obtuvo licencia de visitar las Indias Occidentales, y con ese motivo consultó con La Cosa la ruta que debería seguir, y por último se lo llevó como su principal piloto. Salieron los expedicionarios de España en Octubre de 1500, y orillando las costas de Tierra Firme, visitaron el Golfo de Urabá, el puerto del Retrete ó de los Escribanos, el istmo de Panamá y algunas otras localidades. Pero el mal estado de sus embarcaciones, y la arrestación de Bastidas, á quien se le acusó de haber hecho sin autorización negocio de oro con los indios, puso término á la expedición, y La Cosa regresó á España en los últimos meses de 1502.

Para recompensar los servicios prestados por nuestro piloto á la causa del descubrimiento, no solamente viajando á su costa sino exponiendo frecuentemente su vida, la Reina Isabel lo nombró por cédula real del 3 de Abril de 1503, alguacil mayor de Urabá, empleo que no tuvo sino más tarde.

Encargólo su gobierno en seguida de una misión á Lisboa, cerca del Rey de Portugal, con el objeto de pedir explicaciones acerca de acusaciones que se le hacían al portugués por haber hecho excursiones en los dominios españoles en las Indias. Pero este gobierno, en lugar de dar las satisfacciones que se le pedían, hizo aprehender y encarcelar á La Cosa. Sin duda recobró muy en breve su libertad, porque en Octubre de 1503 ya estaba otra vez en la corte de España, en Segovia, en donde La Cosa declaró á la Reina que había descubierto, que no solamente los portugueses habían hecho un viaje de contrabando en las tierras pertenecientes á España, sino que, á pesar de sus promesas, habían mandado otra expedición á aquellos parajes que no les pertenecían. Aprovechó esta ocasión nuestro piloto para presentarle á su soberana los mapas hidrográficos de las Indias, que él había trabajado, así como el mapa que conocemos y que lleva la fecha de 1500.

En 1504, La Cosa obtuvo la misión de vigilar con cuatro navíos armados y equipados de guerra las costas de Tierra Firme de Indias hasta el Golfo de Urabá. Llenó su encargo con muy buen éxito, puesto que reconoció y estudió á fondo aquellos litorales, negoció con los indios é impidió las usurpaciones portuguesas. Debió hacer buen negocio, puesto que entregó al Tesorero general Martienza el 5.° de la corona que constaba de 50,000 maravedís, por lo cual obtuvo como recompensa una pensión de una suma igual á la que había entregado. En esta expedición él era Capitán y piloto al mismo tiempo. Como la corte de España no cesaba de desconfiar de la mala fe portuguesa, al regreso de Juan de la Cosa, en 1507, puso el gobierno español á órdenes del piloto dos navíos, para que con ellos vigilara las costas españolas, desde el cabo de San Vicente hasta Cádiz, y capturara todo navío portugués que pareciera volver de las Indias. Sin

embargo, esta expedición no tuvo ningún resultado, y así Juan de la Cosa fue enviado con sus dos carabelas de nuevo á Indias. Allí no solamente atendió á los mandatos de su gobierno sino que completó sus descubrimientos y traficó con provecho con los indígenas. Sin duda Bastidas le acompañó en aquel viaje, porque encontramos que tanto Juan de La Cosa como Bastidas recibieron 100,000 maravedís sobre los productos de la expedición, en la cual parece que recogieron una suma de 300,000 maravedís. Cuando volvió á España La Cosa, obtuvo que la Reina Juana le confirmara en 1508 el nombramiento de alguacil mayor de Urabá, empleo concedido en 1503 por la Reina Isabel, siendo hereditario para su hijo.

Habiendo armado Juan de La Cosa un navío y dos bergantines con 200 hombres, partió en Noviembre de 1509 á Santo Domingo, á encontrarse con Alonso de Ojeda, que había sido nombrado gobernador general de la Nueva Andalucía, de quien él era teniente general. En Santo Domingo Juan de La Cosa tuvo ocasión de hacerle al futuro gobernador un señalado servicio. Disputábanse Nicuesa y Ojeda los límites de sus respectivas gobernaciones en Tierra Firme, pero habiendo uno y otro nombrado árbitro en el asunto á Juan de la Cosa, éste obró con tánto tacto, que logró ponerlos en paz, dividiendo entre los dos el río grande del Darién: el uno debería adueñarse de la ribera occidental y el otro de la oriental. En el año siguiente (1510), nuestro piloto se justificó de las acusaciones que le hacían los portugueses: de haber hecho descubrimientos indebidos del otro lado de la línea señalada á los españoles. Es cierto que esta acusación nunca había tenido mayor seriedad y su gobierno no había hecho alto en ella.

Durante su expedición con Ojeda, La Cosa se empeñó mucho con él para que fundasen la primera colonia proyectada en el rico y fértil terreno del

Golfo de Urabá, en donde decía que habitaban indios pacíficos y hospitalarios. Sin embargo, Ojeda no quiso escuchar este consejo, ni tampoco atendió á lo que le decía, de que no atacasen una tribu de indígenas feroces é indomables, que moraban en el lugar en que hoy está sita Cartagena. Ojeda no solamente los atacó, sino que, olvidando la prudencia y desoyendo las súplicas de su teniente, se internó hasta un pueblo vecino, en donde los indios se defendieron con tánto brío, que mataron con flechas envenenadas á gran número de españoles, rodearon al mismo jefe, quien hubiera perecido en aquel sitio, si Juan de la Cosa no lo socorriera á costa de su vida, pues murió allí atravesado por mil saetas envenenadas.

Aquella muerte fue en breve vengada por sus amigos. Ojeda unió á las tropas de Nicuesa los soldados que le quedaron y marchó contra los indígenas descuidados, matando á centenares é incendiando sus ranchos.

Para honrar los servicios de La Cosa, el Rey de España permitió que la viuda del piloto conservara los indios que habían pertenecido á su difunto marido, y le otorgó, además, una suma de 45,000 maravedís. Ignoramos cuál fuera la suerte del hijo de Juan de la Cosa, á quien debería tocar el título de alguacil mayor de Urabá.

Os hemos hecho presentes los principales rasgos de la vida de Juan de la Cosa, así como su muerte deplorable, ahora nos ocuparemos del documento que nos ha dejado, el que por sí solo podría hacer su nombre imperecedero: hablamos del mapa, cuya copia exacta tenemos á la vista, merced á M. Jomard.

El original de este precioso é inestimable monumento geográfico de la Edad Media está trazado en una grande hoja de pergamino, de forma ovalada y

artísticamente iluminada. El mapa consta de las partes de América conocidas hasta 1500, época en que La Cosa lo trazó, así como las partes de Europa, Asia y Africa, conocidas en aquella época.

El mapa tiene el siguiente epígrafe:

Juan de la Cosa lo fizo en el puerto de Santa María en el año de 1500

"Para comprender la importancia de este mapa, —dice el barón de Humboldt,— bastaría recordar que es seis años anterior á la muerte de Colón, y que los mapas más antiguos de América (no insertos en las ediciones de Tolomeo ó las cosmografías del siglo XVI que se han conocido hasta hoy) son de 1527 y 1529, de la biblioteca del Gran Duque de Sajonia Weimar."

Es probable que las relaciones íntimas que tenía el navegante y cosmógrafo español Martín Fernández Enciso con Juan de la Cosa, no le hubieran sido inútiles, y debió de haberse aprovechado de sus conversaciones con él y de la vista de su mapa, para formar después la *Suma de geografía que trata de todas las partes y provincias del mundo: en especial de las Indias.*" Obra sumamente curiosa, impresa en Sevilla en 1519, y que tradujimos del español cuando publicámos por primera vez una noticia de Enciso en la *Biografía Universal,* cuando hasta entonces su nombre estaba ausente de todo diccionario biográfico.

Por una feliz circunstancia, el original del mapa de La Cosa fue descubierto y comprado á precio ínfimo, en 1832, por el barón Walcknaer, quien inmediatamente se lo comunicó al barón de Humboldt. A la muerte de Walcknaer, (en 1852) este mapa fue puesto en pública subasta y adjudicado al gobierno español por 4,200 francos, no sin que hubiese sido vivamente disputado por diferentes establecimien-

tos extranjeros y particularmente por nuestra biblioteca imperial, á quien representaba uno de nuestros directores, M. Jomard.

Humboldt, en varias de sus obras y también en la *Introducción al examen crítico de la historia de la geografía del nuevo continente*, dice que entre él y el barón de Walcknaer habían descubierto en 1832 el importante mapa de Juan de la Cosa. Y como Walcknaer nunca contradijo á Humboldt en aquello, es cosa averiguada que este sabio no sólo reprodujo trozos del mapa en menor escala, en la obra mencionada, sino que también tuvo parte en su hallazgo.

Fuera de Humboldt, un sabio español, D. Ramón de la Sagra, publicó en 1837 la parte del nuevo continente que se halla en el mapa de Juan de la Cosa, en una obra titulada: *Historia física, política y natural de la isla de Cuba.* En 1842 un infatigable erudito portugués, el vizconde de Santarem, en su Atlas de la Edad Media, reprodujo también la parte de Africa trazada por La Cosa.

Sin embargo, el único que ha copiado perfectamente el mapa en la misma escala y con sus mismos colores, ha sido M. Jomard, á quien se le debe este gran servicio, ejecutado á su costa y sólo por el amor á la ciencia.

.....

*PB-43410-SB
5-14
C-C
B-T

INDICE

		Págs.
Episodios		3
Proemio		11
Introducción		13
Cuadro i.	La fortaleza de Zahara	22
Cuadro ii.	Cristóbal Colón	38
Cuadro iii.	María	71
Cuadro iv.	Haití	93
Cuadro v.	Dos años en España	126
Cuadro vi.	Las esperanzas de Ojeda	157
Cuadro vii.	La india Isabel y Alonso de Ojeda	175
Cuadro viii.	Alonso de Ojeda y Diego de Nicuesa	201
Cuadro ix.	Los indios de Calamar	224
Cuadro x.	El Golfo de Urabá	249
Cuadro xi.	El voto de Ojeda	267
Epílogo		288
Apéndice		291

Stanford University Libraries
3 6105 011 722 191

PQ
8179
A5H5

CECIL H. GREEN LIBRARY
STANFORD UNIVERSITY LIBRARIES
STANFORD, CALIFORNIA 94305-6004
(650) 723-1493
grncirc@sulmail.stanford.edu
All books are subject to recall.

DATE DUE

MAR 23 2001
AUG 13 2001